

Escenas de la vida literaria en Buenos Aires  
Memorialistas culturales, 1870-1920





# Escenas de la vida literaria en Buenos Aires Memorialistas culturales, 1870-1920

---

SERGIO PASTORMERLO (DIRECCIÓN)

FEDERICO BIBBÓ

VERÓNICA DELGADO

MARGARITA MERBILHAÁ

COLABORACIÓN DE LAURA GIACCIO

IMLUSA  
EDITORIAL

---

Pastormerlo, Sergio  
*Escenas de la vida literaria en Buenos Aires : memorialistas culturales 1870-1920 . -*  
1a ed. - La Plata : Malisia, 2014.  
400 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-25232-4-4

1. Cultura Argentina. I. Título  
CDD 306

Fecha de catalogación: 02/12/2014

---

### **Título**

*Escenas de la vida literaria en Buenos Aires*  
*Memorialistas culturales, 1870-1920*

### **Autores**

Sergio Pastormerlo (dirección)  
Federico Bibbó  
Verónica Delgado  
Margarita Merbilhaá  
Colaboración de Laura Giaccio

### **Editorial**

Malisia

malisiaeditora@gmail.com  
Diagonal 78 #506 | La Plata

### **Dirección de arte y edición**

Pablo Amadeo  
pabloamadeogonzalez@gmail.com  
facebook.com/pabloamadeo.gonzalez

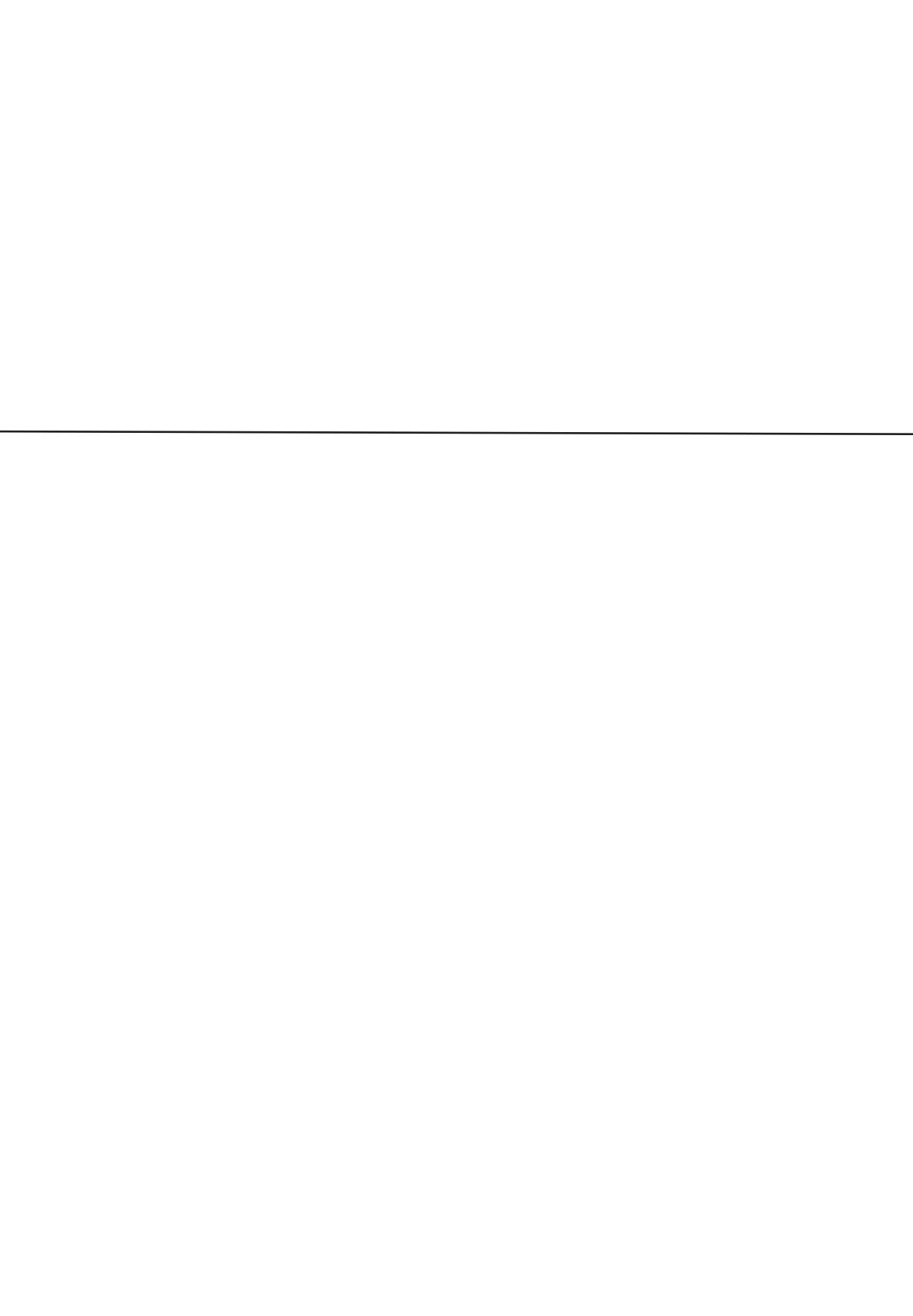
**Imágen de portada y solapa**  
**Yapán Fileteado**  
[facebook.com/yapanfileteado](https://facebook.com/yapanfileteado)

Primera Edición  
Diciembre 2014  
Impreso en Argentina / Printed in Argentina

ISBN: 978-987-25232-4-4

---







## Introducción

### Un nuevo género

Las memorias de Martín García Mérou terminarían resultando tan necesarias para entender la literatura de 1880 como las memorias de Manuel Gálvez para entender la literatura de principios del siglo XX. Pero al publicar *Recuerdos literarios* (1891), García Mérou no parece haber advertido que estaba iniciando un nuevo género. Los suyos eran apuntes trazados a la carrera, redactados “más con el propósito de satisfacer una exigencia personal que con el de buscar un éxito que seguramente no merece un trabajo de este género”.<sup>1</sup> Lo nuevo estaba en el título. El sustantivo *recuerdos* no era sino lo que había predominado durante el siglo XIX. Los distintos modos de la autobiografía, entre la intimidad de los recuerdos personales y las memorias públicas, ya eran el género fuerte de la prometida y siempre futura literatura nacional. Pero el adjetivo, *literarios*, introducía una novedad. Se trataba de contar solo esa parte de los recuerdos, los recuerdos relacionados con la vida literaria.

Los recuerdos fueron el género de los clásicos de 1880. Miguel Cané, olvidando sus tempranos *Ensayos* (1877), se había iniciado como autor hacia 1884 publicando sus viajes en *Viajes*, y en *Juvenilia* los recuerdos de infancia en el Colegio Nacional. Lo mismo había hecho

---

[1] Martín García Mérou, *Recuerdos literarios*, Buenos Aires, Lajouane, 1891, cap. XLII.

por entonces Lucio López con sus Recuerdos de viaje y *La gran aldea*. Eduardo Gutiérrez, como tantos otros, recordó la vida militar en la frontera durante la década de 1870 en *Croquis y siluetas militares* (1886). Y Mansilla, con las *Causeries* (1889-1890) mucho más que con las *Memorias*, empezaba a ser el gran memorialista y escritor del XIX. Durante esa década, además, se publicaron las exitosas memorias de viejos: José Antonio Wilde, *Buenos Aires desde 70 años atrás* (1880), Vicente Quesada, *Memorias de un viejo* (1888), Santiago Calzadilla, *Las beldades de mi tiempo* (1891). Las memorias de viejos eran bien diferentes entre sí, pero ninguna estaba centrada en el yo del autor. Recordaban cómo había sido la sociedad rioplatense en la primera mitad o a mediados del siglo XIX. Volvían a un mundo desaparecido en el que sus autores habían nacido y vivido, sin prever grandes cambios, la mayor parte de sus vidas. En un proceso de modernización acelerada los viejos les contaban a los jóvenes cómo había sido antes la vida. García Mérou se dirigía también a los jóvenes de 1891. Un año después de la gran crisis económica y política de 1890, en el epílogo de sus Recuerdos, les recordaba a las nuevas generaciones que era

obra de patriotismo y de moral propender al desarrollo del espíritu literario entre nosotros, para combatir esta tendencia enfermiza al materialismo, a la metalización y al desprecio por todo lo que no se cotiza en la Bolsa...

Y contra el presente, dirigiéndose a los nuevos jóvenes, recordaba la juventud de su propia generación y sus trabajos literarios.

Martín García Mérou (1862-1905) fue el protegido de Miguel Cané (1851-1905), que lo llevó como secretario en su primera embajada en Colombia y Venezuela (1881). Cané, príncipe de la generación del 80, como lo llamó Groussac, fue desde 1880 hasta su muerte el árbitro del buen gusto, una especie de Sainte-Beuve en el Río de la Plata. Pero a diferencia de Cané, García Mérou siguió leyendo y se mantuvo al tanto de las novedades literarias.

Como se ha recordado otras veces,<sup>2</sup> le enseñó a Cané la literatura española contemporánea, que Cané ignoraba sin culpa siguiendo la hispanofobia de la generación de 1837. Lo habitual era que la literatura o la poesía, sagrada en la juventud, fuera olvidada poco después. A diferencia de casi todos sus contemporáneos y de sus compañeros en el Círculo Científico Literario, García Mérou no perdió la afición a las letras. Entre sus muchos libros, *El Brasil intelectual* (1900) confirma esa singularidad. Fue el primer crítico, seguido por Alberto Navarro Viola y Ernesto Quesada, que escribió crítica literaria bajo la forma de reseña, sobre el presente. En 1893 publicó *Confidencias literarias*, que venía a completar los *Recuerdos*.

En 1878, en Santiago de Chile, José Victorino Lastarria había publicado sus *Recuerdos literarios*.<sup>3</sup> Pese a la identidad del título, los recuerdos de Lastarria y los de García Mérou eran distintos. El libro de Lastarria quería restablecer (contra quienes, como Benjamín Vicuña Mackenna, contaban versiones fraudulentas) la historia del movimiento literario de 1842. Lastarria, que había presidido la Sociedad Literaria fundada ese año, reivindicaba las figuras del español José Joaquín de Mora y de los emigrados argentinos, en especial Sarmiento y Vicente López, mientras acotaba los méritos de Andrés Bello. Los *Recuerdos* de Lastarria contaban centralmente la introducción del romanticismo en Chile, y los altibajos del movimiento literario iniciado en 1842 se explicaban en relación a la política. Para Lastarria, como para Echeverría, el romanticismo había quedado definido por Victor Hugo en *Hernani*: el liberalismo en literatura. En el libro de García Mérou la política estaba ausente. No contaba las tres o cuatro últimas décadas de un movimiento literario, sino la breve historia de una generación que se había iniciado en las letras entre mediados y fines de la década

---

[2] Susana Zanetti, "La 'prosa ligera' y la ironía: Cané y Wilde", en *Historia de la Literatura Argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.

[3] José V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, Santiago de Chile, Imprenta de La República de Jacinto Núñez, 1878.

de 1870. García Mérou centraba sus recuerdos en el Círculo Científico Literario, una institución relativamente efímera que en los últimos años de esa década había reunido a los jóvenes letrados nacidos alrededor de 1860. En el Círculo, según sus palabras, “se encontraba la flor y nata de la nueva generación literaria”. Era la generación de Alberto Navarro Viola (1856), Benigno Lugones (1857), Ernesto Quesada (1858), Adolfo Mitre (1859), Carlos Monsalve (1859), José Nicolás Matienzo (1860), Enrique Rivarola (1862).

### **El romanticismo como artistismo**

En el Círculo, por agosto de 1878 y durante varias reuniones, había tenido lugar una polémica entre clásicos y románticos. Con perplejidad, García Mérou se preguntaba en sus memorias “por qué los miembros de una generación tan joven resucitaban problemas que fueron puestos en el tapete cuando Esteban Echeverría regresaba de Francia en la época en que se daba allí la *batalla de Hernandí*”.<sup>4</sup> García Mérou reconocía que la polémica, repetida medio siglo después, importaba un anacronismo. Pero terminaba por responderse que el anacronismo se había producido en las décadas de 1830 y 1840, con la temprana introducción del romanticismo.

Era el romanticismo de Echeverría, custodiado ahora por Rafael Obligado con su *Santos Vega* (1881-1885), el que había sido anacrónico, y solo medio siglo después su generación había podido devolverle a esa querrela que dormía en el pasado “una importancia real y efectiva para el desenvolvimiento de nuestras letras nacionales”. La revolución romántica, en su dimensión más literaria y menos política, solo se había podido cumplir hacia 1880. Así pensaba García Mérou, que pertenecía a la fracción más joven y afrancesada del Círculo. En el período que la historia literaria pensaría como tardo romanticismo, el

---

[4] Ernesto Quesada recordó más contemporáneamente la polémica en “Escuelas y teorías literarias. El clasicismo y el romanticismo” (1883), *Reseñas y críticas*, Buenos Aires, Lajouane, 1893.

romanticismo acababa de llegar. Gérard de Nerval, Edgar Allan Poe, Charles Baudelaire (como traductor y presentador de Poe) eran algunos de los autores que no habían estado disponibles para la generación de 1837 o para la generación siguiente de Vicente Quesada y Miguel Navarro Viola, y que mejor definían la nueva sensibilidad de la generación del Círculo. Era una sensibilidad romántica en la que Chateaubriand y Lamartine iban siendo reemplazados por Alfred de Musset, Poe y Hoffmann. El romanticismo alemán, tan bien leído por Poe, introducido a su vez por Baudelaire, recién entonces comenzaba a ser entendido. Reescribir los relatos de música y de músicos de Hoffmann fue una moda que se impuso desde principios de la década de 1870, y los jóvenes del Círculo que se autodenominaron *La Bohemia* (1879) adoptaron nuevos nombres que querían sonar alemanes: Benigno Lugones era Oscar Weber, José Nicolás Matienzo era Hermann Beck.<sup>5</sup>

Aunque la nueva generación hubiera vuelto a leer los autores preferidos del primer romanticismo de Echeverría, como Byron o Chateaubriand, cada vez menos leídos, los libros de las bibliotecas personales, más numerosos y selectos, eran otros y formaban otras redes, mientras las formas de la sociabilidad letrada iban cambiando. Los jóvenes del Círculo importaron las comidas literarias a semejanza de los *dîners littéraires* de París, mientras también la política importaba esa novedad. Citar los versos de un autor francés o arriesgar una paradoja ya sonaba distinto en el curso de una cena de estudiantes en un bodegón barato. El gusto por las paradojas supuestamente atrevidas fue uno de los signos de la nueva sensibilidad de la generación del Círculo. Jóvenes letrados de *familias conocidas*, estudiantes del Colegio Nacional o ya estudiantes universitarios, se reunían y se decían unos a otros exageraciones colosales, tremendas paradojas y otras ingenuas barbaridades. Trataban de ser serios o de sostener esa reputación, porque entendían que

---

[5] Belisario Arana, *Juvenilia*, Buenos Aires, El Economista, 1880, 22 páginas. Edición de 40 ejemplares para los amigos, publicada "sin permiso del autor". Se publicó también en *La Nación*, 1 de enero de 1880.

el romanticismo era una etapa estrictamente juvenil. A la vez tomaban distancia, mientras durara la juventud, del *positivismo* en el amplio sentido de 1870. El romanticismo iba dando su giro. Ser romántico se iba volviendo hacia un esteticismo más irresponsable, que pretendía ser licencioso. El *artistisme*<sup>6</sup> parisino de 1830 (Théophile Gautier, Gérard de Nerval, Arsène Houssaye) iba terminando de llegar al Río de la Plata.

Uno de los más notorios miembros del Círculo, el periodista y ex estudiante de medicina Benigno Lugones, fue el primero que escribió sobre el naturalismo, y a su favor.<sup>7</sup> Alberto Navarro Viola, como luego más brutalmente Joaquín Castellanos con *El borracho* (1887), escribió poesía mezclándola con el positivismo literario de Zola. El romanticismo y el naturalismo fueron discutidos en años apenas sucesivos. Y los pesimismos de Schopenhauer, que anunciaban a Huysmans, también comenzaron entonces a circular por Buenos Aires en versión francesa.<sup>8</sup> La escandalosa literatura *enferma* de Eugenio Cambaceres empezaba a encontrar su contexto.

## La bohemia

En 1887 Ricardo Palma había recordado los inicios de su generación bajo el título “La bohemia limeña de 1848-1860”.<sup>9</sup> El título era ejemplarmente anacrónico, porque en

---

[6] “Pero lo que debería ser una excepción de algunas idiosincrasias privilegiadas se ha convertido en una regla general; ¿qué digo?, una moda; ¿qué digo?, una fiebre, un furor, una enfermedad epidémica, contagiosa, endémica, una calamidad peor que el cólera, una verdadera peste de Oriente, el artistismo”. Félix Pyat, “Les artistes”, en *Nouveau tableau de Paris au XIX siècle*, tome quatrième, Paris, Charles-Béchet, 1834, p. 18.

[7] Benigno Lugones, “Carta literaria”, *La Nación*, Buenos Aires, 26 de noviembre de 1879.

[8] Sobre la lectura de Schopenhauer en la *Revista Literaria* del Círculo: Gioconda Marun, *El modernismo argentino incógnito en La Ondina del Plata y Revista Literaria (1875-1880)*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993.

[9] Ricardo Palma, “La bohemia limeña de 1848-1860. Confidencias literarias”, en *Poesías*, Lima, Imprenta de Torres Aguirre, 1887. Reproducido bajo el título

1848 la bohemia artística no había quedado definida ni siquiera en París. En sus *Recuerdos literarios*, en cambio, García Mérou recordó un grupo formado en 1879 que se llamó a sí mismo y bien directamente *La Bohemia*. Recordó también los casos de Juan de Dios Villa Parra, un olvidado poeta colombiano que viajaba por Latinoamérica buscando protectores, y del mejor recordado José Arnaldo Márquez, el peruano que vivió en Madrid y París, y que se decía inventor de una máquina de escribir. Por decoro de clase omitió a Matías Behety, compañero de Miguel Cané en el Colegio Nacional, periodista de *La Tribuna* y ex estudiante de Derecho.

La ilusoria bohemia retrospectiva de Ricardo Palma y la generación de García Mérou tenían en común la condición de la bohemia estudiantil. En los dos casos *bohemia* y *romanticismo* eran sinónimos, y en los dos casos había estudiantes que escribían sus primeros versos desde los claustros del colegio. También Palma estaba recordando una generación nueva que, seducida por el *libérrimo romanticismo*, se iniciaba en las letras. Pero habían cambiado las lecturas, que en la generación de Palma habían sido Lamartine, Hugo, Byron, Espronceda y Campoamor. Recuerdos literarios fue el primer libro que registró la introducción del relato de la bohemia parisina en el Río de la Plata durante la década de 1870. El relato, basado en las *Escenas de la vida bohemia* (1851) de Henri Murger, proporcionaba una nueva figura del artista, y al mismo tiempo era una especie de educación sentimental sobre la vida literaria moderna. En Buenos Aires la figura del escritor artista y la sociabilidad propia del mundo de los escritores y de los pintores no habían sido aún inventados. Murger, junto a Alfred de Musset, Gérard de Nerval o Poe, empezaba a convertirse en un modelo.

Al mismo tiempo que iniciaba el género de las memorias literarias, García Mérou registró los primeros ensayos de dramatización de las *Escenas* de Murger

---

“La bohemia de mi tiempo, 1848-1860. Confidencias”, en *Recuerdos de España, precedidos de La bohemia de mi tiempo*, Lima, Imprenta La Industria, 1899.

actuados por estudiantes y periodistas de Buenos Aires. Desde entonces, el género de las memorias y el relato de la bohemia parisina seguirían unidos. Cada nueva generación, la de Rubén Darío, Roberto Payró y Manuel Ugarte, la de Soiza Reilly, Manuel Gálvez y Roberto Giusti, se contaría a sí misma a través de recuerdos y ficciones en los que la palabra *bohemia* fue de omisión imposible. “Llegamos a París, escribió Ugarte, cuando la *Vie de Bohème* de Murger era una especie de Biblia para los jóvenes”.<sup>10</sup> Por cierto, el relato de la bohemia fue vivido mucho más por la generación viajera de Darío, que fue a París a vivir la bohemia finisecular, que por la más sedentaria e hispanista generación de Manuel Gálvez.

Martínez Cuitiño y José Antonio Saldías, periodistas y dramaturgos que se iniciaron y triunfaron alrededor de 1910, fueron los que más directamente usaron el relato de la bohemia parisina para contar sus memorias. Y con ellos se iba cerrando el género de las memorias literarias al tiempo que se cerraba la historia de la bohemia. El relato de la bohemia, en su triunfo final, se volvió un presupuesto y cayó en el desinterés. Ahora todo artista, por definición, era bohemio. La bohemia persistiría en el teatro, en el tango, en la novela semanal. Pero los nuevos escritores de 1920 ya habían reemplazado la figura del bohemio por la del vanguardista.

## **Memoria e infancia**

A principios de la década de 1970 Phillipe Lejeune intentó definir la autobiografía y establecer sus diferencias con otros géneros cercanos.<sup>11</sup> En la biografía faltaba la coincidencia entre el autor, el narrador y el personaje. En el diario faltaba la mirada lejanamente retrospectiva. La

---

[10] Manuel Ugarte, *Escritores iberoamericanos de 1900*, Santiago de Chile, Orbe, 1943, II.

[11] Phillipe Lejeune, *Le pacte autobiographique*, Paris, Seuil, 1975. El primer capítulo precisaba la definición ensayada en *L'autobiographie en France*, Paris, Armand Colin, 1971.

memoria, por su parte, no cumplía la regla de que el tema tratado fuera la historia de una subjetividad. Era la condición que dejaba entender la autobiografía como un género europeo moderno surgido con las *Confesiones* de Rousseau por 1770. Así definida, en oposición a una definición romántica de la autobiografía, la memoria era anterior y clásica, menos íntima e individual, más pública y colectiva.

A diferencia de la palabra *autobiographie*, cuyo uso no apareció sino a principios del siglo XIX, *mémoire* poseía una larga historia. El uso del plural *mémoires* en el título y como designación de un género se remonta a fines del siglo XV. Durante el Antiguo Régimen, las memorias fueron el género autobiográfico anterior a la autobiografía personal en sentido moderno. Las memorias clásicas participaban a la vez de la historia y de la autobiografía: eran autobiografías para servir a la historia. El título de los ocho volúmenes de las memorias de François Guizot, publicados a partir de 1858, *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*, mantenía una acepción del plural *mémoires* registrada en la primera edición del *Diccionario de la Academia Francesa* (1694): *Relations de faits ou d'événements particuliers pour servir à l'Histoire. Mémoires de la Reine Marguerite*. Antes, en las décadas de 1820 y 1830, Guizot había compilado (como Pedro de Angelis poco después en el Río de la Plata) dos extensas colecciones de documentos históricos sobre la historia política de Inglaterra y de Francia, y en todos los casos usó *mémoires* como sinónimo de documentos, fuentes o testimonios históricos.<sup>12</sup>

Ya que debían recordar historias de interés público, las memorias se especializaban: de la corte, militares, políticas, literarias. Por la misma razón, las memorias no comenzaban sino contando el inicio de la vida pública. La infancia quedaba excluida. Contar la infancia era contar una historia irrelevante, anterior y ajena a la vida pública. Con el romanticismo, recordar la infancia se fue volviendo un lugar común. En ese marco debe recordarse

---

[12] Alain Viala y Annie Cantin, "Mémoires", en Paul Aron, Denis Saint-Jacques y Alain Viala (dir.), *Le dictionnaire du littéraire*, Paris, PUF, 2002, pp. 385-386.

que *Juvenilia* (1884), el clásico de Miguel Cané, comenzaba con un epígrafe tomado de Sainte-Beuve que desaprobaba por anticipado el libro:

*Toutes ces premières impressions... ne peuvent nous toucher que médiocrement; il y a du vrai, de la sincérité; mais ces peintures de l'enfance recommencées sans cesse, n'ont de prix que si elles sont d'un auteur original, d'un poète célèbre.*

## Recuerdos y retratos

Los póstumos *Portraits et souvenirs littéraires* (1875) de Gautier o los *Souvenirs et portraits de jeunesse* (1872) de Champfleury usaban un título establecido. El género francés de los retratos fue durante el siglo XIX un género triunfante y cambiante, sometido a las transformaciones de la larga revolución romántica. Hacia 1900, *Les poètes maudits* (1884) de Paul Verlaine y *Le livre des masques* (1896) de Remy de Gourmont figuraron entre las colecciones de retratos literarios más leídas y citadas. En Buenos Aires, el gran clásico entre los libros de retratos de escritores fue *Los raros*. Rubén Darío separó los retratos y los recuerdos. En *Los raros* solo coleccionó retratos, y en su autobiografía solo contó recuerdos, sin interrumpirlos con semblanzas de sus relaciones y amistades. Pero lo habitual en el género de las memorias literarias, de García Mérou a Gálvez, fue intercalar recuerdos y retratos.

En *Los raros* Darío exhibía una familiaridad con la literatura contemporánea que en Buenos Aires resultaba inusitada, y su libro se consagró como una introducción magistral a los nuevos saberes literarios. Cuando en 1896 se publicaron *Los raros* y *Prosas profanas*, Enrique Gómez Carrillo, que ya había publicado en 1892 sus *Esquisses*, con retratos dedicados a Wilde, Verlaine, Sawa y el propio Darío, bromeó sobre los títulos de su amigo: las *Prosas profanas* no eran prosas y *Los raros*, al menos en París, ya no eran raros.<sup>13</sup> *El pensamiento de América* (1898) de Luis Berisso reunía a Juan Crisóstomo Lafinur con Rubén Darío, y a

---

[13] Enrique Gómez Carrillo, *Sensaciones de París y de Madrid*, París, Garnier hermanos, 1900, pp. 121-122.

Mariano Moreno con Salvador Díaz Mirón. Pese a todo, el libro de Berisso confirmaba el género de los retratos literarios. Paul Groussac, en *Los que pasaban* (1919), contó a través de retratos sus recuerdos de recién llegado al Río de la Plata hacia 1870. *Como los vi yo* (1922), de Joaquín de Vedia, y las *Siluetas* (1931) de Roberto Payró fueron otros de los más recordados títulos del género.

Alrededor del 900, los cambios en el género de los retratos escritos se cruzó con las innovaciones de la caricatura, que seguía cursando su larga historia, y las novedades de la fotografía. Las actualizaciones tecnológicas que alrededor del 900 revolucionaron los usos de las imágenes en el periodismo, sobre todo en las revistas ilustradas, eran contemporáneas de un proceso más lento, la redefinición de la identidad social del escritor. ¿Cómo era, en el Río de la Plata, el retrato de un escritor? Alrededor del 900 las respuestas fueron bien diferentes. *La Biblioteca* (1896-1898) de Paul Groussac había dedicado un lugar especial a los retratos (escritos) de sus colaboradores, redactados por el propio Groussac, e *Ideas* (1903-1905), que haría lo mismo con los retratos de su codirector Ricardo Olivera, ensayaría también una indecisa serie de caricaturas titulada “Galería de intelectuales contemporáneos”: Bartolomé Mitre, Carlos Bunge, Miguel Cané, Ángel de Estrada, José Ingenieros. Los *escritores*, un nombre para tipos sociales diferentes, quedaban retratados bajo formas también distintas. Por un lado, los retratos y dibujos tradicionales convivían con las caricaturas y las fotografías más modernas, y también las poses, los cuellos, los aires y los decorados cambiaban demasiado de un retrato a otro, en galerías que reunían generaciones distantes entre sí.

En 1904 *Caras y Caretas* organizó un concurso infantil de caricaturas de figuras públicas. Niños de seis a doce años debían enviar una cartulina blanca del tamaño de una tarjeta postal con una caricatura dibujada a pluma con tinta negra, a elegir entre estos personajes: Mitre, Roca, Pellegrini, Guido Spano, Riccheri, Beazley, Mansilla, Uriburu y Quintana. La mayoría de los personajes propuestos eran políticos, como las caricaturas

de la propia revista, en cuyas tapas Julio A. Roca era la imagen más reproducida. Los presidentes, ex presidentes, presidenciables o ministros eran Roca, Pellegrini, Beazley, Uriburu y Quintana. Riccheri era la figura del militar. Mansilla figuraba como dandy y fue apenas recordado. Mitre y Guido Spano aparecieron retratados únicamente como poetas y fueron elegidos tanto o más que las figuras políticas. Los dibujos de Guido Spano, munido de una lira, una guitarra o una flauta, subrayaban la barba y la cabellera blancas y el sombrero de ala ancha. En Mitre, tan reconocible que su imagen admitía quedar retratada de espaldas, importaba también la diferencia del chambergo y la melena, y un estilo desaliñado en el traje que reforzaba el aire meditabundo. Los poetas, según los resultados del concurso, eran hombres muy viejos, patricios y patriarcales ancianos.<sup>14</sup>

Tres años después Soiza Reilly publicaba su desaforada nota sobre Herrera y Reissig, “Los martirios de un poeta aristócrata”. La entrevista llevaba cuatro fotografías con sus descripciones al pie. La primera mostraba a Herrera y Reissig “saliendo de su famosa torre de Montevideo”. La segunda, a Herrera y Reissig “fumando cigarrillos de opio, según los preceptos de Tomás de Quincey”. La tercera, al artista “dándose inyecciones de morfina antes de escribir uno de sus más bellos poemas pastorales”. Y la cuarta, al poeta dormido en su cama, “en los paraísos de Mahoma, bajo la influencia del éter, de la morfina y del opio”.<sup>15</sup> Soiza Reilly era el nuevo repórter de la moderna *Caras y Caretas*, el periodista de las entrevistas de autor. Introducía un nuevo tipo de retrato del escritor o del artista, captado en su casa, en el escritorio o atelier. El estilo de frases cortas, como sus propios viajes, sin despedidas, y los disparos del fotógrafo que lo acompañaba, definía el tono

---

[14] *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n° 274, 1 de enero de 1904. Unas setenta caricaturas premiadas se fueron publicando durante varias entregas hasta el n° 280 del 13 de febrero de 1904.

[15] Juan José de Soiza y Reilly, “Los martirios de un poeta aristócrata”, en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n° 433, 19 de enero de 1907.

de las entrevistas, que buscaban el presente y la publicidad indiscreta de lo privado. Sus *Confesiones literarias* (1908), reeditadas en *Cien hombres célebres* (1909), lo consagraron como retratista y *chroniqueur*. Echó fama de conseguir las entrevistas más difíciles con altas figuras inaccesibles, papas y reyes, pero también fue el autor de entrevistas brutales y de crónicas sobre tipos marginales de la ciudad.

### Vida literaria

A mediados de 1892, mientras comenzaba a proyectarse la fundación del Ateneo, los dos diarios más importantes de Buenos Aires empezaron a publicar secciones de noticias sobre la literatura argentina. *La Prensa* tituló su sección “Vida literaria” y *La Nación* eligió el título “Movimiento literario”.<sup>16</sup> Según Nathalie Heinich el uso de *mouvement* es moderno, y reemplazó a *école*, propio de la época clásica.<sup>17</sup> En el Río de la Plata y hacia fines del XIX sucedió al revés. Los debates sobre el naturalismo no hablaban del *movimiento* sino de la *escuela* naturalista. *Movimiento* era una palabra genérica, casi un comodín. Significaba *situación* y se usaba acompañada de adjetivos como *literario*, *intelectual* o *periodístico*. Aunque siguiera sin existir una literatura nacional, podía igualmente hablarse de un movimiento literario local, y no importaba que fuera módico o rudimentario.

*Vida literaria*, en cambio, era una fórmula más específica y por lo tanto más discutible. Fue enseguida cuestionada:

Muchas noticias en *La Nación* y en *La Prensa*, pero nada entre dos platos.

---

[16] Federico Bibbó, “Tertulias y grandes diarios. La invención de la vida literaria en los orígenes del Ateneo de Buenos Aires (1892)”, en *Orbis Tertius*, n<sup>o</sup> 14, La Plata, 2008.

[17] Nathalie Heinich, *L'élite artiste. Excellence et singularité en régime démocratique*, Paris, Gallimard, 2005, p. 157.

¿Qué sacamos con que, “en el silencio del gabinete”, Fulano escriba una novela, Zutano esté por terminar un poema y Mengano tenga muy adelantada una comedia?

¿Eso es “vida literaria”?

Será, en todo caso, la vida literaria de este, de aquel y del de más allá.

Vida privada, sencillamente.<sup>18</sup>

En agosto de 1893 Federico Gamboa se fue de Buenos Aires unos días después de que Rubén Darío llegara. Como quedó registrado en su *Diario*, escrito a la manera del Journal de los Goncourt, la sociabilidad literaria que Gamboa conoció en Buenos Aires prácticamente se reducía a las tertulias semanales celebradas en casa de Rafael Obligado, Domingo Martinto o Calixto Oyuela. Gamboa recibió en su casa los martes, y sus martes literarios fueron el principal tema de las anotaciones en su diario. Rubén Darío recordaría también, en su autobiografía, la llegada a Buenos Aires y el encuentro con Gamboa. Y al repasar la intensa sociabilidad de recibimientos, presentaciones, saludos en los diarios, banquetes y visitas que siguieron a su llegada, respetó un orden jerárquico (literario y social) que comenzaba por Obligado y el ciclo de tertulias que presidía. Solo después hablaba de *La Nación*, y del encuentro con Bartolito Mitre y con el propio Bartolomé Mitre.

Y finalmente, cerrando el relato de su recepción en Buenos Aires, Darío aclaraba: “Claro es que mi mayor número de relaciones estaba entre los jóvenes de letras, con quienes comencé a hacer vida nocturna, en cafés y cervecerías”. Era una vida literaria que Gamboa no había conocido, integrada por otros nombres: Eduardo Holmberg, Roberto Payró, Alberto Ghirardo, Carlos de Soussens, José Ingenieros, José Pardo, Diego Fernández Espiro, Antonino Lamberti. Los memorialistas y los historiadores dirían después, con razón, que fue allí que comenzó la bohemia porteña, con sus dos generaciones (Payró y Darío, Gálvez y Giusti) y una duración que se extendería hasta la Gran Guerra de 1914.

---

[18] “Vida literaria”, *Tribuna*, Buenos Aires, 20 de julio de 1892.

Sin embargo, por más razonablemente que el diario *Tribuna* dudara de la existencia de una vida literaria en Buenos Aires en 1892, ya algo nuevo estaba sucediendo entre fines de la década de 1880 y la llegada de Darío en 1893. Las *Causeries* en las que Mansilla, como divertido, se descubría escritor, los informes y proyectos sobre literatura nacional del joven Joaquín V. González, los *Recuerdos* de García Mérou, los primeros pasos en la organización del Ateneo y el comienzo de la escritura del *Diario* de Gamboa no pueden ser entendidos como meros anuncios de lo que estaba por suceder. El *Diario* de Gamboa estaba dedicado centralmente a la vida literaria. No era solo un diario de viajero, y el fastidio de los actos oficiales de la vida diplomática quedaba en segundo plano. Gamboa escribía novelas en el silencio del gabinete, pero también las terminaba y las publicaba rápidamente, y sus libros eran objeto de severos comentarios en las tertulias, de críticas, reportajes y fotografías en diarios y revistas.

¿Cómo pudo Gamboa escribir en Buenos Aires y en 1892 un *Diario* a la manera de los Goncourt? El circuito de las tertulias presidido por Rafael Obligado alrededor de 1890, una forma de sociabilidad literaria previa a la vida nocturna de Darío en las cervecerías de Luzio y de Monti o en el Aue's Keller, pero igualmente moderna, se había intensificado cuando Gamboa pasó por Buenos Aires. En su *Diario* contó que en junio de 1892 conoció a Martín Coronado en casa de Calixto Oyuela. Y anotó: “Manifiéstame [Coronado] su asombro por el movimiento literario que ha encontrado en Buenos Aires después de cinco años de ausencia”. Gamboa, además, se imaginaba como un “literato célibe y extranjero por añadidura, con una ventaja: ser extranjero de país distantísimo, vale decir, de país que nunca podrá ser enemigo ni rival...”. La bohemia del viajero (diplomáticos, periodistas), a través de América o del Atlántico, a través del Río de la Plata o desde las provincias a Buenos Aires, también llevaba a otra soltura en las maneras de la sociabilidad letrada. Gamboa, al iniciar su *Diario*, desde luego pasó por la zozobra de sentir que solo estaba escribiendo egotismos y puerilidades. Pero

el diario del escritor y el diario del viajero prácticamente coincidían, y Gamboa podía mirar sin sentirse observado. Atribuía el éxito de sus martes a que su casa era un espacio neutral.

Y además, Gamboa tenía como lecturas las correspondencias de Stendhal y Flaubert, y sobre todo el *Diario* de los Goncourt. Como Gómez Carrillo o Darío, Gamboa conoció las últimas maneras de la sociabilidad literaria parisina a través del viaje a París (en 1893 visitó a Zola y a Edmond de Goncourt)<sup>19</sup> y de la lectura. Y sus lecturas ya no eran Murger o Champfleury, sino Flaubert o los Goncourt. La *Correspondance* y el *Journal*, que empezaron a editarse en la década de 1880, eran, entre los relatos y retratos de la vida literaria moderna o francesa, una versión reciente que aún podía visitarse. El joven Gamboa se imaginaba en el mundo literario de Edmond de Goncourt, Turguéniev, Zola, Maupassant y Flaubert.

*La vie littéraire* (1888-1892) de Anatole France fue otra de las lecturas que, junto a *Le livre des masques* de Remy de Gourmont o *Los raros* de Rubén Darío, cursaron los jóvenes que se formaban como escritores por el 1900. Como lo recordó Martínez Cuitiño, *Los raros* fue en Buenos Aires el libro de iniciación más democrático, destinado a quienes no podían leer a Anatole France o a Remy de Gourmont. En todos los casos se trataba de libros que servían como introducción a las novedades literarias de París. Era un género nuevo, con una distribución editorial precaria y asimétrica, en el que prevalecían las referencias internas de la literatura francesa. Enrique Gómez Carrillo, que escribió antes y más que Rubén Darío libros introductorios a la vida literaria de París, tuvo en cambio escasa recepción en Buenos Aires.

La fórmula *vida literaria* en los medios masivos de Buenos Aires fue poco usada en la década de 1910, se usó bastante más a partir de 1920 y se volvió común en la segunda mitad de esa década. Durante esos años *Caras y Caretas* inició varias secciones fijas que la llevaban como

---

[19] Federico Gamboa, *Mi diario. Primera serie-I (1892-1896)*, Guadalajara, Imprenta de "La Gaceta de Guadalajara", 1907, pp. 156-166.

título: “Recuerdos de la vida literaria”, “Apostillas a la vida literaria”, “La mala vida literaria”. Fue en *Caras y Caretas*, en julio de 1931, que Arturo Giménez Pastor comenzó a publicar por entregas sus *Figuras a la distancia*. En julio de 1933 Manuel Gálvez empezó a publicar allí sus *Recuerdos de la vida literaria*. Y en enero de 1934 Atilio Chiáppori lo siguió con sus *Recuerdos de la vida literaria y artística*.

Giménez Pastor, diez años mayor que Gálvez o Chiáppori, terminó también reuniendo en un libro, *Figuras a la distancia* (1940), las entregas publicadas bajo ese mismo título en *Caras y Caretas*. Las primeras entregas estaban dedicadas a ex presidentes: Sarmiento, Avellaneda, Máximo Santos, Juárez Celman, Mitre. Giménez Pastor volvía a su infancia no para hablar de sí mismo, sino de sus recuerdos más lejanos: figuras legendarias del pasado o estampas viejas de la ciudad, de Montevideo o Buenos Aires, cuarenta años atrás. Aunque el libro se deja leer como las memorias de un periodista (que también fue profesor de literatura y escribió para el teatro), no oculta el plan original de 1931, la colección de siluetas periodísticas de figuras históricas, de la historia política y cultural. Manuel Gálvez, en cambio, comenzó a publicar sus memorias usando ya *Recuerdos de la vida literaria* como título general. Desde las primeras entregas hablaba sobre sí mismo y su generación. Y en los dos casos eran relatos de iniciación. La de Gálvez fue una generación de memorialistas, y terminó por ser Gálvez, pese a las tempranas pero mucho peor editadas memorias de Giusti, el memorialista clásico.<sup>20</sup> Además, Gálvez había publicado en 1916 su novela *El mal metafísico*, una versión ficcional y anticipada de *Amigos y maestros de mi juventud*.

### Tres generaciones

El género de las memorias literarias fue escrito por las tres primeras autodenominadas *nuevas generaciones literarias*. La primera fue la de García Mérou y demás

---

[20] Verónica Delgado, “Memorias encontradas: Manuel Gálvez y Roberto Giusti”, en *Contratiempos de la memoria*, Miguel Dalmaroni y Geraldine Rogers (editores), La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2009.

jóvenes del Círculo Científico Literario. La segunda fue la de Rubén Darío en Buenos Aires en los años del Ateneo. Y la tercera fue la de Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y Roberto Giusti. Las tres nuevas generaciones redujeron estrictamente las franjas etarias y pensaron sus iniciaciones como fechas de la historia literaria. Así, para García Mérou los miembros de la contemporánea *Academia Argentina* “perteneían, por lo general, a una generación anterior a la nuestra”. Darío, al llegar a Buenos Aires, distinguió las figuras más prestigiosas por apellido y edad, para luego aclarar que su “mayor número de relaciones estaba entre los jóvenes”. Para Gálvez, Lugones, solo ocho años mayor, había pertenecido a una generación previa.

La última de las tres generaciones tuvo la convicción de que la literatura nacional quedaba fundada con ellos. “Antes de nosotros”, recordó Gálvez, “no existió en la Argentina una verdadera generación de escritores”. Fue la generación que escribió la literatura nacional, su historia y sus memorias. José Podestá recordó que en 1909 se cruzó con Vicente Rossi en Córdoba. Rossi preparaba una historia del teatro y venía solicitándole a Podestá informes sobre su campaña artística. Cuando se encontraron, Podestá descubrió que su propia carrera y la de su familia se estaba convirtiendo en historia de la cultura argentina:

...no me imaginaba que pudiera hacerse un trabajo serio, y esa fue la sorpresa, al saber que Rossi nos esperaba para leernos su obra y someterla a las observaciones que fueran necesarias. Con tal motivo nos reunimos una tarde el autor Scotti y yo.

Encontramos un trabajo bien documentado, de sinceridad poco común y puntos de vista bien aplicados. Se publicó en el siguiente año de nuestra entrevista, o sea, en 1910, bajo el título de *Teatro Nacional Rioplatense*. Es el único sobre este tópico aparecido hasta la fecha, completo y exacto.<sup>21</sup>

---

[21] José Podestá, “La primera crónica histórica sobre nuestro teatro” en *Medio siglo de farándula. Memorias de José J. Podestá*, Río de la Plata, Talleres de la Imprenta Argentina de Córdoba, 1930.

La historia del circo de los Podestá como primera historia de la cultura en el Río de la Plata: los Podestá, que en la década de 1880 habían cumplido la ironía histórica de fundar el teatro nacional, volvían con esta segunda ironía, que pasó menos advertida entre el ruido de las celebraciones del Centenario, mientras Lugones escribía sus *Odas seculares* y Payró sus *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*. Siete años después de la aparición de *Teatro nacional rioplatense*, Ricardo Rojas publicaría el primer tomo de *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata* (1917).

### Memoria e historia

Ricardo Rojas, cuya Historia comenzó a publicarse un año después de la aparición de *El mal metafísico*, fue otro de los memorialistas de la generación. Se encargó de escribir sobre Emilio Becher. Todos recordaron a Becher, que a través de unánimes retratos y recuerdos terminaría consagrado como el gran malogrado. Pero Rojas, con su Instituto de Literatura Argentina y su voluntad de reunir los documentos y fundar la biblioteca de la historia literaria argentina, poseía cierto monopolio sobre su memoria. En el programa de Literatura Argentina de 1937 incluyó muchos nuevos

escritores fallecidos últimamente: Joaquín V. González, Calixto Oyuela, Martiniano Leguizamón, Juan Agustín García, Osvaldo Magnasco, Roberto J. Payró, Joaquín Castellanos, Ángel de Estrada. Y agregué a esta lista los nombres de dos autores que vivieron fuera del escalafón oficial: Martín Goycoechea Menéndez y Emilio Becher.<sup>22</sup>

El género de los recuerdos de la vida literaria tuvo, como se ve, un punto de emergencia que se produjo por 1930, y luego, enseguida, un punto de consagración cuando las

---

[22] Ricardo Rojas, "Evocación de Emilio Becher", en *Diálogo de las Sombras y otras páginas de Emilio Becher*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Literatura Argentina, 1938, pp. VII-VIII.

memorias se publicaron como libros en la década de 1940. Los “Veinte años de vida literaria” (1927) de Roberto Giusti, las memorias de José Podestá (1930), los adelantos de las memorias de los periodistas y escritores Giménez Pastor, Manuel Gálvez y Atilio Chiáppori en *Caras y Caretas* (1931-1934), dan cuenta de los años de surgimiento del género. Los memorialistas valían según su condición de testigos históricos y la antigüedad de los recuerdos. También según la legitimidad cultural de sus prácticas: la literatura era más que el periodismo y el teatro. La consagración del género se produjo en la década de 1940 con las ediciones de Kraft, *Memorias de un hombre de teatro* de Enrique García Velloso (1942), *Amigos y maestros de mi juventud* de Manuel Gálvez (1944) y *El Café de los Inmortales* de Vicente Martínez Cuitiño (1949). Las ediciones ilustradas de Kraft se distinguían en principio por el gran tamaño en cuarto. El papel, las tintas y los márgenes, la calidad de las fotografías, los dibujos y las viñetas exponían la materialidad de la edición artística.

Historias y memorias fueron géneros que se formaron juntos. Podestá celebraba el valor histórico de la obra de Vicente Rossi, que a la vez se había basado parcialmente en la historia del propio Podestá, y en los documentos e informaciones que el actor, director y empresario le había suministrado al historiador. Rojas, al recordar su fundación de la cátedra de literatura argentina, subrayaba sus personales diligencias entre bibliotecas familiares para reunir los materiales de la biblioteca de la literatura nacional. Entre la memoria y la historia, las primeras historias culturales tuvieron cierto carácter amateur. Se reunían los documentos para servir a la historia, como se ve en Rojas, mediante un ir y venir de casa en casa, con encuentros, como los de Rossi y Podestá, en los que la transmisión de los recuerdos era oral antes de ser escrita e impresa.

Los historiadores de la literatura buscan en la memorias materiales de primera mano para seguir escribiendo la historia. Jorge Rivera usó las memorias para escribir su historia de la profesionalización de los escritores

y la bohemia porteña.<sup>23</sup> Ya que el relato de la bohemia era un relato contado y reproducido por los bohemios mismos (Darío escribía sobre Soussens, Soussens sobre Monteavaro, Monteavaro sobre Fernández Espiro), Rivera encontraba sus materiales en las memorias de la propia bohemia. En *Ensayos argentinos* (1980), Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano usaron la sociología de Bourdieu, pero también leyeron los *Recuerdos de la vida literaria* con la convicción de que Manuel Gálvez había poseído una “conciencia sociológica”.<sup>24</sup> *Ensayos argentinos* comenzó a pensar la vida literaria (el ambiente social de la literatura de Eichenbaum, el campo literario de Bourdieu) como una dimensión sociológica necesaria para entender cómo había podido comenzar la literatura argentina. Pero si la historia literaria volvió una y otra vez a las memorias, porque encontraba allí los más densos y accesibles documentos contemporáneos sobre la vida literaria de una época o de una generación, hizo poco por trazar una historia de las memorias literarias mismas. La historia de ese género parece durar entre 1890 y 1970, si tomamos las fechas de las ediciones, o entre 1870 y 1920, si consideramos las juventudes e iniciaciones recordadas. Fueron tres generaciones que contaron tres relatos de iniciación: los inicios del escritor moderno, los inicios de una generación y los inicios de una literatura nacional —o cosmopolita e hispanoamericana, con Darío y Ugarte.

## Boedo y Florida

El martinfierrismo, difundido por Evar Méndez y Oliverio Girondo, y por todos los jóvenes de 1920, comenzando por Borges, que se iniciaron en la literatura

---

[23] Jorge Rivera, *Los bohemios*, Buenos Aires, CEAL, 1971; “La forja del escritor profesional (1900-1930). Los escritores y los nuevos medios masivos”, en *Capítulo. Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1980.

[24] Beatriz Sarlo, “Recuerdos de Manuel Gálvez, escritor profesional”, Estudio preliminar a Manuel Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria*, Buenos Aires, Taurus, 2002.

adquiriendo desde el principio como familiares las formas de sociabilidad y publicidad agresivas del vanguardismo, dejaría un extenso archivo de memorias. Pero los principales títulos fueron editados por Ediciones Culturales Argentinas y la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia. Costeados por el Estado durante la presidencia de Frondizi y en conmemoración del sesquicentenario de la Revolución de Mayo, las ediciones de *Los martinfierristas* (1961), de Eduardo González Lanuza, y de *La revolución martinfierrista* (1962), de Córdova Iturburu, venían a homenajear un vanguardismo pasado y heroico. El libro de González Lanuza incluía una breve antología de la revista *Martín Fierro*, y el otro no era sino una antología. Los dos eran documentales, y el de González Lanuza incluía un apéndice con la lista completa de los colaboradores, la lista de los artistas plásticos cuyas obras habían sido reproducidas en *Martín Fierro* y los índices de todos sus números. La polémica entre Florida y Boedo, no menos que la revolución martinfierrista, fue un tema repetido en las memorias de los escritores que se iniciaron en la década de 1920. Leónidas Barletta publicó *Boedo y Florida. Una versión distinta* (1967) contra los libros de González Lanuza y Córdova Iturburu. Barletta venía a decir, contra las versiones martinfierristas, que la polémica no había sido solo una broma o una estrategia de mercado. Como había escrito Arlt en 1932: “Se es de Boedo o se es de Florida. Se está con los trabajadores o con los niños bien. El dilema es simple, claro, y lo entienden todos”.<sup>25</sup> Lo mismo sostuvo Raúl Larra en su temprana biografía *Roberto Arlt, el torturado* (1950), prolongando el número especial que la revista *Conducta* le dedicó en 1942. Desde entonces se sucederían las discusiones sobre quién era el dueño de Arlt: los comunistas, los vanguardistas de *Letra y Línea*, el grupo de Contorno, el boedismo.<sup>26</sup>

---

[25] Roberto Arlt, “Peñas de artistas en Boedo”, en *El Mundo*, Buenos Aires, 22 de octubre de 1932.

[26] David Viñas, “Arlt y los comunistas”, en *Contorno*, nº 2, Buenos Aires, mayo de 1954.

La polémica Boedo y Florida se volvía así a discutir treinta o cuarenta años después. Alberto Pineta, en 1962, publicó a través de Antonio Zamora su *Verde memoria. Tres décadas de literatura y periodismo en una autobiografía. Los grupos de Boedo y Florida*. Pineta era un periodista de Catamarca que llegó a Buenos Aires en 1925 y se inició en La República. Quiso colaborar en Martín Fierro y no lo aceptaron. El final del largo subtítulo, Los grupos de Boedo y Florida, era una estrategia editorial que también intentaba justificar la autobiografía de un periodista que la historia olvidaría. Ese mismo año apareció *Cronicón de un almacén literario* de Arturo Lagorio, otro memorialista tardío que insistía con el relato de la bohemia. Si el género de las memorias se interrumpió con la generación de 1920 no fue porque faltaran escritores que escribieran sus recuerdos, sino porque los recuerdos se abreviaban en autobiografías mínimas o se volvían proustianos, autobiografías de autor que, a favor de la infancia, postergaban y olvidaban recordar los inicios colectivos de una generación o las escenas de la cultura letrada de un pasado histórico. Ahora contar la infancia resultaba tan literario como describir un paisaje en el siglo XIX. El cambio puede advertirse en *Vida* de Baldomero Fernández Moreno (1957). También en los *Cuadernos de infancia* (1937) de Norah Lange, en las *Memorias de un provinciano* (1967) de Carlos Mastronardi o en las inolvidables *Memorias* (1974) de Elías Castelnuovo.



## Nota sobre los textos seleccionados

La Selección reúne capítulos y pasajes de diecisiete textos que registran recuerdos de la vida cultural (periodística, teatral, literaria) ubicados entre 1870 y 1920. Fueron ordenados según la cronología de los sucesos recordados y, más precisamente, de las iniciaciones recordadas. Aunque varios de ellos, como las *Memorias* de José Podestá, cumplieron el propósito de relatar largas trayectorias, el tópico de los inicios es sin duda el más presente y compartido en estos textos que, por otra parte, no siempre se parecen entre sí. Todos los textos cuentan inicios, en tres sentidos distintos que, sin embargo, se superponen a menudo: la iniciación de un sujeto individual, la formación y juventud de una nueva generación y la invención de una prensa, un teatro y una literatura nacionales.

Como verá el lector, no todos los textos seleccionados pertenecen al género de las memorias. En los trabajos que llevaron a elegir el corpus pensamos que una sujeción al género obligaba a excluir textos valiosos por excéntricos. *Mi diario* de Federico Gamboa, más allá de la relación que lo une a sus memorias *Impresiones y recuerdos*, era un registro de la exigua pero optimista vida literaria de 1892 y 1893, cuando un diario inspirado en los Goncourt parecía imposible en Buenos Aires. El *Diario de viaje a París*, que Horacio Quiroga no publicó ni mostró a sus más cercanos amigos, recordaba lo que nunca es feliz publicar, el fracaso. Algunos textos son reportajes, como “El viejo Ateneo” (1927) o incluso, hasta cierto punto, las *Memorias* de Rafael Barreda (1926). Fuimos estrictos, en cambio, en la exclusión de las innumerables colecciones de siluetas,

retratos o semblanzas. Pese a todas las conexiones, el de los retratos parece ser otro género, que necesita ser entendido junto a las historias de la caricatura y la fotografía.

En la elección buscamos combinar textos recordados, como los de Rubén Darío o Enrique García Velloso, con textos olvidados, como los de Rafael Barreda o Federico Mertens. Las muchas ediciones de *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, que tanto tardaron en restituir el título original, agregaron también numerosas erratas a la cuidada primera versión de *Caras y Caretas*. En las memorias clásicas de Manuel Gálvez y Roberto Giusti elegimos las últimas versiones, finalmente editadas por sus autores, y en los demás casos optamos por las primeras. Solo insertamos notas al pie aclaratorias cuando una referencia resultaba del todo insondable. Cada uno de los diecisiete textos va precedido de una noticia preliminar dedicada a la presentación y contextualización del memorialista y sus memorias.

## Selección

---



Rafael Barreda

*Memorias de un periodista de ayer*





## Rafael Barreda (1847-1927)

Rafael Barreda nació en Almería y pasó su primera infancia en Cádiz. Su familia llegó a Buenos Aires a fines de 1852. Unos cincuenta años después, a comienzos del siglo XX, sería uno de los más solicitados memorialistas. Es que Barreda había ocupado un lugar relevante tanto en el periodismo como en el teatro y en la novela popular. Fue un prolífico periodista-escritor, con una trayectoria extraordinariamente intensa, que vivió ochenta años. Su relación con el teatro fue precoz y familiar, ya que su familia vino de Cádiz al Río de la Plata justamente como parte de una compañía teatral. Algunos capítulos de sus memorias recuerdan la historia de los “fundadores del teatro nacional”. Pudo contar esa historia en primera persona porque desde la década de 1860 y durante más de veinte años escribió para el teatro. En 1872 fundó y presidió la Sociedad de Amigos del Teatro Nacional, sucedida después por la Sociedad Protectora del Teatro (1877) y el Círculo Dramático (1881).

Fue también en la década de 1860 que Barreda se inició como periodista en dos diarios agonizantes de la prensa de los españoles, *El Imparcial Español* y *La Razón Española*. Más tarde trabajaría para *La Tribuna*, *La Prensa*, *La Pampa*, *La Patria Argentina* y tantas otras publicaciones, entre las que también figuraron revistas satíricas como *Don Quijote* y *Caras y Caretas*. En 1870 volvió por un año a España, y en *La Correspondencia de España*, un vespertino pionero de la prensa moderna de noticias, fue donde aprendió, según dijo después, “el verdadero periodismo”.

Si algunas historias literarias mencionan a Rafael Barreda es para recordarlo como el folletinista que sucedió a Eduardo Gutiérrez en *La Patria Argentina*. Consiguió vender su primera novela al diario de los Gutiérrez gracias a la mediación de Ramón Romero, el autor de *Los amores de Giacumina*. A la publicación por entregas de su novelón, titulado *La pera envenenada*, le siguió otro de Fray Mocho. *La Patria Argentina*, Eduardo Gutiérrez, Ramón Romero, Fray Mocho: estos nombres ubican al Barreda de la década de 1880 en la zona de un periodismo incipientemente popular y profesional, por su

consumo y su producción, que comenzaba a entender que las crónicas policiales y las novelas de folletín “sensacionales” aumentaban la tirada de los diarios. Fue también la zona de la literatura criollista popular y de la “novela nacional”, fundada por Eugenio Cambaceres pero sobre todo por Eduardo Gutiérrez.

Barreda fue un aficionado a la historia. Escribió novelas sobre crímenes recientes y difundidos por la prensa, pero también, como Eduardo Gutiérrez, sobre casos policiales históricos. Resulta curioso que en busca de crímenes haya revisado toda la historia de la prensa porteña, desde *El Telégrafo Mercantil* (1801) en adelante. Sus memorias no parecen interferidas por lecturas de libros de historia, pero Barreda no podía ignorar que sus recuerdos ya eran objeto de las primeras historias culturales del Río de la Plata.

La publicación de *Memorias de un periodista de ayer* en veinticuatro entregas del folletín de *La Razón* a comienzos de 1926 fue anticipada por numerosos artículos aparecidos desde principios del siglo XX en *Caras y Caretas* y algunos otros medios masivos de la época. El pasaje de las *Memorias* titulado “Historia de tres novelas”, por ejemplo, se publicó en *Caras y Caretas* en 1904 con el mismo título, pero en una versión más extensa y dramatizada. Si se comparan los textos de *Caras y Caretas* y los de *La Razón*, los artículos de la revista se ven parcialmente copiados y abreviados en la última versión, editada por el joven Héctor Pedro Blomberg, que actuaba aquí como discreto entrevistador y amanuense de sus recuerdos. En la última entrega, Barreda tomaba la palabra y se despedía de los lectores: “Al trazar yo mismo, con mi mano temblorosa de octogenario, estas líneas finales, quiero hacer constar que el que redactó estas *Memorias*, don Pedro Héctor Blomberg, de cuyos padres y abuelos fui grande y sincero amigo, las ha escrito con fidelidad y amor”.

## Memorias de un periodista de ayer

Buenos Aires, *La Razón*, 6 al 29 de enero de 1926

### Diarios de antaño

Los diarios de mis tiempos se llenaban con tijera, o correspondencias extranjeras (fraguadas, generalmente), noticias locales, escasísima información de provincias, el editorial, la réplica, la discusión continua y casi siempre personal.

Los directores —verdaderos secretarios de redacción— “condimentaban” el material que les traían los noticieros, como se llamaba entonces a los *reporters*, material descarnado de toda apreciación.

Había que llenar aquel pozo de Airón, aquel diario tonel de las Danaides que hoy se llena con las secciones telegráficas y correspondencias “genuinas”.

Además de los directores, que no siempre eran redactores, los había “de fondo” o “en jefe”.

Eran “de élite” el general Mitre y Juan M. Gutiérrez en *La Nación Argentina*; Juan Carlos Gómez en *La Tribuna*, de los hermanos Varela, diario famoso y potente, que imponía gobernadores de provincia y hacía presidentes de la República; Sarmiento y otros en *El Nacional*; Nicolás Calvo en *La Reforma Pacífica*; Lucio V. Mansilla en *La Paz*; Cantilo en *La Verdad*; Pedro Goyena, José M. Estévez, Achával Rodríguez en los diarios católicos; y tantos otros inolvidables, talentosos y estudiantes que hicieron sus armas en los diarios citados y en otros que murieron de temprana muerte.

## Un polemista famoso

Evaristo Carriego, abuelo del poeta porteño, es el más grande y violento polemista que yo haya conocido. El general Urquiza, que temía su pluma terrible, en dos ocasiones ordenó que fuera asesinado. Pero los negros encargados de ejecutar al tremendo periodista fracasaron en su sangrienta misión. Carriego, que era “un manojo de nervios”, vivió para arrojar las flechas ardientes de su ira contra el pobre Olegario Andrade, a quien odiaba mortalmente, y contra Benjamín Posse, que fue, quizá, el más famoso de los periodistas de su tiempo, y ante el cual tembló una vez hasta don Domingo Faustino Sarmiento, que jamás había temblado ante nada, ni ante nadie...

Olegario Andrade y Epifanio Martínez fueron también polemistas intrépidos.

¿Y don José Posse, y Vélez Sarsfield, y sobre todo, don Juan Bautista Alberdi?

El autor de las *Bases* solía incurrir en una prosa negligente, algo oscura. Fue su hijo quien un día me llamó para revisar sus obras, de las cuales quería hacer una edición completa.

## Los primeros “canillitas”

Una mañana se oye por las calles céntricas de Buenos Aires, allá durante la guerra del Paraguay, un pregón insólito.

—¡Un peso *La República!*

Fueron los primeros canillitas porteños. Porque hasta ese día los diarios no se voceaban ni se vendían por las calles.

—¡Un peso *La República!*

Por primera vez se vendía un diario en la calle, y a un peso (cuatro centavos), cuando siempre habían valido cinco pesos (veinte centavos).

Se acababa de operar una transformación completa en las costumbres periodísticas.

¿Quién era el autor de esa transformación tan revolucionaria? El periodista Manuel Bilbao —“el Sarmiento chileno”—, más argentino que chileno, notable polemista, patriota ardiente, espíritu cultísimo, fundador de otros diarios inolvidables.

### **Cómo nació La Prensa**

—¿Es cierto que usted es uno de los fundadores de *La Prensa*, señor Barreda?

El anciano vuelve a sumergirse en sus hondos recuerdos.

—En la tarde de un sábado, hace cincuenta y ocho años, apareció una pequeña hoja impresa, que creció hasta convertirse en lo que es hoy, uno de los más grandes diarios del mundo. Nadie ignora que quien le prestó su espíritu ardoroso e inquebrantable fue don José C. Paz. Yo lo he visto, sí, lo he visto en incesante brega, en lucha homérica y silenciosa, para transmitirle su ideal a *La Prensa*, fundada en el taller tipográfico de la calle Moreno y Bolívar, frente a la vieja casa de Juan Manuel de Rosas, una antigua imprenta que compraron por acciones al poeta Estanislao del Campo.

Allí, en aquellos chiribitiles que daban acceso a un patio sucio y desmantelado, comenzaron la redacción los Terry, Gallo, Pellegrini; se fueron formando los Dávila, J. V. González, Lobos y tantos otros que fueron figuras altas y luminosas en el periodismo.

Yo fui el primer gacetillero que garabateó en *La Prensa*. Era, además de gacetillero, corrector de pruebas.

### **Periodistas de antaño**

—¿Recuerda otros nombres, señor Barreda?

—Hay tantos en mi memoria... Al principio hablé de directores y redactores de aquellas épocas desaparecidas. Ahora recordaré los nombres de algunos de los que amenizaban la seriedad del “fondo”, del comentario político, de las correspondencias y las noticias, con sus sabrosas críticas, sus chácharas alegres, sus versos famosos.

Ellos fueron: Horacio Varela (Barrabás) y Héctor Varela (Orión), ambos en La Tribuna; Jorge y Bartolito Mitre, en La Nación; Ramos Mejía (El licenciado Cabra) y Herrera (El veterano), en La Prensa; Alfonso (Boabdil), en La República; Carlitos Mansilla, Coquet y otros, en El Nacional, con críticos teatrales de nota, Santiago Estrada, Miguel Cané, Carlos y Alberto Gutiérrez, Lucio Vicente López, aquel espíritu ágil y travieso, aquella luminosa inteligencia que imitaba cuanto quería, y de admirable modo, la forma original, el estilo torrencioso de Sarmiento...

### Folletines y folletinistas

Los folletines se llenaban, por lo regular, como hoy se llenan regularmente: con novelas extranjeras (¡como hace medio siglo!), y eran escasas las obras originales, nacionales, que se daban en ellos. Los directores de los diarios de 1870 opinaban, como los de 1925, que pagar los derechos de la primera publicación de una novela argentina era “tirar la plata”...

Pero hubo excepciones honrosas.

Una de las primeras novelas nacionales del género romántico que se publicaron en *El Nacional* fue la de don Bernabé Demaría, el más abundoso poeta y el más fecundo pintor de costumbres camperas.

Luego vino el *Cristián*, de Ricardo Gutiérrez, tan famoso como médico, como poeta, como filántropo, y que es una verdadera joya de nuestra literatura.

Siguieron romances de Pedro Rivas, de Carlos Paz, de Luis V. Varela (con diversos seudónimos), de José S. Álvarez (Fray Mocho), de Julio Llanos, de Pablo della Costa, de Antonio Argerich (este vive aún, como Julio Llanos), de Eduardo Kellenberg, y las del verdadero profesional, el Alejandro Dumas criollo: Eduardo Gutiérrez, que afirmó el éxito de *La Patria Argentina* con sus famosísimos romances, los cuales, al cabo de medio siglo, continúan siendo leídos por millares de personas en los campos y en las ciudades.

Siendo Eduardo Gutiérrez, como lo era, un escritor castizo en la gacetilla —donde firmaba “Espumita”—, amoldó la forma del estilo y de la narración con tanta

propiedad al gusto de su público, que cuando el inmortal Juan Moreira se reimprimió en libros y en folletos, alcanzando millones de ejemplares, y cuando fue llevado a la pista de un circo, logró hacer la fortuna de editores y empresarios [como] los Maucci y los Podestá.

Eduardo Gutiérrez, José Hernández, el padre de Martín Fierro y enemigo personal de Sarmiento, y Fray Mocho, uno con sus narraciones, otro con su famoso poema, y el último con sus cuentos populares, forman la expresión más acabada de la literatura criolla de aquellas épocas, tan lejanas ya.

### **Figuras románticas del pasado**

Conocí y fui amigo personal de casi todos los poetas argentinos de mi tiempo. Alcancé a conocer a Mármol en su crepúsculo, cuando estaba casi ciego. Luego, más adelante, acuden a mi memoria las figuras trágicas y románticas de los poetas suicidas: Matías Behety, el Edgar Poe argentino; Gervasio Méndez, el Bécquer paralítico, clavado en su sillón; Jorge M. Mitre, Adolfo Lamarque, Leandro N. Alem.

Jorge M. Mitre, hijo predilecto del general, era un poeta epigramático de condiciones singulares. Una amistad estrecha lo unía con Adolfo Lamarque, al extremo de que los llamaban “Cástor y Pólux”. Fue Lamarque quien me presentó a Jorge Mitre, en su casa de la calle Córdoba, donde nos reunió en un almuerzo fastuoso.

El joven Mitre —cuyas poesías se publicaron en 1871, un año después de su muerte— produjo alguna que otra pieza dramática, como la comedia *La política*; fue uno de los precursores del teatro nacional. Manejaba el verso con facilidad extraordinaria. A los quince años, sus poesías se leían en todo Buenos Aires.

Apenas contaba diez y ocho cuando se suicidó en Río de Janeiro, él, que había escrito pocos meses antes esta composición titulada “El suicida”:

Era una noche de invierno crudo;  
Silbaba el viento con dolientes ecos...

.....

Todo en silencio ver, silencio mudo,  
Oyó en su corazón latidos secos.  
Dejó caer en sus manos la cabeza,  
Miró en su derredor lleno de espanto,  
    Parose con presteza,  
Y recorrió con rapidez su pieza,  
Y volviose a sentar, sumido en llanto.  
    “Vida”, dijo después, como saliendo  
De un letargo mirífico y profundo  
    “Si he de seguir viviendo  
Solo podré lograr vivir muriendo  
Encadenado al torcedor del mundo”  
Y tomó el arma, y a su sien llevola  
    Y el mortífero plomo hizo salir  
    Y ni una queja sola  
Después del estallar de la pistola  
Se hizo en el pecho del suicida oír...

Versos proféticos del poeta niño, cuyo afecto fraternal me expresó en otros versos inéditos que escribió en 1870 en un álbum que conservo todavía...

Adolfo Lamarque, poeta, orador, abogado notable, una de las figuras más brillantes y populares de Buenos Aires, también debía morir trágicamente. Se disparó un balazo en la sien, a las 9 de la noche del dieciocho de junio de 1888, en la calle Cuyo —hoy Sarmiento— al llegar a Uruguay.

Le lloré como a un hermano. Guardo sus cartas fraternales, sus versos autógrafos, su última poesía:

A D...

No vayas a llorar sobre tu tumba  
Deshecha tempestad mi vida arrastra  
Y quién sabe si sacia sus furores  
Al mirarme cadáver en la playa.  
Vive feliz, no expongás tu hermosura  
Al ímpetu feroz de la borrasca:  
Flor delicada, te conviene el clima  
De un tierno corazón, que tu voz abra.  
En tu memoria fiel, cándida niña

Del poeta infeliz el nombre guarda:  
Fue por ti sola mi primera aurora  
Y es tu nombre mi última palabra.

Leandro N. Alem, el caudillo romántico que sería con los años el ídolo de las multitudes argentinas, fue uno de los poetas de mi tiempo. Recitaba con voz algo ronca, pero clara y varonil, sus versos. Nos acompañaba en nuestras juveniles correrías por la fonda del Pobre Diablo, en el Paseo de Julio, por las veladas ruidosas de la Recova de Lorea.

El también, un cuarto de siglo más tarde, habría de morir trágicamente, él que había escrito esta poesía famosa, titulada “Sombras”:

Fantasmas que giráis en torno mío  
Negras visiones que agitáis mi alma,  
¿Qué queréis? ¿Quién os manda del infierno  
Para llenar de sombras mi morada?  
¿Sois acaso funestos mensajeros  
Que a presagiar venís nueva desgracia?  
¿No queréis que en la vida me ilumine  
Ni el débil resplandor de una esperanza?  
¡Mirad! ¿No veis la tenebrosa lucha  
En que mi noble corazón desangra?  
Pues bebiendo por horas el acíbar  
Ni un quejido he lanzado... ni una lágrima...  
¡Ah! si venís con el siniestro intento  
De que incline mi frente en la batalla,  
Volved, sombras impías, al abismo,  
Porque es sublime la virtud de mi alma!  
Desde el primer instante que mis pasos  
Al “tumulto social” me aproximaban,  
Sentí sobre mi frente candorosa  
El hálito fatal de la desgracia.  
Y al buscar del hermano la sonrisa,  
Desdeñoso y cruel me dio la espalda,  
Y huérfano y errante entre el tumulto,  
La sombra de las tumbas me rodeaba...

Durante mucho tiempo, allá por la década del 70, invitado especialmente por Alem, asistí yo a las tenidas de la logia masónica que fundara por aquel entonces.

### **Las poetisas de 1870**

He oído decir que ahora el número de las mujeres que escriben versos en Buenos Aires es cada vez más alarmante. Les viene por tradición...

Muchas, y algunas verdaderamente interesantes, eran las que cantaban en esta ciudad, hace cincuenta años.

*La Ondina del Plata* era el receptáculo de las poesías femeninas. Todas las niñas que sabían hilvanar una rima acudían a *La Ondina* en demanda de inmortalidad. Y es justo reconocer que entre ellas se encontraban temperamentos realmente poéticos, imaginación y sensibilidad.

Recuerdo, entre otras muchas, a la hija del cantor de “Prometeo”, Agustina Andrade, que firmaba con el seudónimo de “Tórtola”; a Silvia Fernández, a Juliana Gauna, hija de una célebre actriz española; Josefina Pelliza, Juana Manso, Ida Edelvira Rodríguez...

Eran las alondras porteñas. Sus versos circulaban profusamente, y muchas de sus composiciones han quedado en las antologías.

### **Historia de tres novelas**

Acababa mi malogrado amigo Eduardo Gutiérrez de destilar la última gota de sangre de uno de sus celebrados “Crímenes policiales” cuando, acosado por la necesidad, urdí el primer capítulo de una novela sensacional para los folletines de *La Patria Argentina* con el tremendo título de *Magistrados que matan*. Gran éxito.

Me pidieron otra, más sensacional. Y escribí *La pera envenenada*, que despertó la indignación de Roberto Payró. *La pera* no terminaba nunca, como que me pagaban el folletín por mes...

—Termine de una vez esa *pera* interminable, me intimó el director de *La Patria*.

—Muy bien, le dije; mañana empieza la carnicería: no quedará bicho viviente. Después me suicidaré...

Porque, dicho sea, mi novela era objeto de ataques furibundos desde otros diarios, ataques de una violencia sin igual. Terminó mi folletín y se empezó a publicar en el diario de los Gutiérrez otro, titulado *Bochín*. Seamos justos. El estilo era chispeante, admirable. Gustó mucho. Su autor era José S. Álvarez, “Fray Mocho”.

Pero no pasaron muchas semanas sin que la misma vara con que mi inolvidable “Fray Mocho” me midió a mí, al birlarme los folletines de *La Patria*, lo midiera a él. *Bochín* desapareció de la página de los folletines, y en su lugar los lectores comenzaron a saborear una crónica espeluznante, sanguinolenta: *Volpi y Patroni*, la historia del famoso crimen del dictador uruguayo Santos...

Pobre Pablo della Costa, noble e inolvidable compañero! A él le ocurrió con su folletín sangriento lo que a Brutus: mató a Bochín, como Bochín había asesinado a *La pera envenenada*; pero él también sucumbió a manos de la patibularia novela extranjera, como ocurre desde hace unos 60 años en el periodismo argentino...

### **La broma que mató a Pantaleón Gómez**

El general Lucio V. Mansilla no era de esos hombres que se dejaban “titear” impunemente.

Fue allá por el 70 y tantos que el sobrino de Rosas se hallaba en una época difícil de su vida, “andaba en desgracia”, como decía él mismo, sin grado militar, sin sueldo, sin recursos, puesto en la “lista negra” por Sarmiento, que le debía, en parte, el triunfo de su candidatura presidencial.

Mansilla, hombre animoso y emprendedor, “descubrió” la existencia de una mina de oro en el Paraguay, y organizó una sociedad por acciones para su explotación. Dícese que esta “mina” no era otra cosa que los tesoros del mariscal López, ocultos en el Amambay.

Pantaleón Gómez, antiguo escribano de la Recova vieja, guerrero del Paraguay, periodista por afición que colaboraba en *La Tribuna*, *El Nacional*, comenzó a burlarse

humorísticamente de Mansilla y de su misteriosa mina de oro. Día tras día publicábale sueltos jocosos: “¿Lucio, apareció ya el perro muerto?”, “¿Lucio, dónde está la mina?”, etc.

Mansilla, irritado, le envió finalmente sus padrinos. El pobre Pantaleón, para quien aquello había sido una simple broma, sin malignidad alguna, se vio obligado a batirse. Todos sabían que aquello iba a terminar mal. Mansilla era un habilísimo tirador, y Gómez apenas sabía empuñar una espada.

El duelo terminó con la muerte de Pantaleón Gómez, duelo que pudo y debió evitarse en la opinión general.

Más de una vez Mansilla me confesó, después: “Fue uno de los momentos más tristes de mi vida. Yo tenía la convicción de que aquel hombre era inocente”.

—¿Entonces, por qué lo mató?

—No pensaba hacerlo, dijo Mansilla, pero en el instante supremo creí notar en su fisonomía un gesto de odio... y decidí lavar con sangre la ofensa que encerraban sus bromas periodísticas.

### **Hasta las cruces que levanta el pobre**

Matías Behety fue un “chiquilín prodigioso”. Vino de Concepción del Uruguay, en cuyo famoso colegio estudiara, a Buenos Aires, sin más equipaje que su gran talento y un traje raído. Estudió Derecho aquí, sin terminar los cursos. Goyena, Estrada, Quintana, Guido y Spano, Héctor Varela, Mansilla y cuanto intelectual había entonces fueron los amigos de aquel “hombrecillo” que pensaba y hablaba como un maestro.

Matías era pobre, y vivió pobre, casi en la miseria, frecuentando la redacción de casi todos los diarios, zurciendo crónicas, artículos, haciendo versos, improvisando folletines, que todo para él era lo mismo. Inclinado por temperamento y escuela al romanticismo lamartiniano, solía acercarse a las tendencias de Edgar Poe, con quien se le comparó por su vida desordenada.

Fue “pasante” del estudio del doctor Manuel Quintana bastante tiempo. Su delicadeza llegaba al extremo. En una época amarga, pasó tres días sin comer, sin decirselo a nadie.

Fundada la ciudad de La Plata, se fue a vivir allí. Un fondero, al que arregló a satisfacción un asunto judicial, desinteresadamente, le invitó a vivir en su fonda, sin cobrarle, pues sabía la miseria del poeta. Behety eligió la pieza más mísera.

—Vendré a vivir aquí—dijo— pero con la condición de que usted todos los meses me pasará la cuenta. En cuanto cobre algún dinero, le pagaré...

Protestó, suplicó, el honrado fondero. Pero Behety insistió. Allí vivió algunos meses. Una noche pidió las cuentas y las firmó. “Me voy, dijo, pero volveré...”.

Así fue, en efecto. A los quince días volvió y pagó íntegramente al fondero, que protestaba inútilmente.

Durante los últimos meses de su vida se alejó de sus amigos. Andaba por las tabernas y almacenes de La Plata. Allí se encontraba a sus anchas, como él decía, usando de su lenguaje persuasivo, salpicado de imágenes brillantes, compartiendo con los pobres sus menguados recursos. Los que le oían, gentes ignorantes y sencillas, sentían un gran respeto por él. Al pasar una noche por un almacén, oí su voz en la trastienda y entré. Allí estaba, rodeado de unos hombres de aspecto rudo, que le escuchaban embobados. Me miró, y exclamó sonriendo: “Aquí me tienes ilustrando a las masas, Rafael”.

En La Plata, hasta hace unos diez o doce años, se mostraba un cuartito humilde, oscuro, y se decía: “Aquí murió Matías Behety”.

Sí, allí había muerto Matías Behety, en el más profundo aislamiento. Sus amigos fuimos a buscar su sepultura, señalada por una modesta cruz. La había derribado el pampero, lo cual hizo exclamar al poeta Antonino Lamberti, su más íntimo amigo:

¡Hasta las cruces que levanta el pobre son las primeras que voltea el viento...!

Me han informado que hace pocas semanas los sobrinos de Matías Behety, mi compañero de hace medio siglo, han levantado un monumento a su dulce y melancólica memoria en ese mismo cementerio de La Plata.

Pobre y querido Matías... Durante cincuenta años sus cartas, que conservo intactas, me han hablado de él, de su talento, de su bondad, de su tristeza...

José J. Podestá

*Medio siglo de farándula. Memorias de José J. Podestá*





## José Podestá (1858-1937)

Los hermanos Podestá eran hijos de genoveses que llegaron a Montevideo en la década de 1840. José y sus hermanos varones se iniciaron como artistas ambulantes de circo, como músicos y “pruebistas”. Con hijos y nietos que continuaron la tradición familiar, los hermanos, liderados por José, terminarían fundando el llamado “teatro nacional”. Los historiadores siempre coincidieron en afirmar que esa fundación se produjo cuando los Podestá, asociados a los hermanos Carlo, estrenaron en 1884, en Buenos Aires, la pantomima *Juan Moreira*. El propio Eduardo Gutiérrez convirtió su novela en una serie de “cuadros” y José Podestá interpretó el personaje de Moreira. Un joven repórter de entonces, Carlos Olivera, entendió lo que estaba sucediendo y escribió, con efectismo y clarividencia: “Nosotros creemos que en la semana anterior ha nacido el *teatro nacional*” (“Juan Moreira”, *En la brecha*).

Los inicios de los Podestá fueron aun más modestos. Habían comenzado como cómicos de la legua recorriendo pueblos de Uruguay y de la provincia de Buenos Aires a mediados de la década de 1870. Era un modo de existencia aventurero y precario. Las funciones a veces tenían éxito y a veces no. Los viajes eran peligrosos y los artistas se jugaban la vida sin victimizarse. En sus memorias, Podestá recuerda una gira por el sur de la provincia de Buenos Aires en 1880. El ferrocarril llegaba por entonces hasta Azul, y a partir de allí había que seguir en carretas que solían empantanarse o volcar. Los sorprendió un temporal de lluvia y frío que duró tres días. Podestá cuenta así el final de la aventura:

En el viaje de Tandil a Juárez hallamos la vía del ferrocarril; fue tan grande nuestra alegría que como fervientes devotos nos arrodillamos y besamos los rieles, pues ello significaba que pronto volveríamos a Buenos Aires en tren.

Este estilo de vida, marcado por el nomadismo, la marginalidad, la inestabilidad económica y las libertades

aventureras, era el que los jóvenes letrados de entonces, lectores de las *Escenas de la vida bohemia* de Henri Murger, intentaban tímidamente remedar para asumir, al menos por un momento, la nueva identidad del escritor moderno o artista. Pero Podestá, que siempre había vivido a la manera bohemia sin proponérselo y sin saberlo, solo usaba la palabra “farándula” para referirse a sus artistas.

El cruce entre el teatro popular de José Podestá y la cultura letrada culta se produjo en los primeros años del siglo XX. *Jesús Nazareno* de Enrique García Velloso se estrenó en febrero de 1902. *Canción trágica* de Roberto Payró, dos meses después, en abril. *La piedra de escándalo* de Martín Coronado, en junio. Según lo recuerda Podestá, esta obra “fue la verdadera ‘piedra de toque’ en la evolución de nuestro teatro; granjeó voluntades, conmovió a los incrédulos y congregó en el Apolo lo más destacado de la gente de letras”. Los nuevos escritores, para quienes los Podestá eran “pruebistas analfabetos”, comenzaron a cambiar de opinión no sin resistencias. Aunque carecían de toda experiencia teatral, pocos de ellos toleraban que adaptaran sus obras, en general excesivamente literarias, con interminables y pedantes parlamentos, a las reglas de la representación dramática y al gusto del público. “En mi larga actuación como director”, recordó Podestá, “he tenido que sostener muchísimas polémicas con autores y presuntos autores por la no aceptación de obras”. Y concluyó, candorosamente: “La falta de un título universitario me ha ocasionado muchos sinsabores”.

Ya en la primera década del siglo pudo saber que estaba haciendo historia. Conoció y asesoró a Vicente Rossi, que en 1910 publicó su *Teatro Nacional Rioplatense*. El teatro vivía de la frenética sucesión de estrenos, e incluso las obras más exitosas se reemplazaban rápidamente. Sus memorias llegan a contar su vida en el sentido aritmético del término:

En el Apolo actuamos desde el 6 de abril de 1901 al 15 de diciembre de 1908, o sea 7 años, 8 meses y 10 días.

Estrenamos 249 obras.

Dimos 3249 representaciones.

Se efectuaron 157 beneficios para sociedades, autores, artistas, gentes de teatro, etc.

En 1925 organizó él mismo la celebración de sus bodas de oro con el teatro, que se realizó en el *Hippodrome*, como todavía lo llamaban, con la asistencia del presidente Marcelo Torcuato de Alvear. Con sesenta y siete años, volvió a montar un caballo en el personaje de Juan Moreira durante más de cien representaciones.

## Medio siglo de farándula. Memorias de José J. Podestá

Río de La Plata, Talleres de la Imprenta  
Argentina de Córdoba, 1930

### Sainetes y pantomimas

Cuando empecé a trabajar en el circo ya se hacían en el picadero algunos sainetes, los que concluían infaliblemente a vejigazos y a palos, por cierto inofensivos, pues los garrotes eran hechos de paja bien atada y forrada con tela, o bien de cuero de carnero, seco y sin lana, arrollado y atado un poco flojo para que hiciera ruido al dar los golpes.

*El modo de pagar las deudas, María Cota, El negro boletero, El maestro de escuela* fueron los primeros sainetes que yo conocí. Estas piezas, después de ensayadas varias veces, se hacían ad libitum, improvisando lo que viniera bien al asunto.

Se alternaban con pantomimas en que Pierrot era el tipo principal, generalmente hecho por el payaso, que por su comicidad era el alma de la obra. Se hacían otras pantomimas como *Los brigantes de la Calabria*, en que el sirviente, un inglés sonso, era el héroe de la pieza; *Los bandidos de Sierra Morena*, en que el asistente del capitán hacía un tipo jocoso y simpático. También se representaba *Los dos sargentos y Garibaldi en Aspromonte*; de modo que cuando se me propuso la representación de la pantomima *Juan Moreira* no era un novel ni mucho menos en ese arte.

El año 84 trabajamos en el Teatro-Circo Humberto Primo (Cevallos, entre Moreno y Belgrano). Pepino 88

era el atractivo popular de la compañía. Al mismo tiempo trabajaban en el Politeama Argentino los Hermanos Carlo, con muy buen conjunto y extraordinario éxito, contando con Frank Brown.

### **La pantomima *Juan Moreira***

Después de más de cien funciones que los Carlo habían dado, y ya agotado el repertorio y acercándose la fecha del beneficio de ellos, se buscaba una novedad y no se daba con ella, hasta que una tarde, conversando Eduardo Gutiérrez con el representante de la empresa del Politeama, señor Alfredo Cattaneo, se le ocurrió a este decirle a Gutiérrez:

—¿Por qué no arreglás *Juan Moreira* en pantomima y la representamos en el beneficio de los Hermanos Carlo?

Gutiérrez después de un momento de meditación contestó:

—No, no puede ser. Para representar a Moreira se necesitaría un hombre que fuera criollo, que supiera montar bien a caballo, que accionara, cantara, bailara y tocara la guitarra, y sobre todo que supiera manejar bien un facón; en fin, un “gaucho”; y en esta compañía de extranjeros no hay ninguno que posea esas cualidades tan necesarias para representar al héroe.

Cattaneo, competente hombre de teatro, no tardó en contestarle en el acto:

—Yo sé dónde está ese hombre; trabaja en el Humberto Primo; es el payaso “Pepino 88”, José J. Podestá.

Gutiérrez, que ya me conocía, accedió y se comprometió a arreglar la pantomima con la condición de que los Carlo me contrataran, y así fue. Los Carlo, que no reparaban en gastos cuando deseaban dar una nota novedosa, me contrataron lo mismo que a mi familia y así unidos se reforzó el elenco, y pudo a los pocos días representarse *Moreira*, con aperos, trajes, guitarreros cantores, bailarines... todo un mundo de cosas extrañas en un circo de aquellos tiempos.

La obra se componía de varios cuadros.

Todo se expresaba con mímica, acompañada de música apropiada; solo el gato con relaciones y el estilo que

cantaba Moreira en la fiesta campestre interrumpían el mutismo de los actores.

Por primera vez la concurrencia oía cantar un estilo en una obra y el entusiasmo se apoderó de ella, que no cesaba de aplaudir. Eduardo Gutiérrez, que conocía el alma popular, aprovechó las décimas del poema *Lázaro* de su hermano Ricardo, cuyas estrofas encuadraban perfectamente dentro de la idiosincrasia y el fatalismo del protagonista:

El hondo pesar que siento  
y ya el alma me desgarrar,  
solloza en esta guitarra  
y está llorando en mi acento:  
como es mi propio tormento  
fuente de mi inspiración,  
cada pie de esta canción  
lleva del alma un pedazo,  
y en cada nota que enlace  
se me parte el corazón.

Una de las notas alegres y simpáticas de esa función fue la que dieron varios morenos contratados expresamente para tocar la guitarra y cantar el gato, sorprendiendo a todos por la forma como hacían *rayar* los fletes en la pista, *canchar* entusiasmándose al extremo de darse guantadas recíprocamente, hasta que algunos de los artistas los separaban. Como estas cosas no se habían ensayado fue una sorpresa para la compañía, un aliciente para la obra y un detalle más que enardecía el espíritu del público, tan afecto a rendir culto al coraje.

Estas y otras escenas realistas dieron color y animación a la obra, despertando en el público un interés especial por el espectáculo.

La pantomima se representaba en el escenario y en la pista. Cuando se trabajaba en el picadero se levantaban los *tableros* del centro del escenario, quedando un camino como de dos metros de ancho para el paso de los artistas y los caballos que tomaban parte.

En la escena final el escenario quedaba dividido en dos partes comunicándose por medio de un *tablero* que hacía de puente; a la derecha del actor había un pozo de balde y al fondo una pared-cerco; a la izquierda, formando ángulo, habitaciones.

El día del ensayo general a muchos de los artistas les parecía que la pantomima iba a fracasar, al extremo que el mismo director de mímica señor Pratesi, me decía entre serio y broma:

—Pepe, ¡esta noche nos matan!

Yo me reía de las dudas de todos porque tenía fe en la obra y sobre todo en la escena final.

Para el efecto combiné, sin decir nada a nadie, con un moreno peón de la compañía, que cuando yo lo *matara* cayera atravesado en el puente que dividía el escenario, con la cabeza y los brazos colgando y que no se levantara hasta que yo se lo ordenara.

El moreno cumplió al pie de la letra lo convenido.

Terminada la obra y después de muchísimas llamadas a los artistas y al autor, el moreno seguía muerto, lo que intrigó al público, que saltó al picadero, se llegó hasta el escenario para ver si efectivamente había sucedido alguna desgracia, y cuando lo creí oportuno di la voz de “¡ahora!” y el muerto se levantó, alzó los brazos y soltó una carcajada estridente que se remató con un gran aplauso, mientras Gutiérrez, su señora esposa y muchos amigos me abrazaban y felicitaban por mi trabajo y por la sorpresa del moreno, que sin ser artista había coadyuvado al éxito general.

Así terminó aquella memorable noche de *Juan Moreira*, sin sospechar siquiera que con el correr del tiempo iba a ser el primer jalón sobre cuya base se levantaría nuestro Teatro.

La pantomima se representó trece veces seguidas y si no se continuó por más tiempo fue porque los Hermanos Carlo debían embarcarse para Río de Janeiro, cumpliendo un contrato firmado con anterioridad.

Cuando se resolvió representar la pantomima *Juan Moreira*, en la que se tenía muy poca fe, faltaban pocos días para terminar en el Politeama Argentino su contrato los

Hermanos Carlo, mayor motivo para que hubiera menos interés en el decorado, sastrería y atrezos, pues casi todo fue alquilado y prestado. Moreira lucía botas, espuelas, calzoncillo cribado, chiripá negro, poncho, rebenque, cinto con botones-monedas, barba, peluca, vincha, camisa blanca y facón de madera pintada. Así se representó sin calcular que el protagonista en sus aventuras y correrías no siempre iría en *mangas de camisa y arremangado*, como tampoco se pensó que peleando con el facón de madera podía romperse y dejarlo desarmado, haciéndole hacer un mal papel, como sucedió en la primera función, que casi al terminar la lucha final se partió el facón.

### ***Moreira habla***

De Arrecifes nos trasladamos a Chivilcoy y el 10 de abril [de 1886] (fecha memorable) estrenamos por primera vez el drama criollo hablado *Juan Moreira*.

El público, acostumbrado a ver pantomimas a base de vejigazos, y sainetes con finales en que el garrote de paja resolvía todas las intrigas, se halló de buenas a primeras con algo que no esperaba, y, de sorpresa en sorpresa, pasó al más vivo interés y de este al entusiasmo demostrado al final en una gran ovación.

Al día siguiente se hablaba en todas partes del suceso de *Moreira* en el circo Podestá-Scotti.

El compadre Legris<sup>1</sup> no pudo gozar de este éxito porque pocos días antes se había marchado al Uruguay, para incorporarse a los revolucionarios orientales cuya empresa terminó con el desgraciado desastre del Quebracho.

El 21 de abril la Sociedad Operai Italiani de Chivilcoy nos nombró socios honorarios con medalla de plata a Scotti y a mí.

Algunos escritores han “visto visiones”, hablando de *visiones y clarividencias* sobre el advenimiento del Teatro

---

[1] Egesipo Legris, representante de la compañía Podestá-Scotti, propuso volver al “éxito seguro” de la pantomima *Juan Moreira* dos años después de su primera representación. [N. del E.]

Nacional Rioplatense, que tengo el deber de aclarar. Beaupuy no vio en su indicación<sup>2</sup> otro resultado que el de un mayor éxito en una mejor comprensión. Eduardo Gutiérrez tuvo aun menos visión futura, pues a pesar del éxito obtenido en el Politeama Argentino con su pantomima, se mostró indiferente cuando lo invité a que presenciara su *Juan Moreira* arreglado por mí en drama hablado.

Si Gutiérrez hubiera tenido la visión de que *Moreira* iba a ser la base del Teatro Nacional, se habría preocupado más de la obra, y, seguramente, habría escrito algo de más valor para la escena, y tan evidente es esto, que Gutiérrez *nunca presenció su Moreira hablado*.

Nadie pensó en el alcance de aquella indicación de don León; ella nos demostró que teníamos entre manos un diamante en bruto; había que pulirlo para que brillara, y el tiempo se encargó de ello.

### **A Buenos Aires por primera vez con *Moreira***

Las fiestas Mayas de ese año [1886] las pasamos en Mercedes. Allí fue donde Alberto Ghirardo me conoció viéndome representar *Moreira*. Más tarde él y otros muchachos no pudieron sustraerse a la influencia del drama criollo; imitándome en la voz y los modales representaban el drama recién revelado en improvisadas farándulas.

En ese tiempo Pablo Raffetto había levantado un politeama cubierto de chapas de fierro en Buenos Aires (calle Europa y Piedras). Como se aproximaba el invierno, era necesario procurarse abrigo bajo techo seguro y dejar la carpa para mejor estación, y al efecto, nos asociamos a Raffetto para trabajar en el citado politeama.

Como era un barrio un poco apartado del centro, en aquel entonces, y a pesar de haber gustado muchísimo *Moreira*, su fama no pasó de la parroquia San Telmo y la prensa poco o nada se ocupó de él.

---

[2] El francés León Beaupuy, dueño de un hotel en Arrecifes y aficionado al teatro, convenció a José Podestá de convertir la pantomima en "drama hablado". [N. del E.]

Don Eduardo Gutiérrez dio la ingrata nota de demandar a Raffetto por la interpretación *indebida* de *Juan Moreira*.

Cuando Raffetto se presentó al Juzgado y habló con Gutiérrez, le explicó que quienes representaban *Moreira* eran los Podestá y no él, y que según tenía entendido, lo hacían porque el mismo Gutiérrez les había concedido verbalmente autorización para hacer ese drama.

Gutiérrez, que era un buen criollo, se acordó sin duda de su concesión y de que yo lo había invitado para *Moreira* teatralizado, y dijo a Raffetto que continuara trabajando tranquilo, que ese asunto ya estaba concluido.

### **Del Victoria al Rivadavia (hoy Liceo)**

Corría el mes de enero de 1901 y nuestra temporada en el Victoria tocaba a su término. No teníamos determinado aún adónde iríamos; ya no contábamos con la carpa y demás chirimbolos necesarios para instalarnos en cualquier parte.

Además le habíamos tomado apego a la vida de Buenos Aires, porque era más cómoda y tranquila, y también porque la experiencia nos estaba enseñando que debíamos radicarnos en la Capital, para de ese modo estar más en contacto con los hombres de letras que eran los que debían ayudarnos en nuestra empresa.

Una mañana iba a tomar el tranvía en Rivadavia y San José, y por no esperar allí parado seguí hacia el Oeste; en la puerta del teatro Rivadavia encontré al viejo amigo Alcides Petray, veterano en el gremio de maquinistas teatrales, quien me sugirió la idea de arrendar el citado teatro, que estaba disponible por dos meses.

En esa época los asuntos teatrales eran vidriosos; sin embargo, yo sentía la necesidad de nuestra permanencia en Buenos Aires, para hacer ambiente y convencer por medio del trabajo a los que dudaban del porvenir de nuestra obra.

Tomé el tranvía para el Once y al pasar por el teatro Doria (hoy Marconi) vi parado en su frente al empresario Silvio Giovannetti. “¡Este es el hombre!”, me dije y descendí. Le propuse empresa de gastos para el Rivadavia y aceptó, y nos trasladamos a ese local con la compañía.

La temporada se desarrollaba regularmente bien, pero no tanto como para satisfacer las exigencias de las dos empresas, sobre todo las de la artística. Éramos muchos y no alcanzaba para todos.

Entre los miembros de mi familia existía la idea de independizarse. Algunos de los hijos de mi hermano Jerónimo eran mayores y se sentían con fuerzas para luchar solos; como esa resolución era inevitable, convenimos en dar la última función el domingo 17 de marzo, con *Calandria*, la obra campera de Leguizamón, en la que toda la familia Podestá tenía creado el papel que cada uno representaba.

Después de tantos años de trabajar unidos, llegaba la hora de la separación...!

### **Primera separación de los Podestá**

En el primer momento fue ruda la tarea de llenar los claros que dejaban Jerónimo, José, Arturo, María, Anita y Blanca. Yo quedé con Juan, Antonio, Pablo, Esther, Hebe, Totón, Marino y Aparicio, estos últimos dos niños.

De los artistas que teníamos, unos me siguieron y otros fueron con Jerónimo. Yo con los míos seguimos trabajando en el Rivadavia hasta terminar los dos meses convenidos, y Jerónimo con los suyos pasaron al teatro Libertad, calle Ecuador entre Corrientes y Lavalle.

### **Vistiendo al Apolo**

Algunos días antes de terminar la temporada, alguien se acordó del teatro Apolo, donde dos años antes habíamos trabajado con regular resultado.

El Apolo antes de ser tal fue un conventillo, como todos los locales de su clase. Unos señores lo construyeron sobre terreno ajeno, con ciertas cláusulas; sobrevino un pleito de varios años y lo perdieron.

Después de la inauguración por Concepción Aranaz, en marzo de 1892, hubo algunas temporadas más o menos felices. Mientras duró el pleito el Apolo estaba poco menos

que abandonado. Era el refugio de cuanta compañía aventurera intentaba probar fortuna. Se alquilaba por cualquier precio. Se daban bailes frecuentados por gente de la más baja estofa. Aquello parecía no tener dueño.

Giovanetti y Atilio Supparo fueron los encargados de inspeccionar el teatro y arrendarlo, sin fecha fija. Cuando Supparo volvió de la inspección reclamaba, formalmente, un traje nuevo porque el que llevaba había quedado imposible de tanto polvo y telas de araña.

Del fondo del escenario se extrajeron infinidad de carradas de basura depositada allí desde mucho tiempo atrás. Yuyos crecían en las hendidias del escenario. Las baldosas de los corredores y de la entrada estaban flojas. Por todas partes humedad, goteras, caños rotos. Una verdadera ruina. Para ponerlo medianamente usable se gastaron 4.500 pesos!

Ese fue el teatro que ocupamos pocos días después de la separación de Jerónimo y los suyos.

### **Duro y parejo**

Nuestra estabilidad dependía de los estrenos; desfilaron, pues, *Los hijos de Adán*, *Del Plata al Transvaal*, *Los dos hijos*, *Cuento al tío*, *Restauración*, *Heroísmo*, *El mendigo*, *La tía de Carlos*, *Alma y materia*; todas obras de un acto, y llegamos a *Jesús Nazareno* de Enrique García Velloso, en aquel momento distanciado de las compañías españolas a consecuencia del sonado fracaso que tuvo en el teatro La Comedia con *El corneta de Belgrano*.

Esto hizo que Velloso, decepcionado, se propusiera no escribir más para el teatro; pero una tarde fue a visitarnos al Apolo, y conversando de obras y artistas, nació la idea del drama *Jesús Nazareno*. Le insinué que escribiera una obra inspirada en el drama más grande y sublime del mundo, la vida y muerte de Jesucristo, con el protagonista gaucho de alma, redentor del paisanaje y de sus derechos inalienables hollados por malos gobiernos y por la corrupción de las leyes.

Velloso se resistía a aceptar; quizá el recuerdo del *pateo*, que hizo época entonces, lo retenía, y también el temor de represalias de parte de los mismos elementos de la compañía que interpretara su obra, a quienes él hizo responsables ante el público del fracaso de la misma, al querer justificarse, a consecuencia de lo cual viose obligado a huir a todo correr por el túnel del teatro, para evitar que los cómicos, indignados, lo *lincharan*.

Por fin, después de mucho insistir y abundar en consideraciones tendientes a hacerlo desistir de su resolución, aceptó, pero con la condición de que nadie habría de saber a quién pertenecía la obra, hasta que no se hubiera representado.

—Perfectamente—le contesté—, lo sabremos solo nosotros, Soria y Fontanella —que en ese instante estaba presente y era el apuntador de la compañía.

La noche del 25 de febrero de 1902 se estrenó *Jesús Nazareno*. Al final de cada acto el público entusiasmado pedía la presencia del autor; cuando terminó la representación, la concurrencia de pie no cesaba de aplaudir y pedir la presencia de aquel; entonces me acerqué a Velloso, que estaba entre bastidores, y le dije que la incógnita debía terminar en vista del éxito que presenciábamos; y se hizo la presentación del autor con gran entusiasmo de la concurrencia.

Fontanella, en la última hoja del libreto, escribió: “La noche que se estrenó esta obra se levantó 34 veces el telón”.

Este éxito da la explicación clara y precisa de que el público deliraba de entusiasmo al percibir íntimamente el arte nacional que surgía incontenible...

Sucesivamente estrenamos algunos arreglos de Poleró Escamilla: *El autor*, *El intérprete*, *Un hotel improvisado*, *Las de arriba* y el sainete de Soria con música de Antonio D. Podestá, *La beata*.

Con *Canción trágica* se incorporó a nuestro teatro el periodista y después autor dramático Roberto Payró. El 14 de abril estrenamos dicha obra con buen éxito, y este ensayo fue para su autor el aliciente que lo animó a escribir otras obras, que obtuvieron verdaderos sucesos.

El éxito de *Canción trágica* hizo que algunos autores refractarios al Apolo se resolvieran a estrenar en él.

Don Martín Coronado, el distinguido poeta y notable dramaturgo, no nos había visto trabajar nunca. Le hicieron creer que la mayoría de nuestro trabajo se reducía a puñaladas y trabucazos, y no tuvo interés por los dramas criollos; sin embargo, el franco éxito de Payró lo llevó una noche al Apolo, y desde entonces cambió de opinión.

Conversando con el doctor David Peña le dijo:

—Si estos hombres hacen *Canción trágica* tan de veras, bien pueden representar *La piedra de escándalo*.

A los pocos días García Velloso leía la celebrada obra, y su lectura interesó tanto y fue tan sentida que todos los oyentes pronosticaron que la pieza tendría un gran éxito.

Estrenamos *Gabino el mayoral* y *La lagartija* de Velloso, la primera original y la segunda un arreglo del francés, obras que se eternizaron en el cartel por lo mucho que agradaban; siguieron *El chiripá rojo* del mismo Velloso; *El millonario*, arreglo de Poleró Escamilla y *Un Otelu criollo* de José F. y Antonio D. Podestá; después le tocó turno a *La piedra de escándalo*, cuyo estreno se realizó el 16 de junio de 1902, con éxito extraordinario. Se representó 28 veces consecutivas.

### Don Martín Coronado

*La piedra de escándalo* fue la verdadera “piedra de toque” en la evolución de nuestro teatro; granjeó voluntades, conmovió a los incrédulos y congregó en el Apolo lo más destacado de la gente de letras.

Desde entonces, el inolvidable don Martín Coronado era infaltable en mi camarín, y yo sentía un verdadero placer conversando con el poeta.

—Hasta hace poco tiempo —me dijo en una ocasión— el público no me conocía; ahora, con el éxito de *La piedra de escándalo*, ese público ha empezado a interesarse por mis libros de versos que dormían en los estantes de las librerías. Además, ahora tengo más amigos que antes, cuando voy por la calle muchas personas desde la acera de

enfrente me saludan: “¡Salud, don Martín!”; “¡Lo felicito señor Coronado!”. Decididamente, un éxito teatral le da a un autor más popularidad que varios libros.

En otra ocasión me decía:

—Ahora mis libros no valen gran cosa, pero algún día valdrán.

—Si es por eso —le contesté— siga por mucho tiempo dándonos de esas obras que no valen gran cosa, don Martín, y tráiganos *piedras*, muchas *piedras*, para continuar el edificio de nuestro teatro, que bastante falta le hacen!

Era poco comunicativo y de una modestia ejemplar. Jamás daba una opinión si no se la pedían, y cuando la daba lo hacía con altura, sin miras egoístas, sinceramente.

Nunca le oí hablar mal de nadie.

Era un verdadero amigo, un leal consejero; incapaz de animosidad ni aun contra los mismos irrespetuosos que hacían ironía con “los versitos de don Martín”.

Cuando una obra mediocre se conservaba en el cartel, se le oía decir: “Algo ha de tener la pieza cuando se sostiene de ese modo”.

Una vez me leyó un drama en tres actos, y como le aconsejara que no lo diera sin modificarlo, me inquirió el motivo, y al dárselo reconoció que yo estaba en lo cierto. Desde entonces no me habló más de aquel drama.

Cuando me entregaba una obra acostumbraba decirme: “Corte donde le parezca”. A pesar de esa autorización, nunca tuve necesidad de valerme de ella; cuando surgía alguna duda lo consultaba y el buen amigo solía complacerme amablemente.

## De los autores

Cuando Payró me leyó *Sobre las ruinas* lo felicité y la acepté de inmediato, pidiéndole me autorizara para hacer algunos cortes necesarios; me contestó que no me permitía que le tocara ni una coma.

—De ese modo, sin cortes —le dije—, no es posible ponerla en escena; la extensión de algunos parlamentos la hacen pesada y sería conveniente aligerarla.

Don Roberto se empeñó en que no debía cortarse nada y la volvió a llevar a La Comedia, donde la había ofrecido antes que a nosotros.

En ese teatro trabajaba mi hermano Jerónimo, teniendo como director artístico a Ezequiel Soria, quien no tuvo más suerte ni más diplomacia que yo, sino que no habiendo sido payaso, ni pruebista, no podía ser analfabeto, y el autor le permitió que cortara lo que creyera necesario.

Mientras tanto, la revista *Ideas* publicó la obra antes de su representación, con esta nota de la Dirección. “Esta obra no ha sido representada. En ninguno de los teatros nacionales tuvo méritos bastantes, según el criterio de las empresas, para ser llevada a escena. *Ideas* la acoge en sus páginas, honrándose al publicarla”.

Cuando se representó *Sobre las ruinas* tuvo un éxito completo, tanto literario como artístico, pero debo hacer notar que el primer acto que constaba de 1035 líneas se presentó con 355 líneas suprimidas, más de la tercera parte. El segundo acto 10 líneas cortadas y el tercero 21.

Detallo estos pormenores como un descargo, porque en aquel entonces la mayoría de la prensa me atacó en la creencia de que yo había rechazado la obra; y hasta hubo una encuesta en que muchos escritores opinaron en favor de ella y criticaron mi conducta.

Lo que en realidad hubo fue solo la intransigencia de don Roberto y mi poca fortuna en no hallar el momento oportuno para convencerlo.

\*\*\*

Llegamos al Roma, llamado “teatro” pomposamente y situado en la calle 25 de Mayo, entre las de Corrientes y Lavalle, donde se celebraba un espectáculo mixto *sui generis*, ante un público más *sui generis* todavía que el espectáculo.

Confieso con mi sinceridad de criollo que el vestíbulo no me hizo mucha gracia: un mostrador, y algunas mujeres *acollaradas* con el *pagano*, no eran elementos como para satisfacer a quien iba buscando un teatro y un autor.

Allí nos presentaron al administrador.

—Pueden pasar al salón— nos dijo después de las presentaciones de estilo —y me van a disculpar si no los acompaño... ¡Ando tan preocupado con el inspector municipal...! ¡Este Parravicini me está arruinando el negocio...!

—¿Por qué?— pregunté sorprendido. —¡Si gusta mucho, según cuentan...!

—Sí, como gustar gusta una *cosa bárbara*, pero...

—Pero ¿qué?

—Que no puede dominar su modo de ser; dice cosas demasiado alegres y divertidas, y una parte de la prensa ha iniciado una campaña contra estos espectáculos, obligando a que la municipalidad me notifique que si el Parravicini se propasa en sus chistes me cierran el teatro...

Y dejamos al administrador en el vestíbulo, sumido en las amargas visiones de su porvenir sombrío, para penetrar al teatro.

Era este un salón rectangular, espacioso y maloliente, donde se respiraba una atmósfera enrarecida por el humo de cigarros de toda clase que fumaban hombres y mujeres, y por el vaho de tanto licor y tanta bebida que allí se consumía.

Al frente, un tablado que servía de escenario, como podía servir de patíbulo para *ejecutar* las obras.

Un público numeroso ocupaba las filas de bancos, en cuyo respaldo una tabla corrida oficiaba de mesa para las tazas y los vasos.

El bullicio era ensordecedor, pero al levantarse el telón y salir Parra todos callaron.

Parravicini dijo su monólogo, mejor dicho lo improvisó, pues hablaba con el público como si estuviera entre amigos, y contestaba a las ocurrencias que algún espectador le dirigía, provocando francas carcajadas y aplausos formidables.

De pronto, por el pasillo central de la sala, apareció el inspector municipal, con su rostro serio y avinagrado, en el que se reflejaba toda la rígida severidad de la ordenanza... Parra, cuando lo vio, hizo unas hilarantes contorsiones, y señalándolo, exclamó:

—¡La *ca...*! ¡El inspector municipal!

Y el chusco del público hizo resonar dos ruidos secos y sugerentes, a los que contestó Parra:

—¡No cierre la fiambarrera, hermano!— completando la gráfica frase que aún hoy es recordada en muchas ocasiones.

Mi risa se confundió con un grito estridente de Pacheco, don Camilo perdió los lentes, Favaro se tiraba los bigotes y *reía por entregas*, en tanto que el inspector municipal se olvidaba de su seriedad, del digesto y del capítulo de las multas, y mientras con una mano trataba de disimular su risa, giraba sobre sus talones y desaparecía.

Parravicini tenía gestos y actitudes de fauno, y tras los característicos rasgos de su cara mefistofélica se adivinaba todo el arte que vivía en su alma, y que para manifestarse necesitaba, tan solo, cambiar de ambiente, como así fue.

—¿Qué le ha parecido, viejo?— le pregunté a Vidal.

—Muy bueno, pero se pasa a la otra alforja por la misma seguridad que tiene de conquistar el aplauso y la simpatía del público.

—Yo creo que este es mi hombre— le dije.

—Y yo también lo creo— me contestó.

—Bueno: vaya, véalo y arregle.

D. Camilo pasó al escenario, en el que se entretuvo poco tiempo, y al volver a la sala me dijo:

—¡Ya está!

Aquella misma noche, en un café de la calle Artes —hoy Carlos Pellegrini— quedó firmado el compromiso, tramitado en pocas palabras:

—¿Cuánto quiere usted ganar?

—Cuatrocientos pesos.

—¿Préstamo?

—¡Un mes!

—Conforme—. Y le di cuatro billetes de cien pesos cada uno.

—¿Y la jaula?

—¿Qué jaula?

—La de los canarios, la que servirá para mí y mi ayuda de cámara: casa, muebles, etc.

—¡Todo se proveerá...!

Y así quedó contratado el hoy célebre Florencio Parravicini,<sup>3</sup> cuyo primer sueldo como actor fue, como queda dicho, de cuatrocientos pesos por mes, llegando a ganar más tarde hasta diez mil pesos mensuales, y en la temporada de 1920, como empresario, actor y autor, cobró la bonita suma de 250.000. ¡Quién lo habría de pensar!

### **La primera crónica histórica sobre nuestro teatro**

En esta visita a Córdoba me esperaba una sorpresa, nada menos que la primera reseña histórica sobre el Teatro Nacional, cuyos originales tenía preparados y concluidos su autor Vicente Rossi, escritor nacionalista sin medias tintas.

Yo lo conocía a Rossi por sus publicaciones y por su retrato aparecido en el inolvidable *Fogón* de Montevideo, y recuerdo que apenas lo vi, antes de que me lo presentaran, exclamé:

—¡Usted es Rossi!

Este escritor reunía condiciones que lo hacían insustituible para la difícil tarea de historiar una creación reciente, todavía a merced de las bajas pasiones de la eterna lucha de las consagraciones y ambiciones, pues conocía personalmente el desarrollo de nuestro Teatro y no tenía intereses creados absolutamente con ninguno de sus elementos, hasta este extremo: es autor de dos obritas teatrales de éxito, una de las cuales Gerónimo representó cientos de veces, y Rossi no asistió a una sola representación; la misma obra la dio Ballerini en Córdoba, y tampoco asistió Rossi una sola vez.

Diferentes veces me había escrito pidiéndome informes sobre mi campaña artística, para completar los que ya tenía, lo que siempre atendí gustoso, pero no me imaginaba que pudiera hacerse un trabajo serio, y esa fue

---

[3] El episodio corresponde a 1906: tras la separación de Pablo, José Podestá lo reemplazó por Parravicini. [N. del E.]

la sorpresa, al saber que Rossi nos esperaba para leernos su obra y someterla a las observaciones que fueran necesarias. Con tal motivo nos reunimos una tarde el autor Scotti y yo.

Encontramos un trabajo bien documentado, de sinceridad poco común y puntos de vista bien aplicados. Se publicó en el siguiente año de nuestra entrevista, o sea, en 1910, bajo el título de *Teatro Nacional Rioplatense*. Es el único sobre este tópico aparecido hasta la fecha, completo y exacto.

### Varios años más

Como se acercaba la fecha en que cumplirían mis cincuenta años de farándula, pensé que dicha fecha podría celebrarla en el *Hippodrome* de Buenos Aires, poniendo en escena y pista la memorable obra inicial *Juan Moreira*.

Por fin el 24 de marzo de 1925 debutamos con un éxito que superó todo optimismo. Los que una semana antes se sonreían descreídos e irónicos, concluyeron por acudir ellos también a nuestro espectáculo, que contó con un público integrado por todas las clases sociales, que noche a noche llenaba el amplio local, aplaudiendo sin reservas el *Juan Moreira* que tantas satisfacciones me ha brindado en mi larga carrera artística.

Nadie creyó que a mi edad (67 años) pudiese representar 127 veces consecutivas una obra como *Juan Moreira*, en escenario y pista y con caballos, lo que significaba un trabajo abrumador para el protagonista. Como dato confirmatorio del éxito de esta temporada, quiero agregar que en las primeras sesenta funciones obtuvo la boletería ciento veintisiete mil pesos.

Este fue el mejor negocio de mi carrera artística, la temporada que más gratas satisfacciones me ha proporcionado y también ¿por qué no decirlo? quizá la más deficientemente organizada y anunciada.

El 1 de mayo, fecha en que cumplía mis cincuenta años de actuación escénica, celebré mis Bodas de Oro. El *Hippodrome* presentaba un aspecto imponente. La ovación que saludó mi presencia en el picadero fue estruendosa

y una lluvia de flores cubrió el mismo. Hicieron uso de la palabra los señores Alfredo Varzi, Alfredo Gobbi y Conrado Casas, haciéndome este último entrega, en nombre de la Compañía, de una artística medalla recordatoria de esa fecha.

Esta función contó con el entusiasta apoyo popular y el de toda la prensa, que en esa oportunidad se ocupó de mí con simpatía y generosamente, como siempre.

Pocos días después se hizo presentar a mí el señor Germán de Elizalde, para manifestarme que se había enterado por los diarios de la celebración de mis “bodas de oro” con el Teatro —el primer artista nacional que lograba esa satisfacción—, y que, entendiendo cumplir con un deber que otros descuidaron, venía a pedirme autorización para organizar una función extraordinaria en mi honor.

Honrándome a mí se honraba a la vez nuestro Teatro. La función fue auspiciada por las altas autoridades nacionales y municipales, directores de los grandes diarios de la capital, directores de las más destacadas instituciones, Sociedad de Empresarios, Círculo Argentino de Autores, Sociedad de Artistas, etc., y se llevó a cabo en la tarde del 26 de junio de 1925. Será de imborrables recuerdos para mí. A ella asistieron el Excmo. Señor Presidente de la República don Marcelo T. de Alvear, sus ministros, el Intendente Municipal don Carlos Noel, el Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay doctor Juan Carlos Blanco; representantes de las instituciones más arriba nombradas y de otras, y un público numeroso y distinguido.

Martín García Mérou

*Recuerdos literarios*





## Martín García Mérou (1862-1905)

Con *Recuerdos literarios* se inició la tradición de las memorias literarias en Argentina. Los géneros autobiográficos habían sido frecuentados por los letrados rioplatenses durante todo el siglo XIX. Los clásicos de 1880 como Miguel Cané, Lucio López o Eduardo Wilde los cultivaron bajo todas las formas, como recuerdos de viajes y lecturas, de la infancia o del colegio. En sus “memorias de viejos”, Vicente Quesada y José Antonio Wilde escribieron para los jóvenes sobre un pasado que estaba siendo arrasado por la modernización. Pero García Mérou fue el primer memorialista que seleccionó, entre las experiencias a recordar, únicamente episodios que pertenecían a la “vida literaria” —a una vida literaria, por cierto, voluntariosa y casi inexistente. Fundó el género de las memorias colectivas de una generación, con su combinación de relatos y retratos, que medio siglo después llevarían a su punto clásico Manuel Gálvez y Roberto Giusti.

García Mérou formó parte de la primera generación que se pensó a sí misma como una “nueva generación literaria”, la de los jóvenes que tuvieron sus veinte años hacia fines de la década de 1870. Esa generación se reunió en una de las últimas instituciones letradas tradicionales decimonónicas de estímulo a las “bellas letras”, el Círculo Científico Literario (1878-1879). Contemporáneo de la Academia Argentina liderada por Rafael Obligado y Martín Coronado, el Círculo estuvo integrado por letrados más jóvenes que, contra el nacionalismo cultural de la Academia, adhirieron tardía pero fervorosamente al tardío romanticismo francés. Gérard de Nerval, Alfred de Musset y Théophile Gautier figuraban entre sus ídolos, pero también tenían leídos a Hoffmann y a Poe. El Círculo, a su vez, estuvo unido a otras dos instituciones: el Colegio Nacional y el diario *La Nación*.

Miguel Cané lo llevó como secretario y lo inició en la diplomacia cuando obtuvo su primera embajada en Venezuela y

Colombia a principios de la primera presidencia de Roca. En los primeros años, Cané lo orientó en sus lecturas y le corrigió el estilo. Pero el joven García Mérou, diez años menor, mantuvo una inusitada fidelidad a la literatura. Siguió leyendo y escribiendo, y enseguida llegó a estar más al día que su protector o padrino. Cada vez más desinformado en materia de novedades literarias, Cané siguió pensando, a la manera de Sarmiento, que la literatura española contemporánea era un páramo que podía ignorarse impunemente. Por 1883 García Mérou lo obligó a enterarse y a no despreciar lo que no conocía.

García Mérou fue típicamente un escritor menor pero crucial para la historia de la literatura. Fue el primer crítico que, a diferencia de sus predecesores Juan María Gutiérrez o Pedro Goyena, y como su contemporáneo Ernesto Quesada, pudo escribir crítica literaria bajo la forma de reseña, en tiempo presente. *Libros y autores* (1886), con su sección “La novela en el Plata”, fue uno de los libros de crítica mejor informados de los muchos que se publicaron durante esa década. Por otra parte, García Mérou, como antes Juan María Gutiérrez, escribió sobre autores del pasado, como Echeverría y Alberdi, y sobre literaturas latinoamericanas y europeas. *Recuerdos literarios*, seguido de *Confidencias literarias* (1893), quedó como una primera fuente para la historia de la literatura argentina de 1880.

Entre las evocaciones de *Recuerdos literarios* se destacan las dedicadas al grupo de “La Bohemia” y a la polémica entre clásicos y románticos. “La Bohemia” fue un grupo así autodenominado de jóvenes estudiantes de esta nueva generación, todos pertenecientes al Círculo. La principal o única actividad del grupo consistía en celebrar una vez por mes una comida: “A semejanza de los *dîners littéraires* de París, fundamos una comida mensual en que nos congregaba la amistad y la pasión de los trabajos del espíritu”. Las comidas, que tenían lugar en un bodegón barato, eran una especie de dramatización en homenaje a las *Escenas de la vida bohemia* de Henri Murger. Durante unas horas y una vez por mes, el grupo de jóvenes se probaba el traje del escritor moderno y actuaba la vida literaria con “fingida petulancia de artistas” para un público de parroquianos divertidos o atónitos. En la polémica entre clásicos y románticos participó toda la “nueva generación”. Unos años después, tanto Ernesto Quesada (*Críticas y reseñas*) como García Mérou se preguntaron cómo habían podido intervenir en una polémica tan anacrónica, casi medio siglo después de que Echeverría introdujera el romanticismo en Buenos Aires.

## Recuerdos literarios

Buenos Aires, Lajouane, 1891

### I

No es esta la primera vez que he señalado, como uno de los fenómenos más deplorables de nuestra vida nacional, la dedicación cada vez menor que consagra nuestra juventud al cultivo y florecimiento de los intereses intelectuales. En este sentido —escribía hace dos años— la República Argentina contrasta de una manera evidente con la mayoría de las naciones sudamericanas. En Chile como en el Perú, en Bolivia y el Brasil como en Colombia y Venezuela, existen y prosperan revistas y asociaciones literarias que cuentan entre sus miembros con los más distinguidos autores y publicistas de cada localidad. El nombre de muchos de estos escritores ha salvado las fronteras de su patria y ha adquirido en el viejo mundo una envidiable reputación. Miguel Antonio Caro, Rufino Cuervo, Rafael Pombo y tantos otros en Colombia; Escobar, Pardo, Gutiérrez Coll, en Venezuela; Matta, Lastarria, Gonzalo Bulnes, De la Barra, en Chile; Palma y Paz Soldán, en el Perú, pertenecen a este núcleo eminente y gozan de la fama justiciera a que los han hecho acreedores sus talentos y sus trabajos. Junto a ellos, podemos mostrar nosotros una brillante pléyade de poetas, periodistas e historiadores, los unos apartados de la vida activa en el retiro de sus gabinetes de estudio, los otros en plena juventud militante, y en toda la exuberancia de sus facultades. Pero estos como

aquellos permanecen aislados, olvidados u oscurecidos momentáneamente, por la agitación y el tumulto de las preocupaciones de otro orden. No tienen oportunidad de encontrarse en un centro común. Carecen de estímulo y de apoyo público. En el fondo de su vida silenciosa se siente el germen de un profundo desencanto.

Para explicar esta situación se invoca la absorción de los intereses materiales; se menciona la necesidad de trabajar antes de consagrarse al cultivo de las letras y de las artes; se recuerda, por último, el ejemplo de Estados Unidos. Sin embargo, en sociedades como la nuestra en que la improvisación y el derrumbe de las fortunas, los hábitos de dilapidación que caracterizan a nuestra raza, las facilidades para la vida, son otros tantos alicientes a la pereza y el agio, al indiferentismo social y a la sensualidad en que caen al fin los pueblos en decadencia, el culto de las letras en su acepción más alta y general, el amor a los trabajos del espíritu que ennoblecen al hombre y elevan su pensamiento, se impone como un refugio contra las tentaciones a que está expuesta la juventud, y una barrera insalvable contra el apocamiento del carácter y las deformaciones que sufren esas almas que, sin temple para afrontar la lucha, se ofrecen como una cortesana a las caricias del seductor.

Los Estados Unidos, por su parte, están bien lejos de desdeñar el desarrollo de los intereses intelectuales. Sus letras tienen representantes notables en todas las ramas de la producción inteligente. Las antologías y colecciones literarias registraban ya hace treinta o cuarenta años más de *doscientos* poetas, como lo hace notar el crítico Hallberg, entre los cuales son universalmente conocidos: Bryant, Longfellow, Emerson, Lucrecia Davidson y Mistress Sigourney. ¿Para qué mencionar a Irving, el doctor Channing, Prescott y tantos otros que sobresalen como historiadores, críticos o novelistas? Es en el seno de esa civilización que la ignorancia presenta como refractaria a todo arte y enemiga de toda fantasía donde ha brotado el genio extraño y diabólico de Edgar Poe, con sus espectros de ultratumba y sus alucinaciones de sonámbulo, con el

acre perfume de su poesía enigmática y turbadora, con la nebulosidad y el espanto de sus pesadillas trágicas que responden a la distancia a las creaciones visionarias de Hoffmann.

[...]

## XVII

Canta, ¡oh Musa!, la leyenda del *Círculo Científico Literario*, y las comidas inolvidables de *La Bohemia*, estoy tentado de exclamar al engolfarme en esta parte de mis recuerdos. Pero es necesario moderar el entusiasmo para tratar de hacer revivir tantas escenas curiosas, tantas jóvenes y vivaces inteligencias, tantas fisonomías esfumadas por el tiempo, y otras, ¡ay!, para siempre perdidas en la muerte. Allí se encontraba la flor y nata de la nueva generación literaria; allí se hablaba y discutía de *omni re scibili* con igual audacia y suficiencia; allí se codeaban todas las profesiones y todas las creencias, en una confusión pintoresca; allí, por último, se vivía vida juvenil, alegre y estudiosa, llena de grandes y nobles ideales, de propósitos levantados y de aspiraciones sublimes.

En aquella fragua se forjaban versos acerados y brillantes, que salían a lucirse en todas las fiestas de la época, e iban a enternecer el corazón de un inmenso número de incógnitas Dulcineas. En aquel centro se fundaban sólidas reputaciones de un día y se repartía la gloria y el talento con munificencia de príncipes. Era necesario pertenecer al escogido núcleo del Areópago, para tener amigos que lo escuchasen y plumas que supieran elogiarlo. Las rivalidades literarias no excluían la amistad y el compañerismo. Por una convención, nos considerábamos iguales porque nos considerábamos superiores, y en nuestra categoría de soberanos, no cabían cuestiones de *préséance*. Pero en esa homogeneidad entraban toda clase de especialidades individuales. Había oradores puros, poetas, críticos, novelistas, periodistas, etc., etc.; o, por lo menos, titulados así, y todos respetaban la etiqueta. Ernesto Quesada, por ejemplo, representaba la erudición políglota,

germánica, copiosa, desbordante; Carlos Monsalve, la fantasía hoffmánica, diabólica, macábrica de un soñador de la familia de Edgar Poe; Benigno B. Lugones era la síntesis del periodista, el que no tiene necesidad de acercarse, con el sombrero en la mano, a las redacciones de los diarios para pedir un lugarcito vacante donde arrinconar algún producto más o menos legítimo de la farmacopea literaria, el que gana su vida con la pluma en la mano, vendiendo ideas, párrafos e imágenes como se vende en el mercado zapallos, papas y cebollas; Rodolfo Araujo Muñoz, gran apasionado de la Grecia y lector asiduo de la *Historia de Alcibíades*, de Enrique Houssaye, representaba al historiador; Adolfo Moutier era el cosmopolitismo intelectual, el exotismo, descubierto por Bourget y los críticos contemporáneos, rozaba todos los temas, invadía todos los terrenos sin permanecer en ninguno, gran catador de bellezas y sobre todo conversador brillante, infatigable e inventor de teorías extravagantes pero profundamente filosóficas. Y podría alargar esta lista durante muchas páginas todavía; pero no lo hago porque ya irán destacándose los concurrentes al *Círculo* en el curso de mis recuerdos.

El *Círculo Científico Literario* era el heredero directo de la sociedad *Estímulo Literario*, que acababa de morir y a la cual pertenecieron, si la memoria no me es infiel, el actual y distinguido Ministro de Justicia, Dr. Juan Carballido; el Dr. José María Jorge, médico notable que sigue las huellas de nuestro gran poeta Ricardo Gutiérrez y está consagrado a aliviar los males de la infancia, Achával, Coronado, etc. Bautizado primeramente con el nombre de Sociedad *Ensayos Literarios*, aquel centro nació en los claustros del Colegio Nacional, en una de cuyas clases se reunía los domingos. Publicó una primera revista, hoy difícilísima de encontrar, que he visto con estupefacción en casa de Adolfo P. Carranza. Después de un corto tiempo de vida próspera, el fatal destino que parece perseguir a todas nuestras asociaciones del mismo género llevó a la sociedad a un paso de la tumba. Felizmente, su muerte no fue sino aparente, un *sueño invernal* semejante al de algunos animales de sangre fría; y después de algún tiempo de letargo, volvió a

renacer bajo su nuevo nombre, *Círculo Científico Literario*, que, me apresuro a decirlo, nada tiene en común con el que así se denomina en la actualidad. En esa época ingresé en sus filas, teniendo el honor de asistir y tomar parte en las campañas de aquella legión intelectual, como uno de sus más humildes y oscuros combatientes. ¿Quién creen mis lectores que presidía el *Círculo* en el tiempo de mi incorporación? Su gravedad actual, el alto puesto que ha logrado ocupar en la ciencia médica argentina, de la cual es un valioso elemento que honra a nuestra Facultad, hace difícil la adivinación para quien no está en el secreto. Y, sin embargo, nada es más cierto que el Dr. Juan R. Fernández, conocido y estimado por todo Buenos Aires, autor de una notable obra sobre *Fiebre puerperal*, era entonces presidente de aquella reunión de estudiantes y literatos, cada uno de los cuales, como los soldados del Imperio, creía llevar en su mochila su bastón de mariscal. Fernández, en aquel tiempo, se limitaba a ser un estudiante eximio, con ribetes de inventor. Había resuelto, de una manera ciertamente ingeniosa, el problema imposible del movimiento perpetuo, fabricando un aparato que, por un sistema adecuado de pesas, giraba sin interrupción. La presidencia de Fernández fue seguida por la de Julio E. Mitre, y más tarde por la de Alberto Navarro Viola. *El Círculo* salió de las aulas del Colegio para reunirse, una o dos veces, en la sala de redacción de *La Nación*, muchas veces en casa de Julio E. Mitre, y finalmente en su local propio, calle Salta 350. Fue durante las reuniones en casa de Mitre que tuvieron lugar las célebres discusiones entre clásicos y románticos, de que me ocuparé más adelante.

## XXIII

En el curso de estos recuerdos me he referido más de una vez a las discusiones memorables entre *clásicos* y *románticos* que tuvieron lugar en el *Círculo Científico Literario*. Ernesto Quesada, en uno de sus artículos de la *Nueva Revista de Buenos Aires*, ha dicho de ellas lo siguiente: “nuestra juventud lee con pasión a los adalides

de 1830, de los que Musset es el ídolo y Víctor Hugo el pontífice; Gautier, para muchos un modelo, y el recuerdo de Gerardo de Nerval y del Cenáculo, un objeto de sincero culto literario. Puede decirse, casi a ciencia cierta, que tal es la tendencia de una gran parte de nuestra juventud más inteligente. Se lee mucho, pero casi exclusivamente libros franceses. Se adora, pues, a dioses e ídolos que fueron. De ahí que los socios del extinguido *Círculo Científico Literario* recuerden aún las memorables sesiones de agosto de 1878 en que se discutió con acaloradísimo entusiasmo la famosa cuestión del romanticismo de 1830”. A su turno, José Nicolás Matienzo también le consagra algunos párrafos al ocuparse de las poesías de Adolfo Mitre. “El campo —escribe— estaba ocupado por dos fracciones: los unos abrazaban con ardor la causa del romanticismo, los otros la del clasicismo. Se discutió mucho con ese interés desinteresado de la primera juventud, a quien todavía no solicitan con fuerza poderosa los móviles egoístas que imperan generalmente en la edad madura. Ambas fracciones hicieron esfuerzos de elocuencia y de erudición. Los románticos leyeron y relejeron el monumental prefacio de *Cromwell* de Víctor Hugo, y no perdían de los labios los nombres de Byron, Lamartine, Heine, Musset y Gautier. Los clásicos alzaron por bandera las obras maestras de la antigüedad y del Renacimiento. No podré decir imparcialmente quién triunfó, si los románticos o los clásicos, porque yo fui de los primeros, pero sí puedo decir que la mayoría estuvo por el romanticismo. Y era natural. El romanticismo, a pesar de sus exageraciones, representaba la libertad, alma del mundo moderno, culto de los corazones jóvenes, a quienes la vida sobreabunda y que no pueden concebir trabas para sus manifestaciones legítimas”.

Por primera vez, en efecto, se suscitaba entre nosotros una cuestión de alto interés intelectual. ¿Por qué extraño concurso de circunstancias los miembros de una generación tan joven resucitaba problemas que fueron puestos sobre el tapete cuando Esteban Echeverría regresaba de Francia, en la época en que se daba allí la *batalla de Hernani*? La generación que nos había precedido en la vida pasó los años de

su primera educación en medio de los escombros humeantes de un país en vías de organización y consagró a la política y a la vida activa una gran parte de sus facultades. Fue la nuestra la que introdujo y puso en moda querellas antiguas pero interesantes, que dormían en el pasado, dándoles una importancia real y efectiva para el desenvolvimiento de nuestras letras nacionales. En la discusión del *Círculo*, nos arrojábamos a la cabeza, los unos a los otros, citas de Sainte-Beuve y Nizard, Chasles y Cuvillier-Fleury, Scherer y Taine, Víctor Hugo y Gautier: revelábamos el estudio detenido de las grandes obras de la literatura francesa, inglesa y alemana, y apoyábamos nuestros argumentos en los principios de la estética y la filosofía.

Digámoslo de una vez por todas: en aquel grupo de jóvenes argentinos no se traían al debate sino autores extranjeros. Estábamos dominados por la influencia europea. En aquella reunión célebre casi no quedó literato notable del viejo mundo que no acudiera a deponer, solicitado por alguno de nosotros. Y, sin embargo, nadie recordó el artículo de Echeverría sobre este tópico palpitante, en el cual se leen las siguientes palabras: “El espíritu del siglo lleva hoy a todas las naciones a emanciparse, a gozar de la independencia, no solo política sino filosófica y literaria; a vincular su gloria no solo en libertad, en riqueza y en poder, sino en el libre y espontáneo ejercicio de sus facultades morales y de consiguiente en la originalidad de sus artistas. Nosotros tenemos derecho para ambicionar lo mismo y nos hallamos en la mejor condición para hacerlo. Nuestra cultura empieza: hemos sentido solo de rechazo el influjo del clasicismo; quizá algunos lo profesan, pero sin séquito, porque no puede existir opinión pública racional sobre materia de gusto en donde la literatura está en embrión y no es ella una potencia social. Sin embargo, debemos antes de poner mano a la obra, saber a qué atenernos en materia de doctrinas literarias y profesar aquellas que sean más conformes con nuestra condición, estén á la altura de la ilustración del siglo y nos trillen el camino de una literatura fecunda y original, pues, en suma, como dice Hugo, el Romanticismo no es más que el Liberalismo en literatura”.

Los adalides que tomaron parte en la batalla eran Alberto Navarro Viola, Eduardo L. Holmberg, Manuel Díez Gómez, Adolfo Moutier, Enrique García Mérou, Ernesto Quesada, Julio E. Mitre, Luis María Drago, Víctor Manuel Molina, Adolfo Mitre, los dos Rivarola, Carlos Monsalve, Nolasco Ortiz Viola, Eduardo Sáenz, Ramón A. de Toledo, Rodolfo Araujo Muñoz, Benigno B. Lugones, José Nicolás Matienzo, etc., etc. He hablado ya de algunos de ellos. Los que, en bandos opuestos, llevaban la palabra, fueron Ernesto Quesada y Enrique García Mérou, pero casi no quedó un solo miembro del *Círculo* sin tomar participación en el debate. Rivarola (E.) y yo éramos secretarios. Los discursos de Matienzo, Mitre, Díez Gómez, Moutier, Rodolfo Rivarola, etc., eran notables, nutridos y abarcaban la cuestión bajo todas sus fases. Ernesto Quesada combatía a Musset, considerándolo el representante genuino de la generación de 1830. ¡Qué brías defensas se hicieron del poeta de *Rolla* y *Namouna*! Con todo, aquella interesante controversia se mantuvo en los límites de la más estricta cultura, chocando solamente las ideas contra las ideas. Ernesto Quesada, fuerte en su erudición políglota, se descolgaba con un diluvio de citas y ejemplos sacados de todas las literaturas; pero la mayoría le era adversa y fue vencido a pesar de sus esfuerzos viriles.

[...]

## XXIX

Uno de los miembros más espirituales del *Círculo Científico Literario*, Belisario J. Arana, ha narrado la fundación de *La Bohemia* en un precioso artículo que encontrarán los curiosos en el número de *La Nación* correspondiente al primer día de enero de 1880. Bajo el anagrama de *Elías F. Bori*, había publicado ya algunas páginas profundamente originales en la *Revista Literaria*, como las del cuento titulado *Filarmonoterapia*. Las creaciones de este género estaban de gran moda en aquel tiempo, y Arana pagó como todos su tributo a la influencia romántica, trazando en las escenas de su narración la

silueta de un personaje neurótico y extravagante, que tocaba el violín como el consejero Krespel, de uno de los cuentos de Hoffmann, y que termina en un manicomio, después de las raras alternativas de su existencia dramática y tumultuosa.

[...]

Volviendo a la *Bohemia*, en el artículo antes aludido, Arana pinta la reunión en casa del poeta Eduardo, que sirvió de cuna a aquella asociación tan digna de pasar a la posteridad como el *Club del Esqueleto*, evocado por Wilde en su preciosa carta al Dr. Ignacio Pirovano.

En aquella noche famosa quedó instituida la *Bohemia* sobre asiento inconmovible. Los que no nos encontramos presentes cuando se echaron las bases del grupo fraternal, ingresamos a él inmediatamente, encontrándolo ya aumentado con Joaquín Aguilar, José H. Martínez, etc. Fue en ese tiempo que, a semejanza de los *dîners littéraires* de París, fundamos una comida mensual en que nos congregaba la amistad y la pasión de los trabajos del espíritu. No había fecha determinada para el día del banquete, pero una sabia previsión lo hacía tener lugar generalmente del 5 al 10 de cada mes, es decir, en la época en que cada uno había tenido tiempo de recibir el fruto de su labor, y no había tenido tiempo de gastarlo todavía.

Las comidas de la *Bohemia* tenían lugar generalmente en la *Bodega*, pero una o dos veces trasladamos nuestros petates al *Café Filip*. No brillaban como fiestas gastronómicas, porque el precio del cubierto era reducido. En cambio, reinaba entre los comensales una infatigable alegría; los chistes y las paradojas más atrevidas se cruzaban de asiento a asiento y de uno a otro extremo de la mesa; los brindis eran espirituales e interminables; se pasaban, en suma, los momentos más gratos en aquellas fiestas cordiales y sencillas que duraban algunas veces desde las siete de la noche hasta las tres de la mañana.

Las comidas de la *Bohemia* hacían las delicias de los propietarios y concurrentes a la *Bodega*. Tenían gratis un espectáculo nuevo y pintoresco; y nosotros, en nuestra fingida petulancia de artistas, hacíamos lo posible para

llegar a la *originalidad*, ese *desideratum* de todo romántico de corazón, sosteniendo las tesis más extravagantes y flotando siempre en el dominio de la exageración y la fantasía más descabellada.

¡Ah! ¡Quién pudiera hacer revivir de nuevo, con el pincel o con la pluma, aquellas asambleas literarias, alrededor del mantel de la mesa fraternal, con todo el brillo de la juventud que tomaba parte de ellas y todo el fuego de los corazones y las miradas adolescentes! No pretendo intentarlo siquiera. Me limito a consignar este recuerdo de alguno de los momentos más gratos de nuestra existencia pasada, seguro de que a todos los que formaban el núcleo de la *Bohemia* les bastará esta mención para gozar con la imaginación las fruiciones de aquellas fiestas inolvidables, que murieron como murió el *Círculo* el día que las necesidades de la vida nos obligaron a separarnos, y despedirnos de los bellos sueños que nos dominaban, para seguir cada cual el rumbo variable de su destino.

### XXX

Además del *Círculo Científico Literario*, existía en Buenos Aires una asociación llamada *Academia Argentina*, cuyos miembros pertenecían, por lo general, a una generación anterior a la nuestra. Fui presentado a ella por Obligado y Coronado, a su regreso del viaje en que nos encontramos juntos; y aún conservo la nota en que se me comunicó mi admisión, firmada por el actual ministro Dr. Juan Carballido, Presidente de la Sociedad, y el Dr. Luis T. Pintos, secretario.

En la época de mi incorporación, la *Academia Argentina*, después de sus primeros fulgores, empezaba a declinar, siguiendo el destino invariable de todas las asociaciones literarias del mismo género, que han tenido tan efímera vida entre nosotros. Sin embargo, fue en aquella época que produjo uno de sus últimos actos públicos, especie de suprema llamarada de una luz próxima a extinguirse. Me refiero a la conferencia literaria que tuvo lugar el 9 de julio de 1879 en los salones del Colegio Nacional.

Aquella fiesta memorable se abrió con un discurso del Dr. Carballido, que produjo una impresión agradable en el auditorio, por su elocuencia y su belleza de frase y expresión, así como por las ideas desarrolladas en él. El Dr. Carballido se distinguía desde entonces como un orador fecundo, mesurado y correcto. Avezado a las luchas de la palabra, poseedor de una inteligencia clara, de una sólida ilustración y una presencia simpática que resaltaba más por sus cultas formas de gentleman perfecto, estaba dignamente al frente de aquel grupo selecto de jóvenes distinguidos y estudiosos que, en diversas sendas, se han conquistado un nombre por sus trabajos o sus aptitudes.

Obligado, Coronado, Fregeiro, Gregorio Uriarte, Atanasio Quiroga, Eduardo L. Holmberg, Luis T. Pintos, Ernesto Quesada, Carlos Vega Belgrano, Lamarque, Florencio del Mármol, Aditardo Heredia, Ventura Linch, Lucio Correa Morales, Pedro M. Gómez, Miguel García Fernández, etc., formaban parte de aquel centro inolvidable. La mayor parte de estos distinguidos miembros, sin embargo, no brillaba por el celo que les inspiraba el adelanto de la sociedad. Pero, en cambio, había un pequeño grupo de amigos y fanáticos que tomaban a lo serio, con una cómica y sublime gravedad, su papel de académicos.

La obra grandiosa que ocupaba a la *Academia* era un *Diccionario de Argentinismos*, en el que no me fue dado colaborar, pues cuando ingresé al cónclave estaba un poco olvidado por sus más entusiastas iniciadores. Martín Coronado, al terminar su período presidencial, en julio de 1878, en el que fue sustituido por Carballido, decía refiriéndose a esta empresa: “La obra fundamental de la Academia, el *Diccionario de Argentinismos*, tiene ya cuatro mil voces definidas y más de dos mil en estudio. Este aumento notable sobre el número de voces con el que contaba al terminar el anterior período demuestra que la labor del Diccionario se ha continuado con empeño, y que puede esperarse verlo pronto en estado de dar a la prensa su primera edición”. ¿Qué se ha hecho todo ese trabajo, que debe ser tan curioso como interesante? ¿En qué manos se encuentra hoy el manuscrito de esas cuatro mil voces

estudiadas? No sabría decirlo, y es en verdad deplorable que ellas no sirvan como base para estudios filológicos, serios y detenidos.

Por lo demás, la *Academia Argentina* no se limitaba a este género de trabajos. En su sello se leían estas tres grandes palabras: *Artes, Ciencias, Letras*. Ventura Linch dotaba su museo de dos cuadros que hoy vería con el mayor placer, representando “Un episodio de la batalla de Santa Rosa” y “Los últimos momentos del Doctor Alsina”; Correa Morales remitía algunos hermosos bustos desde Florencia; Eduardo L. Holmberg, Enrique Linch Arribáizaga, Atanasio Quiroga, Luis J. Fontana, etc., presentaban a la sección científica trabajos sobre los arácnidos, los mutilidos del Baradero, catálogos sistemáticos de plantas indígenas y exóticas, etc., etc. La producción intelectual de algunos académicos era además considerable y honrosa: Uriarte presentaba sus *Elementos de Literatura*, Holmberg escribía una *Colección de cuentos fantásticos*, Heredia traducía el *Mazzepe* de Byron, Fregeiro daba a luz su *Compendio de Historia Argentina* y su *Estudio biográfico sobre Don Bernardo de Monteagudo*.

La *Academia* penetraba también en otro género de terrenos, con una ingenuidad adorable, y se empeñaba en crear nada menos que el arte nacional, la literatura nacional y hasta el teatro nacional, dramático y lírico. “Ha ayudado con todos los medios a su alcance, dice la *Memoria* de Coronado, a los que han querido dar formas prácticas a la idea, ofreciendo su cooperación a las empresas de teatro y dando a la escena tres dramas de sus miembros, en el espacio de un año... Las aspiraciones de la *Academia* no se detendrán por cierto en el drama, en cuanto se refiere al teatro; sus miras son más vastas, y *actualmente se agita en ella el pensamiento de ensayar la ópera nacional*, para lo cual cuenta con un núcleo de compositores argentinos...”

¿Necesito decir que todos estos bellos sueños, como los de la lechera de la fábula, se convirtieron en humo? ¡Ah!, demasiado lo sabemos. Ha pasado una década y el problema insoluble del teatro nacional ha sido resuelto por un payaso con instinto y temperamento de actor, que ha transformado

la insulsa pantomima de su circo en una serie de cuadros dramáticos que retratan la vida de un bandido legendario. Como un supremo sarcasmo a la inteligencia y al arte, *Juan Moreira* ha logrado lo que no pudo conseguir Coronado con *La rosa blanca* o *Luz de luna y luz de incendio*.

La tendencia a *nacionalizar* la literatura y el arte, que predominaba en la mayor parte de los miembros de la *Academia Argentina*, estaba en oposición con los gustos y la educación completamente extranjera de los socios del *Círculo Científico Literario*. Nunca existió, por eso, una franca simpatía entre ambas asociaciones intelectuales, compuesta la primera de jóvenes de mayor edad y reposo intelectual, y la segunda de muchachos turbulentos y entusiastas que exageraban fácilmente los odios y las rivalidades de escuelas disidentes. Es necesario decir hoy con franqueza que aquellos nos llevaban inmensas ventajas y que algunos de ellos, como Obligado, Coronado, Uriarte, etc., etc., eran, comparados con nosotros, literatos hechos, espíritus maduros y reflexivos.

En aquella época vivía Rafael Obligado en el tercer piso de la casa situada en la esquina de Tacuarí y Rivadavia. Después de terminar la trabajosa ascensión de la escalera de madera, en forma de caracol, que llevaba al departamento del poeta, se penetraba en un corredor y doblando a la derecha llegaba uno a las habitaciones ocupadas por este. No brillaban ni por el lujo ni por el confort. Nos reuníamos en una sala alfombrada, con pocos libros, pues la biblioteca estaba en otro piso, algunas sillas y sillones de esterilla y una mesa escritorio, arrimada a la pared en uno de los rincones de la pieza. Obligado había elegido aquel alojamiento por estar más independiente de su familia, a quien sin duda no debía llenar de delicias la invasión periódica e incesante de “hombres de letras” que convertían aquel recinto en una sucursal del Parnaso. Por nuestra parte, usábamos de la libertad para emborracharnos a nuestro gusto de ideal y de poesía, y extasiarnos sin límite y sin medida delante de nuestras mutuas producciones.

Allí se sostenían teorías artísticas de alto coturno, se discutían personalidades literarias del país y del

extranjero, se hablaba con elogio o con acritud del último libro aparecido, y del último acontecimiento público, se leían versos propios y ajenos; en suma, se pasaban deliciosos momentos de expansión fraternal y de cambio de ideas, sin que jamás una nota áspera o discordante turbara la cultura y la buena amistad de aquel conjunto armonioso. Un gallego que oía nuestras elucubraciones, con ojos espantados de admiración y de envidia, hacía circular el mate, como un autómatas, desde las ocho a las doce de la noche. He visto últimamente con sentimiento que la infusión criolla ha sido destituida por Obligado para reemplazarla por el prosaico café, las vulgares copas de Jerez y de Oporto, y otras invenciones europeas. En aquella época hubiera rechazado el cambio con indignación. Por lo demás, es la única claudicación de que pueda reprocharse el cantor de América y Echeverría. Se fumaba de una manera formidable; y en medio de aquella atmósfera ahumada, que velaba como una bruma londinense las lenguas de víboras de los mecheros de gas, la imaginación parecía exaltarse, la inteligencia brillaba con más fulgor, y el choque de las opiniones diversas aumentaba la inspiración de aquellas pláticas inolvidables.

Durante todo un año, sin faltar una sola noche, nos encontrábamos allí un grupo de amigos que se renovaba, pero cuya base incommovible estaba formada por Obligado, Coronado, Fregeiro y yo. Los demás miembros de la Academia iban a menudo, pero con intermitencias. Para Coronado, especialmente, la visita diaria a casa de Obligado era una especie de función vital como el comer y el dormir. Por desgracia, vinieron las agitaciones del año 80.

Federico Gamboa

*Mi diario*





## Federico Gamboa (1864-1939)

El nombre de Federico Gamboa ha quedado vinculado en la historia de la literatura latinoamericana con el título de una de sus novelas: *Santa*, publicada por primera vez en 1903, reeditada desde entonces en innumerables ocasiones y llevada al cine en cuatro oportunidades. Sin embargo, además de este relato que se integró en la memoria popular de su país, Gamboa escribió media docena de otras obras del género e incursionó con éxito en el teatro. José Emilio Pacheco lo recordó como alguien que “intentó aclimatar en México la corriente naturalista y hacer respetable y profesional la tarea de escribir novelas”. Y efectivamente, mientras que en el naturalismo de Zola encontró una matriz inicial para el desarrollo de sus ficciones, no creyó —como la mayoría de sus contemporáneos— que la tarea de escribirlas fuera un ejercicio pasajero. El esfuerzo que significaba la producción de sus libros, tanto en el aspecto lingüístico como en el que se refiere a las circunstancias que posibilitaban el acceso a los lectores, fue una constante de su reflexión. Por otra parte, si bien la escritura no llegó a ser su fuente de sustento principal (Gamboa fue ante todo un diplomático de carrera que desde sus comienzos en un cargo menor llegaría ser a Ministro de Relaciones Exteriores), buscó —y logró en algunas ocasiones— que sus libros le dejaran ganancias. A esta conciencia moderna sobre la práctica de la escritura —que abarcó también la preocupación por los aspectos materiales de la edición y circulación de sus novelas— debe sumarse su inclinación hacia los géneros autobiográficos, en los que creyó reconocer uno de los rasgos de los maestros modernos de la literatura europea. Escribió un libro de memorias tempranas titulado *Impresiones y recuerdos*, publicado en Buenos Aires en 1893 y, sobre todo, un extenso diario concebido sobre el modelo del *Journal* de los Goncourt que empezó a escribir en esta misma ciudad.

*Mi diario* sería publicado en cinco volúmenes entre 1907 y 1938. Se trata de un extensísimo registro en el que la actividad literaria se entreteje con diferentes facetas de la vida de Gamboa:

sus episodios amorosos (casi siempre cubiertos con un velo de pudor) y el ingreso en la vida familiar; el progreso de la carrera diplomática y su incorporación a la política mexicana (llegó a ser candidato a presidente de su país). Pacheco escribió que el diario “se propuso ser un cuaderno de apuntes, cantera de notas para novelas por venir, y un registro de la vida literaria”, pero que derivó en “algo más que chismes claustrofóbicos: una muestra irremplazable de historia viva” cuyo valor se concentró sobre todo en la escena del porfiriato. No obstante, mucha de esa voluntad inicial se sostiene, especialmente en los primeros años cuando, por ejemplo, consigna las visitas a sus ídolos y modelos literarios en París. La circunstancia azarosa de que Gamboa comenzara a escribirlo durante su estadía en Buenos Aires nos permite acceder al ambiente en el que se movían los escritores argentinos en un período breve pero de intensa sociabilidad.

En 1880, Gamboa había viajado acompañando a su padre a Nueva York, ciudad en la que vivió una parte de su adolescencia. A su regreso, después de haber trabajado como periodista, ingresó en el cuerpo diplomático. En Guatemala, su primer destino, permaneció hasta 1891, cuando (previa escala en Europa) arribó a la Argentina como primer secretario de la legación mexicana. Traía su primer libro publicado (*Del natural*) y un diploma de Miembro Correspondiente de la Real Academia Española del cual se preciaba a pesar de haberlo obtenido, como él mismo lo reconoce, de forma casual. Llegaba, además, con el propósito de insertarse como escritor en la que para entonces era la ciudad más importante de Hispanoamérica. Gamboa no tardó en concretar este objetivo entrando en contacto con Rafael Obligado, quien para entonces parecía detentar el monopolio de las relaciones literarias. Las anotaciones de *Mi diario* correspondientes a Buenos Aires, que se extienden entre mayo de 1892 y agosto de 1893, tienen un eje en la práctica de las reuniones literarias presididas por la tradicional tertulia de Obligado. Hacía dos décadas que este poeta era el promotor principal de esta forma de encuentro doméstica y semiformal en la que los hombres de letras se juntaban semanalmente para conversar y leer sus producciones. Pero el diario de Gamboa capta el momento de apogeo de esta costumbre que, según la creencia del propio Obligado, contrarrestaba el declive de las virtudes criollas provocado por la modernización. Es en estos años, en los que Buenos Aires estaba prioritariamente ocupada en las derivas económicas y políticas de la crisis de 1890, que la idea de que en sus tertulias literarias se encontraba una reserva de poder espiritual alcanzó su momento de máxima difusión.

Como se puede leer en el capítulo de *Impresiones y recuerdos* dedicado a Buenos Aires, la tertulia de Obligado funcionaba como el eje moral y material de otras reuniones practicadas regularmente por un grupo de hombres de letras argentinos y otros americanos que, como Gamboa, se encontraban residiendo en el país. *Mi diario* describe con detalle el desarrollo de estas tertulias sin disimular ni las antipatías personales y “de escuela”, ni sus aspectos más decepcionantes para quien tenía la ambición de ser reconocido como escritor. Entre la gran cantidad de personajes que entran en su registro, Gamboa distingue un núcleo de confianza: además de Obligado, forman parte de este grupo Joaquín V. González, Carlos Vega Belgrano, Ernesto Quesada, Calixto Oyuela y el pintor Eduardo Schiaffino. Estos nombres coinciden con los más importantes promotores del Ateneo, al que Gamboa le dedica un par de entradas. Además del ámbito de las tertulias, en las páginas del diario ingresan otros lugares que en este momento empezaban a configurar los vínculos específicos de los que participan escritores y artistas: los talleres de los pintores, los bares y restaurantes adelantan también el pasaje hacia una sociabilidad más moderna y, en definitiva, más cercana a aquella que el escritor mexicano podía representarse en su lectura de los *journaux*, las memorias y la correspondencia de sus escritores admirados. Una simetría del azar hizo que la partida de Gamboa, repentinamente determinada por la decisión del gobierno mexicano de suprimir el consulado en Buenos Aires, coincidiera con la llegada de Rubén Darío. En los pocos días que ambos compartieron pueden advertirse algunas de esas transformaciones que darían lugar al desarrollo de una “vida literaria”.



## *Mi diario. Primera serie - I*

Guadalajara, Imprenta de La Gaceta de Guadalajara, 1907

**Buenos Aires**  
**1892**

### **10 de mayo**

Los martes en la noche, reúnen en mi casa varios literatos. Rafael Obligado, cuya mejor biografía es mencionarlo; Calixto Oyuela, a quien fundadamente se compara a Marcelino Menéndez Pelayo, por su inmensa erudición, rectitud de criterio y exaltado catolicismo; Joaquín V. González, el aplaudido autor de *La tradición nacional* y de *Mis montañas*; Domingo D. Martinto, poeta y sobre todo sonetista casi impecable. En ocasiones, también vienen Juan J. García Velloso, escritor y educacionista español, y Carlos Vega Belgrano, uno de los más altos espíritus que me ha sido dado encontrar por el mundo.

Con objeto de vernos durante la semana entera, hemos fijado nuestras reuniones en la siguiente forma: los martes, en mi casa; los miércoles, en la de Oyuela; los viernes, en la de Martinto, y los sábados, en la de Obligado. Hablamos de cuanto nos ocurre, y de literatura muy especialmente; llegando a librar verdaderas batallas en “ismo”. Obligado y González, con su americanismo; Oyuela, con su clasicismo; Martinto, con su escepticismo, y yo con mi naturalismo.

Justo es consignar que la reunión de Obligado, religiosamente mantenida de lustros atrás, y por la

que han desfilado todos o casi todos los argentinos y extranjeros, amantes correspondidos o rechazados de las letras, era la principal y más frecuentada. En ella conocí y traté al Buenos Aires intelectual y artístico de mi tiempo, y a diversos chilenos ilustrados, como de la Barra, Juan Agustín Barriga y Guillermo Puelma Tupper. Débese, principalmente, tal importancia, a que Rafael Obligado tiene el raro privilegio de darse a querer de cuantos se le acercan. A pesar de ser, además de millonario en talento, millonario también en dinero, es la modestia andando, y en su gabinete de trabajo, atestado de libros y de unos bustos de yeso muy feos, se olvida uno de que arriba, el hogar del poeta, es un palacio, donde suelen darse (y no empleo “suelen” en el sentido de “acostumbrar”), fiestas de tono con los refinamientos y requilorios de rigor en las grandes casas. En el gabinete, flota una atmósfera de simpatía; se siente uno a gusto hasta para lanzar la paradoja más descabellada, la más disolvente teoría, con la certeza de que Rafael, por más que se supone honradamente un creyente convencidísimo, no ha de enfadarse ni de poner mala cara; a lo sumo, y víctima de sus nervios —que lo traen siempre inquieto—, abandonará el asiento, encenderá dos o tres cigarrillos a la vez, y paseándose en la estancia, envuelto en humo, rebatirá con energías lo que acaba de manifestarse. A las 11, que sirven el té, hay tregua.

Digo que Rafael se supone un creyente, y así me temo que suceda, pues más parece un pagano inteligente que maneja el verbo a su antojo, creando cuadros paganos por sus cuatro costados y por sus cuatro costados soberbios. Pero él asegura que es creyente, y no hay que disgustarlo, ¡es tan bueno!

## 14 de mayo

José María Miró, el novelista argentino que bajo el pseudónimo de *Julián Martel*, publicó hace poco una novela sociológica, *La Bolsa*, que alcanzó un gran éxito, almuerzo conmigo y me acompaña toda la tarde. Acaban de licenciarlo en el regimiento de voluntarios a que pertenecía; concurrí

a las maniobras habidas últimamente y cojea un poco. Es un guapo mozo, de unos veinticinco años, lleno de ilusiones y deseos, no obstante el indiferentismo de que presume.

### 19 de mayo

Concluyo esta noche de copiar mis manuscritos de *Apariencias*. Pienso, al concluir, en la labor que un libro simboliza; en las contrariedades y dolores que nos cuesta; en el amor que nos inspira; en el temor en que nos sume, durante su elaboración, de que la muerte nos sorprenda y deje trunca la obra. Pienso, asimismo, en lo que le espera cuando lo compren; en los lectores que por \$ 1 o 2 que pagan, se erigen en autoridades críticas, y allí donde uno se esmeró, en la frase rebelde al principio y que al fin creemos haber vencido, en la teoría noble y levantada, en el efecto artístico, allí ceban su ignorancia vanidosa, allí nos hieren con sus sedimentos de burgueses hipócritas y viciosos. Sin contar a los que le llaman a uno “inmoral”, plegando desdeñosamente los labios; ni a las personas *graves* que declaran solo leer los *libros serios* y nunca novelas...!

### 31 de mayo

Concurridísimo mi “martes” de hoy. Vienen Joaquín V. González, Rafael Obligado, Soto, Domingo D. Martinto, un pintor bonaerense Schiaffino, premiado con diploma y medalla en París; Calixto Oyuela, Belisario J. Montero y Juan J. García Velloso. Pídenme la lectura de lo que llevo escrito en este *Diario*, y Rafael Obligado, al enterarse de que consigno la broma del Ministro de Relaciones, relativa a los dragones que iban atrasados en la formación del día 25, salta de su asiento, acciona, se pasea por la estancia; asoma su patriotismo exagerado, el insigne cantor de *Santos Vega* me amenaza con la horca.

—El ejército que pintas podrá ser el ejército de la luna, pero nunca el libertador de un mundo, el que mandaba San Martín, el que cruzó los Andes! Pon al fin de la hoja, una nota que diga: “Al oír esto, Rafael Obligado protestó”.

## 9 de junio

Acompañado de Martinto —a quien están imprimiéndole sus *Poesías* en la casa de Peuser—, voy por segunda vez a los talleres de la imprenta; y mientras Martinto, con la debilidad imprescindible de todo autor, se extasía, y con razón, ante los cuadernos concluidos que de su libro le muestran, yo elijo el papel especial para los ejemplares de lujo del mío. Llena la mente de ideales y de libros nuevos, que apenas se diseñan en la atmósfera y que nos comunicamos a medias Martinto y yo, abandonamos los talleres y seguimos a pie a lo largo de la Avenida de Montes de Oca, en donde codeamos numerosos grupos de obreros, que, la pipa en los labios y la chaqueta abotonada sobre la blusa debido al mucho frío que hace, se encaminan a sus hogares sin hablar entre sí, con ese silencio meditativo y triste que origina en ellos su ruda labor. Y nosotros, charlamos, charlamos, mientras Venus, allá arriba, en el fondo de un cielo invernal y despejado, dice adiós a la tarde que se muere y parece que sonriera a nuestros libros que nacen.

## 15 de junio

A la noche, en casa de Oyuela, conozco a Martín Coronado, el aplaudido autor dramático de la Argentina. Manifiéstame su asombro por el movimiento literario que ha encontrado en Buenos Aires, después de cinco años de ausencia. Se marchó al campo, a vivir, con la resolución firme de no escribir más para el teatro. Y ahora ha vuelto, tiene un nuevo drama casi concluido, que hará representar dentro de poco; antes ha de leérmolos.

## 24 de junio

Por tercera vez, en la elegante morada del acaudalado literato chileno Alberto del Solar, que los viernes recibe a gente de pluma. Los de siempre, más algunos argentinos que no son de nuestro grupo.

## 12 de julio

Muy concurrido mi martes literario. Algunos nuevos, entre ellos un francés, Alfredo Ebelot, establecido en la Argentina hace veintidós años. Siempre fue literato y republicano; estuvo mucho tiempo de secretario de redacción en la conocidísima *Revue de Deux Mondes*, de París; es autor de varios libros; el último es *La Pampa*, en castellano, con el que personalmente me obsequia poniéndole afectuosa dedicatoria. Va a ser mi crítico en la *Revista* de Carlos Vega Belgrano; ha leído mi *Del natural* y juzgará *Apariencias*.

Es simpático y parece franco; ya es de alguna edad. Carlos Vega Belgrano me lo encomia como ilustrado y competente.

## 19 de julio

¡Tristísimo aniversario el del día de hoy! No puedo consagrarle todos mis recuerdos —según siempre lo he acostumbrado por amante piedad filial—, porque los preparativos de mi próximo viaje y mi reunión nocturna y literaria, impídenmelo conjuntamente.

No obstante que mi “martes” ha estado muy concurrido, principia a enfadarme la esclavitud que imponen tales tertulias, de las que, al fin de cuentas, poco se saca. Mucha discusión sobre temas baladíes o trascendentales; mucho afán de pasar por espíritu superior e ilustrado, para separarse después de media noche sin haber andado un solo paso positivo. Más que tertulias, simulan una función de fuegos de artificio: primero luces, muchas luces, entusiasmos, ruidos; luego, humo, ceniza, nada... Y el mal no es este, el mal es que estas reuniones nuestras, con defectos y todo, son mil veces mejores que la generalidad de las diversiones nocturnas en las ciudades hispanoamericanas. ¡Cómo ha de ser!

Se lee el prólogo de mis *Impresiones*, y Leopoldo Díaz, el *parnasiano* argentino, el elegantísimo poeta algo

simbolista, lee una traducción suya, en verso, de una poesía naturalista portuguesa y que parece escrita por el doctor Ricord: hasta de copaiba y de nitrato de plata se habla en ella!

—*Les portugais sont toujours gais.*

## 23 de julio

(A bordo del “Equater”, de las Mensajerías Marítimas). Encallados desde esta mañana a las 8, a unas millas de Buenos Aires. Nada particular. Por la noche, las luces del puerto nos proporcionan un lindo panorama. Cree el capitán que partiremos mañana, ora descargando un poco, ora a fuerza de remolcadores.

A pensar, en mi silla.

¿Se habrán puesto a la venta mis *Apariencias...*? Amohíname no haberlo presenciado; ¡qué diantre! No en balde un libro *nuestro* nos hace gozar y sufrir quince meses largos... querríamos darle los últimos consejos y las recomendaciones postrimeras, apercibirlo para el combate, estimularlo:

—Parte, hijo mío, y sé fuerte! Ve a divertir al público, el grueso público torpe e indispensable porque tiene el criterio en el bolsillo; porque sin dinero, nadie, ni los literatos viviríamos, y el dinero él lo posee y reparte a su capricho; él, esa masa cruel, hipócrita, anónima, múltiple, que inunda y domina el universo; los ignorantes, las medianías, los impotentes, los analfabetos y las mistificaciones; alguno que otro honrado e inteligente, vale decir, la excepción confirmando la regla, excepción que sin embargo es la amada de los autores aunque no la conozcan, quizás precisamente por eso... Puesto que ello es preciso, salúdalos, pero también, desprécialos si se ofrece...! ¡Pocos te entenderán, menos han de querer entenderte, y menos todavía habrán de amarte...! Si los más te entendieran, leerían lo que en invisibles caracteres escribí en tus renglones: “El único consuelo del literato de verdad en Hispanoamérica enciérrase en dos cosas: en el placer

inefable del engendramiento, todos los detalles y naderías que embriagan y acarician nuestro propio temperamento; y en la satisfacción íntima y un tanto vanidosa de sentirnos superiores al público —¡oh, el público!— por cima de lo común y lo grosero —aunque nosotros hayamos caído y no podamos volver a levantarnos; ya nos hemos levantado antes, ya hemos hecho obra (privilegio del que no todos disfrutan por mucho que lo intenten y deseen!)— por cima de los interlocutores que hay que sufrir, a los que sin equivocarnos calificamos *in pectore* con el solo calificativo a que son acreedores:

—¡¡¡GANSOS...!!!”

### **19 de agosto**

Arribo a Buenos Aires.

Impaciente por ver mi libro, lo primero que hago es ir a la librería donde me lo encuentro de punta en blanco, prometiéndome mil cosas soñadas mientras acaricio el lomo de los ejemplares de lujo y hojeo los ejemplares ordinarios...

Magníficas noticias: ¡el libro se vende!

Pídeme el primer ejemplar de lujo, Peuser, el editor, y se lo dedico de buena voluntad; se lo ha ganado.

Luego, a pie recorro la calle de Florida, deteniéndome en las librerías que lucen mi obra en sus vidrieras:

¡¡Novedad!! APARIENCIAS, por Federico Gamboa.

Inefable dicha la de estos momentos, que premia mis afanes; paréceme la ciudad más bella, generosa la vida, tratables y enmendados mis semejantes...

... Ahora, a trabajar el libro nuevo, el que comienza su existencia interno-cerebral.

### **21 de agosto**

Dan principio los desencantos y amargas peores, los que hay que devorar fingiendo una filosófica indiferencia. *El Diario* de ayer tarde, publica la primera crítica sobre *Apariencias*; resultó exuberante y *soberanamente aburridor*.

## 23 de agosto

Aunque no he comunicado a nadie que me hallo de vuelta, determino no salir de casa esta noche por ser martes. Al concluir de comer, llega Domingo D. Martinto, el sonetista que a mi arribo a la Argentina se ocupó con elogio de mi *Del natural* en uno de los diarios de esta capital porteña. Háblame de *Apariencias* en compungido tono, cual si me hiciese visita de pésame. En los cuantos minutos que me consagra, sólo me habla de que *La Nación* llamó a *Apariencias* “triste realidad de más de seiscientas páginas”; y cuando no repite este para mi inesperado pousse-café, con calor grandísimo encomia *La debacle de Zola...* Despídese, asegurándome que leerá mi libro y escribirá algo acerca de él.

Llegan después, García Velloso (un ibero bien intencionado que mucho estimo), Vega Belgrano y Ernesto Quesada (este último ha escrito una crítica sobre *Apariencias*, que aún no se publica), y naturalmente es mi obra el principio de la conversación. Con el arribo del pintor Eduardo Schiaffino, se charla de otras cosas, hasta las doce y media de la noche.

¿Por qué me gana un invencible desaliento a causa de la frialdad del público para con mi novela...? ¿Por qué creí en el entusiasmo que provocaron algunos capítulos cuando su publicación en los periódicos...? Y yo mismo trato de explicármela; achácola a mi reciente viaje a Brasil, al conflicto constitucional argentino de estos últimos días que tanto ha absorbido la atención pública, a los defectos en que el libro ha de abundar y que yo, ¡ay de mí!, no he advertido y quizás nunca advierta... Hasta que por remate, voy a dar con la verdadera causa, la cuestión eterna en Hispanoamérica: el profundo desdén con que se mira y considera todo lo que a literatura se refiere... Por vía de consuelo, pienso en que los *Cantos* de Calixto Oyuela, los *Recuerdos literarios* de Martín García Mérou, y el *Quilito* de Ocantos cayeron en el vacío a pesar de ser los tres autores, argentinos esclarecidos —¡Oyuela sobre todo!—. Pienso que en Centro América la cosa es peor aun; pienso en mi México, donde a poquísimos individuos importa que aparezca un libro o que

desaparezcan mil. Pienso en la misma España —¡la patria madre!—, en los puñados de años que Pérez Galdós vivió incógnito no obstante ser el autorazo que es; y por final, pienso en los Goncourt, en lo que lucharon y sufrieron; en la miseria de Zola; en que Flaubert, si no es a causa del imbécil proceso que le intentaron por su maravilla de *Mme. Bovary*, sus bárbaros paisanos lo habrían ignorado qué se yo cuántos lustros...! Y aunque a nadie me compare en mis soliloquios —¡no calza tales puntos mi egolatría!—, pensamientos semejantes afiánzanme una melancolía acre que me invade en la cama y me ahuyenta el sueño, como si hubiera pensado en la muerte de alguna persona que quisiera mucho...

### **30 de agosto**

Han principiado a aparecer críticas serias sobre mi libro: una, de Ernesto Quesada, y otra, de Joaquín V. González. Anúncianse más del mismo carácter. Por cierto que me hacían buena falta para borrar la mala impresión de hace ocho días; las críticas serias —aun cuando censuren—, compensan de los largos períodos ignorados de labor, son indispensables para estimularnos a quedar en la brecha.

A propósito de la racha por que atravieso de profundo y legítimo spleen, ocúrreme esta pregunta:

—¿Cuándo podrá uno consultar, con probabilidades de alivio, a especialistas de enfermedades del espíritu...? Nuestro decantado progreso los reclama ya, y, sin embargo, no existen todavía.

### **2 de septiembre**

Dos buenas noticias: sigue vendiéndose mi libro, y, sobre todo, es el asunto y la conversación del día. ¿Al fin...?

### **20 de septiembre**

Joaquín V. González asoma en la puerta de mi comedor —es martes—, con un número de *El Oeste*, diario

de nueve años de edad que se publica en la ciudad de Mercedes, Provincia de Buenos Aires, y con la declaración siguiente:

—Le hacen a Ud. un robo que ha de alegrarlo.

—¿...?

—Están publicando *Apariencias* en el folletín de este periódico.

En efecto, sin pedir permiso a Dios ni al diablo, van ya en la parte II de mi novela, en el folletín número 37.

¿Serán los folletines de diarios provincianos el indicio de la popularidad...?

## 21 de septiembre

Deseando para mis adentros que el asunto pase a los tribunales, a fin de darle resonancia al libro, le llevo a mi editor Peuser el número de *El Oeste* salteador. Ni siquiera se inmuta don Jacobo, antes me declara que no sería cuerdo ni económico entrar en un litigio, aunque de nuestra parte se encuentre Themis.

—Suframos el despojo —añade—y para endulzarlo, sepa Ud. que de todas las librerías de la ciudad me han pedido más ejemplares de la novela; la venta marcha.

Encamínome a visitar a Eduardo Schiaffino, en su taller.

Siempre me han encantado los talleres de los pintores, cuando, como en el caso actual, se trata de un pintor de talento. Encuentro algunas visitas, me muestra él sus últimos trabajos, y charlamos toda la tarde.

## 15 de noviembre

Paso toda la tarde en el estudio de Schiaffino, que hoy comienza a pintar mi retrato con el que va a obsequiarme. Este obsequio es la realización de uno de mis deseos de literato: tener mi retrato al óleo ejecutado por un pintor bueno; y Schiaffino está enamorado de su arte, condición *sine qua non* para que un artista produzca algo notable.

Aunque sólo trabaja con el carboncillo en esta primera pose, al levantarnos me veo ya en la tela, sin parecido aún, en contorno, en una pintura escogida por él.

—¿Qué clase de retrato piensa usted pintar?— le pregunto.

—Retrato que sea “cuadro” y que llame la atención.

### 15 de noviembre

En mi “martes” de hoy, preséntanme al crítico que en *El Diario* me llamó *exuberante y aburridor*. Lo de siempre: muchas disculpas, que se arrepiente de escribir lo que escribió, que lo hizo a la ligera.

Me apena oírlo.

### 4 de diciembre

Invitado por Ernesto Quesada —uno de los más distinguidos y ameritados intelectuales argentinos—, paso el día en su estancia de S. Vicente, a una hora en camino de hierro de Buenos Aires.

Una instalación lindísima, a la moderna, con más de un detalle de arte, algún cuadro, armas, curiosidades.

Su esposa, que nos hace los honores a mí y a otros invitados, paréceme inteligente y buena, como nuestras legítimas damas hispanoamericanas.

La biblioteca es preciosa, con obra de 10.000 volúmenes en sus anaqueles y estantes, amplia, decorada con gran gusto, envidiable. Por sus ventanas claustrales entra a chorro una luz franca, que ha de convidar al trabajo de la inteligencia; de cuando en cuando, entran también ráfagas bravías de aire oxigenado, oliente a montañas y a campo, y rayos de sol que alegran hasta los lomos de los libros alineados y prisioneros; desde lejos viene a morir a nuestros oídos mugir de ganado...

Entre los comensales, se encuentra el novelista argentino Don Carlos María Ocantos, cuya cuarta novela, *Entre dos luces*, ha aparecido ayer.

Es joven y más bien silencioso; confiéscase nostálgico por España —en donde ha vivido algunos años de Secretario de la legación de su país—, y aunque se las da de escéptico respecto de sus libros, no sabe disimular el júbilo que le origina encontrarse en la mesa de Quesada, la novela suya recién nacida.

### 13 de diciembre

En mi “martes” de hoy, lee Calixto Oyuela su crítica sobre mis *Apariencias*. Para comenzar, me dice:

—Hágase usted de cuenta que no nos conocemos...

Y durante una hora, lee su trabajo, en el que me trata con mucha dureza.

Así es la opinión: hace ocho días recibía de Madrid en la *España Moderna* otra crítica en que me ponen por las nubes.

¡Vaya Ud. a saber quién tiene razón!

## 1893

### 13 de enero

Termino el capítulo VI de *Impresiones y recuerdos* y leo una elogiosa crítica sobre *Apariencias*, aparecida en un número de la *Ilustración Artística*, de Barcelona.

### 18 de enero

Encantado tres días con la lectura de las correspondencias de Stendhal y de Gustavo Flaubert, respectivamente. Son hombres que estimulan; lecturas como esta debiéramos hacerlas de tiempo en tiempo los que por una u otra causa, nos hemos dado a la envenenada carrera de las letras.

Contraste. Voy por la noche al teatrillo de la “Comedia”, a conocer al tan renombrado actor cómico madrileño, Julio Ruiz, cuatro meses ha desembarcado en Buenos Aires.

Las peti-piezas en que trabaja, perfecta y totalmente sosas; y él, no me parece que pase de una medianía en su género.

### **3 de febrero**

Acabo el capítulo VIII de *Impresiones y recuerdos*.

Debido a una malísima noticia llegada ayer a la legación, tengo que violentar la terminación de mi libro: desde el próximo 1º de julio, queda suprimida, por economía, la legación de México en la América del Sur.

¿A dónde me enviarán...?

Es incalculable el trastorno que esto me significa: pierdo editor, amigos, y quién sabe cuánto más...

### **28 de marzo**

Hace mucho tiempo que no concuro al Ateneo Argentino —del que en lo oficial y por mi calidad de extranjero, soy sólo socio correspondiente, aunque en realidad sea socio fundador.

La noche de hoy es noche de reunión reglamentaria.

Recojo de Carlos Vega Belgrano y de Rafael Obligado, la halagüeña opinión de que me he emancipado de Zola mi maestro (¡y a muchísima honra!) y de que quizás se me considere, andando los años, propagador, en nuestra América, de una escuela literaria modernísima que se denominaría “sincerismo”. Rafael insiste:

—Tu personalidad, en arte, comienza a campar por sus merecimientos propios, a pesar de tus defectos, que los tienes...

### **11 de abril**

Terminado el capítulo XV de *Impresiones y recuerdos* intitulado “En Buenos Aires”. Lo leo en mi reunión *martense* de esta noche, delante de argentinos tan argentinos como Rafael Obligado, Carlos Vega Belgrano, Joaquín V. González, Ernesto Quesada, Martín Coronado, etc., porque

no quiero que, mañana, las apreciaciones que en él hago resulten excesivas o equivocadas.

Y el cónclave pleno, me lo aprueba sin observar nada en su contra.

### 9 de mayo

Mi “martes”, harto concurrido; se habla del próximo estreno del primer “Salón” argentino, en el Ateneo. Schiaffino, que concluyó ya mi retrato al óleo, presentará este, junto con el de Carlos Vega Belgrano, también obra suya.

En el curso de la charla, Joaquín V. González, lanza una observación profundamente cierta.

—No hay hombre ninguno que de cuando en cuando no sienta la nostalgia del prostíbulo.

### 10 de mayo

*El Nacional* de esta ciudad, que está publicando una serie de “Reportazgos literarios”, me envía esta noche la visita de uno de sus reporteros, pues parece que mi turno es llegado. El reportero es un joven Castellanos, conterráneo de Pérez Galdós.

En palique de dos horas conviértese la *interview* que ha de ver la luz el 15, y lo único que hemos sacado en limpio es que soy un querendón de España y un enamorado de la vida. Castellanos, por añadir algo, afirma que soy asimismo un revolucionario en literatura.

### 17 de mayo

*Vernissage* en el “Salón” del Ateneo, o como si dijéramos, primera representación de pieza nueva; y mi América, que es una ignorante de ese refinamiento europeo de las *premières*, medio conocidas en lecturas, menos ha de saber de la significación y alcance de un *vernissage*. Fuera de una docena de individuos, aquí en Buenos Aires nadie va a digerir hoy por hoy el recién importado vocablo; pruébalo

el silencio del público frente a la enormidad con que se da comienzo al suceso: ¡se efectuará de noche! ¿En qué país se ha visto, ni puede verse, que los *vernissages* se lleven a cabo por la noche?; ¿cómo va uno a imaginar que los artistas barnizarán sus cuadros (que es la ficción de la fiesta), a la luz de los mecheros de gas? Eduardo Sívori, el pintor, halla justa mi censura cuando se la comunico.

Con él y con Eduardo Schiaffino como en un restaurante italiano de la calle de la Defensa, intitulado La Sonámbula; un buen *pranzo*, pero despachado a las volandas, nerviosísimos los dos pintores: Schiaffino por ser el presidente de la sección de Bellas Artes, o del Jurado Calificador para la admisión de cuadros, y Sívori, por los recuerdos de sus *vernissages* en el “Salón” de París.

Tornamos al Ateneo, cuando aún no ha llegado nadie; a poco, preséntase Carlos Vega Belgrano —padre y alma del Ateneo, en el que lleva gastado un dineral con desprendimiento a la Médicis, por quien esencialmente subsiste la incipiente asociación—, nos saluda, y todos, mozos y nosotros encendemos las luces de las dos salas.

Luego, el público, escaso, algunas señoras. El Presidente de la República, el Vicepresidente y los Ministros no asisten ni envían la más pequeña excusa. ¿Qué mejor biografía...?

Entre los cuadros expuestos por Schiaffino, descuellan el retrato de Vega Belgrano y el retrato mío.

Después de la media noche, la fiesta ya concluida, nos encaminamos los íntimos a la Cervecería Alemana, donde Sívori, al saber que me hallo en vísperas de abandonar la Argentina, ofréceme de recuerdo un cuadro suyo.

## 28 de junio

Muy triste mi “martes”, solo tres contertulios, porque en el teatro de Onrubia, efectúase hoy la cuarta representación del drama de Martín Coronado, *Cortar por lo más delgado*, y los productos los cederá la empresa al mismo Coronado. Y todos nosotros, los del grupo, quisimos concurrir; los amigos están allá, aplaudiendo; yo, no, porque

no debo ausentarme de mi pobre jefe Sánchez Azcona, que pelea con la muerte todos los instantes que trabajosa y dolorosamente va viviendo...

## 11 de julio

Quédome media hora en casa, porque hoy, después de un año y dos meses, clausuro mis “martes”.

Casi ninguno de los contertulios de costumbre ha faltado a esta sesión de despedida; están Carlos Vega Belgrano, Rafael Obligado, Joaquín V. González, Eduardo Schiaffino, Martín Coronado, Eduardo Ezcurra, Ernesto Quesada, Juan J. García Velloso y alguno más.

Observo ufanísimo, que todos parecen algo apesados porque se concluyan estas reuniones semanarias, y sólo me lo explico atendiendo a la circunstancia —bien atendible para esta clase de reuniones— de que era mi casa terreno neutral y amigo, y, lo que sobraba para que dentro de ella respirárase aire de libertad y de independencia, casa de un literato célibe y extranjero por añadidura, con una ventaja: ser extranjero oriundo de país distantísimo, vale decir, de país que nunca podrá ser enemigo ni rival de este porque nada se disputarán, ni un peso ajeno, ni un grano propio, ni un inmigrante útil; y los países, al igual de los individuos, cuando no tienen razón para odiarse — que es el primer movimiento del corazón humano, aislado o en colectividades—, se aman. De ahí que en las modestas reuniones de mi casa todo el mundo opinara acerca de todos los tópicos imaginables de arte, literatura, religión, filosofía, historia, política, etc., etc., cuanto le dio la gana, y del modo y con las palabras que más fueron de su preferencia y agrado.

Ezcurra anúnciame tener escrito ya un juicio crítico sobre *Impresiones y recuerdos*, que uno de estos días saldrá en *El Diario* de la tarde, donde él es ahora segundo redactor en jefe. Obligado declara que me dirigirá una “carta abierta” tocante al mismo punto, en *La Prensa*; y García Velloso dice que ha visto la primera mitad de un

artículo también respecto de mi libro, escrito por el literato madrileño Atienza y Medrano.

Uno de los amigos arriba enumerados, comunícame encareciendo reserva, que hace pocas noches, en el Ateneo, en corrillo presidido por O. L., que llegó a la iracundia, se destrozaron tales *Impresiones y recuerdos*, llamándolos, amén de otros nombres, “egoístas”...

—¡Hombre! —le digo yo—, ¿y qué otro carácter puede ostentar un libro autobiográfico...? ¡Vaya un descubrimiento!

Mi informante continúa y agrega que Calixto Oyuela, cuando se patentizaban mis defectos e imperfecciones, aseguró que provenían de que yo, indudablemente, no había leído a Homero...

Palpo, para mis adentros, esta verdad como un puño:  
—En arte, existen temperamentos enemigos.

## 12 de agosto

El Ministerio de del Valle derrúmbase esta tarde, produciendo su derrumbamiento un gran alboroto en la ciudad. Los periódicos vespertinos tiran hasta cuatro ediciones que la gente devora estacionándose en las vidrieras iluminadas de las casas de comercio. Se teme que estalle una revuelta.

Carlos Vega Belgrano, afiliado al partido radical, miembro del comité revolucionario que con su actitud dio por tierra con el inmoral Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, y que durante estos últimos días ha estado ocupadísimo ora en La Plata, ora aquí, viene a comer con Schiaffino y conmigo en La Sonámbula. Trae Carlos muchas impresiones, muchos ideales de regeneración, todos los planes del gran partido para reconstruir la estuprada moral de la patria; y durante la comida, nos lo comunica entusiasmado, mientras desde los fondos del enorme comedor una tocadora de arpa y sus dos hijos, también músicos, nos regalan los oídos con sus notas, y una florista, que lleva rato de rondarnos con insistencia de mosca nada despreciable por cierto, al fin vence y nos prende en los ojales sendos ramos de violetas bien olientes.

De La Sonámbula, un simón nos lleva a saludar en su suntuosa morada a del Valle, el caído jefe del Ministerio caído esta tarde.

### **14 de agosto**

En un banquete con que sus amigos de Buenos Aires despiden esta noche al literato chileno Juan Agustín Barriga, preséntanme al escritor nicaragüense Rubén Darío, de tanto renombre, llegado aquí hace dos días como cónsul general de Colombia. En vez de hacernos los cumplimientos de rigor en estos casos, nos juntamos en seguida cual viejos amigos, y comentamos las circunstancias casuales que parecían condenarnos a no conocernos nunca: cuando él arribó a Guatemala, yo me partía de ella, y ahora que él viene a Buenos Aires, yo me apercibo a abandonar Suramérica.

Una noche no vulgar: el núcleo congregado en este restaurante de Mercer abunda en intelectual importancia. Casi todos somos literatos, consiguientemente todos despotricamos sobre...

García Velloso lee una deliciosa poesía dedicada al obsequiado.

### **17 de agosto**

Es de veras particular, pero ni un sólo día hemos dejado de buscarnos Rubén Darío y yo.

Hoy, en arranque suyo de confianza extraordinaria, confíame la historia de su vida. Lo amenazo con que habré de trasladarla a *Mi diario*, a este pobre diario, que, si Dios quiere, ha de ver la luz cuando yo muera, o, si no, cada diez años, y Rubén no retrocede, ¡al contrario!, se le avivan añoranzas, y a la futura publicación me autoriza.

### **18 de agosto**

No obstante lo inminente de mi partida, agujoneado por mi ansia de trabajo, hoy di remate al capítulo primero de

mi nueva obra *La suprema ley*; capítulo que leeré mañana en la casa de Rafael Obligado, ante asamblea plena y como mi despedida literaria de la Argentina. Así lo ha querido Rafael, alegando que supuesto que en su casa leí igualmente el capítulo primero de *Apariencias*, acabado de llegar a Buenos Aires, en su casa debe ser leído el primero de *La suprema ley*, para decir adiós a los literatos argentinos.

Esta noche me ofreció en su casa Ernesto Quesada una comida de catorce cubiertos, en la que dominó, naturalmente, el elemento literario. La agradable velada se prolongó hasta más allá de las 12. Alguien anúnciame, exigiendo sigilo, que me sorprenderán el domingo próximo con un banquete concurrendísimo en el restaurante Georges Mercer. Ya avisado, puedo enterarme de que a causa de que los promotores del banquete no son de nuestro grupo, se han despertado discusiones y rivalidades.

### **21 de agosto**

Nervioso, intranquilo, fatigado, lleno de visitas. Me embarco mañana.



Rubén Darío

*La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*





## Rubén Darío (1867-1916)

Félix Rubén García Sarmiento, Rubén Darío, nació y vivió en Nicaragua hasta los 19 años. En su país fue mentado precozmente como “el poeta niño”, por sus poemas pero también por sus artículos publicados en diarios de León y de Managua. Llevó una vida de viajes, con accidentadas estadías en países centroamericanos, primero, y luego Chile, un paso breve por Estados Unidos, donde conoció a Martí, Argentina, España, Francia. Retornó dos veces a Nicaragua para arreglar asuntos personales. Allí murió, tras meses de enfermedad y en su último trabajo diplomático, una gira pacifista por América contra la Primera Guerra Mundial.

Fue por encargo de *Caras y Caretas* que Darío comenzó a publicar una “narración de su vida” entre el 21 de septiembre y el 30 de noviembre de 1912. Tres años después, las once entregas aparecidas en la revista fueron reunidas en libro por el editor Maucci. A los sesenta y seis breves capítulos escritos (dictados) en Buenos Aires entre el 11 de septiembre y el 5 de octubre de 1912, Darío añadió entonces una “Posdata, en España”, y Maucci, innumerables erratas. Las reediciones póstumas —la primera, de 1918, por la madrileña Mundo Latino, en la edición de sus *Obras Completas* con prólogo de Alberto Ghirardo— se titularon *Autobiografía*. En julio de 1913 Darío publicó en *La Nación* los tres artículos sobre *Prosas profanas*, *Azul* y *Cantos de vida y esperanza* que luego integrarían su *Historia de mis libros* (1916). Entre fines de 1913 y principios de 1914 publicó en el mismo diario los seis capítulos de su novela autobiográfica *El oro de Mallorca*.

Las memorias revelan más de un aspecto de su identidad de escritor: en primer lugar, una evidente autoconciencia respecto de la constante búsqueda formal y la novedad de su figura: “Esparcí entre la juventud los principios de libertad intelectual y de personalismo artístico”. Darío se dice “fuera de lo común” y sabe que *Los raros* revelaron “nuevas maneras de pensamiento y de belleza”. Así puede leerse en sus memorias una consideración

del propio ejercicio de la poesía como práctica intelectual, no solo un modo de decir con “libertad y audacia” sus ideas estéticas, sino de entender el mundo contemporáneo (al que no pensó, contra simbolistas y decadentistas europeos, del todo escindido de la lírica), la política o la experiencia amorosa. Más allá de las diferencias de retórica y de voz, la poesía era una pulsión, una necesidad de pensar la experiencia, y no exigía una renuncia a otros registros como la crónica o incluso la oratoria, a la que sus memorias se refieren con llamativa recurrencia.

En segundo lugar, las memorias dan cuenta de una identidad híbrida del escritor, entre el malditismo y la consagración mundana propia de los letrados tradicionales. Es que Darío no fue un paria sino un elegido. Sus memorias confirman el modo en que la tensión entre renovación literaria y tradición se resolvió — especificidad latinoamericana— sin resonantes rupturas respecto del campo del poder, tal como se advierte en su fascinación por los viejos letrados liberales, tanto americanos como españoles: Castelar “fue un deleite para mis oídos y mi espíritu”; Lastarria “fluía autoridad y majestad”; Mitre supo hablarle de historiadores y poetas centroamericanos; Groussac fue su “verdadero conductor intelectual”.

Al llegar a un nuevo destino, Darío entra en contacto con presidentes, ministros, directores de diarios, diputados centroamericanos y sudamericanos después. En cada caso, se repite el esquema: el poeta inicia sus actividades como periodista y se conecta con figuras de la política que pueden ser sus benefactores; luego viene, como sucede en Buenos Aires, su acercamiento al mundillo de los escritores, periodistas y artistas de su misma generación. Un relato repetido en sus memorias cuenta la llegada a una ciudad, su instalación en el “mejor hotel” y la visita inmediata al político encumbrado, cuando no al mismo presidente, que le abre las puertas de sus despachos, de los periódicos y de la sociabilidad mundana.

Darío se erige en principal protagonista, consciente de que sus memorias valen más por su figura que por los hechos de los que pudo ser testigo. Sus memorias no omiten aspectos estrictamente privados de su vida, registran detalles sobre las condiciones del trabajo intelectual, evitan los enjuiciamientos, las acusaciones y las justificaciones. El ejercicio introspectivo se acerca al Rousseau de las *Confesiones* antes que al género memorialista del testimonio de época y de generación. Darío, que ya se sabe consagrado, controla los sentidos de sus memorias, como si quisiera ser artífice de la primera versión de un legado y sentar las claves interpretativas de un proyecto.

*La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*

**Buenos Aires, Caras y Caretas,  
21 de septiembre - 30 de noviembre de 1912**

**XXXII**

Yo soñaba con París desde niño, a punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París. París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra. Era la Ciudad del Arte, de la Belleza y de la Gloria; y, sobre todo, era la capital del Amor, el reino del Ensueño. E iba yo a conocer París, a realizar la mayor ansia de mi vida! Y cuando en la estación de Saint Lazare, pisé tierra parisiense, creí hollar suelo sagrado. Me hospedé en un hotel español, que por cierto ya no existe. Se hallaba situado cerca de la Bolsa, y se llamaba pomposamente Grand Hotel de la Bourse et des Ambassadeurs... Yo deposité en la caja, desde mi llegada, unos cuantos largos y prometedores rollos de brillantes y áureas águilas americanas de a veinte dólares. Desde el día siguiente tenía carruaje a todas horas en la puerta, y comencé mi conquista de París...

Apenas hablaba una que otra palabra de francés. Fui a buscar a Enrique Gómez Carrillo, que trabajaba entonces empleado en la casa del librero Garnier.

Carrillo, muy contento de mi llegada, apenas pudo acompañarme, por sus ocupaciones; pero me presentó a un español que tenía el tipo de un gallardo moro, al mismo

tiempo que muy marcada semejanza de rostro con Alfonso Daudet. Llevaba en París la vida del país de Bohemia, y tenía por querida a una verdadera marquesa de España. Era escritor de gran talento y vivía siempre en su sueño. Como yo, usaba y abusaba de los alcoholes; y fue mi iniciador en las correrías nocturnas del Barrio Latino. Era mi pobre amigo, muerto no hace mucho tiempo, Alejandro Sawa. Algunas veces me acompañaba también Carrillo, y con uno y otro conocí a poetas y escritores de París, a quienes había amado desde lejos.

Uno de mis grandes deseos era poder hablar con Verlaine. Cierta noche, en el café D'Harcourt, encontramos al Fauno, rodeado de equívocos acólitos.

Estaba igual al simulacro en que ha perpetuado su figura el arte maravilloso de Carrière. Se conocía que había bebido hartó. Respondía de cuando en cuando, a las preguntas que le hacían sus acompañantes, golpeando intermitentemente el mármol de la mesa. Nos acercamos con Sawa, me presentó: "Poeta americano, admirador, etc.". Yo murmuré en mal francés toda la devoción que me fue posible, concluí con la palabra gloria... Quién sabe qué habría pasado esa tarde al desventurado maestro; el caso es que, volviéndose a mí, y sin cesar de golpear la mesa, me dijo en voz baja y pectoral: *¡La gloire...! ¡La gloire...! ¡M... M... encore...!* Creí prudente retirarme, y esperar para verle de nuevo una ocasión más propicia. Esto no lo pude lograr nunca, porque las noches que volví a encontrarle, se hallaba más o menos en el mismo estado; y aquello, en verdad, era triste, doloroso, grotesco y trágico. *¡Pobre Pauvre Lelian! ¡Priez pour le pauvre Gaspard...!*

### XXXV

Me embarqué para la capital argentina, llevando como *valet* a un huesudo holandés que sin recomendación alguna se me presentó ofreciéndome sus servicios.

Y heme aquí, por fin, en la ansiada ciudad de Buenos Aires, a donde tanto había soñado llegar desde mi permanencia en Chile. Los diarios me saludaron muy

bondadosamente. *La Nación* habló de su colaborador con términos de afecto, de simpatía y de entusiasmo, en líneas confiadas al talento de Julio Piquet. *La Prensa* me dio la bienvenida, también en frases finas y amables, con que me favoreciera la gentileza del ya glorioso Joaquín V. González.

Fui muy visitado en el hotel en donde me hospedarán. Uno de los primeros que llegaron a saludarme fue un gran poeta a quien yo admiraba desde mis años juveniles, muchos de cuyos versos se recitan en mi lejano país original: Rafael Obligado. Otro fue don Juan José García Velloso, aquel maestro sapiente y sensible, que vino de España, y que cantó y enseñó con inteligencia erudita y con cordial voluntad.

Presenté mi Carta Patente y fue reconocido por el gobierno argentino como Cónsul General de Colombia. Mi puesto no me dio ningún trabajo, pues no había nada que hacer, según me lo manifestara mi antecesor, el señor Samper, dado que no había casi colombianos en Buenos Aires y no existían transacciones ni cambios comerciales entre Colombia y la República Argentina.

Fui invitado a las reuniones literarias que daba en su casa don Rafael Obligado. Allí concurría lo más notable de la intelectualidad bonaerense. Se leían prosas y versos. Después se hacían observaciones y se discutía el valor de estas. Allí me relacioné con el poeta y hombre de letras doctor Calixto Oyuela, cuya fama había llegado hacía tiempo a mis oídos. Conocía sus obras, muy celebradas en España. Talento de cepa castiza, seguía la corriente de las tradiciones clásicas, y en todas sus obras se encuentra la mayor corrección y el buen conocimiento del idioma. Me relacioné también con Alberto del Solar, chileno radicado en Buenos Aires, que se ha distinguido en la producción de novelas, obras dramáticas, ensayos y aun poesías. Con Federico Gamboa, entonces secretario de la Legación de México que animaba la conversación con oportunas anécdotas, con chispeantes arranques y con un buen humor contagioso e inalterable, y que ha producido notables piezas teatrales, novelas y otros libros amenos y llenos de interés. Con Domingo Martinto y Francisco Soto y Calvo, ambos cuñados de Obligado, ambos

poetas y personas de distinción y afabilidad. Con el doctor Ernesto Quesada, letrado erudito, escritor bien nutrido y abundante, de un saber cosmopolita y políglota; y con otros más, pertenecientes al Buenos Aires estudioso y literario. El dueño de casa nos regalaba con la lectura de sus poesías, vibrantes de sentimiento o llameantes de patriotismo. Así pasábamos momentos inolvidables que ha recordado Federico Gamboa, con su estilo ágil y lleno de sinceridad, en las páginas de su *Diario*.

### XXXVI

Naturalmente que desde mi llegada me presenté a la redacción de *La Nación*, donde se me recibió con largueza y cariño. Dirigía el diario el inolvidable Bartolito Mitre. Lo encontré en su despacho fumando su inseparable largo cigarro italiano. Sentí a la inmediata, después de conversar un rato, la verdad de su amistad transparente y eficaz que se conservó hasta su muerte. Me llevó a presentarme a su padre el general, y me dejó allí, ante aquel varón de historia y de gloria, a quien yo no encontraba palabra que decir, después de haber murmurado una salutación emocionada. Me habló el general Mitre de Centro América y de sus historiadores Montufar, Ayón, Fernández; recordó al poeta guatemalteco Batres, autor de *El reloj*, habló de otras cosas más. Me hizo algunas preguntas sobre el canal de Nicaragua. Estuvo suave y alentador en su manera seria y como triste, cual de hombre que se sabía ya dueño de la posteridad. Salí contentísimo.

Era administrador de *La Nación* don Enrique de Vedia. Alto, delgado, aspecto de figura de caballero del Greco. Grave y acerado, tenía una sólida y variada cultura y, un gusto excelente. A pesar de la diferencia de caracteres y de edades, cultivábamos la mejor amistad, y por indicación suya escribí muchos de los mejores artículos que publiqué en esa época en *La Nación*. Era subdirector del diario *Aníbal Latino*, esto es, José Ceppi, hombre al parecer un tanto adusto; pero dotado de actividad, de resistencia y de inmejorables condiciones para el puesto que desempeñaba.

Secretario de redacción era Julio Piquet, experto catador de elixires intelectuales, escritor de sutiles pensares y de gentilezas de estilo, y que contribuía poderosamente a la confección de aquellos números nutridos de brillante colaboración del gran periódico, que se diría tenían carácter antológico. En la casa traté a crecido número de redactores y colaboradores, de los cuales unos han desaparecido y otros se han alejado, por ley del tiempo y de los cambios de la vida; pero ninguno fue más íntimo compañero mío que Roberto J. Payró, trabajador insigne, cerebro comprendedor e imaginador, que sin abandonar las tareas periodísticas ha podido producir obras de aliento en el teatro y en la novela. Fue asimismo amigo mío el autor de *La Bolsa*, José Miró, que firmaba con el pseudónimo de *Julián Martel* y cuya única obra auguraba una rica y aquilatada producción futura. El pobre Miró pasó en trabajosa bohemia y en consuetudinaria escasez los mejores años de su juventud, y, ¡oh, ironías de la suerte!, después que murió de tuberculosis, se encontró que una parienta millonaria le había dejado en su testamento una fortuna.

### XXXVII

Claro es que mi mayor número de relaciones estaba entre los jóvenes de letras, con quienes comencé a hacer vida nocturna, en cafés y cervecerías. Se comprende que la sobriedad no era nuestra principal virtud. Frecuentaba también a otros amigos que ya no eran jóvenes, como ese espíritu singular lleno de tan variadas luces y de quien emanaban una generosidad corriente simpática y un contagio de vitalidad y de alegría, el doctor Eduardo L. Holmberg; o bien el hoy célebre americanista Ambrosetti, que ilustraba nuestras charlas con sus ilustrativas narraciones. Con Payró nos juntábamos en compañía del bizarro poeta, entonces casi un efebo, pero ya encendido de cosas libertarias, Alberto Ghirardo; de Manuel Argerich, cariñoso *dandy*, que escribió para el teatro; del excelente aeda suizo Charles Soussens, fiel a sus principios de nocturnidad; de José Ingegneros, hoy psiquiatra eminente;

de José Pardo, que fundara varias revistas; de Diego Fernández Espiro, el mosquetero de los sonantes sonetos; del encantador veterano Antonino Lamberti, a quien los manes de Anacreonte bendicen, y a quien las Gracias y las Musas han sido siempre propicias y halagadoras. Otro de mis amigos, que ha sido siempre fraternal conmigo, era Charles E. F. Vale, un inglés criollo incomparable.

### XXXVIII

Comencé a publicar en *La Nación* una serie de artículos sobre los principales poetas y escritores que entonces me parecieron raros, o fuera de lo común. A algunos les había conocido personalmente, a otros por sus libros. La publicación de la serie de *Los raros*, que después formó un volumen, causó en el Río de la Plata excelente impresión, sobre todo entre la juventud de letras, a quien se revelaban nuevas maneras de pensamiento y de belleza. Cierto que había en mis exposiciones, juicios y comentarios, quizás demasiado entusiasmo; pero de ello no me arrepiento, porque el entusiasmo es una virtud juvenil que siempre ha sido productora de cosas brillantes y hermosas; mantiene la fe y aviva la esperanza. Uno de mis artículos me valió una carta de la célebre escritora francesa Mme. Alfred Vallette que firma con el pseudónimo de *Rachilde*, carta interesante y llena de *esprit*, en que me invitaba a visitarla en la redacción del *Mercure de France* cuando yo llegase a París. A los que me conocen no les extrañará que no haya hecho tal visita durante más de doce años de permanencia fija en la vecindad de la redacción del *Mercure*. He sido poco aficionado a tratarme con esos *cher maître* franceses, pues algunos que he entrevisto me han parecido insoportables de pose y terribles de ignorancia de todo lo extranjero, principalmente en lo referente a intelectualidad.

Pasaba, pues, mi vida bonaerense escribiendo artículos para *La Nación*, y versos que fueron más tarde mis *Prosas profanas*; y buscando, por la noche, el peligroso encanto de los paraísos artificiales. Me quedaba todavía en el Banco Español del Río de la Plata algún resto de

mis águilas americanas; pero estas volaron pronto, por el peregrino sistema que yo tenía de manejar fondos. Me acompañaba un extraordinario secretario francés, que me encontré no sé dónde, y que me sedujo hablándome de sus aventuras de Indo-China. Considerad, que me contaba: “Una vez en Saigón” o bien: “Aquella tarde en Singapur...”, o bien: “Entonces me contestó mi amigo el Maradjah...”. ¡No solamente le hice mi secretario, sino que él llevaba en el bolsillo mi libro de cheques! Felizmente, cuando volaron todas las águilas, voló él también, con su larga nariz, su infaltable sombrero de copa y su largo levitón.

Vino la noticia de la muerte del doctor Rafael Núñez y pocos meses después recibí nota de Bogotá, en que se me anunciaba la supresión de mi consulado. Me quedé sujeto a lo que ganaba en *La Nación* y luego a un buen sueldo que, por inspiración providencial, me señaló en *Tribuna* su director, ese escritor de bríos y gracias que se firmaba *Juan Cancio* y que no es otro que mi buen amigo Mariano de Vedia. Mi obligación era escribir todos los días una nota larga o corta, en prosa o verso, en el periódico. Después me invitó a colaborar en su diario *El Tiempo* el generoso y culto Carlos Vega Belgrano, que luego sufragó los gastos para la publicación de mi volumen de versos *Prosas profanas*.

### XXXIX

*Prosas profanas*, cuya sencillez y poca complicación se pueden apreciar hoy, causaron al aparecer, primero en periódicos y después en libro, gran escándalo entre los seguidores de la tradición y del dogma académico; y no escasearon los ataques y las censuras y mucho menos las bravas defensas de impertérritos y decididos soldados de nuestra naciente reforma. Muchos de los contrarios se sorprendieron hasta del título del libro, olvidando las prosas latinas de la Iglesia, seguidas por Mallarmé en la dedicada al des Esseintes de Huysmans; y sobre todo, las que hizo en *roman paladino*, uno de los primitivos de la castellana lírica. José Enrique Rodó explicó el caso y Remy de Gourmont me había manifestado ya respecto a

dicho título, en una carta: *C'est une trouvaille*. De todas esas poesías ha hecho el autor de *Motivos de Proteo* una encantadora exégesis.

Una de ellas, la titulada “Era un aire suave”, fue escrita en edad de ilusiones y de sueños y evocaba, en esta ciudad práctica y activa, un bello tiempo pasado, ambiente del siglo XVIII francés, visión imaginaria traducida en nuevas verbales músicas. Ella dice la eterna ligereza cruel de aquella a quien un aristocrático poeta llamara “*Enfant Malade*, y trece veces impura”; la que nos da los más dulces y más amargos instantes en la vida; la Eulalia simbólica que ríe, ríe, ríe, desde el instante en que tendió a Adán la manzana paradisiaca. Como siempre, hubo sus aplausos y sus críticas, en las cuales, gente que había oído hablar de decadentes y de simbolistas, aseguraban ser mis producciones ininteligibles, censura cuya causa no he podido nunca comprender. Como he dicho, había también quienes me seguían y me aplaudían; y tiempo después debían aquí repetirse por la obra de otros poetas de libertad y de audacia, iguales censuras, como también iguales aplausos.

Mi poesía “Divagación” fue escrita en horas de soledad y de aislamiento que fui a pasar en el Tigre Hotel. ¿Tenía yo algunos amoríos? No lo sabré decir ahora. Es el caso que en esos versos hay una gran sed amorosa, y en la manifestación de los deseos y en la invitación a la pasión se hace algo como una especie de geografía erótica. El poema concluía así:

Amor, en fin, que todo diga y cante,  
Amor que encante y deje sorprendida  
A la serpiente de ojos de diamante  
Que está enroscada al árbol de la vida.

Ámame así, fatal, cosmopolita,  
Universal, inmensa, única, sola  
Y todas; misteriosa y erudita:

Ámame mar y nube; espuma y ola.  
Sé mi reina de Saba, mi tesoro;  
Descansa en mis palacios solitarios.  
Duerme. Yo encenderé los incensarios  
Y junto a mi unicornio cuerno de oro,  
Tendrán rosas y miel tus dromedarios.

## XL

Luego vienen otras poesías que han llegado a ser de las más conocidas y repetidas en España y América, como la “Sonatina”, por ejemplo, que por sus particularidades de ejecución yo no sé por qué no ha tentado a algún compositor para ponerle música. La observación no es mía. “Pienso, dice Rodó, que la ‘Sonatina’ hallaría su comentario mejor en el acompañamiento de una voz femenina que le prestara melodioso realce. El poeta mismo ha ahorrado a la crítica la tarea de clasificar esa composición, dándole un nombre que plenamente la caracterizaba. Se cultiva casi exclusivamente en ella la virtud musical de la palabra y del ritmo poético”. En efecto, la musicalidad, en este caso, sugiere o ayuda a la concepción de la imagen soñada.

“Blasón” es el título de otra corta poesía, que fue escrita en Madrid en el tiempo de las fiestas del centenario de Colón. Tuve allí oportunidad de conocer a un gentil hombre, diplomático centroamericano, casado con una alta dama francesa, como que es, por sus primeras nupcias, la madre del actual jefe de la casa de Gontaut-Biron, el conde de Gontaut Saint-Blancard. Me refiero a la marquesa de Peralta. En el álbum de tal señora, celebré la nobleza y la gracia de un ave insigne amada de los poetas, el cisne. Después están las alabanzas a los “ojos negros de Julia”. ¿Qué Julia? Lo ignoro ahora. Sed benévolos ante tamaña ingratitud con la belleza. Porque, ciertamente, debió de ser bella la dama que inspiró las estrofas de que trato, en loor de los ojos negros, ojos que, al menos en aquel instante, eran los preferidos. Luego será un recuerdo galante en el escenario del siempre deseado París. Pierrot, el blanco poeta, encarna el amor lunar, vago y melancólico, de los

líricos sensitivos. Es el carnaval. La alegría ruidosa de la gran ciudad se extiende en calles y bulevares. El poeta y su ilusión, encarnada en una fugitiva y harto amorosa parisiense, certifica, por la fatalidad de la vida, la tristeza de la desilusión y el desvanecimiento de los mejores encantos. Rodó —a quien siempre habría que citar, tratándose de *Prosas profanas*— ha dicho cosas deliciosas a propósito de estos versos.

Hay en el tomo de *Prosas profanas* un pequeño poema en prosa rimada, de fecha muy anterior a las poesías escritas en Buenos Aires, pero que por la novedad de la manera llamó la atención. Está, se puede decir, calcado en ciertos preciosos y armoniosos juegos que Catulle Mendès publicó con el título de *Lieds de France*. Catulle Mendès, a su vez, los había imitado de los poemitas maravillosos de *Gaspard de la Nuit*, y de estribillos o refranes de rondas populares. Me encontraba yo en la ciudad de New York, y una señorita cubana, que era prodigiosa en el arpa, me pidió le escribiese algo que en aquella dura y colosal Babel le hiciese recordar nuestras bellas y ardientes tierras tropicales. Tal fue el origen de esos aconsonantados ritmos que se titulan “En el país del Sol”. Un soneto hay en ese libro que se puede decir ha tenido mayor suerte que todas mis otras composiciones, pues de los versos míos son los más conocidos, los que se recitan más, en tierra hispana como en nuestra América. Me refiero al soneto “Margarita”. Por cierto, la boga y el éxito se deben a la anécdota sentimental, a lo sencillo emotivo, y a que cada cual comprende y siente en sí mismo el sollozo apasionado que hay en estos catorce versos. Entonces sí, ya había caído yo en Buenos Aires en nuevas redes pasionales; y fui a ocultar mi idilio, mezclado a veces de tempestad, en el cercano pueblo de San Martín. ¿En dónde se encontrará, Dios mío, aquella que quería ser una Margarita Gautier, a quien no es cierto que la muerte haya deshojado, “por ver si me quería”, como dice el verso, y que llegara a dominar tanto mis sentidos y potencias? ¡Quién sabe! Pero, si llegásemos a encontrarnos, es seguro que se realizaría lo que expresa la tan humana redondilla de Campoamor:

Pasan veinte años, vuelve él  
y al verse, exclaman él y ella:  
—¡Dios mío, y esta es aquella!  
—¡Santo Dios, y este es aquel!

Hay otra poesía en ese volumen, escrita en España en 1892, en la cual se ven ya los distintivos que han de caracterizar mi producción anterior, a pesar de que ese trabajo es castizo, de espíritu español puro, de acento, de tradición, de manera, de forma. Es en elogio de un metro popular, armonioso y cantante, la seguidilla. A ese tiempo también pertenecía el “Pórtico” que escribí en Madrid para que sirviese de introducción a la colección de poesías que con el título de *En tropel* dio a luz el poeta Salvador Rueda.

“La página blanca” fue escrita en Buenos Aires, en casa del pobre Miguelito Ocampo. ¿Quién se acuerda de Miguelito Ocampo...? Hombre de corazón bueno, de natural ingenio, a quien se debe el primer ensayo de zarzuela cómica nacional argentina, y que hubiese quizás dejado una producción más copiosa e importante, si la peor de las bohemias no le arrebatara, primero la voluntad y después la salud y la vida. En su casa escribí, como he dicho antes, “La página blanca”, en presencia de nuestro querido viejo Lamberti, a quien dediqué esos versos. Casi todas las composiciones de *Prosas profanas* fueron escritas rápidamente, ya en la redacción de *La Nación*, ya en las mesas de los cafés, en el Aue’s Keller, en la antigua casa de Luzio, en la de Monti. “El coloquio de los centauros” lo concluí en *La Nación*, en la misma mesa en que Roberto Payró escribía uno de sus artículos. Tanto estas como otras poesías exigirían bastantes exégesis y largas explicaciones, que a su tiempo se harán en otro libro.

## XLI

Otra hospitalidad de buen humor que me acogiera por esos días fue la del excelente amigo Rouquard. Allí rendíamos tributo a la gula, con platos suculentos que solía dirigir el dueño de casa. Allí llegaban, entre otros compañeros

ya nombrados, un joven poeta de audacia y fantasía, que ha producido después libros muy plausibles. Se llamaba Américo Llanos, era de origen uruguayo y desempeña actualmente el consulado de su país en San Sebastián de España, con su verdadero nombre, Armando Vasseur. Iba también cierto abate francés, de apellido Claude, que enseñaba su idioma al melodioso y elegante lírico de dorados cabellos, Eugenio Díaz Romero. Este abate tenía una historia de lo más escabrosa y que habría interesado a Barbey d'Aureville. Era sobrino de un cardenal.

Había venido a la Argentina muy bien recomendado, pero al hombre le gustaban mucho los alcoholes, en especial la demoníaca agua verde del ajenjo. En una de las provincias colgó los hábitos, pues se había enamorado locamente de la mujer con quien tuvo varios hijos. Ella, atemorizada o arrepentida, le abandonó para casarse con otro; y poseyó al abate la mayor desesperación, y la desesperación y el veneno verde le llevaron casi a la locura. Volvió a Buenos Aires, y entonces fue cuando le conocí. En *La Nación* he publicado una página en que narro cómo el general Mitre pudo socorrer una vez al infeliz religioso, en momentos de miseria y de angustia. Mucho tiempo después, se me apareció en París, el desventurado. Iba de nuevo vestido con sus ropas talares. Lo tenía recluido el arzobispo en un convento. Le dejaban salir muy de tarde en tarde y en compañía de algún otro sacerdote; pero esa vez llegó solo. Me contó sus horas de oración y de arrepentimiento, mas poco a poco se fue exaltando. —"Vamos, me dijo, a dar una vuelta". Yo le acompañé a la calle. Conversaba ya tranquilo, ya agitado, sobre todo cuando me recordaba a la mujer de quien siempre estaba enamorado, y a sus hijos. Y como pasáramos cerca de un café: —"Entremos, me dijo, tengo mucha sed, tomaremos algún refresco". Por más que me opuse, vi que la cosa era irremediable. Entramos, y con asombro de los concurrentes, el abate, en vez de un refresco, ya comprenderéis que pidió su veneno. Yo me despedí más tarde. Al día siguiente llegó a verme de nuevo en un estado lamentable. Me dijo que todo aquello no era sino obra del demonio; que él estaba arrepentido y que para cortar el mal

de raíz se iría a una cartuja que está en una isla cerca de Niza. Creí que todas esas promesas eran historias; pero el abate desapareció y a los pocos días recibía yo unas cuantas fotografías de la cartuja y una carta en la que el triste me anunciaba su definitiva separación del mundo. No volví a saber nunca más de él.

## XLII

En la redacción de *Tribuna* me relacioné, por presentación de Mariano de Vedia, con el doctor Lorenzo Anadón, con el general Mansilla, y los poetas Carlos Roxlo y Christian Roeber. Mansilla simpatizó mucho conmigo y publicó a este respecto un precioso y chispeante artículo. Le visité. En su casa me mostró cosas curiosísimas, entre ellas el mejor retrato que yo haya visto de su tío don Juan Manuel de Rozas. Alcancé a conocer también a su madre, doña Agustina, la belleza célebre que aún resplandecía en su ancianidad, y a quien, cuando murió, deshojé un ramillete de rosas literarias. El poeta Roxlo era de trato suave y delicado y no adivinaba yo en él al futuro vigoroso combatiente de las luchas políticas. Publicaba sus versos impregnados de perfume patrio y en los cuales hay sollozos de guitarra pampera, melancólicos aires rurales, y la revelación armoniosa de un profundo sentir. Roeber era tipo romántico y legendario. Su novela vital se contaba en voz baja. Se decía que, por drama de amores, lo que menos le había pasado era recibir una bala en la cabeza, en duelo, por lo cual tuvo que estar un tiempo encerrado en un manicomio. Es lo cierto que tenía un conocido título español, con el cual publicó una serie de traducciones de las novelas de cierto alegre y ha tiempo pasado de moda autor francés. Mansilla me dio una comida a la cual invitó a algunos intelectuales. Tengo presente la larga conversación que allí tuve con el doctor Celestino Pera, y la interesantísima facundia de nuestro anfitrión, que narrara amenos sucesos y prodigara agudas ocurrencias, felices frases, con ese poder de conversador ágil y oportuno que se le ha reconocido en todas partes.

Fundé una revista literaria en unión de un joven poeta tan leído como exquisito, de origen boliviano, Ricardo Jaimes Freyre, actualmente vecino de Tucumán. Ricardo es hijo del conocido escritor, periodista y catedrático que ha publicado tan curiosas y sabrosas tradiciones desde hace largo tiempo, en su país de Bolivia, y que en Buenos Aires hizo aparecer un valioso volumen sobre el antiguo y fabuloso Potosí. Él y su hijo eran para mí excelentes amigos. Con *Brocha Gorda*, pseudónimo de Jaimes padre, solíamos hacer amenas excursiones teatrales, o bien por la isla de Maciel, pintoresca y alegre, o por las fondas y comederos italianos de La Boca, en donde saboreábamos pescados fritos, y pastas al jugo, regados con tintos chiantis y oscuros barolos. Quien haya conversado con Julio L. Jaimes, sabrá del señorío y del ingenio de los caballeros de antaño.

Con Ricardo no entrábamos por simbolismos y decadencias francesas, por cosas d'annunzianas, por prerrafaelismos ingleses y otras novedades de entonces, sin olvidar nuestros ancestrales Hitas y Berceos, y demás castizos autores. Fundamos, pues, la *Revista de América*, órgano de nuestra nascente revolución intelectual y que tuvo, como era de esperarse, vida precaria, por la escasez de nuestros fondos, la falta de suscripciones y, sobre todo, porque a los pocos números, un administrador italiano, de cuerpo bajito, de redonda cabeza calva y de maneras untuosas, se escapó llevándose los pocos dineros que habíamos podido recoger. Y así acabó nuestra entusiástica tentativa. Pero Ricardo se desquitó, dando a luz su libro de poesías *Castalia Bárbara*, que fue una de las mejores y más brillantes muestras de nuestros esfuerzos de renovadores. Allí se revelaba un lírico potente y delicado, sabio en técnica y elevado en numen.

### XLIII

Y se creó el grupo del Ateneo. Esta asociación, que produjo un considerable movimiento de ideas en Buenos Aires, estaba dirigida por reconocidos capitanes de la

literatura, de la ciencia y del arte. Zuberbuhler, Alberto Williams, Julián Aguirre, Eduardo Schiaffino, Ernesto de la Cárcova, Sívori, Ballerini, de la Valle, Correa Morales y otros animaban el espíritu artístico; Vega Belgrano, don Rafael Obligado, don Juan José García Velloso, el doctor Oyuela, el doctor Ernesto Quesada, el doctor Norberto Piñero y algunos más fomentaban las letras clásicas y las nacionales, y los más jóvenes alborotábamos la atmósfera con proclamaciones de libertad mental.

Yo hacía todo el daño que me era posible al dogmatismo hispano, al anquilosamiento académico, a la tradición hermosillesca, a lo pseudo-clásico, a lo pseudo-romántico, a lo pseudo-realista y naturalista y ponía a mis “raros” de Francia, de Italia, de Inglaterra, de Rusia, de Escandinavia, de Bélgica y aun de Holanda y de Portugal, sobre mi cabeza. Mis compañeros me seguían y me secundaban con denuedo. Exagerábamos, como era natural, la nota. Un Benjamín de la tribu, Carlos Alfredo Becú, publicó una *plaque*, donde por primera vez aparecían en castellano versos libres a la manera francesa; pues los versos libres de Jaimes Freyre eran combinaciones de versos normales castellanos. Becú hace tiempo abandonó sus inclinaciones líricas y es hoy un grave y sesudo internacionalista. Luis Berisso publicaba su *Pensamiento de América*, su traducción de *Belkiss*, del portugués Eugenio de Castro y trabajaba porque se relacionasen los jóvenes intelectuales argentinos con los del resto de Hispano-América. Leopoldo Díaz escribía sus elegancias parnasianas, sus poemas de esfuerzo esotérico. Ángel de Estrada anunciaba con su producción el sutil e intenso poeta y el prosista artístico y sugestivo que es hoy. Con él y con Ernesto Vergara Biedma, profundizador y elocuente, divagábamos sobre temas de belleza. Miguel Escalada, que abandonó a las generosas musas, burilaba o miniaba poemitas de singular y suave gracia. Eduardo de Ezcurra nos hablaba de su estética y nos citaba siempre a Campanella, uno de sus autores favoritos. Carlos Baires nos hacía pensar en trascendentes problemas, con sus iniciaciones filosóficas. Mauricio Nierenstein nos mostraba selecciones de las letras alemanas y nos instruía en asuntos

talmúdicos. José Ingegnieros, con su aguda voz y su agudo espíritu nos hacía vibrar en súbitos entusiasmos itálicos. José Pardo llevaba alguna página de pasión, y el bien de su sedoso carácter. José Ojeda nos ungía con el óleo de la música; y si hay otros que no vienen ahora a mi memoria, han de perdonármelo a causa del tiempo. Por esos días di en el Ateneo una conferencia en extremo laudatoria sobre el soñador lusitano Eugenio de Castro. De ese vibrante grupo del Ateneo brotaron muchos versos, muchas prosas; nacieron revistas de poca vida, y en nuestras modestas comidas a escote creábamos alegría, salud y vitalidad para nuestras almas de luchadores y de *rêveurs*. Un día apareció Lugones, audaz, joven, fuerte y fiero, como un cachorro de hecatónquero que viniera de una montaña sagrada. Llegaba de su Córdoba natal, con la seguridad de su triunfo y de su gloria. Nos leyó cosas que nos sedujeron y conquistaron. A poco estaba ya con Ingegnieros redactando un periódico explosivo, en el cual mostraba un espíritu anárquico, intransigente y candente. Hacía prosas de detonación y relampagueo que iban más allá de León Bloy; y sonetos contra *mufles* que traspasaban los límites del más acre Laurent Tailhade. Vega Belgrano lo llevó a *El Tiempo*, y allí aparecieron lucubraciones y páginas himnicas de toda belleza, de todo atrevimiento y de toda juventud. Dio al público su libro *Las montañas del oro*, para mí el mejor de toda su obra, porque es donde se expone mayormente su genial potencia creadora, su gran penetración de lo misterioso del mundo; y porque hasta sus imperfecciones son como esos informes trozos de roca en donde se ve, a los brillos del sol, el rico metal que la veta de la mina oculta en su entraña. Yo agité palmas y verdes ramos en ese advenimiento; y creí en el que venía, hoy crecido y en la plena y luminosa marcha de su triunfante genio.

## XLIX

Fui, como queda dicho, cierto día, a la redacción del diario. Acababa de pasar la terrible guerra de España con los Estados Unidos. Conversando, Julio Piquet me informó

de que *La Nación* deseaba enviar un redactor a España, para que escribiese sobre la situación en que había quedado la madre patria. —“Estamos pensando en quién puede ir”, me dijo. Le contesté inmediatamente: —“¡Yo!”. Fuimos juntos a hablar con el señor de Vedia y con el director. Se arregló todo enseguida. —“¿Cuándo quiere usted partir?”, me dijo el administrador. —“¿Cuándo sale el primer vapor?”. —“Pasado mañana”. —“¡Pues me embarcaré pasado mañana!”.

Dos días después iba yo navegando con rumbo a Europa. Era el 3 de diciembre de 1898.



Carlos Vega Belgrano, Calixto Oyuela,  
Ernesto de la Cárcova, Alberto Williams,  
Leopoldo Díaz  
*“El viejo Ateneo”*





**Carlos Vega Belgrano, Calixto Oyuela,  
Ernesto de la Cárcova, Alberto Williams,  
Leopoldo Díaz**

El Ateneo fue una asociación de escritores, artistas plásticos, músicos e intelectuales de diverso perfil que funcionó en Buenos Aires en los años finales del siglo XIX. Según rezaban los estatutos publicados en 1892, su objetivo primordial consistía en “favorecer el desarrollo de la vida intelectual en la República Argentina”. Bajo esta consigna general, el Ateneo se dividió en secciones (inicialmente cuatro: Bellas Letras, Estudios Históricos, Estudios Sociales y Filosóficos, Bellas Artes) de las que partiría la organización de las conferencias, exposiciones, concursos y conciertos que tuvieron lugar en sus salones. El Ateneo contó con su propio local y, como en cualquier otra asociación de las muchas que por entonces funcionaban en la ciudad (cada una con fines muy específicos), sus cuadros directivos eran elegidos periódicamente por sus socios. Hasta 1902, cuando sus actividades empezaron a declinar, fue presidido por Carlos Guido Spano (quien renunció antes de la inauguración oficial en 1893), Calixto Oyuela, Carlos Vega Belgrano, Rafael Obligado, Carlos Baires y Ernesto Quesada. Si bien los escritores tuvieron un lugar destacado, fueron los hombres de otras disciplinas quienes organizaron las actividades formales más exitosas, como los conciertos sinfónicos y, sobre todo, el Salón anual de pinturas y esculturas que se llevó a cabo en tres oportunidades —entre 1893 y 1895— bajo la activa dirección de Eduardo Schiaffino. Esto no significa que esta asociación no haya sido un espacio importante para la literatura. Más bien al contrario, el Ateneo fue uno de los escenarios principales en los cuales se desarrolló una densa trama de sociabilidad que, en el cambio de los siglos, contribuyó a definir la identidad del escritor en la Argentina.

En este punto, es necesario recordar que el Ateneo se originó en el mismo circuito de tertulias literarias al que Federico

Gamboa hace referencia en su diario. Fue precisamente en uno de estos encuentros —en la casa del chileno Alberto del Solar— donde, hacia mediados de 1892, surgió la idea de formar un “centro de carácter intelectual, con tendencias literarias”. A esa reunión asistieron Lucio V. Mansilla, Calixto Oyuela, Ernesto Quesada, Carlos María Urien, Manuel Mantilla, Rafael Obligado, Adolfo Carranza, Carlos Vega Belgrano, Belisario Montero, Leopoldo Díaz, Juan José García Velloso y Domingo Martinto; como correspondía a la tradición de las tertulias, se decidió que la “asamblea” fundadora se realizara en la casa de Obligado. Más allá de la ampliación de la idea inicial, fueron siempre los hombres de letras quienes estuvieron al frente de la asociación. Su momento de mayor actividad coincide con el ingreso de los “jóvenes” que rodeaban a Rubén Darío, a partir de 1894. En estos años, Ángel de Estrada, Ricardo Jaimes Freyre, Roberto Payró, Julián Martel, Luis Berisso, Charles de Soussens y Leopoldo Lugones, entre otros, empezaron a alternar la sociabilidad nocturna en redacciones y cervecerías con su visita a los salones del Ateneo. Característica de un momento de transición, esta convivencia entre los “nuevos” y la “guardia vieja” (al decir de Obligado) impulsó especialmente la idea de que existía una “vida literaria” en Buenos Aires.

Para 1927, cuando se publicó la nota evocativa realizada por el periodista Ernesto Mario Barreda, “el viejo Ateneo” apenas se conservaba en el recuerdo de unos pocos. Pese a que no eran tantos los años transcurridos desde su etapa de esplendor a mediados de la década de 1890, por entonces aquella asociación parecía formar parte de un pasado lejano. Es que, para los mismos protagonistas, el Ateneo se había extinguido junto con la consolidación de aquellas instancias en las que se reconocía la existencia del escritor moderno. Las revistas literarias, la profesionalización del escritor por intermedio de los diarios y las modalidades nocturnas y públicas de encuentro que abonaban la idea de una bohemia porteña semejante a la bohemia parisina, pronto habían provocado la idea de que el Ateneo había sido el último eslabón de la asociación literaria e intelectual del XIX. El ejercicio de memoria del texto que sigue a continuación no es un recuerdo individual sino el ensamble de varias voces reunidas por un reportaje periodístico de tinte nostálgico. El autor de la nota parte de un hecho —la pérdida de huellas escritas que testimonien la existencia del Ateneo— que lo lleva a apelar a algunos de sus “sobrevivientes”. Intentando un acercamiento igualitario a las distintas ramas en las que la asociación había desplegado su actividad, Barreda elige a cinco de sus protagonistas: Carlos Vega Belgrano (1858-1930), reconocido como el máximo mecenas

del Ateneo; Calixto Oyuela (1857-1935), el representante de la rama más conservadora de la asociación; Ernesto de la Cárcova (1866-1927), uno de los más activos participantes de la sección de pintura y escultura; Alberto Williams (1862-1952), quien dirigió a lo largo de la vida del Ateneo las actividades musicales; y Leopoldo Díaz (1862-1947), un poeta que pivoteó entre los hombres de las tertulias y ese grupo de escritores que a fines de siglo fueron caracterizados como “decadentes”.



## *“El viejo Ateneo”*

**Suplemento “Letras y Artes” de *La Nación*,  
24 de abril de 1927**

Conviene establecer diferencias. Por eso, cuando se dice el “viejo” Ateneo, uno ya sabe a qué atenerse. Porque también hubo el “nuevo” Ateneo... Y estas instituciones con nombre griego parece que tienden a desacreditarse. ¿Es justo eso? Lo mismo pasa con las academias. Daudet escribió una novela ridiculizando a la Academia Francesa después que le hubo rechazado su candidatura. France hizo algo parecido, pero después que lo eligieron. ¡Vaya uno a explicarse!

Sin embargo, yo creo que son indispensables. Está bien que un escritor revolucionario no quiera penetrar en su seno. “De las academias, ¡líbranos, Señor!”, dijo Darío. Pero un escritor revolucionario, veinte años después de muerto, ya resulta clásico. Y en tanto que para las siguientes generaciones suele ser objeto de menosprecio, para una academia es entonces motivo de respeto y de estudio.

Los Ateneos han tenido una tradición más liberal. El Ateneo de Madrid, que fundó hace casi un siglo Mesonero Romanos, fue clausurado no ha mucho precisamente por su espíritu de franca insurgencia frente a la dictadura. El Ateneo de Buenos Aires fue cátedra y palestra donde libró sus más recias batallas el simbolismo. Estuvo más en su papel, porque un Ateneo debe ser un templo de artistas y no un comité de políticos.

Yo creo que ahora nos hace falta un Ateneo o una academia. Sin este sacro falansterio, las letras seguirán

conservando cierto airecillo de trashumación o de bohemia que a todo verdadero escritor le repugna. El arte es una religión y, por lo tanto, debe tener su iglesia o su mezquita. Y así dejará de pasear su pintoresca vida por los sótanos.

El Ateneo fue como un grito de esperanza, un anhelo de cultura y de vida superior, en un momento en que nuestra sociedad yacía inerme y desalentada, el país en bancarota, empobrecido y entristecido, por obra y gracia de políticos. Para aquel cuerpo joven comido de parásitos, pero todavía robusto, fue como un tónico que le hizo reaccionar. Buenos Aires estaba triste, y el arte le hizo amar la alegría; sentíase extraviado, y el arte encendió en aquella noche su claridad estelar. ¡Oh, qué maravilla! La ciudad que tres años atrás habíase enlutado con escenas de matanzas ensayaba ahora una sonrisa de felicidad. Se iba a curar de muchos dolores. ¡Qué salto inmenso! Desde los cuarteles a las veladas de arte. ¡De las sangrientas luchas por el poder, a las regiones del desinterés y de la belleza!

Cuando quise penetrar en el pasado del Ateneo me encontré con esta noticia desoladora: sus archivos se habían perdido. Ocho o diez años de vida espiritual que desaparecían sin dejar huella. Quedé consternado.

Entonces resolví conversar con los hombres de ese tiempo. Muchos habían muerto. Los que aun vivían se hallaban esparcidos por esta ciudad de dos millones de almas. Cuando fundaron el Ateneo, en 1892, Buenos Aires tenía cuatrocientos mil habitantes. En aquellos tiempos se les hubiera podido tropezar por sus calles dos veces al día. Hoy, para ir de uno a otro, a veces he tenido que realizar un viaje a través de la ciudad.

Así, pues, en vez de historiar el Ateneo consultando papeles apolillados, lo he reconstruido conversando con aquellas almas que le dieron vida. He visto alegrarse a muchos ojos, sonreír a muchos labios. Renacían. El porvenir es bello, tiene el brillo de la hora solar. Pero el pasado es como un anochecer delicioso, en uno de esos parques otoñales, cuando asoma la luna y sonrosa dulcemente las formas de una estatua blanca...

\*\*\*

Mi primera entrevista la tuve con Carlos Vega Belgrano. Le hallé en su vieja pieza “de estudiante”, en el Hotel Royal. Sencillez, silencio, paz. Arriba, sobre las azoteas, el cielo de otoño de un azul purísimo; abajo, el sordo tronar de la ciudad febril, entre alambres eléctricos y carteles abigarrados.

—Ud., don Carlos, que fue dos veces presidente de esa institución, recordará, sin duda, sus orígenes y algún episodio...

—Fui de los fundadores... —me responde con sonrisa feliz—. ¡Oh, seguramente! Recuerdo muy bien aquellos días. La idea de fundar un Ateneo venía germinando en las reuniones literarias que periódicamente se realizaban en casa de Rafael Obligado, quien entonces vivía en frente de la plaza San Martín... Allí tuvo lugar la primera convocatoria. Recuerdo que el poeta nos desconcertó con las palabras de apertura. Fueron estas: “Yo no sé si es necesaria la fundación de un centro de la índole del que se proyecta”. Quedamos azorados al oír esta frase. Pero pronto reaccionamos, generalizándose la discusión. Para mí, el pensamiento más hondo de esa noche, aunque extemporáneo, lo expresó Ricardo Gutiérrez, al afirmar que, ante todo y sobre todo, debíamos preocuparnos de la propiedad literaria y sus derivados.

—¿Llegaron a armonizar opiniones?

—A pesar de las divergencias, dudas y vacilaciones, esa noche quedó fundado el Ateneo. Esto habrá ocurrido por el año 1892. Carlos Guido Spano fue designado presidente. Nos empezamos a reunir en el edificio donde hoy funciona la Escuela de Profesores de Lenguas Vivas, calle Esmeralda esquina Sarmiento. ¡Qué reuniones más tristes aquellas! Hasta la luz era escasa...

—¿El Gobierno, es de suponerse, no estaba en condiciones de ayudarlos?

—¡Qué esperanza...! Casi todos los miembros de la comisión carecían de dinero, y se necesitaba para los primeros gastos. Los pocos de nosotros que estaban en condiciones de sufragarlos lo hicieron por fin, y nos mudamos a un local propio. Se alquiló un entresuelo en la Avenida de Mayo...

—...esquina Piedras. Entonces llevaba el número 291 que hoy corresponde al 695...

—Exactamente. Uno de los pocos edificios monumentales que por entonces se veían en la avenida... Nuestro local estaba lleno de luz. Se abrieron las puertas del Ateneo. Habíamos establecido cuotas mínimas para los jóvenes, los oficiales del Ejército y la Armada, además de la que pagaban los socios fundadores. Y vinieron los días de auge. La prensa nos apoyaba y el Gobierno Nacional nos prestaba su cooperación, sobre todo por medio de sus ministros Antonio Bermejo y Enrique S. Quintana...

—¿El Ateneo tendría una vida muy activa?

—Activísima... Se daban conferencias constantemente. Y allí se organizó un Salón de Bellas Artes que, a mi entender, era el primero que aquí se realizaba... Al poco tiempo nos mudamos a los altos del Nuevo Banco Italiano, calle Rivadavia esquina Reconquista...

—¿El estado financiero de la institución?

—Así, así... El apogeo llegó cuando nos instalamos en el Bon Marché... Allí se continuaron los conciertos sinfónicos, que venía dirigiendo Alberto Williams... Algunas damas dieron conferencias. Gracias a su prestigio consiguió el Ateneo que el Gobierno oficializase la Escuela de Bellas Artes y se crearan premios y becas para sus alumnos.

—Creo que el Museo de Bellas Artes también lo propició el Ateneo...

—Es cierto. Fue idea, me parece, de Rafael Obligado, que entonces era presidente. Un día nos dijo: "En diversas instituciones nacionales existen colecciones de cuadros. ¿No podrían reunirse en un solo local?" Aplaudimos el pensamiento. Y nuestras gestiones ante los poderes tuvieron un éxito completo. Fue tal, en realidad, que el Gobierno nos pidió una terna de nombres para designar un director. Yo propuse que se mandara un solo nombre: el de Eduardo Schiaffino.

Calla Vega Belgrano. No lo dice, pero todos lo saben, que su fortuna estuvo siempre pronta para impulsar al Ateneo. Desde que naciera hasta que llegó a su momento culminante fue uno de sus grandes mantenedores, con su

inteligencia y con su apoyo. Hasta que llegaron los días de decadencia, de olvido, y el Ateneo murió de un modo insignificante y anónimo. Murió de anemia, de indiferencia, cuando el país empezaba otra vez a progresar y era más proficuo destinar el tiempo a los negocios...

\*\*\*

D. Calixto Oyuela vive en el tranquilo barrio de Colegiales. Él también fue un ateneísta de vanguardia y el primer presidente “constitucional” de la famosa institución. Guido Spano, ya enfermo y achacoso, casi no asistía a las reuniones, y dejó de hacerlo por fin.

—Hábleme algo del Ateneo, señor Oyuela...

—Con el mayor gusto... —accede gentilmente. Libré por él más de una batalla y fui de los que afirmaron la necesidad de crearlo, a pesar de las críticas, de los obstáculos y de las muchas polémicas que sostuve. José María Cantilo era mi adversario más empecinado. Miguel Cané, mi apoyo más entusiasta, el que en cartas y artículos me dio siempre su franca aprobación y valioso estímulo.

—¿Asistió Ud. a las primeras reuniones?

—¡A todas...! En la primera reunión tuvimos discusiones muy acaloradas. Había quienes estaban en favor y en contra de la idea. Joaquín González era de los nuestros. Ricardo Gutiérrez nos asombró, en cambio, por el sesgo exageradamente práctico que dio a sus opiniones. Para él lo único importante era que al escritor se le pagase su trabajo, llegando a afirmar que, en adelante, él no escribiría una línea si no se le abonaban quinientos pesos por artículo... Ya ve Ud.: un poeta, un filántropo como Ricardo Gutiérrez... —concluye escandalizado el señor Oyuela.

—¿Cuándo se inauguró el Ateneo?

—Se inauguró el 25 de abril de 1893. Poco antes se había procedido a la elección del presidente. Fue una elección muy reñida; yo era uno de los candidatos y la votación se hallaba empatada...

—¿Quién era el otro?

—No recuerdo... La votación se hallaba empatada, cuando entrando en el salón Alberto Williams votó por mí y resulté elegido... Al poco tiempo el Ateneo fue inaugurado en su local de la Avenida de Mayo.

Me entrega el Sr. Oyuela un programa de la fiesta, documento muy interesante que él conserva con cariño dentro de su gaveta. Lo componen ocho números: “Alocución”, por el presidente; “Sonata” de Rubinstein, por Marchal y del Ponte, piano y violoncelo; “Conversación científica”, por Carlos Berg (disertó sobre la vida de las abejas); otro número de piano, ejecutando del Ponte una pieza de Chopin y otra de Catalani; “Ayohuma”, poesía de Rafael Obligado, que recitó D. Calixto Oyuela por hallarse el autor en el campo, restableciendo su salud; otro número de música a cargo de Marchal; “Influencia social del Ateneo”, discurso por el doctor Norberto Piñero; “Romanza” de Widor y “Tarantella” de Raff, ejecutadas a dos pianos por Alberto Williams y Julián Aguirre.

—Este es el programa con que se inauguró el Ateneo —continúa mi amable interlocutor—. Su labor en aquel año fue activa y fecunda. Nada le diré de las conferencias que muy a menudo se daban. Había ya un grupo respetable de pintores argentinos y al año siguiente inauguramos el primer Salón. Era una novedad que a todos interesaba y atraía. Ignoro si el entusiasmo llegó hasta la compra de algunos cuadros, pero aquello dejó en el alma de todos una impresión vibrante. Poco después, patrocinado por el Ateneo, se dio en Buenos Aires, por primera vez también, un concierto con pura música de Wagner.

—¿Es posible?

—Exactísimo... Lea esta carta de Miguel Cané a propósito de aquel concierto. Yo había dejado de ser presidente, pero él se dirige a mí...

Leo: “Mi estimado amigo: Ud. será siempre a mis ojos el presidente nato del Ateneo, su encarnación viva y simpática”. Es una larga carta, donde el autor de *Juvenilia*, con su bello estilo —aunque, para el gusto de hoy, algo recargado de extranjerismos— se manifiesta un erudito en toda la línea de la belleza. Habla del Salón de pintura,

y se ve que ha recorrido todos los museos; se ocupa del concierto wagneriano, y ofrece un boceto de programa para el próximo. Afirma: “Anoche se han creado los conciertos sinfónicos en Buenos Aires. En gran parte se debe ese éxito a la perseverancia y preparación del señor Williams, que *pour son coup d’essai, a fait un coup de maitre...*”.

Es una carta nobilísima, de estímulo, de crítica, de exquisitez. Jamás leemos una carta así en nuestros días, en que la envidia todo lo silencia o el elogio siempre va lanzado contra terceros. Honra a quien la escribió y a quienes supieron merecerla.

\*\*\*

Como se ha dicho, el Ateneo inauguró el primer Salón de pintura. Entre los expositores de aquel torneo, Ernesto de la Cárcova fue uno de los que tuvo destacada figuración. Converso con él en la Comisión de Bellas Artes, que preside. Sonríe con alegría al recordar esos momentos. Dice:

—El Salón llegó a contar más de cien obras. Allí expusieron Sívori, Ballerini, Caraffa, Della Valle, que presentó “El malón”; allí expuse yo “Sin pan y sin trabajo”... El éxito artístico fue excelente. Claro: todo el mundo iba a ver aquella novedad. Además, había buenas telas... Se escribieron artículos alentadores, entre ellos uno de Payró, otro de Belín Sarmiento... pero...

—Pero el éxito financiero fue malo ¿verdad...? Así me han dicho... Creo que un rematador se encargó por fin de las obras; ¿fue de la casa Guerrico y Williams...? y no llegó a vender más de dos o tres cuadros...

—¿Cómo sabe Ud. eso?

—Lo sabía desde hace muchos años... ¿Qué otros recuerdos tiene del Ateneo?

—Nos reuníamos allí casi todas las noches. Muy a menudo se daban conferencias. Recuerdo una de Holmberg sobre Ricardo Gutiérrez; recuerdo otra de Rubén Darío sobre Eugenio de Castro... Una noche que estábamos allí reunidos, apareció un joven, a quien nadie conocía. Traía un rollo de papeles. Nos leyó varias poesías y despertó

el entusiasmo de todos. Era Lugones... Entonces la vida artística y literaria tenía aun algo de bohemia. No había, como ahora, la obligación para muchos de madrugar, para ir a dictar una cátedra a La Plata o allá por Liniers... Así, pues, de noche hacíamos largas veladas en el Aue's Keller. Se charlaba, se escribía, se bebía cerveza. Allí, una noche, escribió Rubén Darío su "Responso" a Verlaine, que yo ilustré con un dibujo.

—¿Qué más se hizo sobre pintura en el Ateneo?

—Schiaffino, con su capacidad y su actividad conocidas, había trabajado en la formación de colecciones, que ya eran un pequeño museo. Fue puesto en manos del gobierno, que auspiciaba la idea. En nombre del Ateneo yo hice la entrega al Dr. Bermejo, que era ministro. Y Schiaffino pronunció un discurso notable.

—¿Usted asistió hasta los últimos días del Ateneo?

—Más o menos. Murió de abandono. Sus colecciones se regalaron a diversas instituciones; parte de su biblioteca fue donada a la Sociedad Estímulo de las Bellas Artes... Del Ateneo no quedó nada más que el recuerdo.

*Sic transit...*

\*\*\*

En casa de D. Alberto Williams, en una velada de familia. Una hija del maestro ha ejecutado al piano varias piezas de que es autora. Hay talento en esa joven, sin duda alguna. Sentimiento y gracia: he ahí lo que su alma de artista expresa en aquella música.

Conversamos del Ateneo.

—Sí, el primer concierto sinfónico lo dirigí yo... —dice el Sr. Williams—. Tuvo lugar en la Opera y el Ateneo lo patrocinó. Estaba todo consagrado a música de Wagner... ya ve usted: ¡en 1893!

Entre sus papeles, que conserva con mucho orden, encuentra el programa de aquella noche. Leo: "Obertura del 'Tannhäuser'; Preludio de 'Tristán e Isolda'; Preludio, Vals y Cortejo de 'Los Maestros Cantores'; Marcha del

‘Tannhäuser’; ‘Siegfried’, Idilio; Introducción al 3er. Acto de ‘Lohengrin’; Cabalgata de las ‘Walkirias’.

Es asombroso, sobre todo cuando uno piensa que, quince años más tarde, teníamos que librar aún furiosas batallas para imponer las óperas de Wagner. Sobre la comprensión del público, nos da una idea la misma carta de Miguel Cané: “He tenido mis nubecillas, dice. El público aplaudió frenéticamente la marcha de ‘Tannhäuser’, y ha quedado insensible en el prelude de ‘Tristán e Isolda’. Si el idilio de ‘Siegfried’ hubiera pasado fríamente, habría sido cuestión de cerrar las puertas. Bien, deje usted que hagan gimnasia los oídos; entonces veremos comprendidas esas páginas exquisitas...” ¡Profético!

—¿Usted fue de los primeros ateneístas?

—De los primeros... Luego, cuando el Ateneo se inauguró en la Avenida de Mayo... Estuve en las reuniones en que se eligió la comisión, donde Oyuela resultó presidente...

—Cuya candidatura Ud. hizo triunfar con su voto...

—¡Es cierto! Estaba empatada la elección. El otro candidato era Joaquín V. González... Entré yo en ese instante, y mi voto decidió la elección...

Dos conciertos sinfónicos se dieron aun en los años siguientes. Ambos los dirigió también el maestro Williams, y sus programas comprendían obras de Wagner, Berlioz, Saint-Säens, Grieg, Popper...

\*\*\*

Leopoldo Díaz está de nuevo entre nosotros, después de recorrer mares y tierras. El poeta de *Las sombras de Hellas*, el sonetista impecable, autor de bellos poemas fantásticos —quizá lo mejor de su obra—, se halla de paso por Buenos Aires, en próximo viaje a Venezuela.

Sabiéndole tan unido a la obra del viejo Ateneo, voy a verle y a conversar. ¡Con qué íntima alegría se despiertan sus recuerdos!

—¡El Ateneo...! —dice—. Todas las noches nos reuníamos allí. Teníamos una sala para nosotros, con

nuestro rincón. Después de comer nos congregábamos en la fraternidad del arte, a escribir, a leer. Había una gran mesa llena de revistas. En un ángulo se sentaba Angelito Estrada, en otra Schiaffino, Rubén Darío ocupaba un costado y yo tenía mi lugar entre ellos. Por aquellos días se daban muchas conferencias: García Velloso, el padre, recuerdo que leyó algo; yo también: un poema titulado “La leyenda blanca”, que pasaba entre las nieves del norte, escrito en versos de gran diversidad rítmica. Darío escribió un artículo diciendo que yo había “polarizado” el verso y “hecho sonar los órganos de Grieg”... Darío era un alma muy noble, llena de sinceridad y estímulo para todos. Cuando Lugones llegó a Buenos Aires, fue él quien expresó la idea de animarlo, de abrirle camino... Siempre que le leían algo que le gustaba, decía: “Tiene cosas”, o si no: “Así habla Zaratustra”...

—¿Usted fue muy amigo de Darío?

—Nos conocíamos desde antes de que llegara. Yo dirigí durante tres años el Almanaque de Peuser, y allí publiqué varias poesías de él. Cuando arribó, viniendo de Chile, me escribió una tarjeta: “Ud. es el único amigo que tengo allí”, o algo así, me decía. Yo entonces era secretario del Ateneo, que lo presidía Rafael Obligado..., era en 1894...

Calla un minuto Leopoldo Díaz, recapacitando. Moreno, delgado, con suave fluidez, habla sin cambiar de postura. Sus ojos, de un verde claro, brillan con una serenidad de ensueño lejano. Habla de nuevo:

—Resolvimos darle un banquete... Cuando se lo dije, me respondió con franciscana sencillez: “Bueno, pero yo no tengo ropa como para presentarme en una reunión”... Darío venía de Chile y sus finanzas no podían ser menos halagüeñas. Por lo demás, siempre fue así: un hombre que careció del sentido práctico de la vida... Bien: yo me había mandado hacer una levita y se la probó: ni pintada. Darío entonces era delgado y tenía mi cuerpo... Así fue al banquete que le daba el Ateneo.

—¡Recuerda quiénes le acompañaban?

—Sí... recuerdo a algunos... Rafael Obligado, Vega Belgrano, Martinto, Calixto Oyuela... Miguel Escalada...

unas veinte o treinta personas: escritores, algún pintor... Schiaffino... Darío casi no habló durante toda la comida. Contestaba con monosílabos, dejando a todo el mundo asombrado por aquella taciturnidad. Él ya tenía fama; venía precedido por el triunfo de su libro *Azul...*, por la carta de Valera... Se esperaba de él alguna frase, algo ingenioso... Nada; estuvo así hasta el final. Cuando llegó el momento de los brindis, se pronunciaron algunos muy elocuentes. Él manifestó que no era orador, pero que iba a decir unos versos. Recitó aquella composición suya que termina: “y se bebió la lágrima y el vino...”, algo que no estaba a su altura, o, mejor dicho, Rubén entonces no tenía mucho bagaje poético... aquí lo escribió casi todo...

El Ateneo, agrega Leopoldo Díaz, empezó más tarde a ser frecuentado por gente nueva. Yo me fui a Suiza, con un cargo consular... Me escribieron, años después, diciéndome que había cerrado sus puertas. Terminaba allí un período de nuestra cultura, y terminaba con una institución que, francamente, yo no veo que haya sido reemplazada por otra.

\*\*\*

Al concluir mis entrevistas noto que en la cartera de apuntes me quedan algunos datos interesantes. Por ejemplo: el Ateneo creó, en su segunda presidencia, una Biblioteca de Obras Argentinas, que estuvo a cargo del Dr. Norberto Piñero. Este la inició con los escritos de Mariano Moreno, suscitándose una violenta polémica con Paul Groussac. El Dr. Piñero tenía a su cargo, también, la Sección de Estudios Sociales y Filosóficos, realizando, con la colaboración de Joaquín V. González, una labor tan interesante como fecunda.

\*\*\*

Creíamos que la mujer comenzaba recién a iniciarse en la obra de arte. Nada más inexacto, sin embargo. Véase cuánto nombre femenino figuraba en el primer Salón de pintura, realizado en 1894: Angélica Gómez, Hortensia

Sundblad, María Luisa Berdier, Manuela Gómez, Sofía Posadas, Victoria Aguirre, Corina Berdier, Joaquina Sans, Eugenia Belín Sarmiento, Hortensia Berdier. ¡Diez nombres de mujeres! Pero... ningún cuadro, desgraciadamente...

El segundo Salón de pintura y escultura estuvo presidido por Aristóbulo del Valle. Por consejo de Eduardo Schiaffino, ya director del museo, se resolvió adquirir con destino a este el cuadro “Una noche de luna en Venecia”. Su autor era Ballerini, quien, teniendo en cuenta los fines, lo cedió por la suma de doscientos pesos.

El primer premio de pintura se otorgó a Ángel della Valle y el primero de escultura a Lucio Correa Morales. Entre los dos no sumaban mil pesos. Los segundos premios fueron otorgados, en pintura a Maggiolo y Ripamonti; en escultura a Dresco. Doscientos cincuenta pesos a cada uno. ¡Eran años heroicos!

Al constituirse el Ateneo, bajo la presidencia de Guido Spano, fueron incorporados únicamente dos escritores extranjeros, que entraron a formar parte en calidad de socios honorarios. Sus nombres eran: Casimiro Prieto y Rafael Barreda.

### **Una anécdota**

Llueve, y esa noche debe dar una conferencia el padre Pera. Muy pocas personas en el salón. Pasa una hora y aquel no se resuelve a empezar. Impaciencia en el público. Vega Belgrano, que a la sazón es presidente, se acerca al orador, que está en una sala contigua y le dice:

—¡Padre, imposible demorar más tiempo!

—Es que no pienso dar la conferencia... hay muy poca gente... —responde Pera.

Vega Belgrano ensaya un razonamiento de circunstancias: el respeto a todo auditorio, la costumbre europea, opiniones particulares... Pera cede... La conferencia se da ante un público que no llena la primera fila.

\*\*\*

Al fallecer José Miró (Julián Martel, autor de *La Bolsa*), el Ateneo se hizo representar en aquel acto por D. Luis Berisso, ateneísta de gran entusiasmo y una inteligencia crítica muy estimable. Pronunció un discurso lleno de emoción.

Rubén Darío tuvo por Berisso mucho cariño y no escasa gratitud. Este, que luego se apartó de sus aficiones literarias, conserva de aquellos días algunas páginas autógrafas, en prosa y verso, del poeta nicaragüense. También conserva, encuadernado en cuero rojo, el original de *Las montañas del oro*, de puño y letra de Lugones, con esta dedicatoria: "A mi editor: L. B."

El Ateneo en 1899. Entonces lo presidía Carlos Baires: amabilidad, lentes y una *Teoría del amor*. Por allí circulaba Ingenieros: se oía su voz aflautada bajo sus rubios bigotes *ébouriffés*. Tenía una "g" de más y quince obras de menos. Se veía a Eugenio Díaz Romero: levita, chistera, *El Mercurio de América*, un excelente muchacho. Monteavaro, con más ambición y menos sarcasmos, y ropas demasiado holgadas para suponerlas un simple error de sastre. Jaimes Freyre, que manejaba los negocios de Bolivia en el Brasil... desde Buenos Aires. *Castalia Bárbara*, exquisita educación, una conferencia sobre el poeta negro Cruz e Sousa. Darío Herrera, que no hablaba y traducía a Poe; primer ministro de Panamá en la Argentina: el Gobierno no quiso reconocerlo. Américo Llanos, que luego firmó Armand Vasseur: un libro de versos y una polémica con Roberto de las Carreras; nada quedó por decirse, nada malo, naturalmente. Etcétera. Todos extinguidos ya, para la vida o para el arte. Era la barca de Carón, donde bogaba el Ateneo hacia la muerte.

En realidad, la existencia del Ateneo duró mientras hubo un Mecenas que pudo o quiso sostenerlo. Si el Gobierno hubiera hecho su vida oficial, asignándole un modesto "ítem" en el presupuesto, tendríamos hoy nuestra Academia Nacional de Letras, y no nos sentaría mal. Todas las cosas son relativas, estamos de acuerdo. Pero si a esas cosas relativas se llega, únicamente, por algún mérito, está justificado su fin.



Manuel Ugarte

*Escritores iberoamericanos de 1900*





## Manuel Ugarte (1874-1951)

Manuel Ugarte nació y vivió en Buenos Aires hasta 1897, fecha en que decidió irse a París para dedicarse a las letras y al periodismo. Su padre, que perdería su fortuna a mediados de la década de 1910, era administrador de propiedades y estaba vinculado a la oligarquía porteña. Ugarte inició sus estudios de bachiller en el Colegio Nacional y los abandonó antes de haberlos concluido. En la década de 1890 frecuentó las tertulias del Aue's Keller y de Luzio. Fue amigo de Darío, Ingenieros, Becher, Ghirardo, Palacios, Roldán, Rojas.

Fundó la *Revista Literaria* (1895-1896), un proyecto inspirado en la *Revista Nacional de Ciencias y Artes* del uruguayo José Enrique Rodó. Esperaba publicar en un mismo espacio las novedades literarias de la ciudad y de las capitales europeas, e intentó incluir tanto a su generación como la anterior: convocó a Almafuerte, Adolfo Saldías, Guido y Spano, Osvaldo Magnasco. Por entonces ya bregaba por la unidad intelectual del subcontinente y, mientras publicaba el poema "Frank Brown" de Darío, tomaba distancia del artempurismo modernista. La revista no prosperó por falta de financiación, y probablemente porque, fiel a la sensibilidad *fin-de-siècle*, Ugarte quiso explorar otros mundos.

Con excepción de un breve regreso a Buenos Aires entre 1903 y 1904, donde se vinculó con sus amigos escritores, frecuentó a los jóvenes de la revista *Ideas* y adhirió al Partido Socialista, Ugarte desarrolló su actividad intelectual en Europa. En 1911 inició una gira de conferencias latinoamericanistas por Centro y Sudamérica, que culminó en Argentina. Aquí permaneció hasta el final de la Primera Guerra Mundial. En 1919 se instaló en Niza. A mediados de la década de 1930 vivió un tiempo en Buenos Aires y, desde 1939, en Viña del Mar. *Escritores iberoamericanos de 1900*, cuyos recuerdos se ubican entre 1900 y 1930, está fechado en "Viña del Mar, 1942". En 1948 el presidente Perón lo nombró embajador en México, luego en Nicaragua y en Cuba. Renunció a los cargos por diferencias con la política exterior, pero mantuvo

su apoyo al gobierno. Regresó a Niza a fines de 1951 y murió a los pocos días.

El momento más productivo de la vida intelectual de Ugarte fue la primera década del siglo XX. En *La novela de las horas y los días* (1903) imaginó a un pintor tironeado entre la artificialidad de la bohemia sensual y la vida auténtica y reposada del campo. Esta novela, escrita como diario de artista, se publicó después de sus libros de relatos con personajes y escenas decadentistas: *Estudiantes de París*, *Escenas del Barrio Latino* (1900), *Mujeres de París* (1900), *Paisajes parisienses* (1901).

*Escritores iberoamericanos de 1900*, más que ninguna otra memoria literaria de la época, cuenta con pasión y pesimismo la historia de una “generación malograda”. Ugarte admitía que les había tocado “vivir los años mejores que ha conocido Europa en este siglo, entre 1900 y 1914”, pero interpretaba la suya como una generación de exiliados incomprensidos, fuera de lugar en todo lugar, nobles y malditos. Los capítulos iniciales y finales (“El grupo inicial” “Paris”, “Madrid”, “El destino de una generación”) esbozan la teoría de una generación sacrificada. Los capítulos restantes siguen la forma serial de los retratos: Delmira Agustini, Francisco Contreras, José Santos Chocano, Rubén Darío, Gómez Carrillo, José Ingenieros, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Belisario Roldán, Florencio Sánchez, Alfonsina Storni y José María Vargas Vila.

## *Escritores iberoamericanos de 1900*

**Santiago de Chile, Orbe, 1943**

### I

#### **El grupo inicial**

Dentro de las letras iberoamericanas hay una generación que podríamos llamar de 1900. Corresponde, con escasa variante de fecha, a la que encabezaron en España Azorín, Pérez de Ayala, Marañón, Baroja y Maeztu. Tiene con ella entronques esenciales. Con la diferencia de que si la floración española se desarrolló y prosperó en su tierra natal, la nuestra, por razones que el lector apreciará si continúa la lectura, tuvo que dar su mejor fruto en el extranjero.

Me refiero especialmente al núcleo que, al comenzar el siglo, formaron entre París y Madrid —“eje” intelectual de aquellas épocas—, Rubén Darío, Amado Nervo, Luis Bonafoux, Gómez Carrillo, José Santos Chocano, José María Vargas Vila, Luis Urbina, Florencio Sánchez, Francisco Contreras, Leopoldo Lugones, José Ingenieros, Belisario Roldán y otros escritores representativos.

Entre los que viven aún, Alcides Arguedas, Hugo Barbagelata, Juan Pablo Echagüe, Gabriela Mistral, Juan José de Soiza Reilly, Alejandro Sux, los hermanos García Calderón, Joaquín Edwards Bello, José Vasconcelos, Rufino Blanco Fombona y quien escribe este libro.

Podría citar, desde luego, nuevos nombres, que no acuden a la memoria acaso porque se trata de autores que

no estuvieron en Europa al mismo tiempo que nosotros, pero que han ejercido influencia también. Lo esencial no es establecer una nomenclatura, sino situar un movimiento.

Se caracterizaba el grupo por tres distintivas. Lejos de olvidar a sus precursores para darse la ilusión del triunfo fácil, fue consecuente con ellos, como lo prueba el sostenido homenaje tributado a José Asunción Silva, Julián del Casal, José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón y José Enrique Rodó.

No formulamos nunca, ni favorable ni desfavorable, un juicio injusto a sabiendas. Reconocíamos el mérito del enemigo. Señalábamos los defectos del amigo. Probidad, que hoy se presta a la sonrisa, captada en lecturas de Epícteto, Sócrates y Platón. Borrachera del Olimpo.

Con esta concepción de la responsabilidad del escritor, trajimos también —suprema desventura— un hondo sentido de la vida. Al “literato” le basta con la literatura. La carne hervida de sus lecturas la vuelve a sazonar. Manjar sin substancia, que manipula sin peligro. Pero es más grave salir del papel para entrar en la realidad y juzgarla ávidamente, con esa capacidad de emoción y de angustia por lo propio y por lo extraño que hay en el fondo de las almas sensibles, dotadas siempre de extraña capacidad para el dolor.

No ha de verse en lo que digo lamentación o vanagloria; pero hay que establecer, desde el principio, que saldremos a menudo de lo convencional para referirnos a la verdadera situación del escritor en América.

Voy a hablar de una generación malograda, de una generación vencida. Ninguno de los que he nombrado alcanzó lo que esperaba. La mayor parte de ellos murió prematuramente. Unos tuvieron la constante zozobra de atender ante todo a la subsistencia, defendiéndose con ayuda del periodismo. La obra debió ser esencialmente fragmentaria. Otros conocieron la amargura de verse expatriados por razones políticas o por la incomprensión del medio... Aun aquellos que, con el correr de los años, se acomodaron en ventajosas situaciones —si hemos de juzgar por la apariencia o el beneficio—, se sintieron

fundamentalmente defraudados. Ninguno fue feliz, ninguno alcanzó la paz propicia que ayuda a emprender la obra verdaderamente durable. Obligados a luchar contra fuerzas hostiles, se dispersaron en cambios de residencia o en preocupaciones accesorias. Pero de esta derrota de la primera germinación auténtica de un ideal continental, queda algo más que el recuerdo de un sacrificio. Queda el murallón —destruido a trechos por el mar— que señala, con aciertos y equivocaciones, líneas básicas para la construcción futura.

Reúno a los que pensaron en cuerpo, sintieron en generación y representaron un empuje. Alrededor de ese empuje, dentro de las líneas durables de lo que sobrepasa la presencia efímera del individuo, voy a evocar recuerdos y anécdotas. Todo ello ayuda a desarrollar puntos de vista personales y a rozar al pasar, superficialmente, demás está anunciarlo, ciertos aspectos de la evolución del Nuevo Mundo.

La razón del éxodo general —digo general dado que entre los intelectuales de esa generación muy pocos permanecieron en América—, no hay que buscarla, como se insinúa, en una desatinada admiración por la literatura exótica. En el peor de los casos, la predilección novelera pudo ser alimentada sin salir de la ciudad natal. Sobre todo en aquellos años en que el libro y el espíritu cruzaban tan fácilmente los mares.

La verdad es que esa juventud no se sentía atraída por un nuevo medio. Se evadía del medio en que se ahogaba. Si acechaba los barcos desde el puerto, es porque carecía de oxígeno en su propia tierra.

—Ya empezamos a desatinar verdades —diría José Ingenieros, si pudiese leer lo que escribo—; eso equivale a galopar hacia el despeñadero...

Pero hay que desafiar prejuicios. A menos de resignarse a escribir sin finalidad.

[...]

La civilización, humilde como flor del pago, ha de surgir identificada con los gérmenes que la hicieron posible y deben

desarrollarla. El progreso importado es muchas veces motor que no se ajusta a los engranajes de la máquina nacional.

Así se explica que, después de casi un siglo de independencia, en medio de la prosperidad y el lujo de grandes centros surgidos portentosamente en la tierra virgen, se sintieran los escritores de 1900 tan aislados, que tenían que ir a buscar asilo a otras ciudades, donde las calles estaban, en muchos casos, menos bien pavimentadas, donde las casas eran a veces menos modernas, donde la vida resultaba menos fácil. Se explica el fenómeno porque, en el aspecto moral, nuestra América seguía siendo el campamento árido y ceñudo, levantado por hombres que sólo tenían el afán de gobernar o hacer fortuna, el anhelo de triunfar en el momento en que vivían, desdeñando toda fuerza de elevación para el futuro y arrasando cuanto puede preparar, de una generación para otra, mayor jerarquía o grandeza en la vida espiritual.

Esto era lo que alejaba a los soñadores. Se daban cuenta de ello confusamente. Pero, en forma de desilusión o de incompatibilidad, todos comprobaban el rechazo y sentían, con el ansia de evasión, la esperanza de empezar a reformar el medio.

No lo comprendieron los jornaleros del subéxito, palaciegos de jefes o tendencias dominantes, que aprovechan en todo tiempo las rendijas de la actualidad para filtrarse y subir, sin pagar el precio de sacrificio y sin aspirar a satisfacciones de integridad, duración y orgullo. Por su misma inconsistencia, la gente que se envanece de victorias efímeras tenía que desconocer el esfuerzo de los que trataban de llenar con sus cuerpos el foso entre el presente y el porvenir. De la diferencia de inspiraciones nació en unos el cauteloso oportunismo y en otros la insensata arremetida.

Sirva un paréntesis discrecional para decir que la manifestación más curiosa de esta concepción consistió en considerar exclusivamente como “libro argentino” para concursos y exposiciones nacionales o extranjeras, a los libros *impresos* en el país, dejando sistemáticamente fuera del haber nacional a los escritores editados mundialmente, por las grandes editoriales de Europa, es decir, a los que

circularon como Dios manda, sin la trampa pueril de las obras pagadas por el autor.

Recuerdo que Darío dijo en París una frase cabal:

—Nosotros no hemos salido de América; traemos a América a compartir la civilización de Europa...

Ensueño, dirán algunos. No cabe duda. Pero ese ensueño esparció fermentos creadores y realizadores que algún día fructificarán plenamente.

Los escritores de que hablo pudieron ser calificados de poetas delirantes. Pero no, como admitieron ciertos comentaristas, de desertores que se trasladaban a otras tierras para evitar el trabajo penoso, o de epicúreos en busca de vida muelle.

Ninguno de nosotros —ni el mismo Carrillo, que se enquistó en el Bulevar, sin dejar de ser meteco— perdió sus distintivas iberoamericanas y su enlace con la tierra. Llegamos algunos a escribir directamente en francés y a publicar con éxito nuestras producciones en diarios y revistas de París. Fueron nuestros nombres familiares y cotizados en los grandes órganos de publicidad de España. Pero nadie aprovechó la victoria circunstancial para plegarse al nuevo medio. Por los propósitos perseguidos, por los temas tratados, por el nacionalismo retador, estuvieron los espíritus siempre tendidos hacia nuestra América; y esta espontánea cruzada, que ningún gobierno alentó, ni advirtió siquiera, hizo más por el prestigio de nuestras repúblicas en el mundo que toda la representación diplomática que dilapidó por aquel tiempo caudales y nos puso, más de una vez, en ridículo.

Día vendrá en que algún crítico de nuestro medio —ya han surgido algunos excepcionalmente dotados— estudie las causas y las consecuencias de esta partida simultánea, sin concierto previo, de tantos espíritus anunciadores.

No existían en 1900 lazos de amistad o de conocimiento entre ellos. No obedecían a un propósito estudiado, ni a una consigna. Salían instintivamente, sin programa en la mayor parte de los casos, de ciudades distantes y sin comunicación frecuente. Sólo cambiaron ideas cuando la casualidad los reunió en Europa. Y,

sin embargo, obedecían, inconscientemente, a idénticas esperanzas de emancipación. Formaban un conjunto perfectamente homogéneo. Las mismas diferencias de temperamento los completaban. Los orquestaban. Por fuerza de las circunstancias, más que por voluntad propia, establecían una identificación espiritual de las zonas más diversas de la América hispana, identificación semejante —conviene meditar sobre la analogía— a la que, también sin compromiso ni cálculo, determinó, a principios del siglo XIX, en una sola llamarada, la independencia política de las mismas regiones.

[...]

Obedeciendo a una curiosidad cósmica y revelando capacidades diversas dentro del reino espiritual, unos fueron poetas subjetivos y orfebres de la palabra, con maestría no alcanzada hasta entonces. Otros se revelaron como épicos cantores de la naturaleza americana. Estos investigaron por primera vez, como sociólogos, la composición y el porvenir de nuestras repúblicas. Aquellos se ensayaron en la novela, tratando de reflejar la personalidad de los pueblos nuevos. Abordaron otros la alta crítica, plantando los jalones de una apreciación equilibrada de lo autóctono. Tuvo el teatro la primera oportunidad de existir, bajo la pluma creadora de un instintivo. La crónica cotidiana de las gacetas se transformó en arte durable, gracias al aporte de preciados ingenios. Surgieron, en forma sintética, eficaces cuadros históricos. Y en todos los órdenes, en todas las canteras, resonó el paso del *pioneer*.

Todo ello sin empuñar trompetas épicas y sin que nadie se sintiera super-hombre. Porque entre el grupo se impuso algo que acaso falta en la literatura actual. Lo que, en lenguaje de toreros, se llama alegría. La alegría consiste en realizar la suerte peligrosa y difícil con fantasía, con garbo, con despreocupación, sin dar importancia a la proeza, burlando el riesgo con la sonrisa en los labios. Evitábamos, además, tomarnos demasiado en serio, porque temíamos resultar fríamente literarios al dejar de lado la divina insensatez, que es la chispa de todas las realidades eternas y el fondo real de la vida.

Cierta altiva despreocupación nos alejaba de los organismos oficiales y nos hacía desdeñar el dinero. Cuando lo teníamos, como cuando no lo teníamos. Corría la juventud sin más cálculo que el de servir honestamente un ideal. El arribismo ingenuo sólo tendía a hacer algo susceptible de perpetuar un nombre. Ninguno aspiraba a merecer la aprobación burguesa. (Como he de emplear a menudo la palabra, conviene definirla. Nunca le dimos significación partidaria. Nos ateníamos a la fórmula de Flaubert: “J'appelle bourgeois quiconque pense bassement”). Con excepción, siempre, de Carrillo, tan goloso de gloria, ignorábamos premios, títulos y condecoraciones. Nunca tratábamos de conquistar a los dispensadores de mercedes. No sospechábamos siquiera que pudiera existir el artista que prevé, ordena y regula su vida y sus gastos con la minuciosidad de un dueño de bazar, atento a ínfimos detalles. Imprevisores y fastuosos, en cuanto lo permitía el mísero peculio, nos instalábamos con imprudencia y bizarría en la derrota, para reivindicar mejor la alta esperanza.

[...]

## II

### París

Llegamos a París cuando la *Vie de Bohème* de Murger era una especie de Biblia para los jóvenes. La consigna al entrar se condensaba en dos mandamientos: primero, tener una Mimí, segundo cambiar de Mimí lo más frecuentemente posible. Desde el primer día obedecí alegremente, con el deslumbramiento de los veinte años.

Pero no pude sacudir, sin embargo, la impresión de tristeza que puso en mí la capital monstruosa.

El recorrido desde la estación hasta el hotel, por la calle Rivoli, desierta a las diez de la noche, me envolvió sin que lograrse discernir al principio la causa, en la más honda melancolía. Esa calle interminable arranca en la estación de Orléans, adonde llegaban por entonces los grandes trenes, y se adelanta, cambiando nombres, hasta la plaza de la Concordia, corazón de París.

Así como me pareció después, de día, viviente y animada, con sus negocios y su espeso oleaje humano, la vi alargarse aquella noche, muerta y lúgubre. Bordeada por los arcos monótonos que se alinean sin término, hasta donde alcanza la vista, exhibió al viajero las sombrías fachadas del Louvre, del sepulcro de Coligny, de las Tullerías, del Palais Royal...

La desazón inexplicable sólo se desvaneció al descubrir la causa. Mi lento coche de caballos había seguido la ribera de la muerte. Era la historia y el pasado de un pueblo lo que hizo que se sobrecogiera, al llegar, mi juventud.

Pero por sobre la sombra de los siglos se abrieron muy pronto las avenidas de la alegría y del porvenir.

Recuerdo que busqué alojamiento cerca de la plaza *Vendôme*. No sé a ciencia cierta por qué, dado que el primer paso que di fue para atravesar un puente del Sena, con rumbo al Barrio Latino.

Quería buscar a Moréas, a Barrès, en el Café d'Harcourt, en el Vachette... No los encontré, desde luego. Y cuando digo "quería buscar", digo "quería ver de lejos". Porque carecía de títulos para acercarme a la mesa en que podían estar. Ni un instante pasó por mi mente la idea de hacerlo. Me parecía audacia absurda.

Nosotros no éramos nada. Peor que nada. Nosotros éramos anónimos "rastas". (La palabra "métèque" no había nacido aún). Lo éramos ante nosotros mismos porque nos hallábamos despistados y cohibidos en el ambiente nuevo, con la impresión confusa de que merecíamos más de lo que ese ambiente nos otorgaba. Y lo éramos a los ojos de los demás, porque, sin advertirlo, hablábamos fuerte, exagerábamos las propinas, empujábamos a los transeúntes, reíamos a destiempo, cuidábamos demasiado el traje; porque carecíamos, en los gestos, en los pensamientos y en las palabras, de medida; porque obrábamos, en suma, como primitivos, frente a una civilización milenaria que había limado los ángulos salientes para dar en todo la nota precisa y cabal.

Esta sensación de inferioridad aparente, por encima de las equivalentes reales, la tuvo Darío hasta el fin. No

pudo desprenderse de ella durante su larga permanencia en París. Y como no cultivó amistades oficiales, murió sin obtener siquiera la Legión de Honor, aunque pocos hicieron tanto como él para difundir la cultura francesa en el Nuevo Mundo.

[...]

Cierta vez, en un estudio literario, hablé de la trilogía ideológica que forman, dentro de la literatura francesa, escalonados en épocas distintas y a pesar de las diferencias fundamentales, Barrès, Zola y Barbusse. Este último que, sea dicho sea al pasar, escribió sobre Zola un libro excelente, representa la esencia final del movimiento llamado “intervencionista” que, abandonando el “arte por el arte” a los rezagados, empuja al escritor a servir de proa en los debates de su tiempo.

Si Barbusse se hubiera limitado a ser novelista, si no hubiera bajado a la plaza pública para arengar a sus contemporáneos, todos le acatarían hoy. Pero al intervenir en la lucha con afirmaciones decisivas, renunció —y lo hizo conociendo el precio de lo que echaba al mar— a la consagración de ciertos sectores intelectuales. Así fue su nombre excluido de muchos diarios y vejado tantas veces.

Sencillo en sus costumbres, sólo permanecía en París cuando se veía obligado. Pasaba la mayor parte del tiempo en su villa de Miramar, a tres cuartos de hora de Niza. Yo iba a almorzar con frecuencia a su casa o él venía a la mía. A pesar del trato frecuente, nunca advertí en él un movimiento egoísta, una vanidad pequeña. Tampoco le vi ejercer represalias. Poeta en su plenitud.

Cierta vez le trajeron un libelo que circulaba contra él.  
—*Les pauvres gens* —se contentó con decir.

Y siguió hablando contra la guerra.

Era un visionario que a través del torvo mundo que existe, levantaba, como un globo irisado de cristal, su mundo intacto y diferente, su mundo quimérico. Ajeno a la tempestades, avanzaba soñando entregarlo a la dolorida humanidad.

Otro escritor con quien tuve trato cordial fue Camille Mauclair, crítico de arte al principio y, con menos

fortuna, novelista después. Vivía en Saint-Leu-Taverny, en los alrededores de París, pero tenía también en Grasse, a cinco kilómetros de Niza, una casita rústica, donde pasaba buena parte del año. Entre las cosas mías que han quedado en París, hay un pastel firmado por él, porque su *violon d'Ingres* era la pintura. Me lo regaló con dedicatoria generosa, poco antes de que ocurriera un incidente que no puedo dejar de contar.

Cuando llegó a Europa Juan José Soiza Reilly —en la primera gira que hizo por su cuenta de la revista *Caras y Caretas* de Buenos Aires— me pidió algunos nombres y cartas de presentación. Entre estas últimas le di unas líneas para Mauclair, a quien llamábamos “el solitario de Grasse”. Poco tiempo después, Soiza, que cultivaba el viaje relámpago, salió de Francia sin despedirse y pasó a Italia, donde escribió, entre otras entrevistas famosas, la que le valió la eterna animosidad de Gabriele D’Annunzio. No volví a saber de él. Pero al cabo de dos o tres meses, cuando llegaron a Europa los números de *Caras y Caretas* con las crónicas, recibí una carta cortante de Mauclair. “Abrí mi puerta al corresponsal de la revista argentina porque venía en nombre de Ud. —me declaraba secamente—; *mais je ne vous remercie pas de m’avoir envoyé ce vilain oiseau*”. Mantengo el texto francés para que el sabor no se pierda.

Sin explicarme la causa del enojo, escribí a Soiza a Buenos Aires —ya estaba de regreso— y poco después, leyendo el artículo, pude comprender lo que había pasado.

Mauclair recibió al visitante, lo invitó a almorzar y, como ocurre a menudo con los solitarios, se dejó llevar a confidencias. Habló de la desilusión de amor que acababa de sufrir, citó el nombre de una artista conocida, que después fue esposa de un escritor célebre, y se entregó a amargas lamentaciones creyendo que sus palabras quedaban en la intimidad. Ignoraba que se hallaba en presencia del periodista más travieso que ha producido nuestra América. Con tan sabrosos materiales, Soiza no podía dejar de condimentar el plato succulento que devoraron los lectores.

Del París de aquellas épocas es imposible hablar sin encontrar en todas las encrucijadas las fantasías de

este escritor ágil, mordaz y profundo. Su libro *El alma de los perros*, al cual puse prólogo, es una de las obras más significativas del momento que trato de reflejar. Pero volvamos a París.

Pese a las amistades que señalo, nunca hice realmente vida literaria en Francia. Como dije en otra ocasión, ninguno de los que integraban nuestro grupo entendía seguir una “carrera”. Jamás buscamos lo que nos podía ser útil, en vista de un encumbramiento. Si nos aproximamos a algunos espíritus, fue sin pensar un solo momento en las ventajas que podíamos sacar de la frecuentación.

[...]

### III

#### Madrid

Nuestra generación se definió en Iberoamérica pronunciando el nombre de dos ciudades: París, Madrid.

Su inquietud la llevó también hasta Inglaterra, Alemania, Italia... El pensamiento quedó situado, sin embargo, entre España y Francia. Especialmente alrededor de sus capitales. Con una diferencia de dosificación, diremos, ya que no asoma otra palabra. Si a menudo hablamos del *perfume* de París, siempre dijimos el sabor de Madrid. Poniendo en el matiz la hondura que revela una concepción. Porque si la primera ciudad ofrecía la exquisitez y el “ritmo suave” que captó Rubén, la segunda brindaba la sangre del idioma y la savia esencial de los orígenes.

[...]

Con esa convicción hice el primer viaje a España, alrededor de 1900. Y, naturalmente, de entrada, al llegar a Castilla la Vieja, salté de un tren a otro para visitar a Miguel de Unamuno, que acababa de prologar mi primer libro.

Me parece estarle viendo aún, vestido de negro, con el chaquetón bien cerrado de pastor protestante. Aunque por aquellos tiempos era joven, lucía los anteojos y el empaque

(perdón por el americanismo) didáctico que, pese a las brillantes paradojas y a las estruendosas contradicciones, debía clasificar universalmente una carrera.

Le trataban en la fonda que me recomendó, con religioso respeto. Don Miguel por aquí, Don Miguel por allá. Debo confesar, sin embargo, que, pese a tan alta protección, me ofrecieron el cuarto más incómodo y la comida más indigesta que he encontrado en las innumerables andanzas por Europa.

Al detenerme en Salamanca, el propósito era, en primer término, conocer a Don Miguel, observarle en su ambiente. Resolver, acaso, alguno de los problemas planteados por su personalidad multiforme. Pero también deseaba admirar las reliquias históricas de la ciudad... No he de especificar quién tuvo la culpa. Pero lo cierto es que sólo logré cumplir la primera parte del programa. Durante el día entero no hicimos más que conversar, hasta que a la mañana siguiente me refugié en el tren. En vez de pasar por las calles delimitadas por viviendas, tuve la sensación de recorrer párrafos bordeados de palabras, entre los cuales solían levantarse, como torres, las ideas.

Cien veces anduvimos por las mismas callejuelas y dimos vuelta otras cien a la plaza central de la enjuta capital provinciana, tan dormida a las doce del día, que a las seis de la tarde, como a las diez de la noche.

Ganado por la verbosidad, Unamuno se detenía para acentuar las sílabas (costumbre de pueblo chico, donde acortando el paso se alarga el paseo); y al retribuir ostentosamente el saludo de los escasos transeúntes, parecía decirme con los ojos:

—¿Ve usted qué popular soy?

Hombre bueno, llevaba dentro de sí la rara dualidad de una cultura suprema y de un corazón aldeano. En la época a que me refiero, sólo había salido de Salamanca para ir algunos días a Madrid. Su renombre amanecía. Pero ya apuntaba en él, con la conciencia de su destino, la trágica contradicción que le atormentó hasta el fin, entre la anárquica temeridad de algunos atisbos y la parsimoniosa herencia del temperamento teologal.

Cuando inserté en la segunda edición de los *Paisajes parisienses*, a guisa de epílogo, un artículo que publicó en *La Prensa* de Buenos Aires el escritor francés Francisco de Nión, Unamuno se levantó en espuma de colores contra el contradictor inesperado, circunstancia que aprovechó Rubén Darío, al hablar sobre mi segundo libro, *Crónicas del Bulevar*, para lanzar saetas injustas y sonrientes:

—Unamuno es villorio y Francisco de Nión es ciudad —decía, en síntesis.

A lo cual replicó, injustamente a su vez, el vasco orgulloso:

—Lo que diga Darío no me interesa; porque él copia y yo escribo...

Todo ello no le impidió ser, después, gran amigo de Rubén y también gran amigo mío, con más razón, desde luego, puesto que sólo tuve parte indirecta en el debate.

[...]

Eran los años en que los editores cultivaban amistad personal con los escritores. Ramón Sopena, Francisco Sempere, Yagues, vivían en el ambiente familiar de los autores a los cuales editaban; y aunque los contratos que ofrecían estaban lejos de ser brillantes —nunca más de dos mil pesetas por obra—, sabían hacer olvidar la retribución exigua con invitaciones y halagos que marcaban afecto y consideración.

Sopena empezó editando obras literarias y acabó inundando a América con sus diccionarios y con aquella famosa obra monumental que le hacía decir, con su buen humor de siempre: “las generaciones que nos precedieron fueron más felices, porque no conocieron la ‘Historia del mundo’”.

Sempere fundó en Valencia la popular Biblioteca Blanca, a peseta el tomo, con el retrato del autor en un ángulo, que llegó hasta las más remotas aldeas; nadie hizo obra de difusión más eficaz.

Yagues cultivó el libro de precio más alto y de mejor ejecución tipográfica, pero su editorial, Mundo Latino, circuló también profusamente, sin que el auge comercial

fuese obstáculo a la cordialidad con que regalaba en las fondas tradicionales del Madrid castizo.

No he de olvidar a Manuel Maucci, ni al bueno de Bernardo Rodríguez Serra, padre de aquella Biblioteca Mignon, bautizada con el apodo de “cuentagotas literario” porque aparecía en diminutos y elegantes tomos de bolsillo, que estuvieron a la moda y cautivaron al público.

La inevitable tendencia a ganar dinero no atrofiaba en estos hombres de empresa el sentido de la responsabilidad. Al mismo tiempo que comerciantes perspicaces, eran inteligentes apreciadores del mérito, deseosos siempre de conservar el rango de las colecciones, a las cuales no tuvo acceso el mediocre advenedizo ni el aficionado ramplón.

—El crédito de la casa depende de lo que publico, me decía cierta vez Sempere—; un editor es como un autor; ustedes se disminuirían firmando obras malas, yo me desacreditaría lanzando libros tontos. Sólo he de considerar la obra. Si me atengo a las posibilidades de venta, tendría que editar novelas pornográficas.

[...]

## VII

### Rubén Darío

Al escribir el nombre de Rubén Darío, evoco veinte años de amistad y un paréntesis de batalla.

El paréntesis de batalla fue originado por el prólogo que escribí para el libro *Trompetas de órgano* de Salvador Rueda. Nada dije contra el gran poeta nicaragüense, por el cual tuve en todo momento la más franca admiración. Pero Darío, que algunos años antes había prologado, a su vez, mis *Crónicas del Bulevar*, se sintió lastimado, más que por el aplauso al cantor de Sevilla, por el gesto rebelde y personal del ex discípulo que empezaba a andar con fuerzas propias. Tal fue el origen de un inofensivo tiroteo de ironías en el *Heraldo de Madrid*.

No tardamos en reconciliarnos. Una mañana me sorprendió el escritor dominicano Pérez Alfonseca, con

una esquila concebida en estos términos: “Estimado amigo: Darío quiere verle lo más pronto que le sea posible dejarse ver. El quisiera que usted viniera a casa de él, esta misma tarde; es cosa urgente. Si a usted le es fácil, mándeme otro ‘petit bleu’ cuando reciba este, diciéndome a qué hora viene usted. Cordialmente”. No pudiendo salir ese día, contesté que le esperaba en mi domicilio. Y fue Darío el que insistió: “Querido amigo: enfermo desde hace días, no puedo ir a verlo. Creo que dentro de dos o tres, podremos encontrarnos, suplicándole sea en mi casa. Su intelectualidad y su amistad, que sé muy verdadera, me excusarán. Muy suyo”. Hasta que el componedor benévolo se decidió a preparar un encuentro “casual” una tarde en el Jardín del Luxemburgo, donde nos abrazamos otra vez, sonriendo uno y otro interiormente ante el fermento de comicidad que suelen encerrar las susceptibilidades literarias.

Traigo a colación este episodio para decir que conocí a Rubén como maestro, como amigo, como adversario, en todas las facetas y en todos los estados de espíritu; y para declarar también que siempre fue bueno, generoso, cristalino, como su poesía de los mejores momentos.

[...]

Darío se sentía, además, oprimido, como todos los del grupo, por la escasa estimación que le concedían los residentes de nuestras repúblicas en Europa. En aquella nueva edad de oro que fue el principio de este siglo, París vivía en plena orgía de fiestas, homenajes, conmemoraciones y aniversarios iberoamericanos. Dios sabe hasta qué punto se desbordó el Amazonas vanidoso de la raza. No hubo primario, en viaje de exploración, que no pusiera en evidencia con vistas al cable laudatorio destinado a inmortalizarlo en el terruño. Ligados estos a los políticos en auge, representantes aquellos del grupo adinerado y exhibicionista, todos hacían la pirueta que rebotaba en ditirambos de la prensa local.

Los únicos cuya labor en Europa fue silenciada, los únicos a quienes no se dio oportunidad para intervenir, fuimos nosotros. Ni nos invitaban siquiera las Legaciones

a las ceremonias prodigadas en épocas en que trigo, salitre, guano y café, entregaban su Pactolo en la dilapidación universal.

Darío pudo escribir, demás está decirlo, el mejor discurso para una fiesta nacional de Centroamérica. Algunos de nosotros nos hallábamos capacitados para dar conferencias medulares. Pero nunca nos solicitaron. Los tenores fueron otros, de los cuales nadie se acuerda ahora. Si alguna influencia llegamos a adquirir en el ambiente intelectual del Viejo Mundo, fue por nuestro propio esfuerzo, en lucha directa con los representantes oficiales que opinaban como el que me dijo en el curso de uno de mis viajes por América:

—Dan ustedes demasiada importancia a ese joven que entre nosotros no es nada...

Tampoco fue amigo Darío de los que hicieron intervenir el dinero en la literatura. Pese a las seducciones desplegadas, no tuvo para ellos una línea. Actuaban en el sector bullanguero, multiplicaban traducciones ficticias en idiomas inesperados, pero a las catacumbas donde se mantenía el culto, no pudieron entrar nunca.

Defectos y excelencias que el poeta condensaba, diciendo compungido:

—Yo no tengo la culpa de ser así...

Porque ahí estaba el quid de la cuestión. No era un cálculo, una ley, un vicio o una virtud; era un instinto lo que le apartaba de unas cosas y le empujaba a otras, dentro de su irresponsabilidad de sonámbulo que obedecía al mandato interior.

En la galería de "Cabezas" con ilustraciones de Vázquez Díaz, que publicó en la revista *Mundial* y que reunió después en volumen, no hizo concesiones a la actualidad, la riqueza o la influencia política. Sólo figuramos en la serie aquellos que —acertando o equivocándose— juzgó dignos de una mención. Los hermanos Guido, dueños de la empresa, cerraron el paso a algunos nombres, pero no lograron imponer otros. Así pudo conservar la publicación su prestigio, hasta que el vendaval de 1914 se la llevó.

Enrique García Velloso  
*Memorias de un hombre de teatro*





## Enrique García Velloso (1880-1938)

Las póstumas *Memorias de un hombre de teatro* recogen crónicas que García Velloso había ido publicando en diarios y revistas durante las dos últimas décadas de su vida. Como José Podestá, fue uno de los protagonistas de la fundación del “teatro nacional”. Sus *Memorias* prefieren recordar los tiempos más lejanos. El último capítulo es una entrevista a un viejo actor español, Alfredo Cirera, que se había subido a un escenario por primera vez en Buenos Aires en 1854. El capítulo inicial narra la larga historia que precedió al estreno de *La piedra de escándalo*. Un Enrique García Velloso de apenas once años, estudiante del Colegio Nacional, acompaña a su padre a una tertulia en casa de Rafael Obligado donde se lee por primera vez la obra de Martín Coronado. Una década más tarde, en 1902, es él mismo quien decide “ofrecerle a Soria y Pepe Podestá *La piedra de escándalo* sin previo consentimiento del autor”. Precoz e inverosímilmente activo, García Velloso genera la impresión de un memorialista ubicuo y enterado de todo.

Sin embargo, en tanto se trata de un libro relativamente breve sobre una trayectoria de cuatro décadas intensas, en las *Memorias de un hombre de teatro* se notan sobre todo las omisiones. Las *Memorias* no recuerdan, por ejemplo, que fue en su casa y por su iniciativa que se formó la Sociedad de Autores Argentinos en 1910. Como su padre, un catedrático español que enseñó Lenguas Clásicas y Literatura en el Colegio Nacional de Rosario desde principios de la presidencia de Avellaneda, García Velloso se dedicó también a la docencia. En 1910 publicó uno de aquellos raros y olvidados manuales de historia de la literatura argentina anteriores a la *Historia* de Ricardo Rojas. Fue además un pionero del cine, con su adaptación y dirección de *Amalia* (1914), el primer largometraje filmado en el país. Nada de eso queda registrado en las *Memorias*, compuestas de escenas de su vida como dramaturgo, de episodios tempranos de la historia del teatro en Argentina y de retratos de celebridades y amigos.

Apenas mencionó sus comienzos en el periodismo o sus trabajos como crítico.

Enrique García Velloso estrenó su primera obra de teatro cuando tenía quince años, en 1895. Aunque *Gabino el mayoral*, luego reproducida por el cine y por las reediciones de obras teatrales históricas, es de 1898, su primer gran triunfo llegó con *Jesús Nazareno* en 1902. Ese joven García Velloso, vinculado hasta entonces a las compañías teatrales españolas, llevaba estrenadas unas quince obras. Martínez Cuitiño le atribuiría después ciento dieciocho. Aquella primera, *Chin-Yonk*, era una zarzuela inspirada en los crímenes de Jack the Ripper. Las cinco víctimas canónicas habían sido asesinadas siete años antes. Pero en la década de 1890 las historias sobre Jack el Destripador, lejos de quedar olvidadas, no habían dejado de multiplicarse y difundirse. García Velloso parece haber sabido entender su tiempo inmediatamente, mientras transcurría. Sus títulos, como el de *El tango en París* (1914), dan cuenta de ese sentido del presente. Apenas mayor que Gálvez o Rojas (les llevaba solo dos años), fue más bien un contemporáneo de su amigo Rubén Darío, de Enrique Gómez Carrillo o incluso del viejo Rafael Obligado.

Juan José García Velloso, el padre, fue un profesor graduado en la Universidad Central (Complutense) de Madrid que en Rosario y luego en Buenos Aires llegó a adquirir cierta autoridad como hombre de letras español. Publicó versos premiados en los Juegos Florales durante la década de 1880 y prologó los *Sonetos* (1888) de Leopoldo Díaz. Enrique heredó de su padre la familiaridad con la cultura española y la pertenencia a un provinciano pero persistente ambiente literario-cultural rioplatense, que había conseguido formarse y durar, con voluntarismo pero casi sin perder continuidad, en las décadas de 1870 y 1880. Como Darío, vivió en el circuito cultural de Buenos Aires, París, Madrid y Barcelona, bien informado de las novedades y en condiciones de ensayar importaciones y mezclas.

## *Memorias de un hombre de teatro*

**Buenos Aires, Kraft, 1942**

**Martín Coronado**  
**De *La piedra de escándalo***  
**a *La chacra de don Lorenzo***

En la Dirección estaba mi padre, más avergonzado que yo por las cosas que le había referido don José Hidalgo.<sup>1</sup> “Déjalo por mi cuenta”, le dijo al Director y salimos a la calle. Era ya de noche. El viaje a pie hasta el edificio del extinguido Ateneo —en el grupo de casas que entonces se llamaba Bon Marché—, quedó imborrable para toda mi vida de estudiante. En la puerta del Ateneo me dijo mi padre después que hubimos hecho las paces: “Yo voy a comer con Domingo Martinto y con Leopoldo Díaz; en seguida nos iremos a lo de Rafael Obligado en cuya tertulia debo leer un drama de Martín Coronado. El ejemplar de esa obra está en el cajón de mi mesa: se titula *La piedra de escándalo*; a las nueve y media me lo llevas a casa de Obligado”.

Mi padre, eximio lector, había hecho conocer en esas tertulias literarias las obras de Coronado, antes de llevarlas al teatro, donde también se las leyó a los cómicos y las ensayó. Cumplí la misión de ser portador de la obra estrictamente. El viaje en tranvía de caballos, desde la barranca de Santa Lucía a la calle Alsina, fue tan largo que tuve tiempo de leerme acto y medio de *La piedra de*

---

[1] José Hidalgo Martinet, Director del Colegio Nacional Buenos Aires. [N. del E.]

*escándalo*. Y como hubiera quedado interesadísimo por conocer el final del segundo acto, recuerdo que concluí de leerlo a la luz de las vidrieras de una casa colonial que ya no existe, en la esquina de Alsina y Bernardo de Irigoyen, que entonces se llamaba Cambaceres y donde estaba establecido un negocio de ponchos y de ropas para gente de campo.

Cuando llegué a lo de Rafael Obligado, ya se hallaba la sala llena de amigos. Salió mi padre con el dueño de casa hasta el vestíbulo; hice entrega del ejemplar y al insinuar el adiós para marcharme, mi padre me dijo: “Aguarda en esa habitación; nos iremos juntos”. Era un escritorio inmediato a la biblioteca del inmortal poeta —“el primer payador de las pampas argentinas”—, como le había llamado por esos días, precisamente, Leopoldo Lugones, recién llegado de Córdoba. A través de los cristales que separaban el escritorio de la biblioteca me entretuve en contemplar de cerca a los contertulios del cantor magnífico de *Santos Vega*, cuyas décimas yo me sabía de memoria. Conocía a muchos de ellos por haberlos visto de visita en mi casa; casi todos con el andar del tiempo fueron más tarde amigos míos. Recuerdo a Calixto Oyuela, que conversaba con el novelista y diplomático mexicano Federico Gamboa, ministro a la sazón en Buenos Aires; a Leopoldo Díaz, esbelto, elegante, con su barba negra en punta y sus bigotes de mosquetero; al poeta chileno Puelma Tupper, que acababa de casarse con una Navarro Viola; a Ernesto Quesada, que con su imponente estatura surgía entre un grupo formado por Juan Antonio Argerich, Carlos Vega Belgrano y Diego Fernández Espiro; más allá, en un ángulo de la sala, conversaban Soto y Calvo y Domingo Martinto...

Luego me puse a leer los diplomas que colgaban de las paredes: el de la Real Academia Española, el de la Academia Venezolana, el de la de Buenas Letras de Sevilla y un sinfín de sociedades literarias del Perú, de Colombia, de La Habana, de México...

De pronto se hizo el silencio y mi padre, que tenía a su derecha a don Martín Coronado, comenzó a leer la acotación de la escena correspondiente al primer acto de *La piedra de*

*escándalo*. Llegaban hasta mí los versos rotundos, fáciles de musicalidad envolvente; veía la cara de los oyentes denotando un interés sin fatiga; veía a mi padre destacar los momentos de emoción o de desborde romántico; veía a don Martín, con la vista clavada en la alfombra, acariciándose nerviosamente su perilla ya blanca... Cuando concluyó la lectura del primer acto, todos rodearon al poeta que agradecía con monosílabos, con aquella voz gangosa suya, con aquellos sus gestos infantiles, las felicitaciones de los oyentes.

No funcionaba por aquel entonces en Buenos Aires ninguna compañía dramática española, y mucho menos ninguna de las que habían de llamarse nacionales. *La piedra de escándalo* permaneció guardada en el mismo cajón de donde yo la había sacado cinco años más.

Era yo cronista teatral de *El Tiempo* y asiduo concurrente al camarín de Mariano Galé en la Zarzuela —hoy Argentino— cuando una noche se convino la representación de *La piedra de escándalo* después de las gestiones hechas por mi padre y el propio Martín Coronado. Mariano Galé quería, según su costumbre, representar obras argentinas o escritas en el país, o traducidas por autores locales. Tenía en ensayo *Cuestión femenina*, de Osvaldo Saavedra; iba a mandar a distribuir los papeles de una pieza de Balzac arreglada por Alfredo Duhau; anunciaba al pie de los programas una traducción de la *Renata* de Zola, hecha por Eduardo López Bago. Esa misma noche se puso en la tablilla de ensayos la lectura de *La piedra de escándalo* para la tarde siguiente.

Cada obra, como cada hombre, tiene su destino. Antonio Galé, galán joven de la compañía a quien en el reparto le tocaba el papel que muchos años después habría de crear el pobre Pablo Podestá en el Apolo, puso la mar de inconvenientes para hacerse cargo de ese personaje, y entre ellos, el de la imposibilidad de cantar las décimas de la palomita helada “que el viento había extraviado”.

Ahora bien: ¿si se estrena *La piedra de escándalo* en aquel entonces habría alcanzado el éxito formidable que le

cupiera en suerte años después? El interrogante queda sin respuesta, ya que en materia de triunfos teatrales nadie sabe nada hasta después de consumados los hechos.

Lo cierto es que el drama de don Martín volvió al mismo cajón de la mesa de mi padre donde estuvo olvidado, esperando “su destino”, seis años más.

Los hermanos Podestá habían recogido su carpa circense. Pepe, el mayor de los hermanos, director artístico y financiero de la compañía, en uno de esos golpes certeros que tanto le han caracterizado en su vida como hombre de suerte y de inteligencia a la vez, arrendó en una suma inverosímil el Apolo, cuyos propietarios, Palacios Costa — menores entonces—, lo tenían completamente abandonado.

¿Quién podía sospechar que de aquella temporada improvisada, sin plan, sin propósitos artísticos ulteriores, sin otro fin que el de seguir trabajando en un escenario como hasta entonces se había trabajado en el redondel de la carpa nómada, iba a realizarse la etapa más gloriosa del incipiente teatro argentino? ¿Quién podía imaginarse que de aquel plantel de actores, acróbatas, dueños de *menageries* zoológicas, malabaristas y saltarines, contratados a partido de un anticipo de cooperativa artística, habrían de surgir los elementos más destacados de la escena nacional contemporánea? En la evolución progresiva de esa temporada, que hemos de recordar por separado en otros capítulos, los factores “casualidad” y “suerte”, que son en resumidas cuentas el alma de la vida azarosa del teatro, que tantos puntos de contacto tiene con el juego en donde ni la inteligencia ni el método hacen ganar, contribuyeron a la buena fortuna de todos los que por “casualidad” nos encontramos un día reunidos. Sí; por casualidad fue invitado Ezequiel Soria a ocupar el puesto de director de la compañía de los hermanos Podestá, y por casualidad estos actores estrenaron *Política casera*, que su flamante director tenía destinada a la compañía de la eminente María Tubau; por casualidad asistí yo a ese estreno y entusiasmado por el éxito de Soria, escribí *Jesús Nazareno*; por casualidad fue Roberto J. Payró una noche espectador de mi obra y se comprometió a escribir *Canción trágica...*

La temporada se desarrollaba en forma tan brillante que hubimos de pensar en serio en magnificar el repertorio incitando entonces a los amigos ya adiestrados en las lides del teatro a que llevarsen sus obras al Apolo. ¡Cuántas burlas y desprecios recibimos en aquel entonces por parte de los que se creían literariamente disminuidos al imaginar tan siquiera que los bárbaros, los gauchos, los compadres del Apolo, pudieran representar sus obras! ¡Satisfacción grande fue para nosotros ver a esos mismos literatos, después de los triunfos de *¡Al campo!* y *La piedra de escándalo*, mendigar la aceptación de un drama o de una comedia a los bárbaros, a los gauchos, a los compadres del Apolo!

Y he aquí que una noche en que era improrrogable el cambio de cartel, se me ocurrió ofrecerle a Soria y Pepe Podestá *La piedra de escándalo* sin previo consentimiento de su autor.

—¿Dónde está esa obra? —me preguntó Soria.

—En mi casa —le respondí.

—¿Podríamos leerla mañana?

—Mañana sin falta.

Y a la tarde siguiente sacaba yo del mismo cajón, por tercera vez, el drama de don Martín Coronado y me dirigía al Apolo a realizar la lectura íntima en el camarín de Pepe Podestá. Allí me aguardaban además de Pepe y Soria, los “autores de la casa” Adolfo Poleró Escamilla, Agustín Fontanella y el escenógrafo Alberto Pérez Padrón.

En cuanto Pepe supo que la obra no estaba escrita en prosa, puso obstáculos para la lectura, pues reputaba insuficientes a sus artistas para hablar en verso. Yo le invité a que escuchase un acto tan siquiera y le espeté una retahíla de paradojas para probarle que era muchísimo más fácil hablar en verso que en prosa; que la obra estaba escrita en romance, en décimas y en redondillas; que predominaba el octosílabo y que al hablar en prosa hacemos inconscientemente el octosílabo, de ahí que el romance haya predominado en el teatro castellano superando en espontaneidad a la prosa... Y no sé si Pepe sabía en esa época lo que era romance, lo cierto fue que Soria en uno de sus movimientos definitivos de mando, me dijo: “Empiece

a leer, con leer nada se pierde; enterémonos primero lo que es la obra y después discutiremos si pueden o no representarla los actores de esta compañía”.

¡Qué éxito el de aquella lectura! Sin fatiga de los oyentes, sin fatiga propia, llegamos al final del tercer acto. A la hora de la función no se hablaba entre cajas o en los camarines más que de *La piedra de escándalo*. Pepe Podestá leyó esa misma noche a sus hermanos Antonio, Juan y Pablo, después de los espectáculos, fragmentos de las principales escenas. Pablo, con aquel rico temperamento artístico, con aquella inteligencia artística admirable que nunca supo externar en la vida íntima, apareciendo en las candilejas sin luz, como un espíritu vulgar, basto e impermeable a toda emoción que no fuera sugerida por algo material y tangible —un lindo potro en un alfalfar, una hermosa mujer o un plato succulento de comida—, tenía en los repliegues de su alma sensibilidades conmovedoras. Quedó “tocado” con el personaje que había rechazado Antonio Galé y desde ese momento se puso a componer en la guitarra la música que debía cantar en el segundo acto. Y en todos los rincones del proscenio, detrás de un bastidor hasta que el traspunte lo dejaba libre, se le oía cantar en voz baja: “Sobre el alero escarchao — encontré esta madrugada — una palomita helada — que el viento había extraviado...”

*La piedra de escándalo* se ensayaba por las tardes con un interés y una emoción y una fe tales, como no he vuelto a comprobar en ninguno de los ensayos de obras argentinas. Padrón pintaba las decoraciones, mientras Soria, con una paciencia benedictina, enseñaba a los cómicos a recitar en verso. Iba a empezarse a anunciar públicamente el próximo estreno... y el autor lo ignoraba en absoluto. Con una inconducta propia de los pocos años, yo no le había anunciado a mi padre el abuso de confianza que implicaba la entrega de una obra que desde hacía tantos años estaba bajo su custodia. Antes de desafiar las amonestaciones paternas resolví catequizar al autor y solicitarle el permiso para hacer representar su drama.

Don Martín tenía su escribanía en un vetusto edificio de la calle Alsina, frente a San Ignacio. Y allí fuimos una tarde Soria y yo, pensando en que haríamos un pan como unas hostias si don Martín nos decía que nones...

Lo que menos podía imaginarse el viejo poeta al vernos, era que íbamos a su escribanía a hablarle de cosas de teatro. Se hallaba engolfado en sus protocolos de notario, entre montañas de papel sellado y de “barba”, frente a un escritorio tan vetusto como las vigas del techo que amenazaban ruina.

Apenas me oyó se opuso terminantemente a que cómicos criollos representasen su obra. Él no los conocía; no los había visto trabajar nunca. “¡Imposible...! ¡Imposible!”, decía con voz gangosa. “Cuando Mariano Galé forme compañía, veremos...”

El olor característico de las casas antiguas mal aireadas; la enrarecida atmósfera que se forma en los depósitos de papel viejo, entremezclados esta vez al de una cazuela con cola que estaba hirviendo sobre un infernillo de alcohol desnaturalizado; una salivadera con puchos revenidos, que exhalaban endemoniado hedor; el rotundo “no” de D. Martín, la cara de Soria, la imposible vuelta al Apolo... mi padre... los cómicos... el escenógrafo, se juntaban allí para metérseme agresivamente por las narices, por los ojos, por el corazón y hubieron de precipitarme en colapso cuando Soria, que conservaba íntegramente su tranquilidad catamarqueña, le dijo a don Martín: “Le propongo que nos permita ensayar la obra sin previo anuncio y sin que ello comporte ningún compromiso suyo para nosotros; usted asiste a un ensayo cuando yo le avise, y si la interpretación le parece buena, otorga usted el permiso para el estreno. Si le parece mala nos los prohíbe usted y tan amigos como siempre...”.

—Así, sí. En esas condiciones, sí. De otra manera, ¡imposible! ¡Imposible!

El “imposible” lo decía pinchando la madera de la mesa con una lezna de agujerear papel que a mí se me clavaba en el alma... Y después de una larga pausa, dirigiéndose a mí, me dijo: “Su padre tiene la obra. Pídasela usted. Yo no guardo

más que un original muy borroso. La copia que conserva su padre es buena y clara... La copié yo mismo a dos tintas... Consúltenle antes el caso, explíquenle en qué condiciones les doy el permiso... Si él dice que no, adhiero...”.

Salimos de la escribanía de don Martín juramentados para no contar en el Apolo nada de lo ocurrido y mucho menos en consultar el caso a mi padre. El ardid de Soria fue salvador. Cuando ya la obra estuvo casi lista para su estreno, invitamos a don Martín a un ensayo. La interpretación por los cómicos fue tan admirable que era imposible que don Martín negase el permiso para estrenarla. Pepe Podestá había vencido todas las dificultades de su largo papel; Antonio realizaba una creación estupenda del viejo italiano; Pablo cantaba sencillamente admirable; Lea Conti afirmaba con este nuevo papel de Rosa los éxitos anteriores de aquel año; Herminia Mancini completaba certeramente el cuadro de los primeros intérpretes, las decoraciones habían sido magníficas, sobre todo la del segundo acto, la indumentaria, los trajes, todo estaba dispuesto para halagar a un autor. Don Martín no dijo ni no, ni sí, después del ensayo... En sus ojos garzos brillaba una profunda emoción.

El estreno de *La piedra de escándalo*<sup>2</sup> constituyó breves días después un éxito clamoroso, que aún no ha sido superado en popularidad y difusión por ninguna otra obra dramática argentina.

[...]

### **Rubén Darío, íntimo**

Hallábame yo en París, en 1900, alojado en el hotel San Sulpicio. ¡El hotel San Sulpicio! Cien años viviera y cien años lo recordara, cual si ayer me hubiera despedido, casi arrasado en lágrimas de su propietario “mosiú” Miralles, un mallorquín alto y huesudo de barbas negras y ensortijadas de Faraón de opereta, de frente amplia sobre la que caía una pelambre en tirabuzones admirablemente verticales;

---

[2] 16 de junio de 1902. [N. del A.]

de ojos terribles, brillantes, multicolores, inmensos cual dos bolones de vidrio...

[...]

El día de todos los muertos me eché a la calle por consejo de la linda catalanita rubia que hacía de camarera en lo de Miralles. Al pasar por el hotel Capucines, se me ocurrió preguntar por Ángel de Estrada, que ignoraba mi estancia en París. Como no lo encontrara, le dejé dos líneas de salutación y le apunté mi domicilio. Al regresar a mi cuarto, la catalanita rubia me recibió diciéndome con una gran alegría: “¡Hay un cable para el señorito!”

Era de Vega Belgrano que me comunicaba lo siguiente: “Doctor Ángel Villa tendrá en adelante dinero para usted”. Las once palabras aventaron completamente mis alifafes y París volvió a parecerme el Paraíso...

¿Pero dónde vivía el doctor Villa? ¿En qué hotel? ¿En qué casa...? Ya no era hora de ir al Banco Español, al Crédito Lyonés o a la Legación, donde seguramente lo sabrían... Corrí a ver a Miralles, le enseñé el telegrama, me puse a llamar a grito pelado a los compañeros que vivían en el mismo hotel... En el día de todos los muertos, retornaba yo a la vida...

Era casi el anochecer, cuando Angelito Estrada, en respuesta a mi saludo, me envió un billete azul, invitándome a comer y presenciar el estreno de *Alketis* por los artistas de la Comedia Francesa, que trabajaban a la sazón en el teatro de Sarah Bernhardt a causa del incendio ocurrido meses antes en la casa de Molière.

Me puse el frac, me encasqueté la chistera y media hora después subía al departamento de Ángel de Estrada en el hotel Capucines...

Angelito Estrada fue, sin duda alguna, el más completo talento literario de la generación anterior a la nuestra. Fue también el más envidiable de nuestros escritores por la felicidad absoluta que lo rodeaba. Se me había quejado, sin embargo, de mal de estómago. Estaba a régimen. Bebía apenas en cada comida una copita de vino blanco y se echaba al colete entre la sopa y la compota, grandes vasos de agua de Évian. Acababa de recorrer medio mundo

batallando con su dispepsia. Mientras nos servían en un comedor lúgubre y silencioso, que más parecía el de un lord rico y abúlico, que el de un hotel del bulevar; mientras contemplábamos los hombros admirables de carne brillante y tensa de una norteamericana que comía, también muy triste, cerca de nuestra mesa, Estrada me hablaba de Heredia, describiéndome una reunión literaria en el salón del gran poeta. Esta evocación le daba fácil motivo para hablarme del París literario que sólo algunos privilegiados extranjeros pueden conocer de cerca. Yo le refería mis días en Roma pasados con Rubén Darío, de nuestra visita a León XIII...

—¡Rubén Darío...! ¿Y dónde está ahora...?

—Lo dejé en Frascati, después del casamiento de la hija de nuestro ministro Moreno con el Conde Guicciardini. No debe de haber vuelto a París.

—Y aquí, ¿dónde vive?

—En la casa de Gómez Carrillo hay un cuarto que dicen es de él...

Hablamos en seguida de las finanzas terribles de Rubén, de su vida complicada y nómada... Hablamos, hablamos, hablamos de Rubén, siempre de Rubén... incansablemente... Yo le referí en las condiciones en que había escrito para *La Nación*, el enorme poeta, sus impresiones sobre León XIII, con el título de “El Papa Blanco”, media hora después de haber salido del Vaticano, sin tan siquiera quitarse la chistera, en una *trattoria* vecina a la Plaza de San Pedro, mientras Larrañaga, Manzanares y yo almorzábamos macarrones al *gratín*...

¡Qué página maravillosa! Más tiempo hubiera costado a cualquiera pasarla en limpio que a él escribirla... Y cuando, una hora después, Paul Mounet, trucado de Baco, apareció recitando los versos de la adaptación francesa de Eurípides, y la hija de Henry Fouquier exhibía ante el deslumbramiento colectivo sus estupendos brazos praxitelescos, dejamos de hablar de Rubén, pero sin olvidarlo. Parecía estar con nosotros, diciéndome por lo bajo: “¡Qué brazos, Enrique!”

En realidad en el escenario no había otra cosa que admirar... Aquellos griegos eran de Montmartre y aquella

resurrección clásica resultaba una lata formidable... “En las arenas de Béziers —nos dijo en el foyer un argentino que se las echaba de helenista— esto era otra cosa... el sol... el cielo... las cocotas, ¿saben?, constituían un conjunto mucho más interesante que el de una tarde de Grand Prix en Longchamps...”.

¡Grecia pura!

\*\*\*

...La puerta del hotel de Miralles, la abre con un neumático, desde su camastro, el negro cubano. Al dirigirme a mi cuarto, veo luz en el *bureau*.

—Buenas noches, Miralles. ¿Trabajando?

—Sí. Haciendo cuentas... Esto va mal, muy mal... La interrupción de giros sudamericanos nos precipitará en la ruina. ¡Estas revoluciones sudamericanas! ¡Ah...! se me olvidaba... A eso de las diez, estuvo a buscar a usted un caballero sudamericano también... Pero no se alarme. Tenía buen aspecto, buen levitón y un reluciente sombrero de copa. Se le dijo que había ido usted al teatro y respondió que volvería después de las doce. ¿Se le deja subir?

—¡Sí, hombre, que suba!

Al lado de mi cuarto había cuchipanda. Empujé la puerta y vi, al amor de la estufa, todos en camisón y pantuflas, excepto Ezequiel Soria que vivía en la Cité Magenta 3 y estaba de visita, al empresario de teatros Losada, a Dols, Paso, Costa, Zavalía, un Borquex chileno y seis chicas del *quartier* a quienes les hacía mucha gracia eso de chupar por la bombilla “té americano”, esto es, mate. No había tenido tiempo de despojarme del gabán, cuando llamaron con los nudillos en la puerta.

—¿Quién? —dijo el dueño del cuarto.

—¡Rubén Darío!

¡Sensación!

—¡Que no pase, hombre! ¡Mire en qué facha va a encontrarnos!

Avancé rápidamente hacia la puerta y me encontré en el pasadizo oscuro con el hombre enlevitado y de sombrero

de copa a quien se había referido minutos antes Miralles. No me dejó que lo saludase ni me saludó él tampoco, limitándose a decir rápidamente:

—Hoy por la mañana llegué de Italia; a la tarde visité a Emilio Mitre; me dio cinco mil francos; sé que usted no tiene dinero; vengo a traerle la mitad...

—¡Pero, Rubén!

—Mire, Enrique: cuando usted quiera saber si un hombre es amigo suyo, pídale plata. Si la tiene y no la da, es mentira su amistad...

Le manifesté que mi situación había cambiado y le hice entrar en el cuarto, a que lo saludasen los amigos.

Las timideces de Rubén, de todos conocidas, nos hicieron pasar momentos angustiosos. Aceptó un mate, que se le cayó, y cuyo contenido le quemó las manos al querer abarajar la calabaza; se manchó la flamante levita, se le escapó el bastón al fuego de la chimenea, se sentó sobre la chistera... Estos desbarajustes tardaron menos en suceder que yo en relatarlos...

Rubén no venía solo. Traía de acompañante a un joven andaluz que se había quedado en el pasillo y a quien nos lo presentó después de tranquilizarse.

—El señor Montespina, corresponsal en París de *El Defensor de Granada* y nuevo secretario mío.

La mayoría de los secretarios que tuvo Rubén sólo le sirvieron para acompañarlo en sus peregrinaciones por los cafés y robarle el dinero.

Rubén nos invitó a ir a pasar un rato a la taberna del Panteón. Sabido es que en el Barrio Latino se cierra todo después de medianoche. En la *pâtisserie* de la rue Saint-Michel, largamos el lastre de las chicas del barrio y entrando y saliendo de cuanto chamizo y *brasserie* nos permitían beber junto al mostrador entre los escobazos de los criados, fuimos a dar al café Cyrano, frente al Moulin Rouge, en pleno Montmartre, a las dos de la madrugada.

Según su costumbre, Rubén prohibió terminantemente que ninguno pagase la más mínima consumición. A un simple gesto de Rubén, el flamante secretario, que llevaba los cinco mil francos de Emilio Mitre, ya descabalados, arreglaba las cuentas.

En Cyrano, conocí aquella noche a uno de los hombres más caballeros y más serios que me haya echado a la cara. Me refiero al poeta mexicano Amado Nervo, que me llamó aparte para que, con habilidad, llevase a Rubén a su casa y procurase quitarle la cartera de dinero al secretario de marras.

—¡Este Rubén es un niño! Llévelo usted de aquí...

¡Cualquiera le proponía a Rubén que nos fuésemos a casa! Insinué, sin embargo, la necesidad de descansar... Pero Rubén empezó a hablarme de tú, fraternalmente, cosa que hacía en instantes de ternura alcohólica; me exployó una enorme serie de proyectos periodísticos que haría efectivos en *La Nación*...

—Escribiré *El hombre del oro*... Verás... verás qué novela... ¡Grande...! ¡Muy grande! ¡Emilio Mitre es todo un hombre...! Y hay corazón ¿eh? ¡Mucho corazón...! Quiero que esta misma noche escribamos una carta al viejo Velloso... ¡Garçon...! Papel... pluma... ¡Verás...! ¡Vamos a darle mucho gusto...!

\*\*\*

Empezaron a apagar las luces; salieron a relucir las escobas y los plumeros...

Otro gesto al secretario, que sacó un billete, y a la calle.

Montmartre estaba divino en aquel claror azulado de la madrugada... A pocos pasos de Cyrano, los cristales rojos de una taberna de cocheros parecían parpadear como las luces de un faro...

—¡Allí...! —dijo Rubén. Empujamos la puerta. Una etérea oleada acre de vinazo se nos metió hasta el tuétano...

Varios individuos rodeaban un asador de castañas.

—A donde fueres, haz lo que vieres —exclamó Rubén—. ¡Vino y castañas...!

De pronto, un obrero alto, de barbas rubias, recio, vendiendo salud y energía entró en derechura al mostrador; el patrón alargó la mano hacia un estante y cogió una media botella de un vino que parecía oro fundido. Mientras

golpeaba el patrón con el sacacorchos la cubierta de lacre, Rubén, levantándose poco a poco y apenas estallado el taponazo, dijo:

—¡Vox pópuli, vox Dei! ¡Que nos traigan de ese vino!

No hubo manera de convencer a Rubén de la necesidad imperiosa que teníamos de dormir...

—Iremos a un hotel cercano, todos. Sí, Enrique, no me abandones... Almorzaremos juntos, iremos al bosque de Vincennes y por la tarde, te presentaré una figulina de Tanagra que ayer conocí... ¡Deliciosa! ¡Divina...! Hoy es, precisamente, su cumpleaños. Le pregunté qué quería que le regalase... Tiene “pasión” por una sombrilla que ha visto en la Avenida de la Ópera... Tú, que entiendes más que yo de estas cosas, me acompañarás a comprarla... No me abandones...

Francamente, no me desagradaba quedarme a dormir a pocos pasos del sitio donde estábamos, ahorrándome el viaje, calamitoso, a pleno sol, de chistera y de frac, hasta el otro lado del agua...

El secretario andaluz, que no había hablado una palabra en toda la noche, y a quien parecían saltárseles de las órbitas sus negros ojos morunos, dijo: “Podríamos ir a dormir al ‘Rat qui n’est pas mort’”. Y allá fue la caravana.

Mientras nos preparaban las camas, Rubén Darío hizo, lápiz en mano, el “menú” del almuerzo. Lúculo redivivo no habría encargado cosas más exquisitas y raras, vinos más añejos... Lo que no hubiera en la casa, se mandaría buscar fuera...

Yo hice ensayo de moral administrativa, aconsejando a Rubén que se sofrenara en aquel gastar tan sin sentido ni objeto... El poeta me respondió:

—Con tal que nos queden ochenta francos para la sombrilla de Madame y doscientos francos para la comida de la noche, el resto sobra.

—¿Y mañana, Rubén?

—¡El porvenir proveerá!

Fue desnudándose muy despaciosamente, alternando el despojo de cada prenda con buchets de whisky y agua mineral.

El secretario granadino presenciaba, casi desde la puerta, aquella escena, en actitud sombría, con los ojos muy abiertos y brillantes.

—Puede acostarse cuando usted guste, Montespina. Despiérteme a las doce. (Mutis del secretario). Creo que he hecho una gran adquisición. Es un gran dactilógrafo. Me sigue al dictado casi con la celeridad de un taquígrafo. Además, como usted se habrá dado cuenta, es de una admirable discreción... Apenas habla; apenas compromete opinión. Parece mentira que haya nacido en Andalucía. Haremos buenas migas...

—Me caigo de sueño, Rubén. Voy a mi cuarto. ¿Le cierro los postigos?

—No... no... deja que brille el sol...

—Hasta después...

\*\*\*

A las doce del día, el dueño mismo del “Rat qui n'est pas mort” golpeaba en los cuartos llamándonos para almorzar.

Después de una somerísima toalet, entré en el cuarto de Rubén. Estaba sentado en la cama, con una copita de fernet en su diestra y un papel casi hecho pelota, en su izquierda.

Me recibió sonriente y después de sorber un trago de la más amarga de las pócimas aperitivas y de hacer varias veces ese sonido nasal tan peculiarísimo en él, exclamó, tras un breve esfuerzo de tartamudez:

—¡Somos barro...! ¡El hombre es barro...! Créamelo... ¡Barro...! ¡Barro...! (Nuevo sorbo. Pausa. Castañeteo. Calofrío producido por el amargor. Parpadeo). ¡Barro...! ¡Barro...!

—¿Pero qué pasa, Rubén...? Vamos, ¿qué es eso?

—Barro, Enrique mío... ¡Barro...! Lee y te enterarás...

Deshice aquella pelotilla de papel y leí en voz alta poco más o menos lo siguiente:

“Querido maestro: sé que lo que hago es una canallada. Perdón. Cuando usted reciba la presente, estaré muy lejos

de París. No sé si algún día volveré a ponerme frente a usted. Si tal sucediera, es que podría devolverle los tres mil ochocientos francos que le robo. Otra vez perdón...”

—¿Lo ves...? ¡Barro!

—¡Pues sí que había hecho usted una gran adquisición...!

—¡Barro...! ¡Y lo más horrible de todo esto es que no podré comprarle la sombrilla a Madame!

—¡No, Rubén... Lo más horrible es que usted ha encargado un almuerzo de quinientos francos y no hay con qué pagarlo!

—La sombrilla, el almuerzo... ¡Nos ha complicado el día el gitano ese! ¡Por vida del Albaicín...! que diría Valle Inclán...

Y soltó el trazo de la risa, una risa histérica, con amagos de asfixia y gran movimiento de hombros. Cuando se hubo calmado, le dije:

—Aquí, lo único práctico es que yo salga en busca del doctor Villa que, como usted sabe, tiene dinero para mí.

—Te acompaño.

—Piense usted que en esta casa nadie nos conoce y que alguien debe quedarse como garantía del pago hasta que yo vuelva.

—¡Yo no me quedo! En rehenes, ¡jamás! Llámalo al patrón. —Y saltó del lecho.

Cuando los demás compañeros se enteraron de la barrabasada del secretario, Rubén ya había parlamentado admirablemente con el patrón del “Rat qui n'est pas mort” y nos invitaba a marcharnos. Alguien propuso dar parte a la policía.

—¡Nunca en mis días! —exclamó Rubén—. La libertad de un hombre, por canalla que sea, vale más que la miserable cantidad de dinero que ahora nos aflige.

Y cogiéndose de mi brazo, me dijo en voz baja y profundamente triste:

—¡Lo único que siento es la sombrilla de Madame!

—Ya arreglaremos eso— le contesté.

—A las cinco te espero en Kalisaya. No faltes, Enrique...

—Hasta luego, Rubén. Y salí en busca del doctor Villa.

\*\*\*

Al anochecer, nos hallábamos en el pintoresco bar californiano, Rubén, Madame, la sombrilla de Madame y yo. Llovía a cántaros.



Horacio Quiroga  
*Diario de viaje a París*





## Horacio Quiroga (1878-1937)

Horacio Quiroga se inició en el periodismo literario adhiriendo al modernismo desde su *Revista del Salto. Semanario de literatura y ciencias sociales* (1897-1900). Allí defendió la nueva estética y el decadentismo francés, y escribió con admiración sobre Lugones. Su primer libro, que lo consagró como escritor de la nueva escuela en Uruguay, fue *Los arrecifes de coral* (1901). Entre el cierre de la revista y la publicación del primer libro, Quiroga vivió una experiencia que le dejó un recuerdo equívoco, sobre el que después prefirió no hablar: a mediados de 1900, con veintidós años, viajó a París. El viaje fue un fracaso. No llegaban los giros de dinero, y Quiroga, que había salido hacia París en pose de dandy, volvió al Río de la Plata como un verdadero bohemio. Después le diría a Julio Payró que sólo había ido a París “por la bicicleta”. Lo que parecía una desestimación del viaje a la vez sonaba verosímil, y el *Diario* ratifica que los entusiasmos de Quiroga conectaban con la Francia del ciclismo más que con la Francia literaria.

Quiroga nunca se desprendió de las tres libretas en las que fue anotando sus impresiones desde que salió de Salto, en marzo de 1900, hasta que desembarcó de regreso en Montevideo, en julio. Antes de morir las entregó a su amigo Ezequiel Martínez Estrada, que las donó al Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios de Uruguay. La primera publicación del *Diario de viaje a París* fue editada por Emir Rodríguez Monegal en 1949. La tercera libreta se perdió y no sabemos qué sucedió al final, entre el 10 de junio y el 12 de julio, cuando llegó a Montevideo. El *Diario* parece dirigirse a sus amigos de Salto, Alberto Brignone, Julio Jaureche, Asdrúbal Delgado. Sin embargo, ninguno de ellos tuvo siquiera conocimiento de la existencia de un diario de viaje.

El viaje de Quiroga a París coincide con sus años de iniciación como escritor, pero el *Diario* apenas contiene tópicos propios del ritual del viajero-artista. La necesidad de explorar la propia subjetividad y de forjarse una identidad contrasta con el permanente anonimato de sus experiencias. El joven Quiroga

aspiraba a una “gloria rara”, como él mismo dice, pero desde el inicio de la larga travesía en barco, con su obsesión por distinguirse de los pasajeros, el viajero oscila entre la pose y el solipsismo. Una vez en París, su percepción de *no ser nadie* en la gran metrópoli, intensificada por sus cada vez más apremiantes penurias económicas, parece terminar en el tedio de una falta de interés por todo. Apenas hay curiosidad por la ciudad y la sociedad que está descubriendo. A contrapelo de los lugares comunes del viaje romántico de sus contemporáneos (recordemos, por ejemplo, los paseos de los modernistas por Brujas o la visita a los monumentos góticos), en el *Diario* falta notoriamente la mirada del cronista.

Quiroga vivió su viaje, como quizá toda su vida, “medio loco”. Siempre se imaginó como un fronterizo al borde de la locura, una imagen de sí mismo ideal, según la imagen francesa del poeta decadente como exiliado de la sociedad e incluso de la realidad. Por otra parte, abusó del botiquín con opio y cocaína que había incluido en su equipaje. El *Diario* tiene algo de sueño: cuenta de una manera kafkiana un viaje en el que todo es un poco absurdo, irreal. Al joven Quiroga suele importarle lo irrelevante. En su amor por las máquinas (las bicicletas, las máquinas fotográficas, los relojes), le parece importante, por ejemplo, consignar todo el tiempo la hora exacta en que escribió cada nota del diario, y la hora exacta en que tomó un café o se acostó a dormir. Quiroga fracasó en su viaje iniciático a París simplemente porque no consiguió lidiar con los más elementales problemas de la vida práctica. Tenía 22 años, pero el lector del *Diario* entiende desde las primeras páginas que el viajero es inimputable, y que no debería haber viajado en solitario sino en compañía de un adulto.

La principal pasión de Quiroga era el ciclismo, pero también se entusiasmaba al anotar sus lecturas y registrar sus propios momentos de inspiración poética. El diario incluye notas de lectura sobre Carlos Reyles o Émile Zola, y descripciones que son principiantes ejercicios de estilo. Incluye también anotaciones cifradas, que buscan poner a resguardo de toda mirada indiscreta, incluso la de sus amigos, los secretos de un viajero para quien el viaje empezó por ser pura interioridad, íntimo y abstracto como un sueño, y terminó por ser material, penoso y exterior. Quiroga se desilusionó de su viaje tan pronto como lo empezó. Escribió el 3 de abril, cuatro días después de embarcarse: “Realizo el sueño de que hablaba a Alberto: una buena mañana o tarde de primavera, pasearme por el buque con el cigarro en la boca, pasearme a grandes pasos, sonriendo y si acaso mirando el mar azulado y sereno... Lo cumplo ahora, en este momento; pero no estoy *contento*”. Al día siguiente anota: “He pensado anoche sobre

la imbecilidad de este viaje”. Pero la desilusión, inmediata y brutalmente admitida, no parece sino haber mejorado su relación con la literatura. Esa es otra de las curiosidades del *Diario*, que invita a entender el completo fracaso del viaje iniciático a París como parte del proceso que llevó al joven Quiroga a confirmar su vocación de escritor. En las primeras páginas de la primera libreta, en el viaje de ida, Quiroga cumplía con la obligación convencional de probar su estilo en la descripción de los colores indefinibles del agua del mar. En la segunda libreta, apretado por la pobreza y eximido de posar, la escritura comienza a ser por fin fluida y realista. Allí termina el *Diario*, cuando Quiroga advierte contra lo previsto que “necesitaría 4 libretas en un mes”:

Pensé hace 20 días que esta libreta llegaría por la mitad. Bien veo que con esta sucesión de impresiones necesitaría 4 en un mes. Mañana la concluyo. Siento no tener dinero para comprar otra. Escribiré en un cuaderno de 10 cts.



*Diario de viaje a París [1900]*

**Montevideo, Revista Nacional del  
Instituto de Investigaciones  
y Archivos Literarios, 1949**

**Primera libreta**

**30 de marzo**

Mi madre hacía rato que lloraba en silencio; yo, ocupado en atar el baúl, sentía sobre mí su mirada, su mirada de madre. Sólo me dijo después de un rato de abrazarme llorando: ¡Dios te proteja, mi hijo! Y mis amigos en el muelle, la tarde nublada y lluviosa, todo quedaba, en mi casa, en el muelle, en el cielo.

Me parecía notar en la mirada de los amigos una despedida más que afectuosa, que iba más allá del buque, como si me vieran por la última vez. Hasta creí que la gente que llenaba el muelle me miraba fijamente, como a un predestinado...

**Abril 3. 3 p.m.**

Realizo el sueño de que hablaba a Alberto: una buena mañana o tarde de primavera, pasearme por el buque con el cigarro en la boca, pasearme a grandes pasos, sonriendo y si acaso mirando el mar azulado y sereno... Lo cumplo ahora, en este momento; pero no estoy *contento*; miro el mar, fumo con gusto; mas qué diferencia de lo que uno se

figura antes de partir, de conocer el hecho, cuando uno inconscientemente poetiza todo en la hermosura de lo que va a venir.

[...]

Oigo a menudo música, músicas conocidas, que me dejan completamente visionario. Germina en mi cabeza — hace días— la idea de hacer una novela. La dejo obrar, no animándome, por ahora, a provocar un parto que creo será prematuro. En París o en Buenos Aires, probaré...

Además, me han entrado unas aureolas de grandeza como tal vez nunca haya sentido. Me creo notable, muy notable, con un porvenir, sobre todo, de gloria rara. No gloria popular, conocida, ofrecida y desgajada, sino sutil, extraña, de lágrima de vidrio.

#### **Abril 4. 8 a.m.**

Acabo de levantarme. He pensado anoche sobre la imbecilidad de este viaje, extraño, perdido, raro, tal vez risible para los pasajeros.

Cada día que pasa es una semana que dejo atrás. ¡Veinte días todavía! No sé lo que haré. Estoy seguro de que a haber sabido o entrevisto lo que es viajar de la manera que lo hago yo, difícilmente me hubiera arriesgado. Y luego, una porción de estúpidos rebozando tranquilidad y con olor a virtud de almaceneros.

En mi mesa comen diez sujetos a cual más desastroso. Todos genoveses: gordos o flacos (casi todos gordos), hambrientos, con figura de aceiteros o verduleros.

#### **Abril 6. 10 a.m.**

Hoy hace una semana que salimos de Montevideo... ¡Una semana! No me da la sensación de ese tiempo, sino de dos o tres días, como mucho, pero interminables, que no pasaron por mi vida, sino se deslizaron, treparon fuertemente adheridos a mi cuerpo. Tal es la idea que tengo de ese lapso de tiempo, los siete días de estos últimos años —si no los más crueles— los más repugnantes e inútiles.

El buque se mueve que es un encanto; cuesta estar en la silla.

Viene a mi cabeza, a veces, por ráfagas, la ilusión de que podría estar en el Salto, en la esquina, viendo pasar gente que conozco, de noche templada y suave, viéndola, o acaso bailando... En esos momentos reniego formalmente de haber emprendido este viaje, el más estúpido de los que he hecho, estúpido, sí, estúpido; me volveré idiota y genovés.

### **Abril 7. 3.30 p.m.**

¡Viva el cielo! ¡Gloria a todos! Esto dice que estoy contento.

No sé qué he comido ayer que este es el único día de cierto bienestar que he pasado. Anoche mascullé mientras dormía cosas literarias. Apenas me levanté hoy, comencé a escribir; después de comer, a escribir. En este momento dejo el papel y tomo la libreta. Estoy contento porque he sacado algo que me ha satisfecho enormemente. Es una fantasía. ¿Me gustará lo mismo de aquí a cuatro meses? Es difícil. De cualquier manera, hoy gozo, porque veo que no he muerto, que aún —trabajándome— puede que llegue a no mala altura.

Hay días felices. ¿Qué he hecho para que hoy por tres veces me haya sentido con ganas de escribir, y no sólo eso, que no es nada; sino que *haya escrito*? Porque este es el flaco de los desequilibrados. 1º: no desear nada; cosa mortal. 2º: desear enormemente y, una vez que se quiere comenzar, sentirse impotente, incapaz de nada: esto es terrible.

Nos falta la acción. Colocamos un magnífico mango a la azada y, al primer golpe, se quiebra el hierro. O si no, en cuanto tomamos la herramienta, las fuerzas nos abandonan por completo. Si es infierno el aborto, infierno es no producir. En aquel todavía puede gritar el germen desesperado, en este el músculo se hunde en el vacío, como un brazo que agita desesperadamente una honda que no tiene piedra.

Ayer acabé de leer *Fecundidad*. Creo que es la obra más perfecta de Zola. Ha perdido mucho de sus descripciones interminables (no todas bellas), y ha ganado como expresión. ¡Qué expresiones! Aunque se esté acostumbrado al vigoroso empuje de su palabra, siempre se sorprende uno del arrebatado de su verba. Se muestra en esta obra más fuerte, infinitamente más fuerte que en las demás. Hay imágenes, frases, que son insuperables. Luego la fe, lo caliente de lo que defiende, el calor entusiasta que comunica al más frío, por su gran obra de regeneración. Es un coloso.

### **Abril 17. 8 a.m.**

Como me propiné una buena cantidad de cocaína y opio pude pasar una buena noche. Y vuelta a bailar anoche. Yo lo hacía con sobretodo hasta la boca y gorro hasta los ojos. Terminó a las 11 p.m.

Esta mañana se ve el Tenerife, al Oeste, a distancia de 15 o 20 leguas. Se distingue entre brumas su cono enorme, casqueado de nieve. La mitad inferior está oculta por montes y serranías lejanas. Veré de tomar a mediodía una instantánea.

### **Abril 22**

Por fin concluye este viaje. Es ya sabido que mañana llegamos a Génova, a las 5 p.m. o menos. Ya esto amenazaba ser fatal. Yo creo que toda la vida he estado embarcado, que no tuve nunca amigos, ni parientes, ni novia.

### **Abril 24. 2 ½ a.m.**

Estoy escribiendo y esperando el tren para París en Módena, estación de la frontera. Me pasó igual cosa que en Génova con la máquina fotográfica; ni siquiera la miraron. El equipaje lo revisarán en París. Hace un frío de todos los diablos. He tenido que dormir a trechos, incómodo, sentado, apretado, que es mal dormir. Fueran muy cómodos estos

carruajes de 2<sup>a</sup> si no hubieran más de cuatro personas en cada compartimento.

## **Segunda libreta**

### **París. Abril 25. 900**

Llegué anoche a las 7 y 20 p.m., en punto. Dejé mi equipaje en depósito (tampoco me revisaron nada), y tomé un carruaje, los cocheros de los de alquiler llevan librea. Fui a casa de Villain et fils, calle de l'Entrepôt, 13. No estaba, y pregunté por Escalante, para quien traía una tarjeta. Como no salían, fuimos con el portero a inquirir por cafés, hoteles y casas de hospedajes sospechosas dónde viviría: dimos con la casa; no estaba. Pedí un cuarto para dormir y marché a la calle, con cierta hambre, pues eran las 9 p.m. y no había comido nada. Compré un pan por 10 céntimos y entré a un café a tomar un ídem: 20 cts. ¡Qué cena magnífica! Volví a dormir a las 10 p.m., y ahora acabo —8 a.m.— de hablar con Escalante. Parece muy buen muchacho. Le expuse mis intenciones de vivir con \$50. Le pareció difícil la cosa, pero, buscando, se encuentra. Saldremos enseguida.

París es una buena cosa, algo así como una sucesión de Avenidas de Mayo populosísimas, llenas de luz, de gente corriendo, de gente hablando en la calle, de turcos, de bicicletas y de deslumbramiento.

La casa donde he dormido cuesta 5 francos diarios: se supone que es mucho para mí, aunque en general no es caro, dados la bondad de la pieza y el pedido de cuartos.

La exposición no está ni medio concluida, según me han dicho. Pagaré un franco de entrada.

He llegado a París con \$88.00, es decir con 440 francos.

### **Abril 26. A las 12 y 20, en un restaurant del Boulevard Saint-Michel**

Anoche cené con Escalante en un restaurante de Boulevard des Italiens, y me presentó a dos amigos uruguayos con los cuales cenamos. No me parecía estar en

París, en una charla corrida de castellano. Escalante me ha servido muchísimo; y sin él, me hubiera dado un trabajo enorme arreglarlo.

De tardecita y de noche vamos a los bulevares (des Montmartre, des Italiens, des Capucines, de la Madeleine, todos seguidos y en conjunto 12 o 15 cuabras). Fui ayer a ver bicicletas en la Avenue de la Grande Armée. Hay máquinas desde 20 francos hasta 450. He visto una Rudge de 11 ½ kilos, manubrio y transmisión a voluntad, por 195 frs. Es muy posible que la compre mañana o pasado.

### **29 abril. A las 1.25 p.m. En el Bois de Boulogne**

Hace un día espléndido, un día de América, sin viento, sin frío, casi calor, con un Sol radiante y limpio. ¡Qué grande es París entonces, sin brumas y oscuridades, abierto a los cuatro vientos del bienestar y la gloria!

Estoy esperando que sea la 1 ½ para ir al Velódromo de Parc de Princes.

### **2 y 20 p.m.**

Estoy hace media hora en el Velódromo. En este momento toca una marcha la banda de música. Estoy medio loco. ¡Qué recuerdo! Y luego los titanes que voy a ver me ponen excitadísimo. La pista tiene 666.66 y está tan bien trazada que parece tuviera la mitad. Hay entradas de 1ª, 2ª y 3ª. Estoy en 1ª. Habrá en este momento unas 6 u 8000 personas de todas clases. Les llama la atención mi camiseta con C.C.S. ¡En París!

### **Miércoles 16 de mayo**

Estábamos en el café Cyrano. Machado, Montealegre, Gómez Carrillo y otros más. Yo jugaba al ajedrez con un periodista español que no sé cómo se llama. Carrillo estaba empeñado en una jugada de ecarté. Parecía que había bebido algo; parecía, nada más.

De repente le pregunté:

—Diga, Carrillo, ¿Ud. habla guaraní?

—¿Cómo?

—Si habla Guaraní.

—No sé lo que es eso.

Me extrañó la cosa, pero nada dije.

—¿Y qué es eso? —insistió.

—¡Pues el idioma guaraní, de América!

Al rato le pregunté a Montealegre, que estaba algo distante y no había oído.

—Y Ud., Montealegre, ¿habla guaraní?

En esto saltó Carrillo:

—¡Pero, hombre, dale con el guaraní! Este hombre debe de estar... y se señalaba la cabeza. ¿Ud. habla inglés?, me preguntó.

No, le contesté.

—¿Y alemán?

—Tampoco.

—¿Y cómo quiere Ud. que Montealegre hable en guaraní? Ya que los americanos son bastante ridículos, todavía recuerdan sus cosas de allá.

Me chocó un tanto la impertinencia de la respuesta. Le contesté tranquilamente:

—Le pregunté a Montealegre si hablaba guaraní, porque Ud. *ni siquiera conocía la existencia de un idioma americano que se llama guaraní.*

Yo estaba algo dispuesto a llevar las cosas al fin. Él no hizo caso o no notó el casi insulto de lo anterior.

—No, no sé, ni quiero saberlo.

Me supongo, respondí.

Y eso fue todo.

## Mayo 21

Vengo del Consulado. No viene la carta de Ambrosioni, que debía estar aquí hace 20 días. Tengo 13 francos en el bolsillo; nada más. Mañana cambiaré 10 liras en papel que traje de Génova, y si, con todo, la carta no llega, irá la bicicleta a parar a otra mano que no la mía. Y el mes de hotel vence el 26.

### **Mayo 29. 4 p.m.**

He empeñado hoy la bicicleta en el Monte-Pío: 50 francos.

Hice el telegrama: 42,70 francos, a razón de 5,34 por palabra. El telegrama decía así: Pastora. Sierra 217, Montevideo. Giro telegráfico urgentísimo. Horacio.

Cualquiera cree que son tres palabras. No señor: 8, pues se cuenta todo. Es un modo muy lindo de embromar. Total: me quedo con cinco francos, que aumentaré a 17, pasando por 12 francos el recibo de mi máquina. Cuando reciba dinero la recuperaré. Con los 17 francos comeré hasta el lunes, suponiendo, lo que es mucho suponer, que en ese tiempo no llegue ni carta de Ambrosoni ni contestación de Mamá.

### **Lunes. Junio 4**

Aún tenía una débil esperanza de que hoy llegara la carta. Tampoco vino. Hasta el sábado, ahora. Por más de que en el interior, esté casi convencido de que no vendrá, voy siempre al Consulado, impulsado por la fe inconsciente que, aun los individuos más azotados por la fatalidad, tienen en su pobre estrella. Así me pasa a mí. La estadía en París ha sido una sucesión de desastres inesperados, una implacable restricción de todo lo que se va a coger.

[...]

Dejaré París. Es demasiado pensar y destrozarse el cerebro, sin la compensación de los sentidos.

### **8 ½ p.m.**

Me voy a acostar. ¿Qué hacer? Como todo el día camino, estoy cansado. Pero no con sueño. Recién es de noche. ¡Acostarme a las 8 ½, en París, en la Exposición! ¡Se necesita la poca suerte mía para que eso pase!

[...]

Empiezo a creer firmemente que moriré de hambre. ¿Cómo trabajar aquí? De todos modos, mañana de noche iré a ver a Gómez Carrillo. Puede ser que en lo de Garnier

me ocuparan, aunque fuera corrigiendo pruebas. Pero no lo espero, ni comprendo, ni sospecho cómo podré vivir. Es algo terrible.

## Martes 5

Fleurquin vino al hotel a la 1.10 p.m.

—¿Qué tal?

—Bien.

—¿No arregló nada?

—Nada.

—¿Qué va a hacer entonces?

—No sé. Morirme de hambre.

—Bueno —dijo, y agregó al poco rato—: entre unos cuantos amigos le daremos para que coma unos cuantos días. Ud. lo que debía hacer era irse enseguida.

—Pero ¿cómo?

—Yo iré a ver al Cónsul y le sacaré pasaje para Marsella. ¿Ud. tiene el retorno en vapor, no?

—Sí, ¡pero cómo pago el hotel!

—Le deja dicho a Ciganda que cuando llegue el dinero entregue aquí lo que debe y le entregue el resto.

No me agradaba la cosa.

—No —le contesté—. Es imposible. Esperaré a que llegue la carta, y entonces me iré. Por otro lado, le agradezco su ofrecimiento. Me cuesta algo; pero tengo que comer.

—Claro —dijo—. Todos los días le podríamos dar cada uno dos francos. Yo creo que alcanza para comer. Lo hacemos como con un compañero que está en desgracia... Le agradecí de nuevo. Me dio dos francos. Sentí que me ponía colorado, y con ganas de tirar a la calle la moneda. ¡La falta de costumbre...! Pero me contuve y me marché, apresuradamente, queriendo alejarme de una vez. No pensaba más que esto: ¡me han dado una limosna!, ¡y me la darán todos los días!, ¡y tendré que recibirla!

A Uds., mis amigos, que leerán todas estas líneas, les deseo que nunca pasen por lo que estoy pasando yo. Es algo como si todo el pasado de uno se humillara, y todo el porvenir tuviéramos que vivir del mismo modo.

Si el sábado recibo el dinero, me marchó acto continuo. Si es el sábado que viene, lo mismo. Bien sé que luego tendré un poco de remordimiento de no haber conocido bien París. Pero cuando recuerde que tuve que estirar la mano —todo lleno de vergüenza y rabia— para que me dieran de limosna 2 francos, creo que no echaré nada de menos.

### **5 ½ p.m. En el Luxemburgo**

Suelo venir todas las tardes a este jardín. Como queda a los fondos del hotel, y tal vez por una simpatía que me ha hecho tenerle Victor Hugo, paso las horas perdidas mirando el lago, las palmeras, la gente, pero aburriéndome enormemente. Hoy a las 2 p.m. estuve en el Louvre; creo que por última vez.

### **Jueves 7 3-5 p.m.**

Estoy en el Quai Malaquais, frente al Pont des Arts, al lado del Instituto de Francia, guareciéndome de la lluvia que ha comenzado a caer. Recorro los puestos de libros que bordean el Sena. ¡Cómo siento no tener siquiera un franco! ¡Compraría diez libros! De los dos francos que me da Fleurquin, ahorro siempre 50 céntimos para cigarros y un libro por día. Acabo de comprar *Tête et jambes*, con 2 pesos se puede comprar una biblioteca. Será lo único que sienta verdaderamente cuando vuelva.

### **Sábado 9**

Volviendo a mis asuntos, he pasado un buen día, el mejor de diez días a esta parte. Estoy leyendo de nuevo *Fecundidad*. ¡Qué obra, santo Dios! Es lo más grande de estas últimas décadas. Tiene Zola un poder tan tremendo de sugestión, que convierte a todos. Después le recordaré a Asdrúbal esto que le decía: gran orador es aquel que nos entusiasma atacando o defendiendo lo contrario de lo que sentimos.

**10 p.m.**

Sentado en un banco del Bulevar Saint-Germain, casi esquina calle Saints-Pères. La noche es espléndida. Noche de plaza Independencia. Creo que lo que siento es la reacción de los sufrimientos pasados. Hasta mascullo versos. Temo ir a mi cuarto, por ahorrar en velas. En cualquier momento me las pueden negar. Hace quince días una bujía me duraba dos noches; ahora me duran una semana. Son casi completamente huecas.

Por fin, tengo asegurada la comida. Queda la cuestión cuarto y dinero para esperar en Génova. Pero ha pasado lo peor. Ahora creo que el dueño del hotel esperará a que me vaya. Hoy lo encontré, me sonrió y me dio la mano:

—Comment ça va?

—Bien. Y pongo una cara desolada muy a propósito, como cuando encuentro a alguno de los muchachos. ¡Cómo la desgracia puede cambiar todo el carácter de un individuo! Heme un poco comediante, sólo para que me tengan lástima y no me dejen de dar de comer.

Camino mucho, mucho. Desde las 2 hasta las 8 ½ p.m. Así es que a la noche me encuentro cansadísimo. Es lo que busco. Pensé —hace 20 días— que esta libreta llegaría por la mitad. Bien veo que con esta sucesión de impresiones necesitaría 4 en un mes. Mañana la concluyo. Siento no tener dinero para comprar otra. Escribiré en un cuaderno de 10 cts.



Atilio Chiáppori

*Recuerdos de la vida literaria y artística*





## Atilio Chiáppori (1880-1947)

Roberto F. Giusti se refirió a él como integrante de una promoción de escritores que, aunque solo algunos años mayor que la suya —la que formó el núcleo inicial de la revista *Nosotros*—, se distinguió por su ligazón con la cultura y el pensamiento de las últimas décadas del siglo XIX. José Ingenieros, Emilio Becher, Mario Bravo, Florencio Sánchez, Alfredo Bianchi, Emilio Ortiz Grognet, Ricardo Olivera, el colombiano Eduardo Talero, Ricardo Rojas, Juan Pablo Echagüe, Manuel Gálvez, Alberto Gerchunoff, Roberto Payró y Julio Piquet fueron los escritores y periodistas más destacados a los que Giusti vio “mezclados y confundidos en comunidad de vida e ideales”.

Cursó sus estudios secundarios en el Colegio del Salvador, donde trabó amistad con el rosarino Ortiz Grognet, figura que junto con la de Becher ocupa un sitio privilegiado en las memorias de Chiáppori y de Gálvez. Ingresó en la Facultad de Medicina, cursó hasta quinto año y abandonó los estudios —como también lo hicieron Ortiz Grognet y Becher en Derecho. La amistad juvenil con Rojas y Gerchunoff tuvo como escenario la redacción del diario *El País*. Las revistas y las redacciones de *El Tiempo* y *La Nación* fueron, al decir de Chiáppori, los “hogares periodísticos que nos ampararon”. A ellas podrían agregarse las de *Palabra Libre*, *El Herald* y *Diario Nuevo*, el periódico que congregó, entre otros, a Monteavaro, Gerchunoff, Chiáppori, Bravo y Becher. La oficina de la revista *Ideas* y el cuarto de Ortiz Grognet en el Hôtel du Helder fueron otros de los nuevos espacios de sociabilidad literaria que Chiáppori recordó en sus memorias.

Entre mayo y agosto de 1904 reemplazó a Gálvez en “Letras argentinas”, una de las secciones más importantes de *Ideas*. Elogió a Manuel Ugarte (*Visiones de España*) y a Alberto Ghirardo (*Música prohibida*). Pero cuando reseñó el tercer tomo de las Memorias de Mansilla pidió una renovación literaria basada en el público, “mayoría” a la que “no puede llamarle la atención, por ejemplo, que su tía Hermenegilda permaneciese soltera o que

tuviese la cara deformada”. Y enfatizaba: “El general Mansilla parece que ha olvidado que escribe para una ciudad transformada, cosmopolita y de casi un millón de habitantes”.

El nuevo público lector se interesaría en “pinturas de cuadros sociales, escenas de época, barrios de la ciudad antigua, los únicos susceptibles de participar de la verdadera tradición nacional”. Ese público lector fue, en verdad, más propio de Gálvez que de Chiáppori, cuya producción literaria fue tributaria de la sensibilidad y las temáticas modernistas. *Borderland* —algunos de cuyos relatos habían aparecido en *La Nación* y en *Nosotros* durante ese mismo año— fue publicado por los hermanos Moen en 1907. El libro cosechó los elogios de Giusti y de Emilio Becher, quien prologó la reedición de 1921. *La eterna angustia* (1908) fue su primera y más conocida novela. *La degollación de los inocentes* (1918), que le sucedió, fue publicada en *La novela semanal*, donde también apareció “El sudario de oro”, cuento incorporado a *El árbol de las rosas rojas* (1925), su último libro de relatos.

El comienzo de la escritura literaria de Chiáppori coincidió en parte con la aparición de *Nosotros*, en la que fue responsable, por breve tiempo, de la sección “Letras francesas”. Desde 1906 había ejercido la crítica de arte en el periódico *La Argentina*, bajo el seudónimo de Augusto Hornos. En 1908 entró en *La Nación* en reemplazo de Eduardo Schiaffino, y desde 1928 cumplió esa función en *La Prensa*. Como crítico de arte fundó su propia revista, *Pallas* (1912-1913), considerada la primera en su género en el país, y publicó varios libros cuyas ediciones se agotaron rápidamente: *La belleza invisible* (1919), *Luz en el templo* (1942), *La inmortalidad de una patria* (1942), *Maestros y temperamentos* (1943).

Como ocurre con otras memorias, algunos escritos que conforman el volumen de sus *Recuerdos de la vida literaria y artística* fueron dados a conocer antes en la prensa. Para el caso de Chiáppori esos medios fueron *La Capital* de Rosario —donde se publicó el primer capítulo, “El cuarto de Emilio”, como homenaje a Ortiz Grognet— y *Caras y Caretas*, que en 1934 dio a conocer “El banquete” y “La primera conferencia”. Estos textos, junto a “Un tipo originale...”, narran la experiencia de su viaje a Europa en 1910. A mediados de febrero de ese año se embarcó en el *Cap Blanco* con el objetivo —“imperativo de conciencia”— de obtener “conocimiento directo” del arte clásico y de las nuevas tendencias.

Algunos de los doce capítulos de sus *Recuerdos* acentúan la dimensión colectiva y juvenil de la vida literaria dando cuenta de sus prácticas y sus condiciones materiales; otros, en cambio, atienden a acontecimientos ligados a las funciones institucionales

de Chiáppori como secretario y luego como director del Museo Nacional de Bellas Artes. El libro lleva, inmediatamente antes la portada, una fotografía del joven Chiáppori en 1908. La portada, debajo del nombre del autor, menciona su condición de miembro de número de la Academia Nacional de Bellas Artes y de la Academia Argentina de Letras. La contigüidad entre ambas páginas muestra el punto de llegada exitoso de quien, a principios del siglo XX, aparecía como una promesa.



## *Recuerdos de la vida literaria y artística*

**Buenos Aires, Emecé, 1944**

### **El cuarto de Emilio**

Los jóvenes escritores y artistas argentinos que todavía encuentran espiritualmente inhospitalaria la gran urbe que es hoy Buenos Aires; los que hablan de medio reacio, incomprensivo o mezquino —no obstante las entidades de cultura, los certámenes periódicos, los concursos oficiales (“con honra y provecho”) y las comunicativas agrupaciones de camaradas en querenciosos recintos propios—; los que se lamentan por el auge de los transitorios ajetreos materialistas en desmedro y detrimento de los primordiales valores que constituyen “la inmortalidad de la Patria”; todos ellos ignoran, a no dudarlo, lo que era nuestro ambiente intelectual allá por 1905.

De los que en él actuáramos, tan solo cuatro o cinco —Manuel Gálvez, Roberto F. Giusti, Ricardo Rojas, Alberto Gerchunoff y quien estas líneas escribe— venimos divulgando, de un tiempo a esta parte y en forma diversa, encariñados recuerdos de aquellos años hostiles. De tanto en tanto, también, algún imaginario actor de imprecisos episodios, al desfigurar de buena fe las características de ese lapso con relatos de segunda mano, suele difundir versiones más o menos caprichosas que es prudente corregir, ahora, confrontándolas con la realidad de que somos legítimos depositarios por el perfecto derecho de haberla padecido. Y ha de ser ahora mismo. Mañana, acaso, resultará demasiado

tarde —ya lo es algo— para el testimonio presencial. Cada día vamos quedando menos, veteranos o vanguardistas, de aquella época... Mañana quizá cumpliérase exactamente la metafórica anotación de Bianchi: “A unos, casi la mitad, se los llevó la muerte y a los demás... la vida”. A Emilio Ortiz Grognet, cuya acongojada memoria acendra, hoy, el bronce votivo, disputáronselo *las Dos*... Y como el gaje era una existencia selecta ¿quién iba a triunfar en el empeño, sino la que todo lo puede, la que cuando elige para siempre no se equivoca nunca?

\*\*\*

Nos conocimos con Emilio, al iniciar el bachillerato, en el internado del “Salvador”. Era un muchacho menudo, morocho, de ojos visionarios en un semblante movedido de repentina expresión irónica aun en los momentos más sinceros. Con frecuencia, en medio de una charla emocionada, corriásele una fugaz e imperceptible sonrisa descreída que pronto desmentían el leal mirar y la palabra cálida. (Más tarde, la vida, que le vino de golpe, estilizóle un tanto, en plena juventud, esa facies desconcertante). De mediana estatura, inquieto, nervioso, iba de uno a otro corrillo con la frase inesperada, ya fuese cordial o burlona. Tenía el don caricaturesco para sorprender y poner de relieve, en dos palabras siempre atemperadas por su fino gracejo, el rasgo ridículo de la vehemencia o petulancia pueriles. Pero tal actitud no implicaba ni ligereza de ánimo ni falta de afectividad. Cuando las circunstancias lo requerían cuadrábase, todo de una pieza, en la más firme decisión; y pocos compañeros he conocido, a esa edad en que se inician las amistades invariables, de más consecuente adhesión. De inteligencia vivísima, no era, ni fue después, un buen estudiante.

Y esto, no por holgazanería o desamor a los libros sino por irreductible indisciplina mental. Desde el comienzo del curso “decretábase” él mismo, sin admitir ninguna apelación y arriesgando todas las medidas coercitivas, cuáles eran “sus materias”. Y, así, veíasele, durante las

horas de estudio, abrir muy seriamente sobre su pupitre el volumen de mayor formato de las químicas, las físicas o las filosofías, para ocultar a la inquisidora vigilancia del preceptor la antología poética, el libreto dramático o el pequeño álbum de estampas artísticas. Sumiase, entonces, en tan profundas lecturas o contemplaciones que, más de una vez, su truco de los libretos de texto de nada le sirviera, pues en ese estado de perfecta ausencia no advertía la inminente llegada del cancerbero, pese a las “tosecitas” de alerta de sus vecinos. Un buen día no volvió al Colegio. Perdimos el contacto diario pero solíamos encontrarnos, los domingos, en los teatros de la comedia o de la zarzuela españolas. En aquel tiempo no existía el teatro nacional.

\*\*\*

Pasaron los años; y, más que los años, separáronnos, primero, la diversidad de las carreras elegidas —él fue a Derecho y yo a Medicina— y, luego, las vicisitudes de nuestra común inadaptación al medio. Los dos, sin comunicárnoslo, abandonamos las sendas universitarias. Fue cuando nos perdimos de vista.

De pronto, allá por 1904, Ricardo Rojas, con quien iniciara, en un circunstancial diario de combate, la amistad que desde tantos años se mantiene incólume, a pesar de cualquier disparidad de otro orden, tuvo la fineza de presentarme en los círculos literarios que él ya frecuentaba gracias a las vinculaciones con *El País*. Y una tarde, a eso de las seis, mientras se formaba, en Florida, el estirado corso de ceremoniosos saludos, al compás de los nerviosos cascós de los últimos troncos Orloff, nos llegamos, discretamente, hasta lo de Moen. Allí no se encontraba todavía nadie.

—Bueno..., ¡no importa! Nos vamos, a dos pasos de aquí, al cuarto de Emilio.

—¿De qué Emilio?

—Un gran espíritu, con el que usted va a congeniar en seguida, porque tiene sus mismas aficiones de artes plásticas: Emilio Ortiz Grognet.

—Pero, Rojas... ¡si nos conocemos de chicos! ¡Si hemos compartido hasta la merienda estudiantil...!

—Ya ve usted cómo tengo buen ojo...

Emilio ocupaba una habitación —que ya he evocado en alguno de mis recuerdos de la vida literaria— “en aquel acogedor y estratégico *Hôtel du Helder* que abría una burguesa portada en Florida; y, con la misma dignidad, soslayaba una discreta salida por Cuyo (hoy Sarmiento) para la simpática clientela permanente de estudiantes e *intelectuales* más o menos provincianos y bohemios”.

Aquella tarde fue de gran suerte para mi porvenir no solamente literario, sino también afectivo. En ese punto de desorientación que marcan el abandono definitivo y la iniciación en las nuevas rutas ¡quién sabe lo que más vale: si la orientación nueva o los nuevos afectos! Allí conocí al otro Emilio, a Becher, a quien no se nombra sin un asombro de la inteligencia y un sobresalto del corazón; allí conocí a Alberto Gerchunoff, al “Negro López” (Alfredo López Prieto, el profundo y armonioso prosista fragmentario); a Mario Bravo, a Benjamín García Torres —de tan dilecta preferencia de Emilio Ortiz—; a don Esteban Lasárraga; a Manuel Gálvez; a Felipe Barrantes Abascal; a Eugenio Díaz Romero, y al que todos ya conocíamos, a Charles de Soussens.

El cuarto de Emilio concretaba, entonces, todo eso que tienen, ahora, en grandes instituciones, en grandes salones, en sedes pomposas o bohemias —pero seguras— los jóvenes escritores y artistas argentinos que todavía encuentran espiritualmente inhospitalaria la gran urbe que es hoy Buenos Aires. Y todo esto —sin olvidar a las revistas nacientes de entonces y a los hogares periodísticos que nos ampararon, *El Tiempo* y *La Nación*— se debe al entusiasmo, al desinterés de Emilio Ortiz Grognet.

Ya Alfredo A. Bianchi, a raíz de su muerte, puntualizaba la obra literaria de Emilio en una sentida nota aparecida en el número de mayo de 1932 de *Nosotros*. Seguramente, los que descubran hoy la placa conmemorativa allegarán nuevas informaciones eruditas. En la imposibilidad de hacerlo personalmente, quiero

que estas líneas espontáneas aparezcan, si es posible, en el mismo día de rememoración en las columnas del diario monitor —por origen y por persistencia— de su ciudad natal. Quiero dejar anotado en *La Capital* que el rosarino Emilio Ortiz Grognet, gran inteligencia, gran corazón, gran amigo, fue el gran animador de la vida literaria y artística del país.

\*\*\*

De ese pequeño cuarto de estudiante provinciano recojo estas primeras anécdotas de mi vida literaria, iniciada, meses antes, en aquel cuartucho —“¡pero en la calle Florida!”— tan pintoresca como entrañablemente evocado por Manuel Gálvez en un recuerdo de esta índole, “Mi generación”, publicado paralelamente con algunos de los míos hace unos diez años. Me refiero al *local* de la revista *Ideas*, fundada por él y Ricardo Olivera en mayo de 1903. “La revista fue instalada —relata Gálvez— en un cuartucho que no tendría más de dos metros y medio por tres... En las paredes colocamos diversos cartones. En uno leíase ‘Dirección’. En otro, ‘Redacción’. En el tercero, ‘Administración’”.

El cuarto de Emilio no era más grande. Tampoco tenía más sillas que la sede de *Ideas*, y, en lugar de la “mesa escritorio que ocupaba casi todo el local”, la no muy mullida cama de Emilio proporcionaba “numerosos asientos a los discutidores tertulianos de todas las tardes”... Así me incorporé a esa específica bohemia literaria porteña que, para mí, terminó, en 1910, con el viaje a Europa. Bohemia que el mismo Gálvez ha pretendido negar, con cierta apariencia de verdad, en otro de sus *Recuerdos*, aparecido en las mismas páginas señaladas más arriba con el título “La Bohemia”. Mi viejo camarada, e invariable buen amigo, ha encarado estos episodios de nuestra iniciación literaria o artística con el cartabón de los personajes de *La vie de Bohème* de Henri Murger. Eso le permite afirmar a Gálvez que nosotros no tuvimos “bohemia”. “Casi todos teníamos algún empleo...”; “cada cual vivía en su casa y

con su familia...”. Es perfectamente exacto. Pero ello no era óbice para que viviésemos “a la bohemia”; primero, porque la sociedad burguesa o patricia no nos acogía, y segundo, por cierta postura de protesta contra el ambiente de incompreensión y de hostilidad. Así, nos refugiábamos hasta la media noche en *La Nación*, y, más adelante, en algunos pequeños bares o pequeños restaurantes —nunca en la patraña de Los Inmortales— abiertos “toda la noche”, y que, por su modestia, alejaran a la plaga —*la garuga*—, como decía Payró— de los merodeadores de imprenta: genios incomprendidos o simples parásitos del oficio. De ahí nuestro noctambulismo con todas sus peligrosas consecuencias...

Antonio Monteavaro, Florencio Sánchez, Carlos de Soussens y algún otro, esos sí que fueron auténticos bohemios, aunque no encajasen en el arquetipo de Murger... Pero a estos faltábales el calor de un rincón afectivo, aunque más no fuese un cuartito de dos y medio por tres, como el de Emilio...

### La portada

Estábamos en 1908. Salvo dos o tres viejas casas dedicadas a imprimir textos universitarios o escolares —y, por excepción, la obra de tal firma de fuste—, no existían editores en Buenos Aires. El autor novel corría con todos los gastos; y, para conseguir el consabido “pie de imprenta”, debía comprometerse a lo siguiente: cesión del 40% de las aleatorias ventas al librero que consintiese en prestarlo, junto con un rincón de la vidriera agobiada de novelas francesas y revistas de modas. Tirábanse, entonces, de 700 a 1.000 ejemplares, según se tratase de versos o de prosa. De ellos debíase deducir: 50 para la prensa, 50 destinados a la parentela y a los amigos íntimos a fin de que le perdonaran a uno tal desliz, y reservar otros tantos para los “conocidos” que, en el paseo, en el teatro o en el café, lo increpaban:

—¡Estoy muy enojado con usted!

—¡No diga...! ¡y por qué...?

—Porque he visto que ha aparecido un “librito” suyo y todavía no me lo ha mandado...

(Arturo Capdevila, en ocasión del homenaje a Rojas, ya nos refería el mismo trance con su fina ironía y su bello decir).

—Pero, ¡hombre! —contestaba uno como si lo sorprendieran en mala acción—, no es culpa mía... Le dediqué uno de los primeros... ¡Ah! ¡ese Correo...! Pero, descuide, le enviaré otro esta tarde, a mano...

¡Que nos perdone el Correo! Pero era preferible mentir —*white lie*, al fin— que cargar, sobre el sambenito de escritor, con el fardo de la incivilidad.

Total: de los mil ejemplares salían a la venta ochocientos con la anticipada quita del 40% de marras. Si el “librito” tenía suerte —buena prensa y tranquilidad política— el negocio era redondo... para el librero... Y ¿el autor...? ¡Qué rico tipo! ¡Que se las arreglase con el imprentero! ¿Quién lo metía a escribir?

Con este el convenio era también canónico: la mitad del precio convenido, en efectivo, al corregir pruebas “de galera”; y la otra, en un pagaré a noventa días, a partir de la entrega de la edición. Como se ve, el trato era liberal. En tres meses —primera liquidación del librero— supuesto el mejor de los casos (la buena suerte), se quedaba uno con los bolsillos al revés... ¿Y si la venta era lerda...? ¡Ah, mi amigo!, ¿para qué se ha metido...?

### La primera conferencia

El 13 de febrero de 1910 embarcábame, en el *Cap Blanco*, destino a Europa. ¡Aquel viaje tantas veces decidido y tantas veces postergado, no obstante la más cómoda independencia económica y personal, por esta aventura romancesca o aquella solidaridad de cenáculo! Entonces era ineludible. Dos años antes, *La Nación* honrámame designándome su crítico de arte; y un deber de probidad — un imperativo de conciencia— imponíame el *conocimiento directo*, no solo de los arquetipos clásicos, largamente estudiados en textos y calcografías, sino también de las

evoluciones artísticas de ese lapso. Malharro —paladín del *plein air* y del consecutivo “impresionismo”— acababa de librar su gesticulante batalla modernista contra el consabido “cuadro de género” italiano y la pintura española “de pandereta” que los Sommaruga y los Pinedo seguían sirviendo al ingenuo público porteño, todavía en el limbo de las linduras y de las “habilidades académicas”. Pero el triunfo no había sido decisivo. Así, pudo comprobarse, ese mismo año, en la cazurra resistencia opuesta por la mayoría del jurado de bellas artes de la Exposición del Centenario, para admitir el envío de Anglada Camarasa. ¡Y pensar que cuatro años antes, en 1906, después de imponerse en toda Europa la renovación monitora de Manet, Monet, Degas y Renoir, Henri Matisse arremetía, con sus primeros fauves contra los primeros delicuescentes post-impresionistas!

El *Cap Blanco*, con su mediano tonelaje y su moderado lujo, era de gran estabilidad y de un ambiente simpatiquísimo. Dentro de la serie, imponente y suntuosa, rematada con el fugaz *Cap Trafalgar*, era, sin duda, el más humilde. ¡Pero aquella disposición lógica y sencilla de salones y dependencias; aquella cordialidad de pasaje; aquella lenta pero segura marcha, sin trepidaciones ni zozobras! Confieso que cuando lo hundieron en 1914, frente a Maldonado, tuve la sensación de que algo mío también se perdía en el impassible seno del Atlántico.

\*\*\*

Viajaba con un programa de ceñido trabajo: correspondencias literarias para mi diario; informaciones pedagógicas para el Ministerio de Instrucción Pública —en el que era jefe de Escuelas Normales—; y, *horresco referens!*, cinco conferencias sobre carnes congeladas (sic) —una en Lisboa, dos en Génova, una en París y otra en Amberes—, con que el entonces ministro de Agricultura, doctor Ezcurra, tuvo la fineza de aliviar mi presupuesto. De cómo pude realizar, en el transcurso de un año y pico, tan contradictorias funciones, todavía ahora no me lo explico. Lo cierto —dentro de la truculencia del trance— es

que pronuncié conferencias, publiqué artículos en italiano y en francés, tuve momentos de resonancia internacional (Agencia Havas), volví casado y todavía estoy vivo... Verdad que, desde muchacho, ya estaba acostumbrado a esos entreveros del destino. Ex estudiante (y de los aventajados, *s'il vous plaît*) de medicina; ex boticario (farmacia Centro América, hoy esquina Juncal y Pueyrredón); redactor de primera *Libre Palabra* (1904) con los dos Rojas, Julio y Ricardo; Emilio Becher, Diego Fernández Espiro, “el chico Lezica”, prematuramente arrebatado por una tifoidea; “el pelado Guiñazú”, el secretario Nouvillas, estricto y paternal, y Alberto Justo, administrador comprensivo que soportaba con su segundo, Vicente Martínez Cuitiño, las no siempre joviales viarazas del director, don Arturo Belgrano —el Mariscal Galliffet, como le llamaban en el Jockey—; cuentista en *La Nación*, con las nonadas que después juntara en *Borderland*. Estaba, pues, acostumbrado, y sobre todo, ¡tenía treinta años...! Así, antes de llegar a Lisboa había terminado mi primer artículo para *La Nación*: “La belleza invisible”, y diez días más tarde pronunciaba en la enorme y engalanada sala de la Real Sociedad de Geografía de Portugal mi primera conferencia agropecuaria...



Manuel Gálvez

*Amigos y maestros de mi juventud*





## Manuel Gálvez (1882-1962)

Las historias de la literatura definen a Manuel Gálvez fundamentalmente como novelista y destacan la significación decisiva de su obra para la continuidad de un género que en la Argentina de comienzos del siglo XX parecía no poder consolidarse. Gálvez advirtió tempranamente, y así lo escribió en aquel tiempo en las colaboraciones de su revista *Ideas*, sobre la necesidad de abonar ese género. Lo hizo organizando un pasado prestigioso para la novela a partir de la lectura de Martín García Mérou. Incluyó en esa brevísima tradición local a Paul Groussac, Lucio López, Eugenio Cambaceres, Francisco Sicardi, Manuel Podestá. Pero además colocó en el centro de sus preocupaciones al público y al mercado, a los que, consideraba, había que conquistar para la novela a partir de una poética de signo realista que incorporara las temáticas de la modernidad local.

Como memorialista de su generación, Gálvez es quien ha realizado el proyecto más puntilloso y de más largo aliento en el que, como él mismo señalara, pretendió abarcar sesenta años de la vida literaria argentina. Así lo atestiguan los cuatro volúmenes que componen sus *Recuerdos de la vida literaria* en la primera edición de Hachette (1961-1965). A diferencia de los otros, el primer tomo fue publicado inicialmente por Kraft en 1944. Su título completo era *Recuerdos de la vida literaria (1900-1910). Amigos y maestros de mi juventud*. En el "Prólogo" a la edición de Hachette Gálvez afirmaba que ningún índice o plan preexistente había organizado ese primer tomo. Varios de los capítulos de *Amigos y maestros* habían aparecido en el semanario *Caras y Caretas* una década atrás. Allí se publicaron, entre julio de 1933 y agosto de 1934, "Un estreno accidentado", "Los muchachos de aquel tiempo", "Almafuerte", "Francisco Sicardi", "La bohemia", "Lecturas", "Encuentros con Roberto Payró". Los diez años recordados en *Amigos y maestros* eran relevantes, argumentaba Gálvez, porque en ellos coincidían sus propios inicios como escritor y el comienzo de la vida literaria argentina.

A diferencia también de los otros volúmenes, *Amigos y maestros* volvía al pasado para componer, a través de retratos y vínculos juveniles, la crónica de una experiencia colectiva de comienzo que era condición de posibilidad de su experiencia personal. “Mi generación (1903-1905)”, “La revista ‘Ideas’ (1903-1905)”, “Los muchachos de aquel tiempo (1904)”, “Los dos Emilios”, “La bohemia”, “Lecturas y conferencias” son los capítulos que realzan tal dimensión colectiva. Los recuerdos muestran cómo Gálvez se “estrena” apostando sucesivamente a distintos géneros: el teatro, la revista literaria, la poesía, el ensayo, la novela, obteniendo resultados dispares. Exhiben, además, las trayectorias de compañeros generacionales que, en diversos casos, inversamente a la curva que el autor traza para su propio derrotero, terminaron en el fracaso. Y esto quizá se explique no solo por la vocación arqueológica que preside estas memorias, abundantes en detalles y nombres que no sobrevivieron y que según Gálvez merecían ser rescatados, sino como amplificación de sus propias conquistas en el marco de todas aquellas “ilusiones que no se convirtieron en realidad”.

En la edición de Hachette, *Amigos y maestros* incluye nuevos datos y un nuevo capítulo: “El estreno literario de Delfina”. Para esta edición, además, Gálvez circunscribió temporalmente cada uno de los capítulos, insertó un pequeño índice del contenido de cada uno de ellos, corrigió ripios y cambió algunas de sus opiniones. La más reciente edición de Taurus en dos tomos reproduce la de Hachette.

## *Amigos y maestros de mi juventud*

**Buenos Aires, Hachette, 1961**

### III

#### **Mi generación (1903-1905)**

Antes de nosotros, los que vinimos al mundo terrestre en el quinquenio 1879-1884 —fechas, naturalmente, sólo aproximadas, salvo en lo que a mí se refiere, pues me consta que ese accidente me ocurrió el 18 de julio de 1882— y al mundo de las letras entre 1900 y 1904, no existió en la Argentina una verdadera generación de escritores. La famosa generación “decapitada” —llamada así porque varios de sus componentes murieron jóvenes— y de la que formaban parte Miguel Cané, Lucio López y Carlos Pellegrini, no fue, en realidad, una generación de escritores sino de políticos, de abogados, de oradores, que escribían algo allá a las cansadas, aunque no faltara entre ellos algún temperamento de escritor auténtico como el autor de *Juvenilia* y el de *La gran aldea*.

Mucho más importante que esta generación fue la que suele ser llamada de *El Mercurio de América*, revista que, bajo la dirección de Eugenio Díaz Romero, apareció en 1898 y murió en 1900. La gran revista contó con el alto patrocinio de Rubén Darío, quien en 1898 todavía estaba en Buenos Aires. Otro hispanoamericano eminente, Ricardo Jaimes Freyre, formó parte del grupo, que estaba constituido por

una veintena de escritores. Algunos de ellos abandonaron las letras, como Carlos Alfredo Becú, que en 1916, durante la presidencia de don Hipólito Yrigoyen, ocuparía el ministerio de Relaciones Exteriores, y como Luis Berisso, que era el crítico de la generación, y que preferiría el más productivo oficio de los negocios. Dos de ellos murieron jóvenes: Martín Goycochea Menéndez, nómada fantástico y bullicioso y que valía mucho aunque hizo poco, y Carlos Ortiz, inexpresivo y hartamente serio cantor de los trigales y de las cosechas, que valía menos y produjo más. No se puede incluir en esa generación, que sería la de los nacidos entre el 70 y el 78, a Roberto Payró, que había venido al mundo el 67 y que era autor de varios libros al aparecer la revista. Por la misma razón de edad tampoco es lícito colocar en esa generación a Leopoldo Díaz, aunque el poeta de *Las sombras de Hellas* estuviese muy cerca, por alguno de sus poemas, de los otros poetas del grupo, todos más o menos simbolistas o, como se les llamaba con poca simpatía, “decadentes”. Menos aun podríamos incorporar a la generación de *El Mercurio* a Enrique Larreta, aunque nacido en 1873, y a Carlos Octavio Bunge. Larreta no colaboró nunca en esa revista, ni tuvo contacto con el grupo que la sostenía, y su estreno literario fue en *La Biblioteca*, que dirigía Paul Groussac. En igual caso se encuentra Bunge, que nació el 75, pero que tampoco estuvo vinculado al *Mercurio* y que no dio a luz su primer libro, su primer libro “confesado”, pues publicó antes dos, en 1895, con el pseudónimo de *Hernán Prinz*, la novela *Mi amigo Luis* y las poesías *Ensayos efímeros* —que borró de la lista de sus obras— hasta 1902, cuando la revista no existía. De todos modos, aun descontando estos nombres después ilustres, la generación del *Mercurio* produjo otros no menos importantes: Leopoldo Lugones, Ángel de Estrada y José Ingenieros.

Pero esta falange mercurial que tenía por capitán a Eugenio Díaz Romero, hombre de vistosa y enhiesta fachada, de corbatas y chalecos estrepitosos y de parecido a Rodenbach —por el rostro, no por el talento— no tuvo homogeneidad ni duración. Los unió momentáneamente Rubén Darío. Y aun mientras la revista seguía publicándose,

ya estaban sus colaboradores dispersos. Nuestra generación formó un grupo más numeroso y más compacto. Y dos lustros después de desaparecida *Ideas*, la revista que nos reunió y fue nuestro vocero, continuábamos unidos por la amistad, por la semejanza de nuestros ideales y por el mismo sentido de la vida.

Con mi generación aparece en la Argentina el tipo de escritor profesional. No quiero decir del escritor que vive sólo de las letras, porque este fenómeno es desconocido aquí, salvo entre los autores de teatro, sino del hombre que se dedica principalmente al trabajo literario, que publica libros con regularidad y que, aunque no intente vivir con sus ganancias de escritor, no de periodista, trata, por lo menos, de ayudarse con ellas. Lugones, a quien se ha considerado como el primer escritor profesional argentino, en orden cronológico, no lo fue, en realidad, pues ni sus libros, en su gran mayoría, le dieron algo más que gloria —o algo menos, para hablar exactamente— ni escribía con regularidad, hasta el punto de que, en varias ocasiones, pasaron varios años sin que publicase obra alguna.

Fue también mi generación la primera que miró hacia las cosas de nuestra tierra. Es verdad que Sarmiento, Lucio López, Julián Martel, Payró y Lugones hicieron obra argentina; pero sus trabajos fueron aislados y cada uno de ellos perteneció a una generación diferente. Mi generación, pasado el europeísmo inicial, fue ardientemente “nacionalista” dando a esta palabra un vasto significado, no el restringido que tiene ahora. Dos escritores de nuestro grupo, Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista*, libro aparecido en 1909, y Manuel Gálvez en *El diario de Gabriel Quiroga*, publicado en 1910, serían los primeros en preconizar un nacionalismo argentino. La obra de Rojas logró una vastísima resonancia y desde entonces penetró en las conciencias la idea de que la patria necesitaba una literatura, una enseñanza, una política y un arte auténticamente argentinos. Pero ya antes que Rojas, otro escritor de nuestra generación, Emilio Becher, aunque sin emplear la palabra “nacionalismo”, formuló las mismas ideas esenciales en un bello artículo publicado en *La*

*Nación*, en 1906. “Todo debe, pues, inclinarnos —decía Becher— a defender el grupo nacional contra las invasiones disolventes, afirmando nuestra improvisada sociedad sobre el cimiento de una sólida tradición. El cosmopolitismo llegó a tener entre nosotros, por un instante, el aspecto de una filosofía humanitaria y aun deslumbró las inteligencias incautas por su prestigio de utopía practicable. Creyóse que la anarquía de las razas era la imagen de la sociedad futura y que el idioma del porvenir sería la lengua de Babel. Pronto nos hemos decepcionado de tan peligrosos errores. Como el arrepentido de la parábola, volvemos al viejo hogar de la patria que abandonáramos, un día de aventura imprudente, por la piara internacionalista.

\*\*\*

Nació mi generación a las letras —repitámoslo— en 1900. Quiero decir que en ese año, unos antes, otros después, comenzamos a publicar artículos y versos. Toda esta literatura, si merecía tal nombre, era de iniciación y tanteo, vale decir de calidad inferior y con algo de muchachil. Los primeros de nuestros escritos que podían ser tomados en cuenta, aparecieron en 1903, en la revista *Ideas*, que fue el órgano de mi generación, o bien en otras partes pero en ese mismo año, aunque no ignoro que Echagüe, Becher y Ortiz Grognet habían publicado unos meses antes algunas páginas reveladoras. A fines de 1903 vino al mundo el primer libro escrito por uno de nosotros, *La Victoria del Hombre*, de Ricardo Rojas. Emilio Becher le dedicó un sesudo artículo en *Ideas* y yo llevé a *La Nación* unas páginas en las que sintetizaba el espíritu del libro y que constituyeron mi estreno en el gran diario.

Recordaré cómo esto sucedió. Un día de verano, de mucho calor, vestido un poco a lo bohemio —camisa de cuello fijo y blando, corbata *lavallière* y un chamberguito cantor— me presenté ante José Luis Murature, secretario de redacción de *La Nación*. Me miró de arriba a abajo y no me hizo sentar. Debió asombrarle en mí el cuello blando, pues por entonces se usaba alto y duro, tortura comparable

a la de un cepo. Era Murature mayor que yo no muchos años, y espíritu sereno, inteligente, comprensivo y bondadoso. Mirándome benévola, me preguntó por el objeto de mi visita. Le dije que llevaba un artículo sobre La Victoria del Hombre y que esperaba me lo publicasen. Murature tomó mi artículo, y, sin hojearlo, me preguntó:

—¿Es muy elogioso?

—No, es algo en cierto modo alegórico, simbólico, un poco raro—le contesté.

Y el artículo, aunque era muy malo, fue publicado en seguida. Esto me enorgulleció, pues no era fácil, para un muchacho, colaborar en *La Nación*.

¿Cómo se formó nuestro grupo? El centro, eje o espina dorsal, o como quiera llamársele, fue la amistad entre Emilio Ortiz Grognet y Emilio Becher. Ambos nos atrajeron: el primero, con su raro don de simpatía y su cuarto del hotel Helder, muy central y accesible para todos, como que estaba en la calle Florida y tenía otra entrada por Cuyo, actual Sarmiento; y Becher, con su misterioso poder de seducción espiritual, su dominio de la moderna literatura francesa y su visible bondad. Yo lo conocía a Ortiz Grognet de Santa Fe, y en su cuarto, a principios o mediados de 1902, me presentó a Becher y poco después, en el mismo año, a Alberto Gerchunoff. Yo era amigo, del Club del Progreso, de Juan Pablo Echagüe. Con Ricardo Olivera nos conocíamos desde la edad de once años, cuando estuvimos juntos en el Instituto Nacional, que dirigía Pablo Pizzurno, posteriormente llamado “el santo laico” y que sólo era un mediocre boquiabierto y sonsón. Echagüe, Olivera, Barrenechea, al que yo trataba desde el primer año de la Facultad, y Jordán, con quien me vinculó un amigo común, diletante de las letras y del arte, fueron incorporados por mí al grupo en formación. Ricardo Rojas era grande amigo de Becher, de la Facultad de Derecho, donde se conocieron. Leumann, a quien yo había tratado en Santa Fe, donde él naciera y publicara un par de libros, se agregó por mi intermedio a la pequeña compañía; lo mismo que Juan Manuel Méndez, joven poeta mitad santafecino y mitad entrerriano, como yo. Atilio Chiáppori había sido

condiscípulo de Ortiz Grognet en el Colegio del Salvador: no se veían desde muchos años atrás, y Rojas los puso de nuevo en contacto. Ignoro por qué camino llegaron hasta nosotros Alfredo López Prieto, Abel Cháneton, Ernesto Mario Barreda y Mario Bravo. Es indudable que la revista *Ideas*, por mí fundada en 1903 y de la que luego hablaré, instalada también en la calle Florida, a dos pasos del cuarto de Ortiz Grognet, contribuyó poderosamente a agrandar nuestro grupo y a darle cohesión y fuerza.

Éramos unos treinta muchachos. Incluyo entre ellos a los que colaboraron en *Ideas* accidentalmente y luego abandonaron por completo la literatura. En su mayoría, veníamos de las provincias. Ricardo Rojas era santiagueño y Juan Pablo Echagüe sanjuanino; Emilio Becher y Emilio Ortiz Grognet procedían de Rosario, donde habían vivido hasta poco antes; Leumann y yo santafecinos, él por nacimiento y yo por mi familia paterna y haber vivido en Santa Fe desde muy niño; Mario Bravo era tucumano y Alfredo López Prieto de Río Cuarto, y Alberto Gerchunoff había pasado su infancia en una colonia israelita de Entre Ríos. En las provincias residían otros muchachos escritores vinculados a nuestro grupo, como Andrés Terzaga, en Río Cuarto, que pasó algunos meses en Buenos Aires, huésped en la pieza de su coterráneo Alfredo López Prieto; Leopoldo Velazco, también en Río Cuarto; Juan Julián Lastra, en Santa Fe, de donde era oriundo; y Gustavo Martínez Zuviría, cordobés convertido en santafesino por razones de estudios y vecindad, y que, aunque no colaboró en *Ideas*, debe ser incluido en nuestro grupo al que le unía la edad común y la amistad con algunos de nosotros. Porteños eran Atilio Chiáppori, Mariano Antonio Barrenechea, Ernesto Mario Barreda, Luis María Jordán y Abel Cháneton.

He nombrado a casi todos los que perseveraron en la literatura. Entre los que la abandonaron, quiero recordar en primer término a Ricardo Olivera, después embajador, y que ha representado a nuestro país con talento, distinción y eficacia en varias naciones europeas y americanas; a Mario Sáenz, que ocupó altas posiciones y fue uno de los líderes de la Unión Cívica Radical; a Guillermo E. Leguizamón,

más tarde *sir* y magnate del riel británico en la Argentina; a Benjamín García Torres, fino poeta por esos años y luego magistrado judicial; a Joaquín Rubianes, que fue abogado de valer y renació a las letras, o, mejor dicho, al pensamiento, con un denso libro en el que proponía soluciones para graves problemas que hoy atormentan al mundo; a Belisario Hernández, que tuvo su momento de auge en la política radical; al tucumano Alberto Rougés, que se dedicó a los estudios filosóficos; y a Salvador Oría, que fuera ministro de Obras Públicas de la Nación.

[...]

\*\*\*

Esta generación era heredera del simbolismo. Rubén Darío había dejado en Buenos Aires su huella de genio y de poesía cuando nosotros nacimos en las letras. Pero no obstante que admirábamos y queríamos a Rubén y admirábamos a algunos de sus corifeos, los juzgábamos con libertad de espíritu. La materia de sus versos no nos entusiasmaba. Carecíamos de fervor hacia las princesas, las marquesas versallescas y la Grecia de tercera mano que nos evocaban el maestro y sus discípulos inmediatos. Nosotros éramos mucho menos cosmopolitas que ellos, y en nuestra subconsciencia se agitaban ya, seguramente, las imágenes de los seres y de las cosas de nuestra tierra, que haríamos vivir más tarde en nuestros libros. Nosotros asesinamos a los faunos y a las marquesas de empolvadas cabelleras.

Como es de imaginar, no teníamos una absoluta comunidad de ideas. En política, aunque no actuábamos, excepto Gerchunoff, todos éramos rebeldes: unos, socialistas en diverso grado; y otros, anarquistas o anarquizantes. El tolstoísmo, que era una especie de anarquismo cristiano o pseudo cristiano, influyó en alguno de nosotros, en mí, por ejemplo. En materia estética, más que la comunidad de ideas, nos unían algunos entusiasmos hacia grandes escritores y artistas de la época. En música éramos wagnerianos. En el teatro odiábamos todo lo convencional

y, naturalmente, simpatizábamos con el “teatro libre” de Antoine, que por aquellos tiempos estuvo en Buenos Aires con su compañía. En pintura, sin conocerlos al principio y conociéndolos cuando recorrimos Europa, adorábamos a los primitivos italianos y flamencos, al Greco y a los impresionistas franceses. Estos últimos, que ya comenzaban a ser olvidados en su patria y en los medios artísticos europeos, representaban entre nosotros la última novedad.

Se ha dicho muchas veces que nuestra generación era positivista y materialista, que carecía de inquietudes religiosas. Nada menos cierto. Eran materialistas los estudiantes de Derecho, que tenían por un dios a Spencer y por otro dios a Comte, al que, en general, sólo conocían de oídas. Pero en nuestro grupo literario éramos casi todos espiritualistas. Emilio Becher, que tanta influencia ejerciera sobre los demás, y que habiendo empezado por la teosofía se acercó a las ideas católicas, terminaba así un artículo sobre “El espíritu religioso”, escrito en 1906: “La religión no consiste en observar los cultos ceremoniales ni en admitir el dogma de las iglesias. Ella nos inspira la emoción del misterio, la prescencia de las verdades supremas, el amor de los símbolos nobles y de las formas puras. Es hermana de la ciencia, como María es hermana de Marta. Marta se atarea en muchas cosas, pero una sola es necesaria; y debemos creer, como Nuestro Señor Jesucristo, que María ha elegido la mejor parte”. Igualmente influidos por la teosofía, aunque no evolucionaron hacia el catolicismo, estaban Ricardo Rojas,<sup>1</sup> Alfredo López Prieto y Andrés Terzaga. Alberto Gerchunoff, que se expresaba como terrible ateo y materialista absoluto, no tardó demasiado en consagrarse a los estudios religiosos, en los que reveló, aquí y allí, un fondo espiritualista insospechado. Jordán se decía católico, aunque creo que no practicaba. Y ni Echagüe ni Chiáppori fueron nunca materialistas. Yo había sido católico hasta los veinte años pasados, y volví a serlo a los veinticinco, pero, en el tiempo en que permanecí despegado

---

[1] Ricardo Rojas se convirtió un tiempo antes de morir, habiéndose confesado y comulgado. [N. del A.]

de la religión católica, nunca dejé de creer en sus verdades fundamentales, aunque tuviese, en lo social y político, ideas anárquicas.

\*\*\*

La historia de mi generación está contada en mi novela *El mal metafísico*. Naturalmente que, por exigencias novelescas, he debido deformar muchas cosas. Algunos personajes reales han tenido que ser caricaturizados. Pero todo lo esencial está allí: nuestra vida cotidiana, nuestras inquietudes, nuestras ilusiones, nuestras tristezas. Y está, sobre todo, nuestra lucha heroica contra el ambiente materialista y descreído, extranjerizante y despreciador de lo argentino, indiferente hacia los valores intelectuales y espirituales. Nosotros, los hombres de la generación de *Ideas*, podemos afirmar que hemos sido los *pioneers* desinteresados y tenaces del actual sorprendente movimiento cultural y espiritual. Gracias a nuestros esfuerzos y sufrimientos, la situación del escritor es hoy tolerable en este país. En aquellos tiempos heroicos de 1903 no había editores, ni público para los libros argentinos, ni diarios y revistas que pagasen las colaboraciones de los principiantes, ni premios municipales o de otra índole. ¿Sabrán estas cosas los jóvenes de hoy? Muchachos de veintidós años obtienen un premio de varios miles de pesos por su primer libro, y todos consiguen vender una pequeña parte de la edición a la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Los poetas de mi tiempo sólo obtenían el desdén general, y de todo hombre joven que escribía decíase: “le da por la literatura”, es decir, le da la chifladura por escribir.

En medio de la aplastante indiferencia comenzamos nuestra obra, y pronto llegamos a imponernos. Hubo un momento, año más, año menos, en que la alta crítica, en todas las ramas del arte, estaba en manos de hombres de nuestro grupo. Fue cuando en *La Nación*, el diario de la gente culta del país, Echagüe hacía la crítica de teatros, Barrenechea la de música y Chiáppori la de pintura y escultura. Mi generación abarcó todos los géneros: la novela,

con Leumann, *Hugo Wast* y Manuel Gálvez; el cuento, con Chiáppori, Horacio Quiroga y Gerchunoff; la poesía, con Rojas, Barreda, Bravo y Jordán; la crítica, con Echagüe, Chiáppori y Barrenechea; el ensayo, con varios de nosotros; y la historia literaria, con Rojas.

Mi generación reveló los valores de la argentinidad por medio de *La restauración nacionalista*; inició, mediante *El solar de la raza*, de Manuel Gálvez y *Las rosas del mantón*, de Ernesto Mario Barreda, una corriente de simpatía hacia la olvidada y calumniada España; difundió por la pluma de Becher y la mía, en tiempos en que nadie se atrevía a nombrar a Dios, ideales y sentimientos religiosos; introdujo en nuestras letras la vida provinciana, con *La maestra normal*, los cuentos de Quiroga y las novelas de *Hugo Wast*; hizo conocer y estimar la literatura argentina y, por la obra de Barrenechea, admirar a Nietzsche y a Wagner; impuso a Rubén Darío, a quien habían abandonado sus amigos; y, desde las más altas tribunas, difundió, por las plumas de Echagüe y de Chiáppori, el gusto y la comprensión de la auténtica belleza en el teatro y en las artes plásticas. Esto es una parte mínima de lo que hemos hecho durante los primeros años de nuestra vida literaria, que si se quisiera referir todo lo realizado después, los libros que hemos publicado, las instituciones fundadas, las ideas que se han desparramado, lo que hemos enseñado de la historia y de las costumbres del país, los ideales que hemos inculcado y la obra en favor de nuestro idioma y de la cultura general, se necesitarían muchas páginas tan solamente para enumerarlo.

\*\*\*

Nuestra generación tuvo desde el primer momento tres grandes “atracciones”, y fueron Emilio Becher, Ricardo Rojas y Alberto Gerchunoff. Becher, de quien hablaré más adelante con extensión, significaba el éxito espiritual: la nobleza de su alma, la hondura de su talento, su bondad y la riqueza de su vida interior, que era fácil adivinar, le revelaban como un ser de excepción.

Ricardo Rojas era delgado, esbelto y muy moreno de color. Tenía una melenita de poeta, grandes ojos alertas y el rostro sonriente. Creo que ya usaba sus chambergos de anchas alas. Hijo de un hombre eminente, don Absalón Rojas, que fuera gobernador de Santiago del Estero, senador nacional, y uno de los grandes oradores parlamentarios de su tiempo, se había formado en un ambiente intelectual. Era el menos callejeador del grupo y el que menos iba a los cafés, por lo cual me ha hecho gracia verle figurar en una lista de bohemios... Después de Emilio Becher, era Rojas el que más había leído de todos nosotros. Ordenado y estudioso, había que visitarle en su casa para conversar con él, aunque muchas veces fue al cuarto de Ortiz Grognet. A los veinte años leía no sólo en francés, lo que era frecuente, sino en inglés, lo que era rarísimo en esos tiempos; y tenía mucha lectura en materia literaria y sociológica. En nuestro ambiente resultaba muy precoz, pues publicó su primer libro a los veintiún años; y cuando, en 1907, Chiáppori y yo, lanzamos nuestras obras primigenias, él había publicado tres volúmenes. Su capacidad de trabajo, pese a una neurastenia que le persiguió durante un tiempo, fue siempre enorme. Sin duda por eso, y claro que también por su talento, diría más tarde Rubén Darío que era un espectáculo de la naturaleza. Se reveló orador siendo un chiquilín: recuerdo el desparpajo con que le oí hablar en cierta asamblea juvenil, en el antiguo Bon Marché, en la que se trató de formar no sé qué liga más o menos política, y cuando él no tendría más de dieciocho años. Mostró muy pronto su garra de escritor, y de ahí que a los veintisiete años ya fuese uno de los más importantes nombres de nuestra literatura de ese tiempo. El talento se le veía a flor de piel y parecía que él nada hiciese por disimularlo, pero no era fanfarrón ni alabancioso de sí mismo.

Aunque los dos, Becher y Rojas, atraían mucho por esos méritos y por su cordialidad, puede afirmarse que, personalmente, el éxito de nuestro grupo era Gerchunoff. Había que verlo con el chaqué de cola puntiaguda; la larga nariz que parecía husmearlo todo; la cabellera de raya en el medio y la melena enrulada; los lentes y el grueso

cordón negro; los botines enormes y rotos, los pantalones abombillados, el gran chambergo y los pasos y movimientos calmosos. Hablaba exagerando las eses, martillando ciertas consonantes, pronunciando con lentitud sílaba por sílaba. Pero, naturalmente, no era sólo esto lo que atraía en su pintoresca persona, sino las enormidades que decía, lo escatológico de su lenguaje y, sobre todo, la formidable abundancia de sus chistes. Quienes no le conocieron cuando tenía veinte años, no pueden formarse idea de la riqueza de su ingenio. No he conocido hombre alguno que tuviera tanto talento para jugar con los vocablos ni decir frases graciosas. Su especialidad era el burlarse de las personas, estuviesen presentes o ausentes. Cierta vez, a un escritor en cuya capacidad literaria nadie creía, le preguntó en qué *stud* había estudiado. Otra vez, como alguien refiriese que la musa de un poeta muy malo —su mujer— estaba encinta y otro preguntara por las otras ocho, él contestó, aludiendo al permiso que deben obtener ciertas señoras arrastradas para ejercer su oficio: “Han pedido libreta”. A Gregorio Lastra, propietario de *El Herald*, en donde estaba empleado, le dijo que su periódico no tenía “lastre” intelectual. Encontrándose con dos amigos elegantes en la calle, les espeta: “Salud simuladores de la decencia”. A otro que resbala en la calzada, por causa de un poco de estiércol de caballo, le dice: “Te has resbalado en tu propio elemento”. Una vez quiso decir que yo no era nadie, y, en efecto, no era nadie a los veinte años; y como mi padre había sido diputado nacional y ministro en Santa Fe, exclamó: “¡Ahí viene el hijo de Manuel Gálvez!”. Por bromas y chistes de este género no ha faltado quien le creyera un perverso. Pongo mi mano en el fuego por Gerchunoff. Me consta su bondad, su gran bondad. Cierto que por no perder la oportunidad de colocar un chiste él no perdonaba a nadie. Se hubiera burlado hasta de su propia madre. Pero los que le hemos conocido bien, podemos afirmar que nunca hubo la menor maldad en sus frases, aun en las que parecían hirientes.

Una noche le llevamos al Club del Progreso, del que yo era socio. Le presentamos a Belisario Montero, diplomático,

espíritu fino, escritor distinguidísimo. Llegaba Montero de Bélgica, donde había pasado algún tiempo junto a nuestro ministro en Bruselas, que era Eduardo Wilde, el famoso humorista. Buen catador de almas y de palabras, Montero se quedó maravillado de Gerchunoff. Durante las dos horas o más que el diplomático permaneció esa noche entre nosotros, nuestro amigo estuvo sencillamente genial. A un chiste seguía otro, cada cual más ingenioso. A Montero le pareció nuestro compañero como un espectáculo del mayor interés. Muchas veces me he preguntado: ¿por qué los diarios y revistas que publican chistes suelen reproducir los de Tristán Bernard y los de otros graciosos españoles o colombianos o de cualquier otra parte y jamás los de Gerchunoff?

A este amigo, a quien llamábamos Gerch, lo he retratado en *El mal metafísico*, bajo el nombre de Abraham Orloff. No he de agregar nada más, por ahora a lo que allí y aquí digo. Pero he de hacer constar otro rasgo de Gerchunoff, que es bien poco frecuente: su nobleza. En esos años de 1902 a 1905, en que por su escasez de dinero llegó varias veces a la verdadera miseria, jamás nos pidió dinero, salvo en las dos o tres ocasiones en que necesitaba veinte centavos para ir en tranvía a Flores, en cuya plaza tenía que dar una conferencia. En una provincia dirigía un diario, y como el dueño quisiera que injuriase al jefe del partido adverso tratándole de cornudo, prefirió quedarse en la calle renunciando a su puesto, que harto necesitaba, pues no tenía otra cosa de qué vivir. En cuanto a lo literario es una gran lástima que Gerchunoff no haya hecho lo que se esperaba de su vigoroso y personal talento. Aparte de *Los gauchos judíos*, libro con el que se inició en 1909 y que es uno de los más bellos de nuestra literatura narrativa, no ha escrito sino artículos, páginas sueltas. Muchos de ellos son magníficos, y están escritos en una prosa castiza, fuerte y magistral —quien lee su descripción del puchero no la olvida jamás—, pero de él se esperaban grandes novelas y yo no tengo la menor duda de que, a no ser por el periodismo que lo agarró en su engranaje, las hubiera escrito.

Quiero ahora decir algo de otras figuras importantes de mi generación. Dejaré aparte a Emilio Ortiz Grognet y a Ricardo Olivera, porque de Olivera trato en el capítulo siguiente y de Ortiz Grognet en el que evoco su figura junto con la de Becher.

Juan Pablo Echagüe era en ese tiempo idéntico a como fue cuarenta años después. En 1903, lo mismo que hoy, ostentaba su imponente parada, usaba un gran chambergo, llevaba bigotes mosqueteriles, vestía con vistosa elegancia, andaba enhiesto y con gran calma, tenía la mirada melancólica y adornaba su frente con una bien redondeada onda del cabello. Escribía por entonces con la misma claridad y la misma frase elegante, de construcción un tanto a la francesa, con que escribió veinte años después. Echagüe nunca “aprendió” a escribir: debió saberlo desde el nacer. Una vez Emilio Becher, cuya autoridad todos acatábamos, me dijo que el mejor prosista entre todos los de nuestro grupo era Juan Pablo. Pero lo más curioso en este amigo es que, siendo pobre por entonces —me consta que pasó épocas de estar en el límite de la miseria—, jamás perdió su excelente espíritu ni dejó de vestir con elegancia.

Atilio Chiáppori tenía características más bien espirituales que físicas. Nada desentonaba en su persona. Jamás le vi con una corbata llamativa ni vestido con trajes claros. Diríase que deseaba pasar inadvertido, modesto como era, y que desease vivir a la sordina, en el tono de su bella prosa. Apareció en nuestro grupo a mediados de 1904. Era bondadoso, comprensivo y caballeresco, y estas cualidades se transparentaban en la tristeza de sus ojos. Diferenciábase mucho de los demás. No era rebelde, no tenía inquietudes socialistas, no hacía afirmaciones dogmáticas ni gustaba de las frases agresivas. Escuchaba mucho y hablaba más bien poco. En las discusiones, después de oír, colocaba sus frases, breves y meditadas, y si la discusión le parecía absurda, o no tenían en cuenta sus palabras, guardaba silencio, como si se retirara del combate inútil o ridículo. Era quisquilloso, pero el malhumor se le pasaba pronto y, llegado el momento, sabía conducirse como el mejor de los amigos. Trajo a nuestro grupo, y a las letras

argentinas, un raro interés por las almas perturbadas, por las que viven en el límite de la locura, y que pronto iban a inspirarle *Borderland* —"tierra de confín"— uno de los más bellos libros de nuestra literatura narrativa. A nosotros, muchachos nerviosos, nos ponía como pilas eléctricas contándonos casos de locuras extrañas. ¿De dónde le venía su original afición? Acaso de los estudios de medicina que había hecho hasta poco tiempo antes. Chiáppori representó también entre nosotros el arte finisecular, en el sentido del culto exasperado de la forma, de la afición a los matices, a la penumbra. Pero no se limitaba, como otros escritores de esa tendencia, a hacer frases bonitas. También sabía decir cosas hondas, o, mejor dicho, sugerirlas. Debía tener nuestro amigo dos cualidades poco frecuentes entre los muchachos de esos tiempos, en que la existencia y las gentes eran harto superficiales: vida interior e inquietudes religiosas, aunque nunca las manifestara. La aparición de *Borderland*, en 1907, conmovió a nuestro pequeño mundo literario y al reducido público culto y patriota que se interesaba por la literatura argentina; y es que nadie imaginaba que existiese, poco menos que escondido, un artista de la alta calidad de nuestro amigo.

[...]

## IV

### **La revista *Ideas* (1903-1905)**

Esta generación tuvo un órgano, y este órgano fue la revista *Ideas*. Ya se nos llama a los que la fundamos y colaboramos en ella, "la generación de *Ideas*". Ricardo Rojas le ha dedicado varias páginas en su bello prólogo a la colección de escritos de Emilio Becher. Voy a hacer una breve historia del esfuerzo heroico, dado los tiempos aquellos, que significó nuestra revista.

La iniciativa surgió de Mariano Antonio Barrenechea. No estaba solo en su propósito, pues participaba de sus deseos Jorge Eduardo Coll, que siete lustros después sería

ministro de Instrucción Pública, y que por entonces, según Barrenechea, escribía cuentos dignos de Maupassant y que mantenía inéditos. Me gustó el proyecto de Barrenechea y se lo comuniqué a Ricardo Olivera. A él también le pareció buena la idea y quedamos en que los cuatro costearíamos los gastos de la revista.

Pero el proyecto era un tanto vago. Además, Barrenechea y Coll, si no me equivoco, nunca trataron con Olivera del asunto. Por mi parte, yo tampoco hablé con Coll. ¿Qué clase de revista sería la nuestra? Si la memoria no me engaña, Barrenechea deseaba hacer una revista pequeña, dedicada casi únicamente a la crítica; una revista modesta, como obra de muchachos desconocidos en la literatura, que éramos los cuatro. Pero Olivera no opinó así.

Era por entonces Olivera un muchacho de diecinueve años y algunos meses, lo mismo que yo. Pero me superaba grandemente en cultura y conocimiento del mundo. Mientras yo era un ingenuo, él era un típico hombre de club: frío, mesurado, calmoso, irónico, ligeramente escéptico. Hoy me asombro del control de sí mismo que tenía ese muchacho. Su espíritu estaba formado, y hubiera podido ser —ya entonces— un hombre de consejo. Tenía la cabeza cuadrada y la cara grande. Usaba anteojos enormes. Parecíase a Manuel Azaña, el futuro presidente de la República Española. Se afeitaba completamente el rostro, lo que en esos tiempos era una rareza. Hablaba muy poco y con mucha calma, y andaba acompasadamente y también calmamente, y algo inclinado hacia adelante. Jamás lo vi precipitarse, ni en su andar ni en sus palabras, como jamás lo vi reír a carcajadas, ni exaltarse, ni hacer gestos desmesurados. Era la corrección personificada, era un diplomático nato. Meses más tarde, al incorporarse al grupo de mis amigos, vendría a ser lo opuesto de Ortiz Grognet. Su conversación era muy interesante. Cuidaba sus frases, como cuidaba su indumento y su conducta social, y era ambicioso, legítimamente ambicioso. Tenía la frialdad del jugador y era jugador por los años de 1903 a 1908. Levantábase a las cuatro de la tarde y se iba al Club del Progreso, donde comía y jugaba hasta las tres o cuatro

de la mañana. No se le conocía familia, ni él jamás habló de sus padres. No se casó.

Es claro que Olivera no haría jamás una revistita. Era hombre de hacer las cosas en grande y no de otro modo. Desde el primer momento pensó en una revista del tipo de la *Revue de Deux Mondes*, es decir, pensó que nosotros, muchachitos sin relaciones literarias, sin obra alguna y sin dinero —yo ganaba doscientos pesos mensuales—, editáramos, cada mes, un volumen de un centenar de páginas... No tardé en contagiarme de este sueño grandioso. Pero Barrenechea, que padecía de crónica escasez económica, se hizo atrás. No sé si Coll pasaría por igual deficiencia. Ello fue que Olivera y yo quedamos dueños de aquel campo de ilusiones y dispuestos al magno sacrificio.

Pero Olivera no gustaba mucho de la acción. Yo debí, pues, ocuparme en pormenores y materialidades: buscar una imprenta accesible a nuestros bolsillos, no muy abundantes de numerario; un cuarto de mala muerte en donde poner la redacción y la administración; colaboraciones para los primeros números, y redactores para las secciones permanentes. Encontré una imprenta barata y un cuartucho que no tendría más de dos metros y medio por tres. Un cuartucho, ¡pero en la calle Florida, entre las de Corrientes y Cuyo! Creo que en el terreno del edificio en donde teníamos nuestra pieza está ahora la administración de *La Nación*. Daba a un largo patio, hacia el fondo. Frente a nosotros, ocupando otra pieza, había una sastrería, y el aprendiz de sastre era un muchacho simpático que se hizo amigo nuestro y fue después el inteligente empresario de teatros Pascual Carcavallo. En las paredes colocamos diversos cartones para indicar los lugares que correspondían a la Dirección, a la Redacción y a la Administración. Yo traje de mi casa una mesa-escritorio que, aunque no era grande, llenaba casi todo el cuarto. Había también tres o cuatro sillas. Y como los visitantes excedían el número de los asientos, la mesa-escritorio, en la que no había libros ni papeles —los libros hubieran corrido serio peligro de desaparecer por arte de prestidigitación—, suministraba espacio para media docena de traseros.



Las principales secciones de la revista iban a ser redactadas por los muchachos. Juan Pablo Echagüe se encargó de las letras argentinas, Emilio Becher, de las francesas; Ricardo Rojas, de las españolas e hispanoamericanas; y yo, del teatro. Pero no hubo fijeza sino en las secciones de Becher y de Rojas. Alberto Gerchunoff, Roberto Bunge, Alfredo López, Becher, y más tarde Cháneton, Chiáppori y yo tuvimos a nuestro cargo de la crítica de los libros argentinos, y Cháneton me substituyó en la de los teatros. Había otra sección, por cierto muy interesante, de revista de revistas, que redactamos Emilio Alonso Criado y yo.

Pero habría dos secciones que nosotros, a menos de excedernos en nuestra propia audacia, no podíamos acometer: las de música y artes plásticas. Era preciso buscar dos críticos autorizados y en seguida los encontré. Uno de mis maestros en el Conservatorio de Williams era Julián Aguirre, eminente compositor y artista y también escritor, como que había publicado un volumen de bonitos versos, *Prima verba*, y algunas páginas sobre temas musicales. Aguirre accedió a mi pedido, con mi gran contento, pues su nombre bastaba para dar autoridad a la revista. Igual suerte logré con la pintura y escultura. Le ofrecí la sección a Martín Malharro, que era por entonces el primero de nuestros pintores. Malharro, que se había formado solo—había sido en su adolescencia vendedor de diarios—, tenía un robusto talento y escribía frecuentemente con el objeto de difundir la enseñanza del dibujo. El pintor, que realizaba entre nosotros, pero sin exceso, las doctrinas del impresionismo, aceptó también. Me place observar, al cabo de cincuenta años, la oposición de temperamento entre los dos críticos de arte de nuestra revista: fino y delicado, el de música; violento, rudo y tosco, el de pintura y escultura.

El conseguir colaboraciones, sobre todo en los comienzos, constituía un problema bastante serio. En esos tiempos no había tantos escritores como ahora. Podían contarse con los dedos de una mano los que

escribían cotidianamente. Los viejos, los “consagrados” —indispensables para dar autoridad a la revista—, no pasaban de diez o doce y algunos ya no escribían: era el caso de Guido y Spano y de Rafael Obligado. A Oyuela, harto tradicionalista y enemigo feroz de la literatura de Darío, de Lugones y de todos los modernistas, no le reconocíamos categoría ni lo queríamos, y Mansilla y Wilde estaban en Europa.

Empecé por pedir colaboración a algunos buenos escritores, pero que no eran de los más importantes: el chileno Alberto del Solar, autor de varios libros e incorporado a nuestra vida nacional por su matrimonio con una dama argentina, descendiente del coronel Manuel Dorrego; a Martín Gil, que era ya el autor de *Prosa rural* y de algunos de los cuentos y artículos que pronto formarían ese graciosísimo y lindo libro que se titula *Modos de ver*; a Osvaldo Saavedra, el hoy injustamente olvidado novelista de *Grandezas chicas*, autor de un buen estudio sobre Rosas; a David Peña, que escribía con soltura y eficacia folletos y artículos, y a algunos otros. Con estos nombres más o menos seguros me fui a ver a Miguel Cané, que era en nuestro ambiente algo como lo que Anatole France en París. En otra parte de este libro refiero lo que contestó el celeberrimo Cané a mi ingenuo pedido de colaborar en la muchachil revista. No obtuve tampoco nada de Roque Sáenz Peña. Yo no lo hubiera visto a Sáenz Peña, que en realidad no podía ser considerado como escritor; pero Olivera reconocía positivos méritos en su prosa y le admiraba por su artículo sobre *La muerte de Bolognesi*. Curiosos designios de la Providencia: pocos años después de fundada la revista, Olivera fue nombrado secretario en la legación ante el Quirinal en donde se vincularía con Sáenz Peña, que fue allí nuestro ministro y el cual, al ocupar la primera magistratura de la República, en 1910, le nombraría secretario de la Presidencia.

El nombre de la revista no halló dificultades. Yo propuse el presuntuoso e inapropiado de *Ideas* y triunfé. ¿Por qué diablos semejante título, tratándose de un periódico literario, escrito por muchachos que podríamos

tener estilo y talento de escritores pero no precisamente ideas? Algunas bromas se nos hicieron. Recuerdo una de Joaquín de Vedia, que me preguntó una vez: “¿Siempre continúa usted con ese tremendo título de director de las ideas?”

No recuerdo si Pablo Roth, un muchacho de dieciocho años, ajeno en absoluto a las letras y amigo personal mío, fue el administrador desde el primer momento o no. Lo que sí puedo asegurar es que el inocente se hacía tan quiméricas ilusiones sobre el futuro éxito de la revista que merecía haber sido poeta. ¿No llegó hasta hablar alguna vez del día en que tuviéramos edificio propio? Estaba empleado en un Banco, el de Tarapacá, y esto, aunque el Banco fuera de escasa importancia, y el haber sido educado en Alemania, bastaron para que yo le supusiese respetables aptitudes administrativas...

## V

### **Los muchachos de aquel tiempo... (1904)**

En uno de los banquetes con que fue celebrado uno de los aniversarios de la revista *Nosotros*, Ricardo Rojas dijo en su discurso, haciendo un paralelo entre los muchachos del 1900 y los de ahora, que nosotros éramos respetuosos de los escritores de la generación anterior. Nuestro querido compañero se equivocaba. Habíase olvidado de cómo éramos nosotros. En las revistas, en los cenáculos literarios, en el periodismo subalterno en donde escribíamos, decíamos los mayores horrores de Miguel Cané, de Calixto Oyuela, de Estanislao Zeballos, de Lucio Masilla, de Enrique Frexas —el gran crítico de teatros de *La Nación*— y de varios otros. La diferencia entre nosotros, los nacidos alrededor del 80, y los jóvenes de la generación venida al mundo hacia el 900, consiste en que nosotros éramos irrespetuosos conversando y raras veces escribiendo y ellos lo eran en toda ocasión, y en que nosotros, salvo excepciones, dejamos de ser insolentes a los veinticinco o veintiocho años y algunos de ellos siguen

siéndolo aun pasadas largamente esas edades, cuando es preciso trabajar, crear y comprender. Los muchachos de la generación de *Ideas* jamás hubiéramos incurrido en la mala acción en que incurrieron los de la generación del 900 hace pocos años, los cuales dedicaron un número íntegro de cierta revista a Enrique Larreta, a quien dijeron toda clase de insolencias y aun de injurias personales. Negar méritos a Larreta y decir que *La gloria de Don Ramiro* es un libro muerto, como algunos lo dijeron, supone falta de información, de comprensión y de sentido de la realidad.

\*\*\*

El escritor en quien nosotros más nos encarnizábamos era Miguel Cané, el admirable evocador de *Juvenilia*, el artista que en su libro *En viaje* había descrito con fuerte colorido y verdad algunas escenas de los países tropicales. Todos habíamos leído sus encantadores recuerdos del colegio, y era probable que, secretamente, gustáramos de la prosa del maestro: sobria y elegante, natural y sencilla, de excelente línea y de relativamente perfecta construcción. Cané, como otros escritores argentinos, había logrado una forma que, sin dejar de ser castiza, estaba discretamente influida por la prosa de los grandes maestros franceses. Probablemente, todos nos habíamos divertido con las graciosas aventuras de los personajes rememorados por Cané. Pero era preciso caerle al gran escritor. Era moda, entre los muchachos, abominar de su literatura, y lo hacíamos con la inconsciencia, la incomprensión o la insinceridad de los veinte años. Suele creerse, erróneamente, que la juventud es sincera: la juventud también se rige por conveniencias, resentimientos, envidias, entusiasmos ficticios e intereses de pequeños grupos.

¿Qué decíamos nosotros de Miguel Cané? Uno de los motivos de nuestro encono era que, en un reportaje, él había dicho que no veía escritores jóvenes por parte alguna. Tenía razón. Salvo Ricardo Rojas, que se estrenó con *La victoria del hombre* en diciembre de 1903, a la edad de veintiún años, los demás no habíamos publicado libro alguno, ni

aun artículos que valiesen, por esos meses de 1902, cuando el reportaje a Cané. Algunos de los muchachos del grupo, como Emilio Becher, Ricardo Rojas y Ricardo Olivera, se revelaron en *Ideas* al año siguiente, y los demás un poco más tarde. Y si algunos artículos y versos más o menos promisorios se dieron a luz antes de la aparición de *Ideas*, lo fueron en revistuchas y diaritos casi inéditos.

También detestábamos a Cané por haber salido en defensa de la moral y de las buenas costumbres al estrenarse la ópera *Iris*, del maestro Mascagni, cuya acción ocurre en muy malos lugares del Japón. El escenario era tan bonito y tan deliciosas las *geishas*, que nadie podía pensar que esas japonesitas, cuyo único oficio parecía consistir en servir té, fuesen mujeres de mala vida. Cané denunció esto en un artículo o reportaje. Sin duda, el ilustre escritor no pensaba como el personaje de la zarzuela famosa, que “cantada y en italiano gana mucho la moral”. Nosotros nos indignamos. Éramos “hombres libres”, y todos, el que más y el que menos, estábamos influidos por las ideas socialistas o anarquistas, contrarias a la moral tradicional.

Yo tenía un pequeño motivo personal para no querer a Cané. En las semanas anteriores a la aparición de la revista, había ido a su estudio a pedirle colaboración. Varios escritores importantes ya nos la habían prometido y cumplieron. Con el tiempo, colaborarían en *Ideas*, como ya lo he contado, las grandes figuras literarias de esos años —Paul Groussac, Eduardo Wilde, Almafuerce, Sicardi, Martín García Mérou— y otras de prestigio algo menor, pero también respetadas como Godofredo Daireaux, el chileno Alberto del Solar, Osvaldo Saavedra, y otras. Cané, al darle yo los tres o cuatro nombres seguros, que no eran, acaso, de los que él más consideraba, me contestó: “Con esos ya tienen bastante.” No había en las palabras de Cané la menor ofensa, pero a mí me pareció que el maestro había sonreído irónicamente. Desde luego era indudable que no había demostrado el menor interés ni la menor curiosidad por nuestra empresa juvenil, a la que yo miraba como trascendental. Y esto en sí mismo, consideradas nuestras enormes pretensiones, debió parecerme una ofensa, pues

no se me ocurrió pensar en la insolencia que significaba el pedir colaboración, y gratuita, para una revista de muchachos absolutamente desconocidos, a quien era por unanimidad reputado como el primer escritor argentino de su tiempo.

Por estas y otras cosas, vociferábamos horrores de Cané. Juan Pablo Echagüe lo atacó violenta y valerosamente en un diario importante y luego en *Ideas*. Alberto Gerchunoff lo había maltratado en diferentes partes, y al morir el autor de *Juvenilia*, en 1905, publicó en un diario de la provincia de Buenos Aires un artículo con el tremendo título de *¡Al fin solos!* Yo dije contra el maestro varias cosillas aquí y allí; y años después, en mi primer libro en prosa, *El diario de Gabriel Quiroga*, me expresé de él con una injusticia e inexactitud que no tardé en reconocer. Llamaba a Miguel Cané, aludiendo a que había sido diplomático, “un Homais de protocolo”, siendo así que ningún escritor de su tiempo, salvo Groussac, estuvo más lejos del lugar común, de la pedantería y de la vulgaridad que caracterizan al célebre personaje de Flaubert. Cané, además de gran escritor, era un fino espíritu. Aquellas palabras, de que ahora me avergüenzo, revelaban mi insolencia juvenil.



Hugo Wast  
*Vocación de escritor*





## Hugo Wast (1883-1962)

Hugo Wast es el seudónimo con el que se hizo popular como escritor el abogado, político y esclarecido militante de la extrema derecha del catolicismo argentino Gustavo Martínez Zuviría. Si bien desde el comienzo (y no sin justicia) la abundante y exitosa obra novelística que firmó con ese nombre fue considerada de escaso valor literario, el perfil sobre el cual esa obra se construyó le otorga a este autor un lugar definido en la historia cultural. A partir de una tríada conformada por el catolicismo, el hispanismo y el nacionalismo, Martínez Zuviría se colocó en el extremo opuesto al liberalismo dominante en el campo intelectual argentino. A esta posición ideológica sumó como novelista un tipo de relación con el mercado que terminó de convertirlo en una figura inasimilable para la gran mayoría de los escritores de su época. Alejado de los espacios y relaciones alrededor de los cuales se venía consolidando desde comienzos de siglo la dimensión colectiva de las prácticas literarias, se insertó en una trama ideológica y social conformada alrededor de las instituciones del catolicismo, en las que tuvo una participación destacada.

A partir de la década de 1910, fue presidente del Círculo de Obreros Católicos de Santa Fe y de la Liga Argentina de la Juventud Católica. Más tarde, ya rodeado por un enorme prestigio en los ámbitos ligados a la Iglesia, presidió la Comisión de Prensa del Congreso Eucarístico Internacional realizado en Buenos Aires en 1934. Colaboró en revistas católicas como *Estudios* (órgano de la Academia Literaria del Plata dirigida por los jesuitas) y *Criterio*. Como político y funcionario, fue candidato a vicegobernador de Santa Fe, diputado nacional e interventor federal en la provincia de Catamarca. Durante la presidencia del general Ramírez, en 1943, fue nombrado Ministro de Justicia e Instrucción Pública. Su permanencia en el cargo fue breve, pero le alcanzó para instaurar la educación religiosa obligatoria en las escuelas y disponer la intervención de las universidades

nacionales. Para entonces, ya había publicado la novela antisemita en dos tomos *El Kahal y Oro* (1935).

El largo período en el que Martínez Zuviría ocupó la dirección de la Biblioteca Nacional (1931-1954) fue precedido por el fenómeno comercial protagonizado por sus novelas. En aquellos mismos años, cuando sus libros se editaban en centenares de miles de ejemplares y eran traducidos a varios idiomas, escribió *Vocación de escritor*. La redacción de este libro, fechado en la ciudad francesa de Royan en 1929, coincidió con una estadía europea que, como recordó María Teresa Gramuglio, “resultó muy productiva tanto para la promoción internacional de sus novelas como para afianzar sus relaciones con el alto clero y con la Real Academia Española”. El último capítulo, “La novela de mi primera novela”, narra los avatares que rodearon la composición de *Alegre* entre 1902 y 1905. Al seleccionar esta novela como el texto que dio inicio a su carrera de escritor, Wast elaboró un relato de sus comienzos acorde con los motivos que para entonces lo distinguían de la mayoría de sus pares.

En ese relato omitió o desplazó sus libros anteriores. Mientras estudiaba en la Universidad de Santa Fe, había publicado *Fantasías y leyendas* (1903) y un ensayo titulado *La Creación ante la Pseudo-Ciencia* (1903). Desde la revista *Ideas*, Alberto Gerchunoff le aconsejó que no malgastara su tiempo en “tan arduos trabajos sin la necesaria competencia en la materia”. Al año siguiente, Atilio Chiáppori fue el encargado de señalar, en la misma revista, las deficiencias de *Rimas de amor*. En estos primeros episodios ya se cifran dos rasgos salientes de su trayectoria: el carácter prolífico de su producción y el rechazo casi invariable por parte de la crítica. Wast se acostumbraría a pensar tales rechazos como un elemento constitutivo del éxito de sus libros.

Algo de la combinación entre cinismo de mercado y vocación religiosa con que Wast quiso presentar su destino de escritor se hace presente en “La novela de mi primera novela”. Ese capítulo, aparecido inicialmente como relato autónomo en *15 días sacristán* (1929), pronto migró a *Confidencias de un novelista* (1931), un híbrido entre la evocación personal y el manual prescriptivo que en 1944 Wast volvió a publicar, con pocas variantes, bajo el título de *Vocación de escritor*.

Repasar el índice de este libro permite caracterizarlo como intervención. Se trata fundamentalmente de narrar la experiencia del novelista en clave pedagógica y moral. Aquí, la experiencia individual de Wast es transformada en un conjunto de lecciones o preceptos para el novelista futuro o principiante.

*Vocación de escritor* se compone de seis partes: “No apaguéis el espíritu”, “Composición de la novela”, “El novelista en su taller” y “Lanzamiento del libro”, “La moral en el arte y especialmente en la novela” y “La novela de mi primera novela”. Estas partes a su vez se organizan en capítulos breves que tratan cuestiones “técnicas” —¿cómo se escribe una novela?— pero que también se ocupan de las demás etapas de la producción de un libro: la edición, el público, la crítica. Publicadas en 1944, junto a la primera edición de *Amigos y maestros de mi juventud*, estas memorias desdeñan la dimensión colectiva de la literatura. El total desinterés por la “vida literaria” queda compensado por el interés en la dimensión específicamente económica de la literatura.



*Vocación de escritor*  
**Buenos Aires, Thau, 1944**

**IV**  
**La novela de mi primera novela**

**1. Lo que me interesaba saber de un escritor**

Muchos son los escritores que cuando empiezan a perder la memoria se entretienen en escribir sus recuerdos, y cuentan la formación de su espíritu y la historia interna de sus obras, lo cual suele ser una manera de interpretarlas y defenderlas.

Esta clase de autobiografía es la más frecuente, la más trascendental y parece ser la más digna de ocupar los ratos ociosos de un autor eminente, que escribe despacito su testamento. Por eso no es de mi cuerda. Mis gustos son más simples: yo prefiero que mis autores favoritos me cuenten en qué condiciones materiales han hecho sus libros, y con qué ilusiones los publicaron y cuáles fueron sus sentimientos ante el fracaso o el éxito.

[...]

**2. Comienzo *Alegre* en Los Molinos - La casa donde escribía**

La buena acogida que ha dispensado el público a mis primeras confesiones literarias me hace creer que gustará

a algunos de mis lectores fieles saber cómo escribí y cómo publiqué *Alegre*, mi primera novela, hace de esto bastantes lustros, como que debí comenzar mi tarea a fines de 1902.

Todavía era yo un novelista inédito, si bien guardaba en mi pupitre de colegial, en 1901, no menos de tres espeluznantes novelas, de corte histórico y de buena extensión.

También esto de la extensión antojábaseme fundamental en materia de novelas, y no concebía cómo un novelista de verdad pudiera relatar la más insignificante aventura en menos de 300 cuartillas.

Y aun parecíame poco, y por eso tal vez, cuando me abrieron la jaula y eché a volar por el ancho mundo, con mis ilusiones y mis manuscritos, y me asenté en las cercanías de una imprenta, lo primero que hice fue medir Perdón, la más larga de mis novelas inéditas para ver si valía la pena publicarla, según lo que iba a dar reducida a letras de molde.

¡Doscientas miserables páginas! ¡No valía la pena! Además, era estrafalariamente histórica, se desarrollaba en España, y sus héroes, gente del siglo XVI, decían: “¡Dios os guarde, señor marqués! ¡Teneos, señor vizconde!”, y andaban con sombreros de pluma y a cintarazos, como los personajes de Zorrilla.

Evidentemente, había que escribir otra cosa, más larga, más moderna y más sentimental.

Empapado en Julio Verne y habiendo leído veinte veces ciertos libros de Malot y de Stevenson y de Sandeau, mi imaginación se iba sola detrás de personajes infantiles, más o menos *sin familia* y perdidos en el mar...

¡El mar! Ningún marino ha amado nunca el mar, con pasión ingenua y fervorosa, como lo he amado yo. De allí me vino la devoción que he tenido siempre por Pereda, el descriptor estupendo de *Sotileza*, y la extravagante ocurrencia de escribir una novela a orillas del mar, sin conocerlo e imaginándomelo por las descripciones peredianas y por una marina de Alsquith que adornaba nuestro comedor.

Hacia fines de 1902, en Los Molinos, aldea escondida en la provincia de Córdoba, donde yo pasaba los veranos en compañía de mi santa abuela, puse manos a la obra.

No tenía plan, ni sabía qué iba a suceder en mi novela. Ni siquiera tenía conciencia de que eso que me puse a escribir frenéticamente sería una novela, una verdadera novela en dos tomos, como quien dice de alta mar y de tres mástiles.

Por lo contrario, recuerdo que al principio tuve el propósito de hacer algo al estilo de *Los dos grumetes*, cuentecito infantil del cual he hablado antes de ahora, en *Las espigas de Ruth*. Después el asunto se me fue estirando solo, y de repente se me acabó el papel...

Ustedes, mis jóvenes amigos (no sé por qué uno supone que sus lectores son siempre jóvenes), ustedes no se imaginan los que significa terminársele el papel a un novelista que veranea en Los Molinos. Es poco más o menos como si a Hernán Cortés en Méjico, o a Pizarro en el Perú, se les hubiera acabado la pólvora.

En las ya mencionadas *Espigas de Ruth* he descrito aquella inolvidable aldea cordobesa, de hace años, sin otros medios de comunicación que la hebdomadaria mensajería de don Julián Torres, a quien hacíamos nuestros encargos de viva voz, porque era más seguro que escribírselos en un papel, que el buen señor a lo mejor se olvidaba de leer, o utilizaba para prender fuego en la posta, cuando se detenía a cambiar los caballos...

Es el caso que don Julián fue y volvió cinco o seis veces sin acordarse de mi encargo, y en todo ese tiempo el triste *Alegre* no pudo pasar de la página 28.

Llegó por fin el papel, 500 hojas de hilo, inmaculadas y sonoras, que recibí con una emoción extraordinaria y guardé en el cajón de mi mesilla, resuelto a no perder ninguna. Eso, más que nada, decidió que el pobre negrito Alegre no moriría antes de la página 500.

Todavía ignoraba yo lo que iba a sucederle en tan larga historia, pero tenía la fe de Abraham. "Dios proveerá", me decía, y emprendí la jornada.

[...]

### **3. El tiempo y el método en el arte de la novela - No confundir la inspiración con las ganas de escribir - Correcciones que no pueden mejorar lo fundamental**

¡Con qué embriagadora facilidad volaba mi pluma!

Ahora no soy capaz de las hazañas de entonces. En una mañana de alegre labor llenaba doce o quince cuartillas, mil quinientas a dos mil palabras.

No hablemos de la calidad de la obra; supongamos que fuese mala; pero, mala y todo, no sería hoy capaz de realizarla, porque no tendría ese entusiasmo juvenil e inconsciente, que enciende una llama de confianza en el corazón.

[...]

¿Y *Alegre*? El pobre *Alegre* que yo garabateaba furiosamente, defendiéndome con estos ilustres ejemplos contra los insidiosos consejos de Boileau (*les temps respecte peu ce que l'on fait sans lui*), se paró de pronto en seco.

No se me había acabado el papel, sino las vacaciones.

Tuve que volver a la ciudad a proseguir mi curso de Derecho, y durante muchos meses no intenté acordarme del negrito abandonado.

Pero a fines de aquel año de 1903, veraneando en una casita de campo, a orillas del río Coronda, en Santa Fe, sentí renacer mis aficiones náuticas con el espectáculo de la isla que teníamos al frente, refugio de isleños matrones, que vivían de la pesca y hacían largas jornadas a vela y a pala en frágiles canoas.

Reanudé la interrumpida tarea, hice sufrir mucho a mi protagonista, porque tenía toda la sevicia de mi juvenil romanticismo, y no descansé hasta la página 500, y allí lo maté.

Para aplacar los nervios y borrar las huellas de mi crimen, escribí algunas cuartillas más, y al pie de una de ellas, después de una línea y media de puntos suspensivos, puse la palabra *Fin* con letras mayúsculas.

¡Oh, dicha suprema la de terminar un libro, un verdadero libro, de un solo asunto, una novela que podrá,

cuando esté impresa, encuadernarse y pararse sola de canto, y llevar el nombre escrito en el lomo y hacer muy buena figura en el estante de una biblioteca!

Todos estos y otros mil detalles tipográficos me bailaban en la imaginación mientras, ebrio de ensueños, contemplaba la imponente pila de cuartillas escritas por mi mano.

¡De veras! ¡No habría cambiado mi *Alegre* en ese instante por la herencia de un príncipe! Me parecía infinitamente mejor ser autor de una novela en dos tomos que ser zarevitz. Los acontecimientos me han dado la razón después. Quizás entonces el zarevitz no habría pensado como yo; pero seguramente después habría preferido que hubiésemos cambiado los papeles.

Eso de los dos tomos era mi obsesión, y la culpa la tiene Malot, autor del deliciosos *Sin familia*, cuya traducción había publicado Fernando Fe, de Madrid, en dos tomos, que me habían deslumbrado. ¿Cuándo sería yo autor de algo semejante?

Antes de escribir mi primera novela ya tenía yo pensado, ¡pobre fatuo!, que debía publicarse al estilo de *Sin Familia*, y por Fernando Fe.

No he concebido nunca que pudiera alguien escribir un libro desinteresándose a tal punto de su suerte futura que fuese para él asunto de poca monta el que saliera a luz o no, y que, en caso de ser editado, no le preocuparan las condiciones materiales, el formato, el papel, la tapa, con que se presentaría al público aquel hijo de su mente.

[...]

## 6. Mal éxito de *Alegre*. La crítica

Caído, pues, el telón sobre el segundo acto de mi primera novela, iba a comenzar el tercero. Hasta aquí las deliciosas y poéticas emociones de la concepción de la novela, de su ejecución y de su impresión en aquellos dos lindos tomitos, ennoblecidos por el colofón de Fernando Fe, que no me saciaba de contemplar. Ahora, las amargas realidades del lanzamiento de *Alegre*.

Como la firma de Fernando Fe no era más que un adorno de la tapa, ya que el verdadero editor de la obra era yo, veíame obligado a tratar directamente con los libreros de todo el país, y aun de las naciones vecinas. Poseía una lista bastante copiosa de direcciones, y a todos les escribí, ofreciéndoles en consignación un pequeño número de ejemplares.

Tenía la seguridad de que, no bien los libreros expusieran mis dos tomitos en sus escaparates, el público se precipitaría a adquirirlos y mis depositarios me escribirían remitiéndome el producto líquido de la venta y pidiéndome más...

¡Con qué gratitud habría acogido cartas escritas en esos términos!

El año anterior, de 1905, se había producido el éxito resonante de *Stella*, aquella hermosa novela editada por los Moen y que apareció bajo el seudónimo de César Duayen. Todavía ahora, después de tantos años, recuerdan los viejos libreros el frenesí del público, que devoraba las pilas de ejemplares. Yo mismo vi pegada en el cristal de Moen una media cuartilla manuscrita que rezaba así: “Agotada en tres días la primera edición de 1000 ejemplares”.

Nunca me olvidaré de la emoción que se apoderó de mí, tímido provinciano que paseaba por la calle Florida, al leer aquello. Pensé en mi *Alegre*, que por esos días de invierno de 1905 yacía, según mis sospechas, en el fondo de la mar, y lamenté mi mala estrella. ¿Por qué, en vez de mandar la historia de mi negrillo a imprimirse en la madre patria, no la había puesto bajo el triunfante pabellón de Arnoldo Moen y Hno.? ¿Pero acaso ellos, los más aristocráticos libreros de la ciudad, habrían aceptado aquellas aventuras triviales, mal pergeñadas por un mediocre estudiante de tierra adentro?

Cuando al año apareció *Alegre*, como Venus del fondo del mar, imaginándome que podía dar ocasión a que se fijara en honor de mi libro un cartelito semejante al de *Stella*, desde Santa Fe les envié a los Moen un regular paquete de ejemplares y traté de disponerme su voluntad

dedicándoles uno con elogios a su experiencia de editores y a lo bien surtida que estaba su librería.

Pasaron días y días sin que el público advirtiera la aparición de Alegre y sin que Moen me anunciara que había tenido que pegar el famoso cartelito.

Para suscitar comentarios y avivar la curiosidad de las gentes empecé a mandar ejemplares de regalo a todos los escritores célebres de que yo tenía noticia. Entonces había menos que ahora, de manera que con dos docenas de volúmenes cumplí con ellos.

Pero ya en aquella época se usaba no darle importancia al obsequio de un libro. ¡Cosa rara! Manda uno su sirviente a echar una tarjeta en un funeral y al cabo de pocos días recibe otra de los llorosos deudos en que le agradecen la molestia que se ha tomado. Pero envíe un libro con una dedicatoria llena de miel, que no siempre se puede hacer escribir por el sirviente, y échese a conjeturar si el ejemplar llegó a su destino o cambió de rumbo, porque de cien veces noventa y nueve se queda sin contestación.

Eso sí, el que le contesta le compensa con creces el olvido de los otros, y así me pasó a mí, que recibí una afectuosa cartita de don Ricardo Monner Sans y un anuncio de que publicaría un juicio sobre la obra.

Y, en efecto, pocos días después apareció en *El Tiempo* un artículo de buen largo, con tan ilustre firma al pie. Los elogios que prodigaba a mi negrito eran excesivos, sin duda alguna, pero la lección de cortesía y la generosidad del agasajo resultaron inolvidables. Han pasado muchos años y siento ahora la misma fervorosa gratitud por el maestro que con tanta gentileza me dio el espaldarazo de caballero.

He relatado en otra parte quién me dio el segundo espaldarazo... ¡Valióme el que mi piel es naturalmente recia y que tenía yo ideas muy avanzadas acerca de la influencia de estas cosas sobre el éxito de un libro!

Consideraba necesario que el libro fuera saludado con una salva de artículos en los periódicos, pero no me parecía indispensable que fueran elogiosos. Al contrario, creía que todo panegírico despertaba desconfianza en el público y celos en los escritores, mientras que unos zurriagos resonantes

tienen la virtud de atraer la curiosidad y la simpatía de las gentes hacia el lastimado autor.

Y por eso, en el secreto de mi corazón, después de las frescas y fragantes rosas de Monner Sans, me di a suspirar por una corona de espinas.

Juan Pablo Echagüe satisfizo ampliamente mis deseos.

En 1906, el temible *Jean Paul* debía de ser muy joven, pero no lo parecía. Su gallarda independencia, la madurez de su criterio, como la pureza de su estilo, la abundancia de sus lecturas, y hasta las aciduladas puntas de su ironía, denunciaban en él a un crítico hecho y derecho; y su voz, que cantaba las horas desde el alto minarete de *La Nación*, tenía una resonancia y una positiva autoridad en el país.

A los años leí el artículo que, con el malicioso título de “Letras de tierra adentro”, dedicó a mi primera novela, y me río cordialmente de las mismas cosas que de haberlas leído entonces maldita la gracia que me habrían hecho.

Porque debo confesar aquí que he pasado varios lustros sin saber lo que decía *Jean Paul* de mi pobre Alegre. Tuve atisbos de que el juicio no me era favorable, y aunque me felicité por la notoriedad que me daría, no me animé a leerlo.

## **7. La segunda edición de Alegre. Otras ediciones. ¡Veinte años después!**

Esperé que el fecundo artículo que caía sobre mí desde tan alto haría brotar como hongos mis lectores y acribillé a cartas a mis librereros.

De todas partes malas noticias: *Alegre* se vendía a razón de un ejemplar por mes, es decir, que su primera edición tardaría noventa años en agotarse.

Ya saben ustedes que para mí un libro no comienza a existir sino a partir de la segunda edición.

*Alegre* estaba condenado a ser un libro póstumo, porque era casi seguro que yo no vería su reedición.

No me resigné, y, desafiando al destino, ofrecíselo a Montaner y Simón, los grandes editores de Barcelona, para que lo publicaran en *La Ilustración Artística*.

Con indescriptible emoción vi llegar un día una carta de aquella procedencia, y la abrí temblando: Montaner y Simón no sólo aceptaban *Alegre* para su gran revista sino que me pedían una novela del mismo estilo para editarla en su Biblioteca Universal, cuyos hermosos volúmenes, con admirables ilustraciones, eran mi sueño dorado...

Mientras se *republicaba* en *La Ilustración Artística* mi pueril novela, me puse a escribir *Pequeñas grandes almas*, que al año siguiente (1907) fue editada por Montaner y Simón, y que en 1917, vencido nuestro contrato, publiqué en Buenos Aires con el título menos hinchado y más castizo de *Novia de vacaciones*.

Terminada la publicación de *Alegre* en la revista traté una reimpresión con la célebre editorial de Saturnino Calleja, de Madrid, edición que tardó bastante en hacerse, y que yo olvidé, absorto en cosas de más trascendencia.

Había concluido mis estudios en la Universidad; ya no me peinaba con raya al medio; había recogido celosamente todos los ejemplares de mis almibaradas *Rimas de amor*, que empezaban a estorbarme, porque me había casado, y como quien escribe una novela romántica emprendí un viaje a Europa.

Llegamos en mayo a Madrid y tuvimos la suerte de ocupar, en la esquina de la calle de Sevilla y de la Carrera de San Jerónimo, un departamento cuyo balcón miraba hacia la Puerta del Sol.

Una mañana, en la ochava del frente, que era una pared ciega, vi un inmenso letrero, pintado esa noche, con grandes letras amarillas sobre fondo rojo: era el anuncio de la nueva edición de *Alegre* que hacía Calleja por cuenta propia. Me entusiasmó como un buen presagio, y me largué por las calles de Madrid con aplomo de personaje. Casi me extrañaba que la gente no prestara mayor atención a mi persona.

Tres ediciones, todas ellas económicas, hizo Calleja del libro, y hacia 1916 lo editó en un hermoso volumen la casa Ollendorf, de París, edición que se reimprimió después una o dos veces, según mis noticias.

Ya estaba yo en relación con la Agencia General de Librerías y Publicaciones, que por esos años administraba mis obras, y que tenía en América del Sur la concesión de las ediciones de Ollendorf, entre las que figuraban *Flor de durazno* y *Fuente sellada*.

Habíase agotado en Buenos Aires el surtido de esta última, y la Agencia, apremiada por sus clientes (¡esta vez iba de veras!), pidió a París telegráficamente que reimprimiesen la novela. ¿Cómo leyeron el telegrama en París? No sé. El hecho es que tres meses más tarde, en vez de la nueva edición de *Fuente sellada*, pedida con tanto apuro, llegó a la Agencia un pavoroso cargamento de libros: seis mil ejemplares de *Alegre*.

Pronto se dice la cifra, pero hay que verlos apilados y saber lo que significan para comprender el espanto que se apoderó de mi buen amigo M. Corne, el antiguo gerente de la casa.

—¡Aquí tenemos *alegría* para doscientos años! —me dijo con un supremo desdén hacia la infausta mercadería que le enviaban de París.

No traté de consolarlo, porque abrigaba la misma convicción que él.

Pues bien, los dos nos equivocamos.

Aquellos seis mil ejemplares de la bonita edición de París desaparecieron en poco tiempo.

Roberto Fernando Giusti

*Visto y vivido. Anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas*





## Roberto Giusti (1887-1978)

Giusti llegó a Buenos Aires en 1895 y estudió en el Colegio Nacional Norte, sentado, según escribió, “en los mismos bancos con la ‘fine fleur’ de la aristocracia vacuna”. Empezó a ejercer la docencia como estudiante y se inició en el periodismo en 1904 en *PBT*, con el seudónimo de Eynhardt. Con el mismo nombre firmó las notas de crítica teatral de *El País* entre 1908 y 1909. Se graduó en la Facultad de Filosofía y Letras, donde fue alumno de Carlos Octavio Bunge, Calixto Oyuela y Juan Agustín García, entre otros. Fue crítico literario, profesor de literatura y militante político. Junto a su amigo Alfredo Bianchi dirigió durante casi cuatro décadas la revista *Nosotros*, a la que consideró probablemente el archivo más relevante de su actuación pública y en la que fue construyendo su figura de crítico de su generación.

*Visto y vivido. Anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas* (1965), su libro de memorias, se compone en su mayor parte de capítulos inéditos y previamente publicados en diarios y revistas. En la “Justificación” que abre el volumen, Giusti reflexionó sobre el género y señaló su parentesco con la novela; como memoria, *Visto y vivido* exhibe la índole dispersa de los recuerdos evocados y no hace de la cronología personal su principio de construcción. Se trata de un conjunto de recuerdos no exclusivamente literarios que pretende abarcar los tres campos de acción que Giusti denominó sus “tres vidas”: las de escritor, profesor y político.

Como otros memorialistas, destacó sus años juveniles — sociables, bohemios, universitarios—, a los que volvería una y otra vez. Recordó esa juventud en “Veinte años de vida” (*Nosotros*, 1927) para repasar la historia de la revista. Volvió a publicar ese artículo en la cuarta serie de *Crítica y polémica* (1930). Se refirió de nuevo al nacimiento de *Nosotros* en “Una generación juvenil hace cuarenta años”, incluido en *Siglos, escuelas y autores* (1946), escrito en 1942 con motivo de la muerte de Alfredo Bianchi. Regresó otra vez a su juventud en *Momentos y aspectos de la cultura argentina* (1954), en “Tertulias literarias y escritores

porteños de principios del siglo”, también incluido finalmente en *Visto y vivido*.

Las memorias de Giusti acentuaron, más que ninguna otra, la dimensión colectiva de los recuerdos. Los retratos que componen “Tertulias y escritores” permiten reconstruir una serie de vínculos que no tuvieron su centro en la figura del memorialista sino en la trama y las formas de relación entre participantes de distintos espacios de sociabilidad que iban construyendo la exigua vida literaria de principios del siglo XX, con sus cafés, librerías, bibliotecas, aulas universitarias y redacciones de diarios. Los relatos sobre la librería de los Moen, el Café de Los Inmortales, La Brasileña, el sótano del Royal Keller, las reuniones del *almorzáculo* o los encuentros en la redacción de *La Nación* alternan con las noticias sobre Roberto Payró, José Ingenieros, Emilio Becher, Florencio Sánchez, Charles de Soussens, Evaristo Carriego.

La Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, donde se inició la amistad con Bianchi, tuvo una presencia destacada y recurrente en los recuerdos. No es el mero escenario de la vida académica: se trata de una institución vinculante y decisiva para los comienzos en la vida cultural. La Facultad de Filosofía y Letras es presentada como sede de una sociabilidad nueva, más horizontal y democrática entre pares, en la que se realiza además una función del magisterio que no se restringe al campo universitario. Las figuras de José Enrique Rodó y José Ingenieros, bien distintas entre sí, son en ese punto significativas. De los capítulos relativos a los inicios individuales, merece especial interés “Mi teatro Odeón”, al que concurre gratuitamente mientras trabaja como crítico para *El País* en reemplazo de Juan Pablo Echagüe (Jean Paul). Importa reparar en los puntos que Giusti destaca al valorar esa institución, porque esos aspectos también tienen vigencia como formas de autorización cultural y como modo de pensar la modernización de la cultura argentina: el prestigio a la vez artístico y social del Odeón, el contacto necesario con las expresiones artísticas de las culturas extranjeras.

El resto de los capítulos son retratos (el bibliófilo Antonio Gelini, Francisco Capello, David Peña, Ricardo Rojas, Francisco Romero, Alejandro Korn, Juan B. Justo), crónicas de acontecimientos culturales (el congreso de los P.E.N clubs de 1936, la visita de Josephine Baker) o el relato excepcional de algún conflicto (Benito Lynch). También celebró en dos capítulos su amistad con Alfredo Bianchi. Escritas sin preocupación por conquistar una reputación, ganada tempranamente, las memorias de Giusti se leen como la contracara de los *Recuerdos de la vida literaria* de Gálvez.

*Visto y vivido. Anécdotas,  
semblanzas, confesiones y batallas*

**Buenos Aires, Losada, 1965**

**Una generación juvenil de comienzos del siglo<sup>1</sup>**

¿Habrán fracasado irremediabilmente los ideales de mi generación? En verdad, ¿qué proyectos, qué ilusiones, qué esperanzas no han fracasado en la terrible catástrofe histórica en que rodamos entre los escombros materiales y morales hacia no sé cuáles vertiginosos abismos? ¿Qué filosofía se salvará mañana si no es la del *homo homini lupus* en la selva humana estremecida por el alarido de los más violentos? Religión, filosofía, derecho, ética, estética, ideales de convivencia pacífica y armoniosa elaborados en nuestra civilización occidental por más de dos milenios de pensamiento, se disuelven bajo la granizada de obuses y bombas con que la misma ira del cielo parece castigar la tierra como a una inmensa Gomorra.

Aunque enfáticas, mis palabras son incoloras e inexpresivas, como cualquier imagen verbal, para

---

[1] Esta evocación de un pasado ya lejano la ofrecí a la memoria de Alfredo Bianchi en ocasión de su muerte. Al reproducirla entre mis recuerdos comprendo que aun el énfasis que puse en los párrafos iniciales pueda parecer descolorido: en 1942 poco o nada sabíamos de los campos de exterminio hitleristas, ni había estallado la bomba de Hiroshima, ni tampoco se sospechaba que los hombres volarían a la Luna o a Marte. [N. del A.]

representar la inmensa ruina de nuestra civilización. Esta no se puede medir sino en términos de apocalipsis.

Pero hay algo que progresa en medio de la universal desolación, más aun, activado por la urgente necesidad de sobrevivir y matar. Es la ciencia, el dominio de la naturaleza por el hombre, el descubrimiento y aprovechamiento ilimitado de la energía física. En manos del hombre, se ha dicho, está lograr que este mundo sea lo que él quiere que sea.

[...]

Sin duda la cálida onda de humanismo que circuló por las venas del Ochocientos, la que incendió en individuos y pueblos el sentimiento de la libertad, impulsó las revoluciones redentoras de las nacionalidades y los movimientos emancipadoras del proletariado, avivó la exaltación poética del romanticismo y renovó la fe en la fraternidad pacífica de los hombres, esa onda llegaba ya a nosotros, jóvenes argentinos del Novecientos, lenta, enturbiada y tibia; pero, así como la corriente del Golfo hace posible una civilización superior en el distante litoral de Escandinavia, sumergido en las brumas polares, aquella mágica fuente de energía espiritual todavía alcanzaba a calentarnos la fantasía y el corazón.

No sé si resultará demasiado aburrida la minúscula historia de los tiempos de Maricastaña que me propongo referir, pues las horas corren muy veloces y ¿qué puede interesar el credo inicial de una oscura patrulla segada ya en parte por la muerte o dispersada por la vida, en medio del vertiginoso sucederse de los acontecimientos y las generaciones? Pero quizás haya entre mis lectores algún curioso de la paleontología del espíritu a quien pueda parecer digno de ser anotado ese efímero momento de nuestra evolución moral e intelectual. A él le ofrezco esta contribución a la exhumación de una edad soterrada bajo la lava de dos erupciones.

Porque, es tiempo de decirlo, carecería de significado esta evocación si escucháramos solamente a través de ella la voz de un individuo o de un grupo aislado, extraviado en la gran ciudad. No es así. Quizás ese grupo fuera de selección

por componerlo estudiantes universitarios de promociones inmediatas y pichones de escritores; pero no era tangencial o exterior a las inquietudes más generales de la sociedad argentina de entonces, sino que estaba dentro del círculo, cerca del centro donde más claramente resonaba en el corazón de los jóvenes la voz de esos días.

Recuerdo muy bien a uno de sus componentes. Era, cuando entró en la Facultad de Filosofía y Letras sesenta años largos atrás, un muchacho de apenas diecisiete, flaco, debilucho, tímido y soñador, salido, como todos los de mi generación, de las aulas del Colegio Nacional, donde se aprendía más o menos lo que se aprende hoy, que no es mucho.

Ya he descrito alguna vez el ambiente en que zambulleron a ese mi otro yo, tan cerca todavía y tan distante de mí. En él se encontró como pez en el agua. Del cuadro evocado entre burlas y veras, voy a extractar algunos rasgos que bastarán a caracterizar el clima espiritual de esa juventud.

*Todo lo sabíamos* —escribí en días ya lejanos<sup>2</sup>—. *Todo lo destruíamos. Ferrarotti* (me refería al después prestigioso político y profesor universitario, Juan Luis Ferrarotti), *era nuestro “duca e maestro”*. *Traía los bolsillos llenos de libros: en el sobretodo un tomo de Paleontología y otro de Estética; en el saco un tratado de Teosofía y un drama de Ibsen; en el chaleco, algún diminuto volumen de líricas; en los pantalones, fajos de diarios; bajo el brazo, enteras enciclopedias. A su semejanza, rellenábamos de papeles cuanto agujero hallábamos en nuestros trajes. Leíamos, ávidos de ciencia, con frenesí de sedientos, sin admitir que pudiésemos ignorar ninguna cuestión en el orden de los conocimientos humanos y divinos. Discutíamos y nos insultábamos. De Diego* (me refería a Alberto de Diego, muchacho de tenebroso rostro barbado, viva fantasía y corazón generoso, asesinado en Quilmes en 1914 por unos matones políticos) *no citaba a Kant sin indicar la página*

---

[2] “Veinte años de vida” (Nosotros, t. 57, año 1927). [N. del E.]

*y la línea. Al salir de la Facultad continuábamos en procesión la polémica a través de Buenos Aires, pisándonos los talones hasta acabar por la loma del diablo. Una vez gritábamos tan fuerte que un vigilante amenazó llevarnos a todos presos. Y otra vez que asistimos al velorio de la madre de un amigo queridísimo, casi nos echan, porque, borrachos de ardor polémico, nos pusimos a discutir a gritos un delicado punto de estética, olvidándonos por completo del lugar y el momento en que estábamos. Y como las clases de la Facultad no alcanzaban a vencer nuestra rabiosa sed de ciencia, íbamos también, de vez en cuando algunos, todos los días otros, a las de Derecho, y no satisfechos todavía, aunque cansados, tomamos la costumbre de acudir en tropel a las de Botánica que daba Eduardo L. Holmberg en la Facultad de Ingeniería, latas interminables, heterogéneas y pintorescas, que sorbíamos como néctar celestial.*

*Nuestro estado natural era el heroísmo. Nos desayunábamos con hechos grandes, como otros con un par de huevos. Yo me hubiera sentido humillado en lo más hondo del alma a no haber, al menos en cada cuadra, lanzado un grito, especie de reto dirigido a los hombres y a los astros. Llevaba el sombrero sobre la nuca, la negra corbata al viento y los botines invariablemente sucios. Todos coincidíamos en protestas análogas.*

*De Diego, pensando dar nuevos rumbos a la enseñanza de la moral, pedía que fuese nombrado Almafuerte suplente de Ética y Metafísica, y para dar más sólido fundamento a su opinión, rompió ipso facto una lámpara y descalabró una silla. Su dialéctica era convincente, pero quedaban algunas dudas. “¿Por qué Almafuerte?” “Porque es un gran tipo que dice malas palabras... Se necesitan hombres como él”. Nos había vencido: no había nada que objetarle. Y entonces De Diego, aprovechando nuestro entusiasmo, nos propuso otra idea luminosa: “Muchachos, cuando se haga cargo de la cátedra, debemos regalarle una docena de medias de lana. Es un homenaje delicado que él sabrá apreciar en lo que vale”.*

*Bianchi, en los días de huelga, tan frecuentes entonces, se lanzaba a la calle de corbata roja y encendido clavel en*

*el ojal, agitando diarios anarquistas bajo la nariz de los vigilantes. Nadie lo llevaba preso. Ninguno de nosotros hubiese tenido el coraje de afrontar el desprecio de los compañeros declarando ignorar uno solo de los volúmenes de la biblioteca Sempere. Kropotkin, Bakunin, Max Stirner, Faure, Grave, Malato, nos eran tan familiares como la cara de Iglesias, el portero de la Facultad, eterno e inmovible como Cronos. No recuerdo quién descubrió un tomo de Nietzsche en la biblioteca del Municipio. Nos volvimos todos nietzscheanos. Necesitábamos reformar urgentemente la sociedad.*

*Un primero de mayo, Bianchi y yo casi nos hacemos fusilar en la plaza Lavalle por la guardia de seguridad en holocausto a nuestros ideales. Pero me vengué: escribí furiosos artículos en una revista hospitalaria, anunciando la aurora roja para dentro de brevísimo plazo.*

*Una magnífica ocasión se nos presentó en 1905, cuando Máximo Gorki fue encarcelado por la policía imperial. Inmediatamente constituimos un comité pro-Gorki, lanzamos nuestra voz al país e intimamos al Zar la libertad del novelista en un término perentorio. El Zar no nos hizo caso. Rusia fue mi sueño de algunos meses. Venerábamos a Vera Zasúlich. Leíamos a Dostoievski. Yo falsificaba a Gorki. Mi suprema aspiración era vivir en una buhardilla con una estudiante nihilista, que para mí todos allá eran nihilistas.*

*¡Qué dramas no planeamos, qué sistemas filosóficos no discurrimos, qué revistas no pensamos editar! De todo eso han quedado algunos artículos rugientes o dolientes, perdidos en publicaciones de tercer orden.*

Hasta aquí la evocación humorística. Veamos un poco ahora con mayor seriedad en qué creían esos muchachos; qué negaban; qué esperaban del porvenir. Entonces aún se creía en el progreso indefinido. Spencer y el evolucionismo en todos los órdenes del Cosmos, desde la materia hasta las sociedades humanas, contaban con nuestra adhesión total. ¡Era tan claro, tan lógico, tan evidente el proceso! Los demás filósofos eran para nosotros temas de estudio; ofrecían

a nuestra avidez intelectual aspectos dispersos de sus sistemas—Kant, su crítica del conocimiento; Schopenhauer, el pesimismo recibido de segunda mano o aprendido en los extractos fragmentarios de su obra—; pero lo único que vivíamos verdaderamente era la cautivadora concepción de un universo que va diferenciándose en todas las esferas conforme a un ritmo que explica desde las oscilaciones de las moléculas hasta la elevación y caída de las naciones y la muerte de los astros. Haeckel, el naturalista de Jena, había dicho la última palabra sobre el origen del Cosmos y la evolución de las especies vivas en sus *Enigmas del Universo*. Si Darwin era Dios, Haeckel era su profeta. Su monismo simplificador, que identificaba materia y energía, cuerpo y espíritu, lo explicaba todo genéticamente. Era la Ciencia, abarcando la naturaleza hasta los últimos límites de lo que solía distinguirse comúnmente por materia y espíritu, dualidad resuelta por el cómodo paralelismo psicofísico para satisfacción de los menos dogmáticos que se negaban a aceptar una pura explicación biológica de los fenómenos mentales. Más allá estaba el “ignorabimus” de du Bois-Reymond, el “Incognoscible” de Spencer, señalándonos la frontera infranqueable que nuestros propios profesores eran los primeros en aconsejarnos no intentar infructuosamente traspasar. En la plataforma superior, como el maestro Horacio Piñero, vocero de la Psicología experimental de reciente importación, llamaba a la Metafísica con su incontenible afición a las metáforas, íbamos depositando todos los problemas, como en un desván los trastos incómodos.

No nos creíamos por ello materialistas, pues entendíamos haber dejado atrás por larga distancia las rapsodias de Luis Büchner y demás corifeos de la escuela, tan populares entonces, sobre todo en los círculos obreros. Para ser exacto no negaré que esta concepción unitaria del universo, con la implícita negación de toda metafísica y creencia religiosa, levantaba dudas en algunos espíritus menos conformistas; pero nadie se sentía entonces “abrasado de vergüenza” leyendo el libro de Haeckel, como le ocurrió a su eminente compatriota Federico Paulsen, según me he

enterado más tarde. La reacción sobrevino aquí pocos años después. *El Credo* de entonces era el que había expuesto Ameghino desde 1899 en sus artículos sobre *Los infinitos* y sintetizó en la conferencia pronunciada en la Sociedad Científica Argentina en agosto de 1906, con la resignada presencia del P. Sisson.

Por ese mismo cauce corrían todas nuestras concepciones históricas y sociales. Estábamos persuadidos de las infinitas posibilidades evolutivas de la humanidad. A quien sospechase que la marcha de nuestra civilización pudiera detenerse lo hubiéramos tenido por insensato. Soñábamos un orden mejor, no consistente con el nuevo que hoy se preconiza con la palabra y la fuerza, en la regresión a los imperios rebaños de la antigüedad, sino en una sociedad armoniosamente organizada sobre la ley de una más justa distribución de los bienes de la vida. Confesaré que a este respecto nuestras ideas eran más bien confusas, porque nos bullían en la cabeza distintos sistemas políticos no siempre conciliables. Nuestra juventud jactanciosa y rebelde se embriagaba a ratos con las afirmaciones egotistas de Max Stirner, cuyo *Único y su propiedad* había difundido, tardíamente por cierto, la popular biblioteca blanca del editor valenciano Sempere, principal venero de nuestra semicultura filosófica y sociológica; pero no menos generosa se estremecía de santa indignación ante el dolor universal (así se llamaba precisamente un libro de Sebastián Faure), al que proponíase buscarle remedio.

Los anarquistas convictos y confesos eran raros en nuestras filas, si bien simpatizábamos con la doctrina de algunos propagandistas y teóricos de la escuela, que había echado a fines del siglo XIX ciertos brotes en el Río de la Plata. General era en cambio la adhesión a las ideas socialistas. Nadie había leído, en verdad, *El Capital*, a lo más, hojeado en un compendio. No nos arriesgamos siquiera a leerlo cuando en 1907 seguíamos en la cátedra de Sociología de la Facultad, el curso que dictó nuestro maestro Ernesto Quesada sobre las doctrinas filosóficas y sociales de Carlos Marx. Atemorizados por el tecnicismo de las teorías económicas del genial profeta de Tréveris,

preferíamos enfrascarnos en las glosas polémicas, no siempre tampoco de fácil comprensión, suscitadas por la doctrina del determinismo histórico o las inexorables leyes de la evolución y crisis de la sociedad capitalista; o bien en las más accesible divulgaciones de Engels. Aunque habíamos leído el *Manifiesto Comunista*, nadie se decía tal. La palabra no estaba todavía en curso entre nosotros. La reprobación social y policiaca caía entonces, casi siempre con tan poco fundamento como ahora, sobre los anarquistas o calificados de tales, y también rozaba a los socialistas, con andar estos tan a menudo trenzados con aquellos en las salas de conferencias, en agitados debates donde el puño solía reforzar los argumentos.

Socialistas revolucionarios que pensaran transformar catastróficamente el orden social los había; pero eran los menos. Vagamente se creía que el fruto, sazonado por el irresistible calor de los movimientos populares, caería maduro del árbol. Ya veíamos la luminosa ciudad soñada, al extremo de la oscura calle por donde marchaba desde tantos siglos, fatigada y doliente, la humanidad. Emilio Zola la había prefigurado en sus *Evangelios*, principalmente en *Trabajo*, cuya visión final de paz y concordia era un tópico en labios de los oradores socialistas.

Se preguntará el lector si estábamos todos afiliados al pequeño partido metropolitano que en 1904 llevó a Alfredo Palacios al Congreso. De ningún modo. Éramos francotiradores. La militancia disciplinada no nos seducía; la presentación resignada en los comicios regulados por el voto venal nos dejaba indiferentes. Escuchábamos a sus oradores; sentíamos respeto por sus dirigentes y tribunos más destacados —Justo, Repetto, Palacios—; sabíamos de algunos escritores argentinos que habían pasado por el partido sin permanecer en él —Payró, por ejemplo; o Lugones e Ingenieros, de quienes releíamos el verso y la prosa detonantes del extinguido periódico *La Montaña*—; nos deslizábamos, no sin peligro, en la cola o en las alas de los mitines del 1º de Mayo, frecuentemente dispersados a balazos; pero no nos enganchábamos. Aquella gimnasia electoral sin resultados prácticos inmediatos no calentaba

la fantasía, que ambicionaba la acción heroica y el triunfo. Tal vez por ello, más de uno había elegido ya las filas de donde participaría en la vida cívica del país. Eran — puede suponerse— las del partido radical, que vivía bajo la misteriosa sugestión de Hipólito Yrigoyen y ponía a prueba aquellos días su fuerza revolucionaria en el movimiento del 4 de febrero de 1905. De esa hornada salieron, entre otros, Roberto Ortiz, José Tamborini y Mario Guido; con los dos últimos me ligó la amistad desde las aulas universitarias.

El sarampión socialista, decía, prendió en muchos aprendices de escritores y jóvenes universitarios en formas más o menos esporádicas e irregulares. Basten unos pocos ejemplos. Emilio Becher, convertido más tarde a cierto misticismo católico y escepticismo social, escribía artículos incendiarios en pequeñas revistas hoy olvidadas. Era yo todavía un niño cuando tuve mi primer contacto con Alberto Gerchunoff, mocito que me aventajaba en pocos años, un domingo en que él hablaría en una reunión socialista. Mario Bravo se mantuvo fiel a través de cuatro decenios a la causa a la cual se consagró en las aulas universitarias.

Nuestra posición en el terreno político era, pues, francamente romántica. Por eso, si bien no profesábamos el anarquismo y lo tuviéramos algunos por una doctrina inconsistente, a todos nos seducía la gallardía tribunicia y el valor personal de Alberto Ghirardo, publicista y poeta, cruzado de la causa, como se decía entonces. En esas filas fue donde se produjeron con el andar de breves años las más sorprendentes deserciones y conversiones.

En fin ¿qué nos movía a unos y a otros hacia los llamados partidos de izquierda? ¿Acaso principios doctrinarios, caso sólidos estudios económicos? No; nada más que el sentimiento; el sentimiento que tanta parte tiene en el fluir de la historia. La gran aldea del 80, en la cual todo se importaba del extranjero, se convertía rápidamente en una ciudad fabril, con las competencias, rebeldías y miserias que caracterizan en cualquier latitud la sociedad burguesa e industrial. En el decenio anterior, alrededor del 90, había nacido el movimiento proletario argentino. Surgieron las primeras agremiaciones; las huelgas se multiplicaban,

epidémicas, caprichosas, violentas, en los períodos de depresión económica y desajuste entre el costo de la vida y los salarios; el trabajo probaba desordenadamente sus fuerzas. El conventillo hacinaba tropas vencidas de inmigrantes. Ninguna expresión literaria más característica de ese estado de espíritu y de la miseria de la plebe porteña, que los cinco tomos, hoy olvidados, del *Libro extraño* del doctor Francisco Sicardi, escrito bajo la prepotente influencia del evangelio social de Emilio Zola; informe obra cíclica cerrada con el estridente clamor de protesta del tomo final de la serie, que lleva el simbólico título de *Hacia la justicia*. Parecidos acentos se escuchaban en la poesía, hija o nieta del humanitarismo de Víctor Hugo.

[...]

La nación se nos aparecía entonces a la mente sin definidos contornos morales y políticos, un vasto y rico emporio agrícologanadero, contra cuyo espíritu fenicio o cartaginés, que el calificativo iba en gustos, clamábase ritualmente en las tertulias y en los escasos banquetes literarios. Amábamos la patria, por supuesto, y la vaticinábamos grande y próspera; pero los sentimientos nacionalistas no habían adquirido todavía aquella decisión afirmativa que los caracterizaría a partir de *La restauración nacionalista* de Ricardo Rojas, la campaña de José María Ramos Mejía desde la presidencia del Consejo Nacional de Educación y el contagioso fervor de las inolvidables fiestas del Centenario; sentimientos que han ido exaltándose progresivamente, máxime en los últimos tiempos, hasta odiosas formas de xenofobia, razonadas por unos, por otros simplemente sentidas. Nuestra generación, en su juventud, no tuvo ninguna prevención contra el extranjero; ni aunque su ideario fuera marcadamente anticapitalista, sellaba al capital con rótulos gentilicios. Cuando más, se temía a los Estados Unidos, a los que algunos publicistas y propagandistas complacíanse en representar como voraz Calibán, frente al aéreo Ariel, que eran las pobrecitas repúblicas de Hispano-América. No recuerdo si Manuel Ugarte había ya iniciado entonces su campaña de publicista

contra el “coloso yanqui”; pero esa oposición estaba en el espíritu de todos. Por cierto que los Estados Unidos hacían (y han seguido haciendo, hasta que el segundo Roosevelt inició la política de Buena Voluntad) todo cuanto podían para justificar el temor y el repudio que inspiraban a la América Latina. De 1905 son los *Cantos de vida y esperanza* de Rubén Darío, donde leímos con entusiasmo el magnífico apóstrofe a Teodoro Roosevelt, el soberbio y fuerte cazador:

Eres los Estados Unidos,  
eres el futuro invasor  
de la América ingenua que tiene sangre indígena,  
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

con lo que sigue, que es el orgulloso desafío de la América Española a la titánica amenaza.

Ese estado de espíritu era general. Si abríamos *El viaje intelectual* de Groussac, publicado en 1904, del maestro tan leído y admirado por la juventud, encontrábamos el discurso pronunciado seis años antes en el Teatro Victoria en ocasión de la guerra de España y Estados Unidos, diatriba contra la república del Norte, cuya espesa ceguera parece hoy inverosímil en labios del reflexivo escritor, pues lo lleva hasta condenar la independencia de Cuba, supongo que por miedo al yanqui. Si leíamos el *Ariel* de Rodó, del artista no menos admirado, la antífona era la misma, aunque el tono fuera diferente.

Por lo demás profesábamos un vago internacionalismo. Creíamos, como creyó el siglo XIX, en el progreso indefinido, y confiábamos, a pesar de las engañosas apariencias, en la concordia de las naciones y en la paz universal.

[...]

Por fuerza la librería extranjera atraía sin posible competencia el interés de los lectores cultos. La producción argentina era pobre. Casi no teníamos novela; el cuento no tentaba a los escritores, sin otras revistas que *Caras y Caretas* y *El Gladiador*, y algo más tarde, *P.B.T.*, *Fray Mocho* y alguna otra efímera, que lo acogieran, y breve

y mal pagado; crítica y ensayos eran poco menos que desconocidos, salvo la crónica teatral. Las correspondencias de actualidad, en los suplementos literarios de *La Prensa* y *La Nación*, solían ser un ciento por ciento extranjeras. Los libros impresos en el país eran escasos. Cuando se publicaba alguno de presumible éxito (entiéndase, entre varios centenares de lectores), los libreros Moen embanderaban con él toda su vidriera de la calle Florida. Las rarísimas revistas literarias se defendían penosamente y desaparecían pronto. Las de cierta altura eran fenómenos esporádicos como lo habían sido antes de 1900 la *Revista de América* de Rubén Darío y Jaimes Freyre, *Atlántida* de José Pardo y *El Mercurio de América* de Eugenio Díaz Romero, y lo fueron después *El Sol* de Alberto Ghiraldo e *Ideas* de Ricardo Olivera y Manuel Gálvez. La aparición de *Nosotros* no se produjo hasta 1907. Los que estaban *à la page* leían *Le Mercure de France*, la revista de los simbolistas de allá, en cuya crónica escribía de tiempo en tiempo sobre letras hispanoamericanas el ya citado Díaz Romero. Los dos santuarios de peregrinación de los lectores cultos estaban en el breve espacio de las cuatro solas cuadras de Florida verdaderamente animadas por el tránsito y el comercio. Eran la librería de Arnoldo y Balder Moen y la de Espiasse, cuyo fondo lo formaban principalmente libros franceses. Allí íbamos a buscar las novedades del *Mercure* y las novelas de Anatole France, gustado e imitado por todos sus contemporáneos. La admiración por Zola y Daudet, que caracterizó a la generación anterior, había cedido el paso a la idolatría por el autor de *Le crime de Sylvestre Bonnard*, solo pareja a la que inspiraba Gabriel D'Annunzio. La librería de Cantiello y la "Dante Alighieri", ambas en la calle Florida, defendían decorosamente el libro italiano en la Argentina.

Creíamos en todo aquello que los europeos habían admirado y endiosado desde el decenio precedente: Tolstoi, Ibsen, Nietzsche, Verlaine, y aborrecíamos las exageraciones psiquiátricas de Max Nordau, quien había condenado pedantescamente en globo toda una luminosa

época del espíritu humano en su mal afamado libro *Degeneración*.

Entre los nuestros no reconocíamos sino un gran poeta: Leopoldo Lugones. Ricardo Gutiérrez, rezago del romanticismo, había muerto en 1896 y ya no interesaba; Rafael Obligado y Guido Spano eran venerables recuerdos escolares. En Lugones, el vigor del prosista que había hecho proezas verbales en la conmemoración de Emilio Zola, se nos imponía como un puño macizo. *Las montañas del oro* eran citadas con voz cavernosa en las pláticas de café; el *Himno a la luna*, defendido agresivamente contra los incomprensivos; los sonetos samenianos de *Los crepúsculos del jardín*, paladeados sensualmente aun antes de ser reunidos en libro en 1905.

Todavía se creía en la virtud de la prosa artística; y a la novela, los admiradores de France y D'Annunzio le pedían algo más que hechos crudamente desnudos.

Ya empezaba nuestra generación, después de dejar en los bancos del colegio su admiración adolescente por Núñez de Arce y Campoamor, a mirar hacia la española del 98. Al maestro Unamuno se le leía con reverencia. Azorín empezaba a ser gustado por algunos, y Baroja, conocido por sus primeras obras paradójicas. Leíamos también a Maeztu y no nos perdíamos un solo artículo de Grandmontagne, este casi nuestro. La prosa aristocrática del Valle Inclán de las *Sonatas* ejercía sobre nosotros una seducción irresistible. Estaba a punto de llegarles la hora a Juan Ramón Jiménez y a los dos Machados. Admirábamos también a Salvador Rueda, de la generación anterior. Mucho nos dolió que en 1905 unos mediocres versos suyos fueran pospuestos al *Canto al trabajo* de Gabriel y Galán, por un jurado a nuestro juicio incomprensivo, en unos juegos florales de campanillas, cuyo mantenedor fue Belisario Roldán, orador discutido en frío, pero asombroso cuando desengarzaba el collar de su elocuencia. A través de las ediciones baratas de Maucci, por las que ya había sido conocido Zola, nos llegaba la extraña sugestión de Dostoievski y de Gorki, y como otro Anatole France, más pintoresco y vario, nos conquistaba para siempre Eça de Queiroz.

Aseguran fidedignos cronistas que en Buenos Aires se exhibieron películas cinematográficas desde fines del siglo pasado. Debió de suceder muy secretamente, pues yo no me enteré de ello sino tiempo después. No sabría decir si alguno de nosotros asistió a esas exhibiciones; pero apostaría a que no. Ni hubiéramos gustado de ellas, pues nuestras almas ambicionaban espectáculos más tonificantes que las farsas tontas y epilépticas con que se inauguró el séptimo arte. El teatro nacional, al ascender por esos mismos años, con Sánchez y Payró (*M'hijo el doctor* es de 1903; *Sobre las ruinas*, de 1904), a la esfera de las intenciones artísticas, empezaba a interesarnos; preferíamos no obstante el extranjero, que era excelente. Mejor será decir: el italiano, más al alcance de la comprensión general. Muchachos aún, vimos representar a Teresa Mariani, creo que la primera intérprete de Ibsen en Buenos Aires; a Novelli, a la seductora Tina di Lorenzo; y en 1904 a Ermete Zacconi, quien nos reveló un mágico repertorio antiguo y moderno, desde Shakespeare hasta Hauptmann y Tolstoi. También tuvimos la suerte de alcanzar en su magnífico ocaso a Eleonora Duse, insuperada e insuperable, y poco más tarde a la incomparable Emma Grammatica, ya recordadas.

No se nos supondrá abonados a la platea del Odeón o de la Opera, del San Martín o del Politeama. Gracias si conseguíamos pellizcar uno que otro espectáculo de esas memorables temporadas de invierno, oteado desde las lunetas altas, que esto era privilegio de potentados, y por lo común desde el paraíso. No fue menor revelación la del Teatro Libre de Antoine, que haría conocer las obras más representativas de la escena europea de fines del siglo, no sólo las “tranches de vie” de los continuadores de Henry Becque y discípulos de Zola, mas también las creaciones ya remontadas hacia la psicología, el lirismo y el símbolo, de Porto-Riche, de Curel, Ibsen, Strindberg, Bjørnson, Maeterlinck. Del deslumbramiento que tales representaciones vigorosas y humanas o intensamente sugestivas producía en los jóvenes, queda el testimonio de la influencia ejercida por el repertorio de Antoine y las

interpretaciones de Zacconi sobre la orientación del teatro de Florencio Sánchez después del estreno de *M'hijo el doctor*.

No era menos apasionada aquella generación por el “bel canto”. No sé si afirmo demasiado atrevidamente que fuimos los últimos en gozar, en plenitud estética, con prescindencia de cualquier interés no artístico, las delicias de una romanza, una cavatina, un dúo o un “concertato”. Algunos conservábamos el recuerdo asombrado de Tamagno en sus últimas apariciones en la Ópera a fines del siglo; todos éramos idólatras de Caruso.

Pienso que la ópera tal como la concibió y desarrolló el genio italiano, ha recorrido ya su órbita en la esfera del arte y está agonizando, como lo estaban, por ejemplo, en el siglo XVII, las novelas de caballerías. Lo cual no quiere decir que estas no siguieran reimprimiéndose cansadamente y no tuvieran rezagados lectores, cuando los tienen todavía el *Guerin Meschino* o *Los Reales de Francia*. La ópera conserva cierta vitalidad aparente, porque la sostiene la colaboración de cien intereses extra artísticos, unos de naturaleza económica y comercial, otros de carácter mundano. No niego que todavía se escuche con agrado la repetición de trozos de las obras favoritas; pero aquel fervor que en otro tiempo alzaba en pie, delirantes, a las plateas cuando el tenor hacía estremecer el teatro y los corazones con un franco do de pecho, o la soprano babear de placer con sus trinos y volatas, ¡oh!, ese paroxismo de la emoción ya no nos es dado sentirlo, y muchos de mis lectores no podrían siquiera sospecharlo. El embeleso con que fueron escuchadas las Tetrzzini, la Darclée, María Barrientos; esa suspensión del hilo de oro de los dulcísimos acentos de la “Casta Diva” o los blandos de “Una furtiva lacrima”, es una experiencia psicológica cuyo secreto el siglo XIX transmitió quizás algo desvanecido a nuestra generación, y esta conserva celosamente en su pecho sin que los llegados después puedan adivinarlo. Otras emociones estéticas, sin duda más puras y no menos intensas, experimentan los apasionados amantes de la música en las salas de concierto, que entonces poco frecuentábamos porque solían ser raros círculos de iniciados; pero aquellas, propiamente aquellas, no.

¿Qué más podía hacer entonces un joven con curiosidad intelectual e inquietudes artísticas en la chata Buenos Aires de principios del Novecientos, sin museos, con contadas muestras de arte en la calle Florida, organizadas generalmente por “marchands” italianos en el salón de Witcomb o en el de Costa, con no menos contados conciertos, sin conferencias (las excepciones confirman la general privación), sin llamativos visitantes extranjeros; sin otro teatro interesante que el europeo en las caras temporadas de invierno; con escasísimas posibilidades de veraneo y de salir al campo en las vacaciones, salvo que, provinciano, regresara a sus lares al cerrarse los cursos? Vida de universidad, si era estudiante; vida de café literario, florecida de lecturas y discusiones; vida de biblioteca. En la Nacional, dirigida con displicencia por Groussac, sumergido en sus trabajos históricos, hallaba los libros franceses que su magro peculio no podía proporcionarle y que él apetecía: Baudelaire, Verlaine, Heredia, los parnasianos, los simbolistas editados por el *Mercure*, los críticos de moda en París. En la biblioteca de *La Prensa*, o en la de la Facultad de Derecho, y también en la más popular del Municipio, preferentemente los libros que necesitaba para sus estudios o con que los marginaba, picoteando los clásicos castellanos en la venerable biblioteca de Rivadeneyra, o los filósofos y sociólogos traducidos por “La España Moderna” o por Jorro; o bien, si estudiaba Derecho, y aunque no lo estudiase, los libros de antropología criminal de la escuela positiva italiana, entonces en boga, a cuya lectura se entregaba con una especie de consagración apostólica a la redención de los infelices encadenados al delito por su naturaleza física o miserable condición social. Las nuevas doctrinas penales, que ya habían recibido impulso en la Argentina, en el siglo precedente, en los trabajos de Drago, Magnasco, Rivarola y Dellepiane, enfervorizaba a los más inquietos estudiantes de Derecho y Medicina. Acentuó ese fervor la publicación de la famosa tesis de Ingenieros sobre *La simulación de la locura*, con su introducción, *La simulación en la lucha por la vida*, aureolada además por el prestigio de la traducción italiana en una encopetada biblioteca científica.

Aníbal Ponce, en su excelente contribución a la historia de José Ingenieros, ha descrito con vivos colores el ambiente de exaltación intelectual y alocada alegría en el cual se formó el joven maestro. Sin el conocimiento de esa atmósfera encendida en que nace el partido Socialista y dan su batalla literaria los nuevos escritores agrupados en torno de Darío, evocada con animación por el malogrado escritor, no puede penetrarse en aquella otra que respiraron los jóvenes llegados a la vida activa con el siglo. Es el mismo clima histórico y psicológico, hasta por la convivencia y compenetración de los mismos hombres, separados por uno o pocos más lustros. Aquí no hubo propiamente ruptura de generaciones hasta después de 1920. La generación reformista de 1918 había sido anticipada por los grandes movimientos estudiantiles, de protesta contra las corruptelas universitarias, de 1902 a 1907, en Derecho, Medicina y Filosofía y Letras. La Federación Universitaria fue fundada entonces. La que más tarde ha sido llamada generación de *Nosotros* recogía y prolongaba los sentimientos e ideales de la inmediata anterior.

Ella asistió, recién salida de la adolescencia, al nacimiento gris de este siglo tan pronto empurpurado por las llamas de primer incendio universal. En su invierno aún no ha arrojado por la borda todas las ilusiones de sus días primaverales. Los mejores de sus sobrevivientes, los muchachos capaces de soñar, los que hacían algo más que vegetar o tragar códigos, anatomías y álgebras, no han sido infecundos. La honrosa historia de esa generación en la ciencia, las letras, el arte, la política, el periodismo, lo testimonia. Es la historia de buena parte de la cultura argentina del siglo XX. Si hubo quien traicionó sus ideales y defecionó, ese es destino invariable de las muchedumbres en marcha. No olvidemos, además, que esa generación ha sido sacudida por dos terribles terremotos sociales y que puede disculpárseles a algunas cabezas que hayan perdido la razón.

Me propuse hacer el retrato intelectual y moral de ciertos estratos superiores de la generación que pisaba

el nuevo siglo al salir de la adolescencia. He mostrado necesariamente un bosquejo, hecho de pocos trazos. Falta el color, faltan los matices, los contrastes, lo sé. Pero el perfil es verdadero. Me mortificaría que se le ocurriera a alguien ver en él mi propio retrato. No hay tal. Si he hablado a menudo en primera persona, ha sido por comodidad retórica. He pretendido evocar objetivamente la fisonomía de una generación. Cuando mucho, el pintor se ha deslizado en un rincón del cuadro, como lo hacían los artistas del Renacimiento.

A modo de ilustración creí preciso en ciertos momentos aludir a hechos posteriores. Pero nunca me he dejado llevar a la tentadora comparación con los días presentes, ni para ridiculizar las creencias y sentimientos de antaño, ni para encaramarlos triunfalmente sobre los actuales, que ambas actitudes fáciles son posibles según el punto de mira del observador. A la ilusión de los ancianos de que todo tiempo pasado fue mejor, responde hoy jactanciosamente la juventud, condenando a bulto sin remisión ese pasado. Yo no debo tomar partido aquí. Lo más cuerdo es pensar que cambian los peinados, los trajes, el título de los libros y el rótulo de las ideas, pero que en el fondo cada generación sueña, cree y espera como las que la precedieron y seguirán. En favor de aquella debo decir que, si rebelde y derribadora de ídolos, como todas las juventudes, no cayó en la inocentada de creer que con su salida del cascarón había nacido el mundo. No lo duden los muchos que a esta misma hora van recitándose sus versos de amor y de pena por esas calles florecidas por la primavera, tal como lo hacíamos nosotros. La poesía no nació esta mañanita, ni tampoco se gradúa su mérito, inevitablemente, por la oscuridad. Ya lo dije otra vez. Esta no es la sola primavera que el mundo ha conocido. Y no será la última. Caerán los pétalos de hoy, madurarán o no los frutos, se deshojará el árbol, retoñará, florecerán otros brotes, “y generación va y generación viene y la tierra siempre permanece”. ¡Ay!, la ilusión de creerse los primeros y los únicos es tan impía, porque niega la eterna actividad creadora, como la de creerse los postreros. Impía y suicida. Es esta la respuesta que mi corazón y mi esperanza dan al

sombrío pesimismo de mis palabras iniciales, dictadas por el desengañado conocimiento.

\*\*\*

### **Tertulias literarias y escritores porteños del primer novecientos**

Allá entre el 80 y el 90 Miguel Cané decía humorísticamente que publicar un libro en Buenos Aires era hazaña parecida a recitar un soneto de Petrarca en la rueda de la Bolsa de Comercio. Cuatro lustros más tarde, cuando en los primeros años de este siglo, yo, recién entrado en las aulas universitarias, casi adolescente, asomé la nariz en los círculos literarios, la actividad intelectual sin duda había crecido y hubiera sido excesivo repetir la humorada de Cané; con todo, en medio de la actual febril producción editorial, es difícil figurarse la pacífica modorra que reinaba en el principal hogar de la cultura argentina —la ciudad de Buenos Aires— a principios del siglo. Una persona de recursos medianos podía adquirir, si lo deseaba, todos los libros impresos en el país. Editores propiamente no los había. El autor se pagaba la edición.

### **La librería de Moen**

Los libreros Moen, Arnoldo y Balder, de origen dinamarqués, establecidos desde el año 1885 en la calle Florida, casi al llegar a Sarmiento, en lo que es hoy ensanche de la farmacia Franco-Inglesa, autorizaban con su nombre prestigioso, sin comprometer un centavo, las obras de los escritores que lograban tanto honor. Cuando un poeta o un novelista decía: “Moen me hace una vidriera”, lo contemplábamos con la misma envidiosa admiración con que hubiéramos mirado a quien nos dijese: “El emperador Guillermo me invitó en su yate”, o: “Estuve en una cacería con Eduardo VII”. Hacer una vidriera significaba llenarla durante una semana con los libros que llevaban al pie el nombre de los supuestos editores, coronada la artística pila

por el retrato del feliz autor flanqueado por los recortes de algún suelto periodístico elogioso. Había grados en el honor. Aquella era la máxima jerarquía. Inmediatamente por debajo estaba la muy apetecida de merecer todo el primer plano de la vidriera, y ya era bastante favor conseguir de los hermanos Moen, no siendo ellos los editores responsables, que exhibieran un libro argentino entre los franceses que formaban la habitual población de su vidriera. El poeta novel que les había confiado para la venta diez ejemplares de su libro recién impreso, imploraba ese favor como una gracia divina, y cuando lo descubría escondido allá en el fondo entre una novela de Anatole France y una revista de modas, su corazón desfallecía de gozo.

Escasa venta tenían los libros argentinos. Si Lugones vendía en pocas semanas unos cuantos centenares de ejemplares, por ejemplo, de *Los crepúsculos del jardín* o de *La guerra gaucha*, la salida se juzgaba considerable. El mayor éxito de librería que yo recuerde por aquellos años fue el que tuvo en 1905 *Stella*, la noble pero dulzona novela de César Duayen. La favoreció un artículo muy elogioso publicado en *La Nación*, y tanto, que a los pocos días un letrero adherido al cristal del escaparate anunciaba triunfalmente: “Agotada la primera edición de 1.000 ejemplares”. Eso pareció fabuloso. En cambio, por regla general, los diez ejemplares del poeta novel no tentaban a un solo comprador. Se aseguraba que hubo casos en que en la soledad propicia del sótano tuvieron cría.

Florida, entonces una calle por donde daba gusto pasear, terminaba prácticamente en la angosta Corrientes. Allí, viniendo del norte, empezaba la animación comercial y social. Los hombres presenciaban el desfile femenino apostados en las puertas de la confitería del Águila, o del hotel Helder o del diario *El País* o desde otros lugares estratégicos. Los eran para los escritores las librerías, principalmente la de Moen y la francesa de Espiasse, ésta a pocos metros de Rivadavia. La primera sobre todo. Gozar del trato y amistad de los hermanos librereros, sobre todo del comunicativo Balder, era reputado de muy buen tono literario. Yo sólo me sentí con títulos a ser tolerado allí años

más tarde al acercarse el centenario de la Revolución, cuando dragoneaba en *El País* de crítico teatral y había hecho mis primeras armas literarias. Sin embargo, al mundillo literario me había asomado desde fines de 1904, desde cuando, llevado de la mano de Alfredo Bianchi, que me fue después durante casi cuarenta años amigo inseparable y por más de un tercio de siglo compañero insustituible en la dirección de *Nosotros*, me había deslizado en la tertulia que algunos escritores formaban de noche en el café La Brasileña, situado en la calle Maipú entre Cangallo y Sarmiento. Allí trabé relación con Roberto Payró, Joaquín de Vedia, Florencio Sánchez, Emilio Becher, Carlos de Soussens, Atilio Chiáppori, Alberto Gerchunoff, Ricardo Rojas, el escultor Arturo Dresco y algún otro. Bianchi me llevaba cinco años y participaba en ella como comprovinciano y amigo de Emilio Becher y Emilio Ortiz Grognet; yo lo seguí. Acercarme a esa mesa y tener el honor de sentarme, callando y admirando, era el secreto orgullo de que me infundía aliento para confiar en el porvenir en la ciudad donde me sabía solo y desamparado.

### **El Café de Los Inmortales**

Ya he citado a Florencio Sánchez, el vigoroso dramaturgo de *Los muertos* y *Barranca abajo*. Creo haberlo conocido por primera vez en La Brasileña. Pero él frecuentaba también el Café de Los Inmortales (antes Brasil) en la calle Corrientes, entre Suipacha y Carlos Pellegrini (todavía llamada entonces de las Artes), inmediato al Teatro Nacional. Eclécticos, Bianchi y yo, éramos equitativamente parroquianos tanto de La Brasileña como de Los Inmortales. En este último se improvisaba todas las noches una peña, o un archipiélago de pequeñitas peñas, cuyas empresas literarias ha exagerado la leyenda.

En el correr de pocos años, cuando se dispersó la tertulia de La Brasileña, nuestro campo de operaciones se concentró en Los Inmortales, ante la mesa arrendada una noche entera mediante el pago de unos cuantos cafés a diez por barba, las veces que no se hacía responsable de

la mesa el menos pobre, el más generoso o el más inocente. Sánchez caía por ahí casi todas las noches. También Antonio Monteavaro, talentoso escritor pronto envilecido por el alcohol; Enrique Banchs, revelado por *Las barcas*, en 1907; Evaristo Carriego, el reputado cuentista uruguayo Javier de Vina, José Pardo, el buen “Pardito”, gran amigo de Ingenieros y veterano de la tertulia de Rubén Darío; Juan Mas y Pi, crítico muy querido, de origen catalán, fallecido trágicamente en 1916, regresando de Europa, en el naufragio del *Príncipe de Asturias*; Vicente Martínez Cuitiño, el después prestigioso dramaturgo, por esos días autor primerizo de un libro de versos resonantes, *Rapsodias paganas*; José González Castillo, que hacía sus primeros pasos en el teatro; el periodista Edmundo Calcagno, entonces barbado anarquista, luego cónsul en Barcelona y más tarde secretario de prensa en la presidencia del general Justo; otro anarquista, el uruguayo Ángel Falco, perfecta estampa del bardo romántico y tribunicio, de negra melena, hirsutos mostachos y chambergo mosqueteril; y muchos más, bohemios y escritores —Soiza Reilly, Alejandro Sux, Alberto Tena, Domingo Robatto, Raymundo Manigot— de más fugaz aparición o menos vinculados con nuestro grupo habitual.

Vicente Martínez Cuitiño, que fue uno de los asiduos tertulianos, le dedicó un libro ameno y cordial, en el cual alternan la rica memoria y la férvida fantasía. No he de contender con Martínez Cuitiño, con quien mantuve hasta su muerte reciente una larga y afectuosa amistad, a pesar de alguna antigua polémica, sobre la verdad de cada uno de los episodios y anécdotas que relata. Yo digo mi humilde y limitada verdad. Tres tipos de clientes ocupaban, particularmente de noche, las sillas del Café de Los Inmortales: escritores, casi todos en cierne; autores y actores teatrales, y anarquistas. Acabo de recordar a algunos de ellos sin pretender recorrer la larguísima lista de Martínez Cuitiño, quien incluyó hasta a los que pasaban por la vereda de enfrente; he recordado a los que tuve más cerca, no todos tipos puros, pues algunos eran híbridos de escritor y anarquista, y se los reconocía por la pelambre.

## El almorzáculo

Por esa época, mensualmente, los domingos, en el popular restaurante Ferrari, situado en la esquina de Sarmiento y Uruguay, empezó a tenderse una larga mesa en torno de la cual nos sentábamos a almorzar un grupo de colaboradores de *Nosotros*, casi todos literatos, casi todos todavía en agraz. Me sería difícil recordarlos uno por uno, pero citaré a los asiduos. Entre los muertos, Evaristo Carriego, Juan Mas y Pi, Alfredo Bianchi, Carlos de Soussens, Macedonio Fernández, Carlos Alberto Leumann, Juan José de Soiza Reilly, Emilio Ravignani, Federico Mertens, Álvaro Melián Lafinur; de los por fortuna vivientes, Enrique Banchs, Rafael Alberto Arrieta, Marcelo del Mazo. Sánchez solía venir, a menudo mal dormido, porque era menos aguerrido que de Soussens para afrontar las largas trasnochadas en cafés y bares. Era el que llamamos el “almorzáculo”, fiesta literaria dominical precursora de las comidas del restaurante Génova, iniciadas en 1915. La barata, copiosa y sabrosa ración de ravioles y de pollos “allo spiedo” que nos servía el gordo Ferrari, rociada, y aun bañada y sumergida por el legítimo Chianti, desembocaba en implacables lecturas de sobremesa y también, de vez en cuando, en alguna indisposición repentina, como la que le sobrevino a Charles de Soussens en el mismo instante en que mientras él se aligeraba en la misma mesa del exceso de bebida lastrada, un compañero, alzando los ojos al cielo en éxtasis lo llamaba “blanco cisne” y “caballero del ideal”. Inolvidables almuerzos, donde los comensales se resignaban a escuchar la lectura de pomas, cantos o actos de comedia (tortura actualmente inconcebible, salvo en los poéticos países del trópico); donde Sánchez explicaba confusamente al desdichado vecino entre enredados ademanes el asunto de la obra que venía madurando, y Charles de Soussens contaba entre hipidos sus mocedades suizas, sus andanzas revolucionarias del 90, casi recién desembarcado e ignorante de lo que ocurría, o sus míticas orgías líricas con el divino Rubén.

Era infaltable don Salvador Boucau. Había sido muy rico don Salvador. Sin ser un literato ni un artista, el nombre de este culto hombre de mundo, de este *sportman* antaño popular, comprador en cien mil pesos oro del famoso Ormonde, estuvo un tiempo vinculado al desenvolvimiento de las letras y el arte argentinos. Generoso mecenas en la medida en que la disminución de su fortuna se lo permitía en los últimos años de su vida, aquel criollo leal y afable, ya sesentón, era el comensal más esperado en el “almorzáculo”. Algunos años atrás, visitando la estancia de San Luis Chico, que fue suya, allá por la Ensenada de Samborombón, antes de pertenecer a don Alejandro Shaw, pude apreciar la riqueza de obras artísticas y vajillas y muebles suntuosos que con gusto refinado atesoró en ella el antiguo propietario.

\*\*\*

### **Mi Facultad de Filosofía y Letras**

En 1904, a los pocos meses de haber ingresado en la Facultad de Filosofía y Letras, presencié sentado tímidamente en una de las últimas filas del llamado anfiteatro la transmisión del decanato por Miguel Cané a Norberto Piñero y la segunda colación de grados. En esta recibió su diploma un grupo meritísimo de egresados, quienes llevaron a la escuela secundaria conocimientos y métodos de enseñanza ignorados por los estimables abogados, estudiantes de derecho, profesores normales y profesionales de otras procedencias, cuando no afortunados legos, que se desempeñaban con acierto mayor o menor en las cátedras de letras, historia y filosofía.

Hoy, aquel muchacho de sesenta años atrás debe parecerles a los jóvenes estudiantes un fantasma llegado de un mundo remoto, así como me habría ocurrido en 1904, de haberle oído decir a alguien: “En 1845, estando casualmente en Santiago, leí en *El Progreso* el primer folletín de *Civilización y Barbarie*”.

Llegué a las aulas a diez años escasos de la fundación. La Facultad todavía era niña. En el discurso recordado, Cané aludió a la crisis infantil de la cual acababa de salir. No nació esta casa de estudios, entonces nuevos en el país, armada como Palas Atenea, según la consabida imagen, de todas sus armas. Sospecho que en los primeros quehaceres, en las incertidumbres de la iniciación, hasta de cuchillos de palo debió servirse. Tuvo que luchar, antes de arrimarse en la vida cultural argentina, con incontables dificultades, antipatías, prevenciones, desconfianzas. ¿Facultad de Humanidades, en Beocia? Parafraseando una comparación del mismo Cané, hecha en otra circunstancia, repetiré que esa parecía una equivocación semejante a la de leer un soneto de Petrarca en la Bolsa de Comercio. Con las necesidades que entonces se publicaron contra el juzgado lírico proyecto podría formarse un divertido anecdotario. Conviene tener presente que cuando por esos días el Intendente Municipal Federico Pinedo tuvo la idea civilizadora de fundar un Museo de Bellas Artes, su propósito fracasó. Un concejal dijo textualmente no ser “la ocasión más oportuna la presente para pensar en estos lujos”. Otro, un doctor en no sé qué, consideró “inútil y perjudicial el proyecto” —repito, “perjudicial”—, y por fin un segundo doctor y a la vez rico industrial, habló extensamente contra la iniciativa. Negó que tuviéramos “el sentimiento artístico necesario” para apreciar las obras de arte y afirmó que “tampoco teníamos tiempo para dedicarnos a estudios artísticos, demandándolo todo nuestra actividad industrial y comercial de nación nueva y productora”. A él nadie le pedía, se le dijo, que empuñara el pincel.

En tal ambiente pudo al fin fundarse la Facultad de Filosofía y Letras. Con todo, a pesar del trabajoso nacimiento, fue la primera de su naturaleza específica fundada en la América Española.

El programa fijado a la Facultad ese día en su discurso por Cané, impregnado explicablemente de espíritu positivista, conforme a la filosofía argentina de los hombres del 80 y la generación inmediata posterior —particularmente explícito en cuanto a la enseñanza de

la psicología— tuvo, sin embargo, un alto vuelo idealista. Se preveía en él, o se confirmaba, la fundación de nuevas cátedras, de Metodología Histórica, Filología, Antropología y Arqueología, así como la especialización científica y la limitación de los cursos de historia a períodos de tiempo circunscritos, y no repetidores, como ocurrió al comienzo, en cuanto a la Historia europea, de los tratados franceses entonces de rigor en la enseñanza secundaria.

Cuando mi promoción llegó a la Facultad esas necesidades científicas y pedagógicas habían comenzado a tener sucesiva satisfacción. El doctorado abarcaba entonces enciclopédicamente las tres ramas: la filosofía, las letras y la historia. Reconozco que su universalidad lo hacía algo superficial. Así, para dar un ejemplo, había un curso único de Literatura Castellana. En cuanto a la cátedra de Literatura Argentina sólo fue creada, confiándosela a Ricardo Rojas, en 1913, por iniciativa del poeta Rafael Obligado. Nosotros por nuestra cuenta o después de egresados nos enteramos de que habíamos tenido una literatura con expresiones tan significativas como la de Echeverría y su grupo, Sarmiento y la poesía gauchesca. Calixto Oyuela, maestro recordado, que regenteó varios años la cátedra de Literatura Castellana a la vez que la de Literaturas Europeas Meridionales, intérprete elocuente en una y otra de las doctrinas de Menéndez y Pelayo, Brunetièrre y demás autorizados historiadores y críticos españoles y franceses de aquella hora, iba exponiendo ambas literaturas por orden cronológico a través de los años, limitándolas a determinados períodos de tiempo o escuela, aunque solía trazar al comienzo del curso un cuadro sumario de su desarrollo secular. A remediar tal insuficiencia llegaban a los exámenes generales precedentes a la tesis, en cierto modo agresivos, pues quienes sólo habíamos conocido el romanticismo y el post romanticismo españoles o el realismo y el parnasianismo franceses, nos vimos obligados, para afrontar aquellas pruebas finales, a estudiar por primera vez asuntos tan vastos como, elijo dos entre seis, la entera poesía épico lírica peninsular desde los

cantares de gesta hasta el romancero, y la tragedia clásica del siglo de Luis XIV.

[...]

Aquella Facultad en donde yo entré el año 1904 no tenía muchos alumnos; más bien le faltaban. El patio, perfumado por un jazmín del Paraguay, donde solíamos filosofar los muchachos en primavera a la sombra de algunos durazneros, no había sido todavía retrazado para levantar en él la nutrida biblioteca, hoy poblada a todas horas de alumnos que no necesitan, si no es por excepción, ir peregrinando, como nos ocurría a nosotros, a las bibliotecas de las otras facultades, o a la de *La Prensa*, o a la Nacional, esta, inexplicablemente, en un país tan gastador, con sus puertas abiertas nada más que cinco horas vespertinas por falta de personal. Los sótanos, hoy bullentes de inquietudes intelectuales, eran refugio de gatos; los institutos de investigación con que la Facultad se ensancha, provistos de bibliotecas especializadas, irían surgiendo poco a poco con el tiempo, recordables, sin demérito de otros, el de Historia Argentina, al que durante tantos años animó Emilio Ravignani, compañero nuestro de promoción, el de Literatura Argentina, creado por Ricardo rojas, y el de Filología, que después de ciertos tanteos bajo la dirección de algunas veces distinguidos maestros españoles, al fin alcanzó a ser realmente fecundo bajo el magisterio ilustre de Amado Alonso, con, a su lado, el inolvidable Pedro Henríquez Ureña y con la colaboración de estudiosos y estudiosas que luego han sido y son maestros auténticos también ellos.



Federico Mertens

*Confidencias de un hombre de teatro.  
Medio siglo de vida escénica*





## Federico Mertens (1886-1960)

Las *Confidencias de un hombre de teatro. Medio siglo de vida escénica* (el título combina los de Enrique García Velloso y José Podestá) fueron escritas como un diario íntimo. La primera nota está fechada en febrero de 1941, y la última en el invierno de 1946. La mayoría son de comienzos de 1943. Fueron escritas sin optimismo. La primera nota concluye así: “Cinco de la mañana. El cenicero está repleto de colillas. Descorro el cortinado de mi balcón. Alborea en la ciudad. Sin embargo, la mañana semeja un crepúsculo de una excesiva civilización que nos conduce, al parecer, a una era cruel y caótica. En la esquina un vendedor de periódicos apresta su mercancía para aturdir y horrorizar a la ciudad con esa vibración tumultuosa y apocalíptica que nos llega telegráficamente allende los mares. Me acuesto a descansar. Huyo de esta pesadilla de párpados abiertos”.

Por entonces Mertens estaba en el declive de su carrera. Desde 1935 había dejado de dirigir compañías. Seguía escribiendo y estrenando, pero justamente la necesidad de volver a escribir (o de revisar las muchas obras inéditas que guardaba en su escritorio) le recordaba que hacia los sesenta años tenía que volver a empezar. El diario oscila entre los recuerdos y el presente. Del pasado Mertens eligió los años más luminosos de su juventud, los inicios literarios en *La Nación* y los también precoces triunfos en el teatro escribiendo para Parravicini y Orfilia Rico con poco más de veinte años. El presente aparece contado como una desgracia que se sobrelleva. Hacia el final anota: “He aquí, pues, mi horizonte futuro. ¡Comenzar de nuevo! ¡Abrirse paso otra vez, ya un poco fatigado del largo camino! ¿Esto le ocurriría en otro país a un comediógrafo de cien obras estrenadas?”

Mertens, hijo de un inmigrante alemán, procedía de una familia de clase media venida a menos. Se esperaba que fuera maestro y estudió en la Escuela Normal de Profesores, donde conoció a sus amigos Alberto Vacarezza, Armando Discépolo y Félix Storni. No terminó los estudios y recorrió varios trabajos

obtenidos por relaciones de su padre. Dispuesto a “no ser un hombre útil”, se empeñó en convertirse en escritor. Fue un asiduo colaborador de *PBT*, *Fray Mocho* o *Caras y Caretas*, pero en sus memorias cifró su iniciación literaria por 1905 o 1906, cuando *La Nación* le publicó un breve cuento enviado “sin recomendaciones ni padrinos”. También consiguió tempranamente sus primeros éxitos en el teatro con sus primeros estrenos, *Gente bien* y *Las d'enfrente* (1909). Vivió el rápido ascenso que podía lograr un joven escritor a través del teatro, las puertas que se abrían y las sumas de dinero recibidas primero por derechos de autor y luego como director o empresario. Recordó con orgullo una gira que no visitaba las provincias del interior, sino Chile, Perú y México. En 1918 fundó la revista *Bambalinas*.

Si bien dedicado a sus hijos y no a los “lectores circunstanciales”, el diario se publicó en vida del autor. Algunas páginas fueron redactadas en Córdoba o en Mar del Plata. El resto está situado en Buenos Aires y en el interior de su escritorio o “gabinete”, como lo llama Mertens subrayando la idea de intimidad y de último refugio. Termina contando un sueño sobre su propia muerte, en el que escucha los discursos en su entierro. “Me incorporo, ya cadáver, y replico a mis panegiristas: ‘Todo cuanto aseguráis que he sido es precisamente lo que me impedisteis ser...’. Me despierto y, afortunadamente, no he muerto. Podéis aguardar todavía algún tiempito con la oración fúnebre en el bolsillo...”. Mertens publicó también cinco novelas, e incursionó en el cine y la radio.

*Confidencias de un hombre de teatro.  
Medio siglo de vida escénica*

**Buenos Aires, Editorial Nos, 1948**

VI

En aquellos tiempos, yo, por complaciente admisión de simpatía, desde luego, compartí alguna vez el cenáculo de Emilio Becher, José Ingenieros, Roberto Payró, en el viejo café de Luzio, de las calles San Martín y Piedad.

Aquellos grandes escritores comentaban allí el movimiento literario del instante, entre copas de ajeno. Lo propio hacían Alberto Ghirardo y Antonio Monteavaro en La Brasileña, de Maipú y Cangallo, entre baratos pocillos de café.

A los jóvenes se nos admitía en esas célebres mesas si nos distinguía ya algún antecedente literario a la vista, y así pude concurrir a casi todas. *La Nación* me abría paso.

No interveníamos, por cierto, en sus ruidosas discusiones. Los escuchábamos y los admirábamos. Luego, algún tiempo después, comenzamos los atrevidos jóvenes a reunirnos en el Café de Los Inmortales junto al flamante Teatro Nacional, recientemente construido por el señor Agustín Fontanella con destino a nuestros intérpretes y autores. Allí fundamos nuestro corrillo, nuestra "peña". Concurrían José de Maturana, Héctor Pedro Blomberg, Edmundo Calcagno, Alberto Gerchunoff, Alfredo Bianchi, Luis Bayón Herrera, José González Castillo, Juan Más y Pi, Álvaro Melián Lafinur, repartidos en distintos sectores,

despeinados y melenudos: toda una generación con altos destinos en el teatro, en el libro, en el periodismo. Allí bebió la juventud intelectual del 900 su alegre bohemia, a diez centavos, sin propina, el excelente café, servido por mozos corteses. Hasta nos fiaban a cuenta de la primera colaboración que se nos publicase. En esas mesas fundó *Vida Moderna* Arturo Giménez Pastor y de allí salió *Papel y Tinta* que dirigieron Benjamín Villalobos y Edmundo Calcagno; en esas mesas Edmundo Montagne recitaba su melancolía poética, y Víctor, su hermano, antes de publicarlos, nos leía las páginas criollas de *Indio Manso*. En esas mesas, Rafael Alberto Arrieta depositaba en nuestras manos, con destino a *Nosotros* o a *Fray Mocho*, las primeras composiciones de *El espejo de la fuente*. Y Enrique Banchs y Evaristo Carriego apuntaban ya hacia el ilustre destino que confirmara luego el porvenir. En esas mesas, Martínez Cuitiño, su hirsuta cabellera en desorden, su corbata mal anudada, llegaba con los doctos textos y los engorrosos códigos y escribía sus artículos de crítica “positiva” para *El Nacional*, defendiendo y descubriendo a Florencio Sánchez y a Ernesto Herrera, en tanto canturreaba, con su abaritonada aspiración lírica, alguna romanza de ensayo.

A un café por cabeza, repartidos en diversas mesas, permanecíamos hasta los albores del día leyéndonos, en consulta, cuanto escribíamos y preparábamos. Escena por escena, verso por verso, capítulo por capítulo, iban surgiendo la comedia, el poeta, el novelista. O bien comentábamos el movimiento bibliográfico y teatral o los artículos de fondo de “la tribuna de doctrina” escritos por Joaquín de Vedia. Espantábamos con nuestra bulla a los parroquianos pacíficos y a cuanto hortera de La Ciudad de Londres, gran tienda ubicada en la esquina de Carlos Pellegrini y Corrientes, iban allí a dilucidar modas y a charlar sobre muselinas y madapolanes. Y, por fin, quedábamos dueños exclusivos del baluarte, fundiendo al pobre dueño de Los Inmortales, sacrificándolo en su tolerancia de mecenas.

La calle Corrientes era entonces estrecha, de escasa circulación, absorbida por la Avenida de Mayo. Pero era amplio el lirismo intelectual que nacía en ella, y en

la tradicional calle se gestaba la gran obra literaria que habría de darnos tantos escritores de mérito en las diversas actividades artísticas.

¡Calle Corrientes, cuando eras chica, tú eras grande! Hoy eres grande, y te empequeñeces en pizzerías con olor a mercado...

Por el Café de Los Inmortales merodeaba también Pascual Carcavallo. No era un intelectual. Había dejado recientemente un empleo insignificante, de mostrador, y oficiaba de secretario de don Agustín Fontanella. Años después se constituyó en empresario del Teatro Nacional y en propulsor del teatro nacional. Los autores, atraídos por su simpatía, le favorecieron y, tras algunos concursos que él mismo trataba de conducir hacia el desorden y la rechifla, buscando una *réclame* gratuita, logró imponer un género popular con Vittone-Pomar primero; con Arata-Simari-Franco después.

A los cafés de Luzio, La Brasileña y Los Inmortales sumábanse otros nidos de familiaridad tendientes a la vinculación amistosa y al conocimiento de los valores intelectuales. La Armonía, El Seminario, El Tropezón, lugares eran de ágapes para los actores de buenos sueldos como Pablo Podestá, Guillermo Battaglia, Francisco Ducasse, Arturo Podestá, Enrique Arellano, etc., aunque no iba más allá la gula del bife a caballo o el pollo a la portuguesa.

En el café de las calles Venezuela y Perú, algo después de hacerlo en Los Chinos o en el Sibarita de Maipú, habían sentado su refugio intelectual —¡oh, torre de marfil!— Luis García (Luis Pardo), José María Cao, Juan José de Soiza Reilly, Enrique Rúas, Félix Lima, Rodolfo Romero, Juan Hohmann, Francisco Navarrete, Horacio Giménez, Juan Osés y, a veces, yo. Bien es verdad que acudía a esa mesa de profesionales porque ya rivalizaba con Félix Lima en la confección de notas populares de la urbe. Félix Lima siguió muy de cerca, en el acuarelismo urbano, a José Álvarez (*Fray Mocho*). Sus misceláneas, cuando se recopilen, diseñarán una época de nuestra gran ciudad y de sus tipos callejeros, perfilados con incisiva observación y finísima gracia.

Acudían también, a veces, a esa mesa, Tito Livio Foppa y Rodolfo González Pacheco, representantes hidalgos de una juvenil rebeldía que se manifestaba en profundas ternuras más que en bombas explosivas... Afinidad de credos y de amor a la humanidad, los conducía, dogma y fraternidad, a veces, a los calabozos. Eran sólo colaboradores de *Fray Mocho*, pero la amistad que los unía a Soiza Reilly, el repórter por excelencia, ingenioso y cáustico, que escribía a lanzazos, con tantos puntos como palabras, pero con brillantísima dosis de periodista y escritor repartida por partes iguales en sus magníficas crónicas; esa amistad, decía, en fin, con el periodista de la nota sensacional habíalos incorporado a la permanente vinculación de vinos, de cerveza y vermouth con biter.

## VII

Me referiré, en este capítulo, a mi primer estreno: primer estreno de importancia, toda vez que ya he mencionado el de un ensayo escrito en colaboración con Josué Quesada, dilecto amigo que, por su aproximación con la gente importante de las tablas, heredada de su padre, me condujo cordialmente de la mano a los escenarios. Tal ensayo lo excluyo, desde luego, de mi acervo, y del acervo talentoso de mi colaborador, cuyos frutos en el periodismo, la novela y la conferencia radial son de todos conocidos y apreciados.

\*\*\*

Mi primer estreno de importancia fue *Gente bien*. Había recorrido yo con esa comedia y *Las d'enfrente* las dos o tres compañías nacionales, a partir del año 1906. Me las rechazaban en todas partes. Aceptóla, por fin, años después, por recomendación de Josué Quesada, Atilio Supparo, director de Florencio Parravicini. Formaban aquella excelente compañía, además del desopilante bufo, Guillermo Battaglia, Enrique Muiño, Luis Vittone, Segundo Pomar, Vicente Gil Quesada, Ada Cornaro, María Ester

Borda, Sara Ortiz, Linda Thelma y, poco tiempo después, Orfilia Rico, la grande Orfilia Rico.

La estrenó Supparo en marzo en 1909. No tenía obra de otro autor y la traducción todavía no atraía auditorios numerosos. El público quería ver lo suyo, verse retratado en lo suyo. Poco tiempo después, el mismo director estrenóme *Las d'enfrente*. A ambas obras y otras mías adjudicáronle cierta semejanza con otra comedia estrenada antes que aquellas y en verdad escrita con posterioridad, como ha de verse más adelante. ¿Podría un autor, por otra parte, haber escrito *Las d'enfrente* y *Gente bien* en tan reducido tiempo y sobre todo haberlas estrenado apenas terminadas, siendo un autor novel, sin cartel alguno?

Acaso tiene una probable explicación, respecto de mí, esta animadversión que de continuo intenta desacreditarme.

He descuidado la vinculación provechosa.

Mi retraimiento, esa reclusión de gabinete a que me referí ya, me alejó y me aleja de las simpatías y honores de la prensa, que suele conquistarse y repartirse a intimidad. Lo que en mí era una cuestión de idiosincrasia o de laboriosidad frenética, suponíase orgullo y necedad. La modestia es una ingratitud personal y yo he sido siempre ingrato conmigo mismo.

[...]

Veintidós años... Primeros pasos firmes en el tablado... El día del estreno de *Gente bien*, sin dormir, me levanté a las seis de la mañana. Ansiaba ver los carteles fijados por las calles, único medio de propaganda acostumbrado por aquel entonces. El primer cartel logré localizarlo en las calles Rivadavia y Callao, sobre los muros de una popular confitería. En lugar de Federico, nombre del que estoy satisfecho, me habían puesto Francisco.

Pensé contratar algún pintor letrista y recorrer la ciudad rectificando la errata. Pero había aparecido recientemente una imberbe fotografía mía en la revista de Pellicer, entre otros colaboradores, y mis ingenuos y pretenciosos veintidós años hacíanme presumir que todos los habitantes de la capital ya me conocían por aquel retrato

de circunstancias. ¡Todo un ilustre colaborador de *PBT* no podía descender a esas minucias!

Llegó la noche. Había asistido a un ensayo general por la tarde. Durante ese ensayo ocupé la silla de la dirección, sin pronunciar una palabra. Al terminar, Supparo, con fina sonrisa, me preguntó:

—¿No tiene el autor nada que decir?

—Todo está muy bien, director.

¿Qué podía yo haber corregido? Para mí aquello era un sueño; algo inverosímil; un imprevisto regalo de mi buena suerte. ¡Alcanzar los importantes escenarios a tan temprana edad...!

A las ocho cené en un bodegón de la calle Paraná denominado La Emiliana. Solicité platos y más platos. No los probaba. Tenía el estomago “cerrado”... A las nueve y media de la noche, abandoné el bullanguero fondín económico, muerto de hambre y con un inmenso apetito de glorias. Sorteé las mesas lentamente, segurísimo de que todos me conocían por aquella fotografía de *PBT* ¡Oh, decepción! Nadie reparó en mí. ¡Era un desconocido! ¡Nadie había visto mi retrato! ¿Era posible? ¿No seguía esa gente en movimiento importante de las letras de su país? Engullía macarrones y no se enteraban de esas cosas “de significación cultural para la nación”. ¡Oh, vulgo necio y despreocupado!

A las diez de la noche entré al Argentino, aparentando una serenidad impasible, de hombre avezado a esos trances. Advertí, en el amplio foyer, a la rumorosa barra de autores y críticos. Experimenté la sensación del soldado que asoma por primera vez sus narices fuera de las trincheras, y a quien el miedo apabulla en su aparente valentía. En corrillos agrupábanse Jean Paul, Vicente Martínez Cuitiño, Antonio Monteavaro, Pedro Morante, Joaquín de Vedia y otros. ¿Iba yo a convencerlos con mi primera obra? En el fondo, todo autor novel, por interesante que suponga su primera producción, imagina no haber dado de sí todo cuanto existe en sus aspiraciones ambiciosas. Y así, mi respeto por todos esos críticos se convertía en pánico y modestia.

Joaquín de Vedia me dio “el espaldarazo”. Dijo: “*En Gente* bien hay escenas que contienen, no sólo verdad, sino también arte”.

\*\*\*

En el foyer había muchos autores ya indiscutidos: Sánchez, Velloso, Sánchez Gardel, Pacheco, Granada, Ghirardo, Casais, y los que todavía no habían estrenado pero que andaban, como había andado yo, luchando con la incompreensión de directores y secretarios: Saldías, Discépolo, De Rosa, Casariégo. No les atraía mi nombre, a pesar de rodearlo alguna difusión lograda en hojas literarias y en diarios de importancia como ha quedado establecido. ¡Les atraía el teatro nacional mismo, su desarrollo auspicioso en marcha! En los estrenos de entonces, los consagrados se constituían en una especie de junta examinadora, de tribunal imperturbable. Al final de un estreno la comedia se discutía acaloradamente para bien o para mal. Cierta noche se trenzaron en acción de pugilato, por opiniones antinómicas, Carlos María Pacheco y Eugenio Gerardo López. Esta crítica “de foyer” y sin insidias nos defendía o amparaba del “negativismo” y nos siguió defendiendo algún tiempo de dos o tres españoles descontentadizos y sin sombrero que practicaban la diatriba.

Como resultado de tales irregularidades de opinión, del “negativismo” o del vapuleo sistemático, surgió cierta indiferencia en el autor y apoderóse un “qué me importa” que condujo al escritor a lo práctico exclusivamente.

Los derechos de autor suplieron al elogio y primaron, por natural consecuencia, en la determinación del éxito o el fracaso. Nace así el profesionalismo.

El dinero constituyó, desde entonces, una especie de vara para medir las consagraciones, anheladas a comienzo de siglo “por escrito”, y se aceptaron satisfactoriamente en cheques. La prensa destruía; el dinero reconstruía y reconfortaba.

El profesionalismo, naturalmente, hizo comercio; no otra cosa. Y el escritor comenzó a retirar su presencia de

los estrenos. Todo eso podía dar clima, calor a la velada, hacer bien al enemigo, al rival. Era prestarle armas, por lo tanto... ¡Complot de ausencia, pues, para el comediógrafo competidor!

Ningún autor de nota asistía a los estrenos. Además, ¿para qué molestarse? ¿Para qué controlar el medio y constituirse, como antes, en tribunal justiciero, de contrapeso a la crítica? ¿Las oficinas recaudadoras de derechos, que no otra cosa fueron siempre las sociedades de autores, no laureábamos ya, de manera evidente, en cifras de varios ceros?

Cada autor procuraba colocarse en primera línea en cuanto al diez por ciento. ¡Cincuenta, sesenta mil pesos por año! ¡No había otro diploma honorífico! Pero este diploma apenas si favorecía a Bayón Herrera en el Royal, a Romero, en el Porteño, o con *Tu cuna fue un conventillo*, a Vacarezza, en el Nacional, y a Velloso en el Argentino y en todos los teatros, con *El tango en París*, *Eclipse de sol* y tantas otras comedias de su inagotable fecundidad.

Estas cifras tentadoras se publicaron en los periódicos a cambio del aplauso que se negaba à *outrance*. Y atraieron a los mercaderes de la traducción, que siguieron en ella a Escobar, sin igual medida de aporte cultural que este. Escobar era un autor que, dominando el oficio, había dado pruebas de su talento con muchísimas obras originales, y los que comerciaron ese recurso después, sólo especulaban con lo ajeno. Era, sin duda, un negocio la traducción. Si de sesenta mil pesos correspondía la mitad al autor original, siempre quedaban treinta para la traducción realizada a veces sin conocer perfectamente el idioma de origen de la obra y el idioma de trasplante, posiblemente. También esas cifras fabulosas despertaron la codicia de los postulantes sin empleo, de los menestrales de mostrador, y surgieron comediógrafos, dramaturgos, saineteros sin vocación, con apetitos pecuniarios, desacreditando, subalternizando el medio y robusteciendo el profesionalismo, la comercialización del espíritu.

José Antonio Saldías  
*La inolvidable bohemia porteña*





## **José Antonio Saldías (1891-1946)**

*La inolvidable bohemia* porteña se publicó en 1968 pero fue escrita por su autor poco antes de morir. Saldías se inició en el periodismo en 1911, tras abandonar la Escuela Naval y distanciarse de su padre, el historiador Adolfo Saldías. Comenzó en *La Razón*, que, fundada y dirigida por Ernesto Morales, no había pasado aún por la modernización que la transformaría unos años más tarde. Ser el hijo de Adolfo Saldías ciertamente lo ayudó. No obstante, sus comienzos parecen haber sido bien modestos. Como aspirante a periodista vagó por la redacción de *La Razón* durante un tiempo sin puesto ni sueldo hasta que consiguió que le publicaran la primera nota. Se acercó inicialmente al teatro trabajando como copista de Pablo Podestá.

La historia recordada en el libro transcurre entre 1908 y 1918, pero el relato se concentra entre 1911 (la iniciación periodística en *La Razón*) y 1915 (el estreno de *El distinguido ciudadano*, su primer gran éxito teatral). Después de *La Razón*, pasó por *La Argentina* y *Última Hora*. En 1913 fue uno de los periodistas fundadores de *Crítica*. En este recorrido por los diarios más modernos de la época, Saldías iba siguiendo a Natalio Botana, que había sido su jefe inmediato en *La Razón*. Estrenó su primera obra teatral, *Noche de garufa*, en 1913; su segunda obra, *El distinguido ciudadano*, escrita en colaboración con Casariego y estrenada en 1915, superó las cien representaciones consecutivas.

El libro cuenta una historia de iniciación en el periodismo y el teatro que muy rápidamente se ve coronada por el éxito. En los recuerdos teatrales de Saldías no hay fracasos: todas sus obras se representan de inmediato y son aceptadas por el público. También su carrera periodística fue exitosa, pero el relato está centrado en los más resonantes y redituables logros teatrales. Sus éxitos juveniles en el teatro participan, a la vez, de los éxitos del teatro nacional durante esa década, corroborados por la fundación de la Sociedad Argentina de Autores.

Los éxitos quedan explicados en términos de una perfecta y espontánea adecuación al público: “un teatro directo para el público”, lo define simplemente Saldías. A diferencia de los relatos y recuerdos de Payró y de Gálvez, que dramatizaron el desajuste entre la cultura letrada y el público popular de los Podestá, la adecuación no resulta aquí en absoluto problemática. Lo mismo sucede en el caso del periodismo. Cuando ingresa a *La Razón* lo aleccionan brevemente: “Si de policía: Sherlock Holmes; si fallecimiento: ‘causó honda consternación’, etc. ¿Me entendés?”. Saldías entiende y acepta las reglas del periodismo con feliz facilidad, y lo recuerda en su libro sin distancia irónica. En las primeras páginas recuerda un reportaje a Manuel Carlés (que en 1921 presidiría la recién fundada Liga Patriótica) y a continuación una tertulia presidida por Alberto Ghirardo en el café La Brasileña y una manifestación anarquista. A los dos espacios les dedica la misma simpatía.

En *La Razón* Saldías se inició como cronista de la sección policiales, que por entonces estaba a cargo de Nemesio Trejo. Al fundar *Crítica*, Natalio Botana le dio la misma sección. Saldías, animado por sus tempranos éxitos, pensó que la propuesta era un escalón descendente. “Policiales” había sido, entre fines del XIX y principios del XX, la sección de iniciación periodística por antonomasia. Botana lo llamó y le propuso un experimento: la sección sería redactada de un modo “literario”, las historias de los crímenes irían narradas en verso y el léxico incluiría palabras lunfardas. Saldías aceptó y propuso, por su parte, la inclusión de un diccionario lunfardo. “Tal como Botana me lo indicó, compré un diccionario de Campano, copiando su método de definir”.

Entre sus comienzos bohemios por 1911, signados por la ruptura económica con el padre, y 1915, el año de su primer éxito con *El distinguido ciudadano*, Saldías vivió en “piezas de casas de arrabal” y convivió con ladrones. Quizá sin reparar en la densidad anecdótica del relato (que se cierra sin el remate propio del género de las anécdotas explotado en el resto del libro), Saldías cuenta que una vez “los muchachos” le habían pedido un repertorio de versos (décimas, preguntas y respuestas, quintillas cómicas) para llevar a las fiestas de carnaval de un centro criollista, “Los perdidos del pajonal”. “Los proveí del repertorio pedido y cuando salieron [a escena] parece que tuvieron un éxito”. En retribución, “los muchachos” quisieron regalarle un reloj pulsera que habían robado mientras se recitaban los versos: “Se la hicimos a un gil que oía embobado sus versos”. Para rechazar el regalo, Saldías explicó que era supersticioso y que veía en los relojes objetos de mala suerte.

Las memorias de José Antonio Saldías fueron quizá las que más directamente respondieron al modelo de las *Escenas de la vida bohemia* de Henri Murger. Cuentan un relato de iniciación que, como lo dice el título, fue imaginado bajo la forma del gran relato cultural de la bohemia, con privaciones materiales recordadas en tono de comedia y superadas por un heroísmo juvenil de la vocación y el trabajo. Como narrador de sus memorias, Saldías es continuamente benevolente. Y el protagonista de las memorias, un joven Saldías que cursa las aventuras de un relato de formación, vive en perpetuo estado de simpatía universal: acepta el mundo y el mundo lo acepta. Su libro apenas permite advertir las ambiciones y el grado de competencia que regían entonces el ambiente del teatro. Al recordar la división de la Sociedad de Autores en 1921, la explica así: “como nos iba tan bien, disputamos y vino la célebre escisión del año 21”.



## *La inolvidable bohemia porteña*

**Buenos Aires, Freeland, 1968**

### **Yo quiero ser periodista**

El colchón y el baúl hicieron su peregrinaje por hoteles y pensiones, hasta que agotados mis recursos necesité pedir auxilio.

Mi tía Barbarita fue la elegida. Oponente de mi padre, naturalmente, me creía, además, el muchacho más inteligente del mundo, de modo que entre “¡Jesús, María y José!”, me ofreció su casa.

Pero aquello no era mi solución. ¿Vivir con el rezongo permanente de mi tía que había de meterse en todas mis muchachadas? ¡No!

De la Escuela Naval traía la costumbre de plantear los problemas en sus términos estrictos. Yo no necesitaba el santo techo de la casa familiar, sino unos cuantos muebles que mi tía tenía arrumbados en una pieza de cachivaches.

—Querida tía: déjame hacerme hombre. En tu casa me mimarías mucho. Solo necesito algunos muebles que no usas para ponerme una habitación... ¡Y a la lucha!

Debí haber estado magnífico en aquel primer sketch representado en mi vida, porque mi tía Barbarita, abrazada a mí y haciendo pucheros, me autorizó a llevarme sus muebles y me deslizó en el bolsillo del saco un billete de cien nacionales.

## Una redacción porteña

En catorce pesos alquilé una pieza en una casa del arrabal sur, Corrales, cerca de la esquina de Inclán y Luca.

A una cuadra terminaba el recorrido del 16, tranvía del Anglo, y en el carromato aquel me decidí a buscar trabajo una vez que estuve instalado.

Un diario había entonces que me llenaba la imaginación de posibilidades: *La Razón*, fundada por don Emilio B. Morales, del cual había oído a mi padre expresarse con cariño.

Hallábase su redacción en la calle Florida al 300 y tenía una salida complementaria por Sarmiento, hacia la mitad de la cuadra, salida que más de una vez ha de ser mencionada en este relato.

Con la decisión que he sabido tener desde que empecé a ser ciudadano, una mañana subí los peldaños de madera de la escalera de *La Razón*.

La redacción hallábase en plena tarea. Nadie en el recibimiento. Salí a un amplio patio pavimentado con grandes cuadrados de grueso cristal y pude observar al único personaje que andaba por allí.

Era un hombre mediano de estatura, con pelo renegrido, la tez aindiada, que iba de puerta en puerta repartiendo gritos y hojas de papel con anotaciones.

Contrastaba con su tipo aborigen, el elegante traje de corte inglés que usaba con soltura y la emisión gutural de las erres que rasgaban el aire.

Cuando volvía con las manos vacías tropezó conmigo y gritó:

—Y vos, ¿qué quegués?

—Yo quiero ser periodista —contesté, tomado de sorpresa.

Jamás había escuchado yo una carcajada semejante por lo sonora y sostenida. Algo por el estilo debió ocurrirles a los redactores, pues en todas las puertas aparecieron con las plumas en las diestras.

Morales, que no otro era mi interlocutor, me llevó consigo.

—¿Cómo te llamás?

Al oír mi apellido, su rostro cambió de expresión.

—¿Hijo de Adolfo? ¿El marino? ¿Te peleaste con tu padre? ¿De vegas quegués ser periodista? Bueno, vení...

Cruzamos el patio. En la pieza de la derecha del zaguán, tras un escritorio, un hombre escribía afanoso.

—Foppa... Le voy a presentar al nuevo gueporterger... Saldías... Hay que baqueteaglo... Es novicio, pero tiene buena sangre...

Foppa sacudió su gran melena, sonrió con su boca de oreja a oreja y tomándome cordialmente por un hombro me estrechó la mano.

—Venga conmigo. Le voy a presentar a los muchachos. Cruzamos a la amplia habitación de enfrente.

—Muchachos, el benjamín de la redacción, el chico Saldías. Natalio Botana, jefe de reporteros, su jefe inmediato. Ángel Méndez, Nemesio Trejo, Teodoro Berro, Emilio Ramírez, Velazco, Buffalini...

—¡Sentate, pibe...! —Era un mocetón alto y despeinado. Su rostro moreno irradiaba simpatía. Cruzadas sus largas piernas y sentado de costado a la mesa, escribía sin descanso. De tanto en tanto dejaba el cigarrillo entre sus labios y aquella mano abierta como un peine enorme recogía y echaba hacia atrás un gran mechón de cabello negro que al minuto volvía a colgar sobre su ancha frente. Tomé asiento al otro lado de la mesa de Méndez.

—No te quedés sin hacer nada. Leé los diarios. Ahí los tenés. Si ves algo interesante, me avisás para comentarlo.

### **La nueva vida**

Las mismas maneras de aquellos compañeros que al salir para almorzar me invitaban a que los convidara a tomar un vaso de vino quinado, en el célebre barrilito de la Franco Inglesa, me sirvieron de índice.

Yo estaba habituado a los modales corteses, limpios y cultos de la Escuela.

Estos hombres procedían con una liberalidad desconcertante. Pero aquella misma despreocupación era más cómoda. Parecíame más sincera.

Recordaba que por descuido había dejado de saludar a un compañero, lo que originó tal incidente que después del “toque de silencio” hubimos de ir a la plaza de armas a rompernos las narices.

Aquí, de pronto, Buffalini venía preocupado con problemas sentimentales y no saludaba a nadie. A los quince minutos, capitulaba, y con lágrimas en los ojos nos contaba su conflicto.

Pasaron días de desconcierto sin conseguir una noticia. Todo lo que había logrado hacer eran tres gacetillas sobre bailes a realizarse un sábado en los centros sociales de entonces, y cuando las busqué en la columna correspondiente, no aparecían... ¿Estaban mal redactadas? No. Había un gran aviso de liquidación. Sobraban diez centímetros y fueron mis tres gacetillas...

### **Un criminal y la oportunidad**

En Río Negro, un hombre, que era capataz de una estancia, había enloquecido y había empezado a las puñaladas eliminando a toda la familia.

En mi interior se entablaba de inmediato una lucha. El telegrama era escueto. Mencionaba lisa y llanamente los nombres de las víctimas de ese bárbaro atentado y especificaba la edad de cada víctima con la cantidad de puñaladas que había recibido.

Ante mí se alzó la figura monitora del negro Ángel Méndez, diciendo cuanto debía hacer en nombre del periodismo.

Parecía resonar en mi oído su consejo: “Si policial, Sherlock Holmes...”

Tuve un minuto dubitativo. Luego, de un solo envión empecé a planear: El crimen de Río Negro. La ferocidad de un criminal singular. El lugar del suceso. El móvil del crimen.

Inmediatamente empecé a redactar de acuerdo con ese sumario la gran noticia para el diario.

Recuerdo que escribí, escribí carillas. Me sentía casi orgulloso pensando que escribía las carillas como se las había visto escribir al Negro Méndez.

Cuando terminé de inflar el telegrama con los lugares comunes de “el teatro del suceso”, “las víctimas”, “el victimario”, “el móvil del crimen”, etc., había escrito dieciséis carillas.

Salí de *La Razón* de Florida, su redacción, hacia el taller. El taller estaba ubicado en la calle San Martín, entre Rivadavia y Bartolomé Mitre, donde hoy está en Banco Argentino-Uruguayo.

Llegué allí con mis carillas ante Andrade, el regente del taller, un rubio bigotudo que se creía el dueño del diario.

—Bueno, muchacho, te diste el gusto. Así, a ojo de buen cubero, me parece que ganás...

¿Quién era capaz de mandarme a casa? Ambulé por el centro. Ahí nomás, en San Martín y Bartolomé Mitre, estaba una casa de sándwiches. Tenía la referencia de redacción de que podía comer diez sándwiches y acusar cuatro. El “gallego” Ramírez decía que estaba previsto.

Yo tenía dieciocho años, un peso y cuarenta y hambre. Entré en el bar. Empecé a comer sándwiches, puse la moneda para el vaso de vino, y por primera vez en mi vida aboné treinta centavos por ocho sándwiches que había comido.

Así empecé a sentir la voluptuosidad de mentir como en una declaración espontáneamente jurada, lo que mi pobreza me obligaba a hacer para defenderme. Años después, el gallego Lazcano, nuevo dueño de aquel bar, me decía que aquello formaba parte de su negocio, pues “estaba previsto”.

A las seis de la tarde, cuando salió la “cuarta” de *La Razón* subí las escaleras de la calle Florida.

Morales gritaba:

—¿Quién ha escrito este crimen? Trejo no estaba...  
¿Quién fue?

Nadie contestaba.

Yo, pálido, no obstante el color definitivamente moreno de mi tez, me presenté.

—Yo, señor.

—¿Vos?

## Ya soy periodista

Morales empezó a reír eufóricamente. Hombre organizador de periódicos, más que escritor, sentía la alegría de que al final el hijo de un hombre que él respetaba tanto, como mi padre, le permitiera iniciarlo.

Allá, en la puerta de la redacción que daba al patio, la silueta de metro y noventa del negro Méndez, con su peinado despeinado, fumando, recostada en un marco, y con su sonrisa enigmática de siempre, asistía a la escena.

Foppa, con su amplia sonrisa, estaba junto a mí; Josué Quesada, que regresaba al diario, se le sumó. Y de pronto, Morales, luego de repasar a vuelo de pájaro mi “columna y media de crónica”, me tomó del brazo, me llevó a la administración, y dirigiéndose a Pepe Cortejarena y a Porta, que se hallaban enfrascados en sus menesteres, ordenó:

—Che, Pepe... Señalá cien pesos de sueldo para este chico Saldías.

El robusto brazo de Josué y la efusión de Foppa me libraron del mareo que me produjo la sanción.

En mi desvarío, sonaban a gloria esas palabras. “Cien pesos de sueldo para este chico Saldías”. Yo ya era periodista...

## Gran fiesta con diez pesos

Morales se arriesgaba nombrándome repórter de *La Razón*, ese diario de su afán y de su entusiasmo, que en el momento en que *La Prensa*, *La Nación*, *El Diario*, *Tribuna*, *Sarmiento* y *El Tiempo* orientaban a la opinión porteña, desde la altura de sus tribunas, había logrado incorporarse al selecto núcleo trayendo una movilidad dinámica, nueva, noticiera y armoniosa.

Las redacciones estaban compuestas entonces por personas serias y dispuestas para los menesteres correspondientes.

Así se comprende que yo, que me sentía tan hombre en la Escuela Naval, donde tenía mi máuser y usaba en la gorra el glorioso escudo de los almirantes de mi patria,

no me sintiese deprimido cuando me llamaban, como me llamaron durante mucho tiempo esos compañeros, “chico” o “pibe”, no obstante mis dieciocho años cabales.

Para festejar mi primer sueldo, corrí a mi pieza de Inclán y Luca y extraje del escondrijo diez de los “catorce pesos” de mi alquiler, guardados con gran sentido previsor.

Esa noche fui con Botana, Foppa, Méndez y Berro a comer al “sótano”, el viejo restaurante genovés, emplazado en el subsuelo, en Sarmiento y Carlos Pellegrini.

La comida transcurrió cordialmente, y cuando Juancito, el mozo que aún me sirve muchas veces, me trajo la adición, esta sumaba la fabulosa cantidad de cinco pesos con sesenta.

Entonces, Natalio Botana, con su resuelta disposición, sugirió:

—Che, pibe, dale cuarenta de propina; te quedan cuatro pesos, ¿verdad?

Y me metió en una cigarrería donde compró cinco medias coronas por las que pagué tres pesos. ¡Felices precios de felices tiempos!

—Ahora vamos a Los Inmortales —ordenó Méndez.

[...]

### **Tiempos heroicos**

No siendo en *La Prensa*, *La Nación* y *La Razón*, en los demás diarios era un problema cobrar el sueldo a fin de mes. *La Argentina* había implantado, con sus ultramodernos titulares, la cobranza por semana.

Pero ante nosotros —“pinches”, cronistas, reporteros— estaba el ejemplo de ese apóstol del periodismo que se llamaba Carlos Vega Belgrano, cuyo nombre aprendimos a respetar, a querer y a tomar como ejemplo los escritores de mi generación. Don Carlos había brindado las páginas de *El Tiempo* a todos los muchachos que a fines y principios del siglo llevaban encendido bajo la frente el fuego del amor por la belleza, por el ideal y por el arte. Casi todos aquellos muchachos que recibieron su espaldarazo eran ahora publicistas de nota y lo recordaban con veneración.

*El Tiempo*, que absorbió la vida y el dinero de su director propietario, iba reduciendo su número de páginas, su tiraje; sus operarios y empleados, haciendo honor a la bondad de don Carlos, lo aliviaban marchándose sin indemnizaciones; pero en las cuatro páginas de *El Tiempo* había todavía, hubo, hasta su último número, un verso, un cuento, un poema de un joven “que prometía”...

Don Carlos, como un general que pelea hasta el último momento, espació las apariciones de *El Tiempo*, hasta que pasó a ser el sueño de su vejez, pobre, pero respetable. Un hombre que estaba en el gobierno —pero que algún día de su juventud alentó el ímpetu de un ideal desinteresado— lo llevó a un retiro de dignidad, y así vivió sus últimos días don Carlos Vega Belgrano en la presidencia de la Comisión de Bibliotecas Populares.

Desde entonces, cada vez que muere alguna personalidad de las letras o de la política, en su nota biográfica generalmente se lee: “Hizo sus primeras armas periodísticas en *El Tiempo*”. Y el nombre de Vega Belgrano se proyecta hacia el mañana...

### **Viviendo del aire y del ingenio**

No era verdad que nuestra bohemia fuera vagancia, como afirmaban los petulantes escritorzuolos que vivían al rescoldo de un sueldo como empleados nacionales.

No era postura tampoco, ni coquetería. Era inteligencia, esperanza, talento, ambición, con hambre de comer y sueño de dormir.

Los que teníamos un puesto en algún diario, no importaba que la administración del mismo diario nos pagara con promesas, manteniéndolas con pequeñas entregas. Todos los días, de 7.30 y 8 de la mañana, estábamos en la redacción, haciendo lo propio por la tarde, cuando no para trabajar en la otra edición, para rondar la administración esperando, ilusos, el resto del sueldo.

A veces valía la pena ese heroísmo de vivir del aire y del ingenio, ayudando al afianzamiento de una idea periodística

que se hacía empresa; pero la experiencia nos demostraba que en cuanto aquello se lograba, los primeros en saltar éramos los que habíamos puesto el hombro, el trabajo, la paciencia y el entusiasmo...

Esta manera de vivir incidía sobre todos los actos de nuestra existencia. La planchadora terminaba por no dejarnos las camisas hasta que no le pagáramos las anteriores. La otra ropa la lavábamos personalmente a medianoche en la pileta del fondo, de la cual se llevaba y escondía el jabón amarillo la dueña de casa, egoísta y malhumorada. Por cuentagotas le íbamos entregando parte de los pocos pesos que en idénticas dosis nos iba suministrando la administración del periódico, pues en cuanto nos poníamos remolones, la dueña de la pensión nos cerraba con candado la puerta.

Como consecuencia de uno de esos cerrojazos, conocí uno de los refugios del Ejército de Salvación, donde por veinte centavos dormí “magníficamente”, y a la mañana siguiente, después de asistir a un oficio religioso muy confortable moralmente, me reconforté físicamente con el estupendo tazón de café con leche y un pan como para picapedrero...

## **La luz de las candilejas**

### **Los primeros aplausos**

Por fin llegó el momento. En medio de un silencio absoluto se levantó el telón y empezó el primer cuadro.

Empecé por notar con complacencia que allí donde yo había marcado una situación con parlamentos de circunstancias, la gente reía francamente, para silenciarse de inmediato y seguir con atención las incidencias dramáticas.

Me pareció que aquello no terminaba nunca, que era largo, y era mi impaciencia la que me tenía en un pie.

Por fin cayó el telón entre aplausos, se levantó dos o tres veces, y los maquinistas entraron a desarmar el

vestíbulo de la casa de Mario y echar el corto colgado del pasacalle, adosando dos escalones de madera a una puerta pintada en el telón corto para que se sentara a dormir el veterano que encarnaba el actor Cincione.

El segundo cuadro gustó mucho; los dos canillitas encarnados en Olinda Bozán y Livia Zapata, en su triángulo con el veterano, provocaban ora la carcajada, ora el aplauso del público.

Aranaz había tenido buen ojo al vaticinar que ese cuadro iba a ser el más gustado por el público. Al caer el telón de ese cuadro, entre los aplausos se oyeron gritos llamando al autor.

Oírlos y entrarme un pavor cervical fue todo uno. Corrí al camarín de Panchito y me encerré, temeroso de que quisieran obligarme a salir. Mis amigos, luego de hacerme la crónica, estuvieron de acuerdo en que el telón se alzó muchas veces, lo cual se explicaba también por el excepcional reparto de ese cuadro.

Y llegó el cuadro final, el de “Hansen”. Panchito, para darle más realidad al cuadro, había contratado una orquesta típica, cuyo bandoneón era tocado por un chico de catorce años que se llamaba el *Pibe de la Paternal*. Hoy en el mundo de las “broadcastings” se llama Osvaldo Fresedo. Era la primera vez que se ponía una típica en escena y eso también se contaba como un incentivo.

Al salir, Panchito y los actores me palmearon. Teníamos la mitad del éxito ganado. Pero, lo que me ha pasado muchas veces en la vida: me ha costado el doble ganar. Ese estreno no había de certificarlo.

La pieza había adquirido ya un ritmo más acelerado y todo iba perfectamente, notándose en el silencio religioso del público su creciente expectación cuando ocurrió la catástrofe.

### **El telón cae antes de tiempo**

Para impedir que se produjera a la vista, cosa de por sí peligrosa, la herida de Mario, yo hacía que en el bochinche producido se apagarán las luces, transcurriera una pausa,

y volviese a encenderse las luz descubriéndose entonces el cuerpo del protagonista caído.

El telonero quizá hubiese comido fuerte esa noche y se estaba echando un sueñito cuando oyó el toque de prevención de la chicharra desde la concha del apuntador. En el despertar, confuso, echó el telón, y con él una lápida a mi pobre obra, a la que cortaba el final.

El público quedó desconcertado, en silencio. Panchito echaba sapos y culebras, cuando de pronto me vio. El decía que le di miedo. Pensó en un segundo en lo que era para mí ese fracaso.

Como buen actor hecho en el teatro español, supersticioso pero valiente, jugó el todo por el todo. Mandó alzar el telón y se adelantó al público.

—Respetable público— dijo en medio de un silencio hondo, absorbente—, pido mil perdones por la equivocación del sofista que ha echado el telón antes de tiempo. Ustedes comprenderán: la obra del toba Saldías no termina así. Si ustedes ponen de su parte un poco de buena voluntad, vamos a enmendar este entuerto —y ante la aprobación del público, gritó:

—Apaguen la luz; atención al apuntador.

Y el pobre Panchito volvió a tenderse en el suelo para que la obra continuase. Hoy, al cabo de treinta y dos años lo evoco y no puedo impedir, recordando a Panchito, que murió hace poco, que una vieja lágrima envejecida de devoción me rueda varonilmente por la cara.

¿Fue la rara incidencia tan generosamente salvada por el actor; fue la simpatía de la pieza y alguna habilidad demostrada quienes generaron la esperanza y el estímulo? Aún no lo he averiguado nunca, pero lo cierto fue que *Noche de garufa*, estrenada en diciembre de 1913, fue un éxito, y mis invitados especiales lo festejaron, en tanto Jean Paul me dedicaba en *La Nación* unas líneas que no por ser pocas, eran menos elocuentes y alentadoras.

### **Iniciación afortunada**

Muchas veces, en pequeñas ruedas de empecinados, he contado esa iniciación mía a los 21 años, sin obstáculos,

sin espera, sin peregrinaciones por los vestíbulos, mientras ellos seguían afirmando que existen círculos cerrados que impiden la iniciación de nuevos genios.

El teatro es la más generosa de todas las dedicaciones artísticas. El gesto de Panchito Aranaz lo prueba. A través de los años nos pasamos esperando a los autores nuevos, y cuando uno llega, ahí le tendemos los brazos sin regatearle antes el aplauso.

Deseamos la continuidad de nuestro esfuerzo que afianzó una realidad lograda a costa de la entrega de nuestras energías en los mejores años de la vida.

De mí puedo decir que desde esa noche viví para fraguar asuntos y desecharlos o meterme en ellos, dispuesto a entregar cada vez con mayor conciencia y por ende con más alegría el fruto de mi propio ingenio.

Una noche, Joaquín de Vedia fue hasta el Nacional Norte a ver mi obra, y su juicio, sin saberlo, coincidió con el de Palacios.

—Como ensayo está bien. Tiene hasta la poesía de la ingenua moraleja que no se dice: no vayas de noche con una buena moza adonde hay jarana, porque puede haber lío. Está bien. Pero como ensayo. Ahora hay que trabajar en serio. Veo que toca con más desenvoltura lo gracioso y lo sentimental que lo dramático. A trabajar, pues. Una comedia argentina, que es el modo de ir luego a lo universal. A ver si me da una sorpresa...

¡Qué se iba a imaginar Joaquín que iba a recibir en verdad una sorpresa dos años después!

Ese verano me defendí con los pesitos de mis derechos de autor, y como había ganado un concurso de cuentos en *Fray Mocho*, Félix Lima, que era muy amigo de mi casa, entró a protegerme publicándome con cierta frecuencia los cuentos que yo le llevaba.

### **La lucha por los derechos de autor**

Además ingresé en la Sociedad de Autores recientemente fundada y presidida por Enrique García Velloso. Este gran “leader” del teatro argentino había

sufrido en carne propia y había visto el ejemplo de Carlitos Pacheco y de Florencio Sánchez vendiendo sus obras para que las empresas de entonces lucraran. Convocó en su casa de la calle Arenales 1237, y allí echó las bases de la Sociedad Argentina de Autores, que se fundó el 11 de septiembre de 1910. Una asamblea posterior en el teatro Odeón aprobó los estatutos y en seguida se dedicó la nueva entidad a obtener el derecho de autor equitativo, sosteniendo una violenta campaña contra las empresas, que después de haber soportado los discursos de los autores y las andanadas de la prensa, buscaron el arreglo.

Uno de los episodios más interesantes de esa brega, que quedará como la más grande conquista de los escritores de teatro, tuvo por protagonista a Carlos Mauricio Pacheco. Este había vendido en una suma de apremio *La vida inútil*, comedia dramática de gran envergadura, que su propietario entonces, don Pepe Podestá, explotaba presentándola todas las noches a teatro lleno.

Una de las noches de aquella lucha, Pacheco, Foppa y otros llegaron al teatro Apolo, subieron a un palco alto y, en mitad del acto, Pacheco interrumpió la representación, para decir:

—Respetable público: esta obra, que estáis aplaudiendo y que representa esta compañía, es mía. Me ha costado fatigas y desvelos, y cuando en medio de mi pobreza he venido con ella, me han ofrecido venderla por unos pesos. Mirad cómo está el teatro hace muchas noches. Yo no percibo nada de esta entrada, y soy el autor. Pepe Podestá, señores, se niega a aceptar el diez por ciento que pedimos los autores para darle nuestras obras. En señal de protesta yo pido al público que me acompañe y se marche del teatro.

Una cerrada ovación rubricó la impresionante arenga, y el público abandonó la sala.

Aquella fue una lección que decidió a don Pepe a aceptar los términos del convenio por el cual el autor percibe el quince por ciento de la entrada la noche del estreno, y el diez por ciento las subsiguientes, quedando prohibida la venta de obras.

Es bueno recordar, como abanderado de ese movimiento, al enérgico Alberto Ghiraldo, en la plenitud de su rebeldía y de su lucha por las reivindicaciones humanas.

Desde entonces la Sociedad recauda en los teatros, noche a noche, el importe de los derechos, acreditándolos al día siguiente en la cuenta corriente de los socios, siendo en este sentido la única en el mundo que abona el derecho de autor inmediatamente después de percibido.

Vicente Martínez Cuitiño  
*El Café de Los Inmortales*





## Vicente Martínez Cuitiño (1887-1964)

Las primeras setenta páginas del libro de Martínez Cuitiño tratan sobre el café y se dejan leer como un estudio sociológico amateur sobre el café como institución intelectual. *Cafés et cabarets d'autrefois*, de Georges de Wissant (París, 1928) fue uno de los libros que tomó como modelo. Recordó otros cafés porteños, como el sótano Avenida Keller (donde los jóvenes rodeaban a Ricardo Güiraldes), La Perla (“sede oral del gran Macedonio Fernández”), La Puñalada (“auspiciada por la presencia de Nalé Roxlo”). También recordó cafés literarios madrileños, algunos de los cuales, al menos, conoció directamente: el Pombo, El Gato Negro, el Café de Lisboa.

Las trescientas treinta páginas restantes son retratos, distribuidos en capítulos que siguen un orden jerárquico. Aunque Martínez Cuitiño era un dramaturgo, se ocupó primero de “Los poetas de ‘Los Inmortales’”, y mucho después de “Los autores dramáticos”. Le dedicó un capítulo aparte a José Ingenieros, y Leopoldo Lugones, que nunca iba al café, fue otra de las figuras estelares del libro. “Los críticos” (teatrales y literarios) eran mucho más relevantes que “Los actores”. “Los plásticos” y “Los músicos” apenas consiguieron unos breves capítulos finales. Sin embargo, Martínez Cuitiño no dejó de advertir que en la cultura del café literario importaban sobre todo los olvidados, los fracasados anónimos y los acólitos sin posteridad. Los mortales, los que rodeaban a los inmortales, eran el fundamento de ese nuevo mundo de sociabilidad intelectual que elegía como lugares de encuentro los cafés, las cervecerías y los restaurantes. A ellos les consagró el capítulo “Algunos entre los mejores”.

Además, Martínez Cuitiño dejó dos largas listas de nombres propios. La primera estaba formada por los “inmortales honorarios” o “hermanos mayores”. Muy pocos de ellos iban al café, pero estaban presentes, a puro prestigio, como temas de las conversaciones. La segunda lista, mucho más interesante, surgía de una visita imaginaria al café en sus años gloriosos, entre

1907 y 1911. Los concurrentes aparecían distribuidos en mesas y grupos de amigos. Al libro de Martínez Cuitiño se lo acusó de incluir hasta a quienes habían pasado por la vereda de enfrente del café. Se trata, por cierto, de un completísimo diccionario de autores de 1910. Todos los nombres, con la excepción de Ángela Tesada, “la única mujer en el café”, son masculinos.

“Café de Los Inmortales” fue el título irónico con que lo rebautizó alguno de sus más renombrados clientes literarios. Estaba en Corrientes entre Suipacha y de las Artes (Carlos Pellegrini). Apenas servían bebidas alcohólicas y la consumición habitual era el café o el “completo”, el tazón de café con leche con abundante pan y manteca (la comida de los artistas ridículamente pobres a la manera de Bustos Domecq), que consumían los periodistas y los estudiantes sin dinero. Pero el café pertenecía sobre todo a la gente de teatro, que no se autodefinía como “bohemia” sino más bien como “farándula”: actores, directores, dramaturgos, periodistas, pero también anónimos empleados de las compañías y las salas. En Los Inmortales, terminó reconociendo Martínez Cuitiño, se hablaba más que nada de teatro. Hacia 1910 los equívocos éxitos teatrales de Roberto Payró, impulsados inicialmente por la revista Ideas, y los rotundos éxitos de taquilla de las obras de Florencio Sánchez señalaban al teatro, con su visibilidad y sus ganancias, como un espacio cultural menos prestigioso pero más codiciado que el de la poesía.

La Sociedad Argentina de Autores (después Argentores) se fundó en septiembre de 1910 entre el Café de Los Inmortales y la casa de Enrique García Velloso. Martínez Cuitiño estuvo en el acto de creación de la sociedad y fue su primer secretario. En el café se definieron también las operaciones de la campaña de los autores contra los empresarios, reclamando un diez por ciento de las entradas como derecho de autor. En *Confidencias de un hombre de teatro*, Federico Mertens recordó que en Los Inmortales se gestaron las revistas *Vida moderna*, de Arturo Giménez Pastor, y *Papel y Tinta*, de Benjamín Villalobos y Edmundo Calcagno. Como se ve, volvía a suceder, al revés, lo que había sucedido durante la década anterior en El Ateneo. De aquella institución se habían desprendido grupos, como los jóvenes que rodeaban o esperaban rodear a Rubén Darío. Del Café de Los Inmortales, un “club de formación casual”, se desprendían ahora instituciones y reglamentos: una sociedad, una ley de derechos de autor, revistas.

El libro de Martínez Cuitiño debe ser leído junto a *La inolvidable bohemia porteña* de José Antonio Saldías. Fue

publicado por Kraft, que también editó las *Memorias de un hombre de teatro* de Enrique García Velloso y *Amigos y maestros de mi juventud* de Manuel Gálvez. Como Saldías, Martínez Cuitiño fue un dramaturgo que conoció tempranamente el éxito. Era abogado, fue periodista, escribió algunas letras de tangos e incursionó en el cine.



## *El Café de Los Inmortales*

**Buenos Aires, Kraft, 1949**

### **Capítulo primero**

#### *El Café de Los Inmortales*

En todas las capitales del planeta existe siempre un café o varios donde, al margen de las actividades de su dueño y de la corriente general del público consumidor, artistas o intelectuales han fundado su más cómodo club: un club sin reglamentos ni disciplinas y acaso sin responsabilidad, como no sea la tangencial e inesperada que la crónica pueda depararle. Para acudir allí y sentarse en el ángulo propicio del nuevo hogar espiritual el aspirante solo necesita creerse alguien, saberse distinto de los demás y haber escuchado en sí mismo una voz diversa a la de sus semejantes o ignorada por estos. Requiere además cierta exaltación secreta, de imposible registro en las clínicas profesionales, y abrigar la seguridad de encontrar en tales ámbitos a los miembros desconocidos de su gran familia dispersa. Dispersa, aunque no igual, solidaria aunque solo en el misterio de la creación. Los artistas, los intelectuales y los locos son como las nubes: cuando se encuentran se asocian... o se pelean —dijo alguien—, y siempre para bien de los demás.

En tales clubes de formación generalmente involuntaria o casual coexisten, como en ciertos dramas

contemporáneos, dos órdenes distintos: el de la realidad y el de la fantasía. La primera sin sospechar siquiera a la segunda; la segunda, si no desdeñosa, indiferente respecto de la primera. El sujeto de la realidad, dorada medianía o fatuo burgués, entra al café para salir en seguida tras el pago inmediato de la consumición inevitable. Ese es su deber. El de la fantasía, artista o intelectual, entra al café para quedarse o instalarse tras de postergar su consumición problemática y de pagarla cuando le plazca, y no siempre con dinero vulgar sino con crédito, ideal del dinero, según una fórmula de Saint-Victor. Ese es su derecho.

¿Por qué así?

Porque, en verdad, quienes aspiran a llegar y llegan al ángulo propicio del nuevo hogar espiritual no van con el propósito de tomar café. Un temblor metafísico y ensueños sin relativismos los conduce a beber su taza de ilusión o de aspiraciones y a encontrar algo así como una patria de almas, sin limitaciones jurídicas ni normas reguladoras.

Por eso, cuando un artista o un intelectual va al café donde se reúne con sus camaradas, o compatriotas en la órbita de aquella soberanía de las almas, no lo hace como el pacífico concurrente accidental y de tránsito hacia su Jauja imantada o venal. Va al café como quien se dirige a su otro verdadero país: un país cuya extensión terrestre cabe en un solar habitado por otras gentes, pero cuya zona imponderable solo permanece accesible para él.

Ir al café, pues, para el aspirante no es lo mismo que ir al café para el parroquiano hogareño y metódico.

Quien supo enunciar mejor sin definirlo “qué es ir al café” fue el célebre creador del simbolismo, cuando una tarde al recibir la felicitación de Antoine Albalat por su asiduidad crepuscular al Vachette respondió: —Yo no llamo a esto venir al café. Antes, yo llegaba a las ocho de la mañana y salía a las cinco de la mañana del día siguiente. Eso, eso es lo que yo llamo “ir al café”.<sup>1</sup>

[...]

---

[1] Wissant. *Cafés et cabarets d'autrefois. Le café Vachette*. París, Tallandier, p. 140. [N. del A.]

El Café estaba en la calle Corrientes, entre las de Suipacha y Artes. Entonces la amplia avenida actual era una arteria estrechísima pero caudalosa del centro ciudadano. Con solo observar la circulación de coches y tranvías y el vaivén de peatones apresurados sobre y bajo el cordón de las aceras imaginábase su posterior magnificencia. La mayor intensidad de su tránsito producíase entre las calles de Florida y Uruguay. Los teatros que alojaba, tales como el de la Ópera —cómoda y elegante sede lírica de la urbe—, el Nacional y el Apolo destinados preferentemente a la representación de obras argentinas, y los próximos a la calle como el Odeón —primera y refinada sucursal de las grandes compañías dramáticas de París, Madrid, Roma y Milán—, el San Martín, el Casino, el de la Comedia, el Scala y el Pigall, determinaban aglomeraciones humanas que perpetuaban por la noche en el sector señalado el ritmo de su actividad durante el día.

Otros cercanos cafés y confiterías con dependencias análogas congregaban a gentes diversas sin parecérselos en nada: el Quijote, frente al Teatro Nacional, de extensión pequeña y agitado palabreo, especie de taberna madrileña con olor a cocido y a buen aceite de fritura, donde holgábanse cómicos y periodistas; el sobrio salón de Colombo y Busso, entre burgués y aristocrático por su selecta clientela, la cual, a pesar de su distinción o tal vez por lo mismo, solía epilogar en chocolate espeso el largo y romántico suspiro de las veladas musicales de la Ópera; el Royal Keller, confortable y ampuloso; el Guaraní, bullente de horteras y estudiantes insensibles a la inocencia espectacular de sus decoraciones *art nouveau*; el Café Nacional, de Corrientes y Cerrito, humilde y convidador por su exterior colonial, pero de interior sórdido y casi siempre en penumbra cobijadora de transeúntes malevos, cocheros en descanso, algún “galerita” corajudo y una que otra moza adornando la descuidada vestimenta con el encanto sospechoso de una mirada en clave; y el de la otra esquina en diagonal —las esquinas de Cuitiño— en competencia de provisiones, bebidas fuertes y grescas ciegas a tono con la evocación.

Ninguno de estos, apropiados para personas de muy distinta y distante condición, guardaba relación posible con el Café de Los Inmortales. Los únicos lujos de Los Inmortales eran la fachada, con la amplitud de su vidriera, y el título, ocurrencia de Florencio Sánchez, según mi recuerdo, e imposición de Evaristo Carriego a la dulce bonhomía de Monsieur León, su último dueño.<sup>2</sup> Su interior asemejábase a cualquiera de los brasileños: algo pequeño el salón de paredes verdes, ninguna decoración, intensa y blanca luz por su larga noche.

El limpio cristal de la mañana porteña amparaba al Café. Volcábanse ahí nutridas columnas de empleados de comercio. Iban a buscar un desayuno tan suculento como barato: un tazón de café aromático y leche pura, pan reciente, manteca sin embrollos, fresca mermelada y sabrosa miel por quince centavos históricos. Más de un “inmortal” pudo burlar luego en una sola deglución histórica el almuerzo y la cena de sus sueños. Ese despertar traficante del Café hizo su reputación burguesa y a sus expensas, sin duda, pudo después ostentar su nombre de “Los Inmortales”, pues en dos horas de activo y numeroso despacho matinal, amén de la venta al por menor del grano, la caja recaudaba con regular ventaja para el dueño.

Sin embargo, aquella gente presurosa y vulgarmente correcta, tan distinta a la abigarrada y heterogénea que pulula zigzagueante y como desorientada en la vastedad de las salas modernas, estaba bien lejos de ser la verdadera clientela de Los Inmortales. Fue el involuntario soporte económico, el paradójico punto de apoyo de la auténtica. Y la auténtica fue la de los poetas, autores dramáticos, críticos, novelistas, artistas plásticos, músicos y cómicos, muchos de ellos todavía estudiantes, y otros neófitos o consagrados. Sin nadie sospecharlo, ni siquiera ellos mismos, tomaron posesión definitiva de su salón por simple prescripción del

---

[2] Mucho se ha escrito sobre la paternidad del título. Algunos la atribuyen a Zabalía, otros a Ingenieros, Saldías a Rubén Darío, alguien a Carriego. En verdad Carriego exigió a M. León el cambio del título “Café Brasil” por el de “Los Inmortales”, pero cuando ya todo Buenos Aires lo denominaba así por una ocurrencia festiva y generalizada de Florencio Sánchez, uno de sus huéspedes favoritos. [N. del A.]

asiento ocupado, pagaran o no su consumición, oblada a veces con música de palabras en dinero de la fantasía.

Aquellos muchachos “inmortales” constituyeron fundamentalmente la clientela auténtica, calificaron y dieron tono olímpico al Café. En su imaginario despilfarro terminaron por regalarle hasta el nombre.

Desde luego, contaban con la prudencia de Monsieur León, su gerente primero y después su dueño, amigo de las artes como todo buen francés. Sin su complicidad ideal y su caballerosa tolerancia no se hubiera logrado en el café la evolución operada a ritmo diario desde su serena mañana lucrativa hasta su crepúsculo en ascuas, en virtud de su fuego polémico, o hasta su noche fosforescente de bohemia libre y audaz.

Los suaves modales y la atención solícita de Monsieur León tanto como su espontánea cortesía sedujeron a los parroquianos auténticos. Su rostro pensativo abría en fácil y comunicativa sonrisa para limar la aspereza del bohemio precoz. El método de Mr. León consistía en aprobar siempre al inmortal la ofuscación de su mortal juventud. Sabía admirarla. No le costaba perdonar el olvido del “do ut des” operado en el brioso discutidor. Sentía la honestidad esencial de todos, aun la de los quebrantados por el desaliento o la de los deudores mágicos, y encantábale auxiliar al necesitado, máxime si su rima era profunda e indomable su orgullo. Monsieur León era posiblemente un “inmortal” más, un inmortal silencioso, perteneciente a la extraña categoría de “los que callan” modelados por Rodó.

El Café cobró rápida notoriedad. Se la debió un poco a la afluencia de todo ese mundo vibrátil y bullicioso que ya entonces proclamaba o deshacía una obra nacional en el teatro homónimo de la vecindad, y sobre todo al hospedaje permanente de jóvenes impetuosos y capaces, con frecuencia irreverentes, que allí debatían sobre todos los temas generales y particulares de la actualidad literaria, filosófica y aun política del nuevo y del viejo mundo. Por lo mismo solían ganarse la simpatía y la amistad de los colegas mayores, ya despreocupados de prejuicios y de luchas. Sus cambios de ideas entre mesa y mesa ponían

a prueba la inteligencia de los iniciados y a menudo desviábanse hasta el “alacraneo” a tres o cuatro voces, con rondas de sofismas, ejercicios de gimnasia mental, cursillos de panfletismo y de tarde en tarde con su corolario de fuerza física. Existía el “inmortal” guapo en la acepción criolla del vocablo —Florencio, Carriego, González Castillo, Doello, por ejemplo— y el “inmortal” aparentemente flojo y harto peligroso en el instante decisivo. Tales prendas no eran tenidas en cuenta por nadie, ni aun por los mismos guapos en ejercicio, pues si bien era menester contar con algo para la defensa personal durante el auge de las “patotas”, que alguna vez fueron paladinamente derrotadas por los “inmortales”, ninguno aceptaba el culto del coraje por el coraje mismo, un poco por razones espirituales y de buen gusto, otro poco en virtud de sus funestas derivaciones sociales.

—Me parece que entro al café Vachette —dijo una vez Soussens con su afelpada voz de tiple, al penetrar en la sala, lleno de buen humor, de elegancia prestada y de talento propio.

—Falta Verlaine —le gritó uno de los más jóvenes.

—Soy su avatar —respondió en seguida el poeta blandiendo en alto su bastón “desempeñado”.

Una gran salva de aplausos festejó la súbita respuesta del prince aimé.

Sentado ya frente a su grapita especial comenzó a soñar en alta voz y a evocar a aquellos jóvenes frequentadores del café citado: Pierre Louys, Charles Maurrás, Maurice Barrès, Laurent Tailhade, Maurice du Plessys, Mazel... Y después, como siempre, cayó en su propio anecdotario: la partida de Friburgo, el beso que le dio Víctor Hugo...

## Capítulo segundo

### El Círculo Inmortal

[...]

Por lo general, hecho su bagaje nacional y americano de seudoclásicos, románticos y modernistas más

destacados, el inmortal aplicábase al conocimiento integral o fragmentario de cada uno de *Los raros* de Rubén en sus mejores realizaciones, o cuando podía, de los sintetizados en *Le livre des masques* de Remy de Gourmont, y de gran parte de los proyectados a través del lente anatolesco en los cuatro tomos de *La vie litteraire*. No era difícil ver a muchos con Quevedo, Góngora, Cervantes, Goethe, largos meses, y a otros aprovechar para su extensión cultural las ediciones de Sempere, tan útiles entonces y tan difamadas por sus propios beneficiarios. Espiaban además el movimiento literario, un poco de hurtadillas, entre charlas disfrazadas, sobre el mostrador de Moen o de otras librerías y a través de revistas francesas y españolas, como asimismo luego en *Nosotros* y en libros de crónicas y ensayos de Paul Groussac, Miguel de Unamuno, Paul Souday, José Enrique Rodó, Emilio Becher (Stylo) y otros... cuando no se había impuesto el estudio ordenado bajo severa y rendidora disciplina.

Cumple, sin embargo, decir que así como algunos inmortales realizaban su cultural literaria disciplinariamente muchos de los jóvenes hicieron su acopio poético de la época no partiendo de las fuentes originarias sino a la inversa, o sea remontando la corriente americana hasta el manantial auténtico de la renovación. Conocieron antes a Rubén, a Herrera y Reissig y a Lugones que a la pléyade parnasiana y simbolista, cuya influencia aquellos recibían sin perder sus acentos personales, y antes bien acentuándolos hasta la evidente expresión autónoma. De tal modo, la frecuente lectura del posromántico Baudelaire —como lo clasifica Gómez de la Serna— y de los que vinieron después de su *nouveau frisson* hicieronle apreciar mejor la calidad, substancia y vuelo del movimiento iniciado en América por Rubén y continuado gloriosamente por los otros dos poetas citados.

Los seducía la factura rítmica, la sonoridad embrujadora, la envoltura de la imagen, las repeticiones combinadas en pos de una musicalidad sugerente cuando alrededor de Charles de Soussens o Ducasse recitaban u oían extasiados los versos de Verlaine, Catulle Mendès, Mallarmé, Rimbaud, Laforgue...

De todas aquellas cimas, desde el *nouveau frisson* a Paul Fort y Laurent Tailhade, en quienes perdura la influencia del simbolismo, Verlaine lograba la adhesión total. En su admiración por la alada condición poética del *pauvre Lelian* unían no tanto el sublime candor de la confidencia y el musical murmullo de su ternura como el halo de sus leyendas, la anécdota de Rimbaud y la estremecedora pobreza de su vida.

[...]

Entre muchos de los acontecimientos desarrollados al amparo de aquel cenáculo de Los inmortales, el Café puede vanagloriarse de haber contribuido con parte de sus grupos artísticos a la fundación de la actual Sociedad Argentina de Autores. Si bien esta nace en la calle Arenales 1257, casa de Enrique García Velloso, y merced a su personal iniciativa, fue en Los Inmortales donde el dinámico escritor exploró los ánimos y sembró entre los autores parroquianos la idea de la constitución societaria, la misma que desde su fundación el día 11 de septiembre de 1910 y a través de sucesivas etapas de acción organizadora figura hoy con el nombre de Argentores.

Desde el malogrado intento de 1872, tres veces más había fracasado la aspiración de constituir una sociedad de autores: hacia 1881, en casa del poeta Rafael Obligado, concretáronse las bases del Círculo Dramático Argentino; pero desapareció rápidamente por falta de conexión, o mejor dicho, por total desapego de los constituyentes en relación a los aspectos económicos de su propia producción. En 1900 repitióse la ilusoria empresa teniendo como resultado el desaliento. Más tarde, en la época inicial de Sánchez, Payró, Laferrère, Soria, Velloso, Bosch, López, el teatro congregaba auténticas vocaciones. Evoqué alguna vez ese momento. El amor a la gloria, que en Verlaine originaba expresiones despectivas y cierta amargura inexpresable, estimulaba a gentes maduras y encendía a adolescentes impetuosos.

[...]

Un buen día de 1907 aquellos buenos autores, entre los cuales habían comenzado a filtrarse algunos especuladores

de segundo orden con su producción del mismo grado, decidieron agruparse y fundar una sociedad de generosas y líricas proyecciones. La nueva entidad se denominó Sociedad de Autores Dramáticos y Líricos. Tal agrupación gateó como los niños unos cuantos meses, dio luego unos pasos, más tarde un tropezón, cayó y murió. En un festival organizado por la misma habló Florencio Sánchez, quien terminó su alocución con las siguientes palabras: “No conozco bien las bases y los propósitos de esta asociación de autores. No creo en las sociedades de fomento intelectual. Para ello están las escuelas, las propias energías y la emulación. Lamentaría encontrarme en disidencia con mis colegas, pero pienso que una sociedad de autores, hoy por hoy, entre nosotros, debe tener por fin primordial la defensa de los intereses materiales de cuantos escriben para el teatro. No concreto cargos”. Y terminaba con el párrafo ya transcrito anteriormente: “Quiero más bien recabar de este auditorio la promesa de que prestigiará las iniciativas encaminadas a impedir que el hechicero de la emoción tenga que mercar a cualquier precio la vara mágica que le dio la ilusión de un dominio”.<sup>3</sup>

En las palabras de Florencio se advierte el estado de cosas precedente a la fundación de la nueva Sociedad. El hechicero de la emoción debía mercar a cualquier precio el poder de su vara mágica. Ya entonces la nobleza de los contratos era excepcional, y era común que la injusticia o la desproporción entre la ganancia y el estipendio presidiera las relaciones de empresarios y autores.

Llegóse así a 1910. Previa alguna conversación de García Velloso con Giménez Pastor y tras de una prédica activa en Los Inmortales, día a día realizada por su inspirador, el mismo García Velloso —que desparramaba su talento luciente y risueño en las fugases tertulias proselitistas del Café—, o por Julio Castellanos, Pedro E. Pico, González Castillo, Roberto Cayol, Francisco Collazo,

---

[3] En las revistas *PBT* (diciembre de 1907) y *Vida Moderna* (19 de diciembre de 1907) puede verse la nota gráfica de la velada correspondiente en el Teatro Nacional. [N. del A.]

Alberto Ghiraldo, Eugenio Gerardo López, Julio Sánchez Gardel, Ezequiel Soria, José de Maturana, Vicente Nicolau Roig, Carlos M. Pacheco, Emilio Dupuy de Lome, Enrique Queirolo, Federico Mertens, Miguel López, José Carrilero, Eugenio de la Riva y el que escribe estas líneas —todos “inmortales”—, y a la que adhirieron Camilo Vidal, Telémaco Contestáble, Alfredo Duhau, Mariano Hermoso (padre), Alfredo Méndez Caldeira, Nemesio Trejo, Juan A. Bejarano, Segundo Pomar, Vidal Cibrián, Enrique Morera, Florencio Fernández Gómez, Armando García Velloso, Enrique Cheli, Julio C. Traversa, formóse el ambiente para concretar la aspiración de una sociedad de autores. Todos los mencionados, excepción hecha de Pico que no pudo concurrir, congregáronse el día 11 de setiembre de 1910, a las cuatro de la tarde, en casa de Enrique García Velloso.

Enrique García Velloso sintetizó el propósito común, no sin evocar los anteriores fracasos societarios y sus causas determinantes. Tres horas de dialéctica festiva, de agrias puntualizaciones y de utópica fraseología frente a vinos animadores y a deliciosas confituras —como era habitual en casa de Enrique— acordaron una decisión: la necesidad ineludible de fundar inmediatamente una Sociedad. Alguien recordó el pensamiento implícito en la frase de Sánchez, otros invocaron los fueros del arte. Nació así la sociedad con un doble motivo: la defensa del ideal artístico y el amparo de los intereses materiales del autor. El primero se explicaba por la frecuencia con que la baratija teatral solía suplantar a la creación enjundiosa. El segundo seguía el acomodamiento de las representaciones teatrales a condiciones económicas menos irritantes para el autor. El primero obtuvo la aceptación de todos. El segundo levantó protestas de algunos, como que entrañaba el problema social de fondo.

Cuando la Sociedad, de la cual, siendo estudiante aún, me cupo el honor de ser su primer secretario, estableció a los once meses de su constitución el diez por ciento de las entradas como derecho de autor, comenzó la lucha, que fue recia. No se negaban derechos, pero se los aceptaba tan insignificantes que equivalían a una rotunda negación,

cuando no se mercaban las obras a precio denominado vil en el código pertinente. Algunos empresarios discutieron. Otros no acataron. Los más prudentes ofrecieron su espontánea aceptación, entre estos Pablo Podestá. Tócame hacer su elogio con tal motivo en nombre de la Sociedad en un entreacto de la función, y solicitar para el gran actor el aplauso del público por su bello gesto de artista. Quienes se negaron tuvieron que sufrir las consecuencias de la batalla, cuyos planes dictaba el entusiasmo desde el Café de Los Inmortales. Hubo huelgas, retiros de repertorio, disensiones callejeras, polémicas periodísticas, refriegas vestibulares. Cumple decir que el secretario del Teatro Nacional, Pascual Carcavallo, abandonó a mi instancia su puesto y se unió a los autores en adhesión que le honra, pues en tal circunstancia, como en otras, acreditó su procedencia inmortal. Invitósenos a Calcagno, Pacheco, Mertens, Eugenio Gerardo López, Foppa, Cayol y a mí a interrumpir representaciones y explicar de viva voz al público las razones morales y sociales de nuestra actitud. Contábamos con la fe en la justicia, con los años mozos y con la barra de Los Inmortales que, como de costumbre, se apoderaba del ambiente y decretaba nuestra victoria. Fue, puede decirse, nuestro más fuerte punto de apoyo en aquella cruzada por el derecho intelectual.



Baldomero Fernández Moreno  
*Vida. Memorias de Fernández Moreno*





## **Baldomero Fernández Moreno (1886-1950)**

Fernández Moreno pasó parte de su infancia en el pueblo de sus padres, Bárcena de Cicero, y en Madrid. De regreso en Buenos Aires terminó el bachillerato y estudió medicina. Se instaló como joven médico en Chascomús. Allí escribió la mayoría de los poemas de *Las iniciales del misal* (1915). De nuevo en Buenos Aires, frecuentó a escritores y dibujantes de *Caras y Caretas* y *Nosotros*. En 1919 se casó con Dalmira del Carmen López Osornio, la “Negrita” de sus poemas. Con *Aldea española* (1925), rememoración lírica de su infancia en Bárcena, se abre un ciclo memorialístico en su escritura que desde entonces será constante y paralelo a su poesía.

La edición póstuma de *Vida. Memorias de Fernández Moreno* (1957) reúne la autobiografía publicada en vida del autor, *La patria desconocida* (Emecé, 1943), y una segunda parte, *Vida y desaparición de un médico*. La primera parte abarca los años 1886-1900; la segunda llega hasta la publicación de su primer libro, *Las iniciales del misal* (1915). Las dos partes se distinguen por el tipo de impulso autobiográfico que mueve al narrador. Las escenas de infancia, en *La patria desconocida*, evocan recuerdos felices de la vida familiar, paseos, escenas de juegos, travesuras y escuela, sin remitir (aunque la escritura misma de los recuerdos lo anuncie) al futuro escritor. Como la imagen de la patria, creada en ausencia, la imagen del poeta también está ausente en la rememoración de los primeros años. La segunda parte narra el lento proceso de admisión de una identidad de escritor, primero íntima y después pública. Las memorias registran lecturas de adolescencia y juventud: la fascinación por Darío, Lugones y los hermanos Machado; por Hugo, Balzac, Baudelaire y D’Annunzio. Hablan también de una nueva y consciente pulsión de la escritura, situada en el pasaje de la lectura a la escritura.

Escribió Fernández Moreno en el “Prólogo”: “Nada más cercano a mi poesía, íntima, personal, nostálgica de todo, que recordar mi vida y hasta regodearme de ella, no por excepcional

sino por mía”. Sus memorias, las de un poeta que se inicia en la segunda década del siglo XX, que se recuerda aislado y sin escuela de pertenencia, ya indican una transformación en el género, que va de las memorias colectivas a la autobiografía personal, con derecho de contar morosamente la infancia. Así se entiende la recurrencia de la imagen de un poeta “sin relaciones literarias”, sumido en un “total aislamiento de los centros literarios”, aunque el mismo relato la relativice al mencionar a muchos contemporáneos como testigos de una vocación de poeta pudorosamente reprimida.

Una de las mayores insistencias que pueden leerse en estas memorias y que las vuelve claramente modernas es la creación de un espacio autobiográfico íntimo como tema de la escritura misma de los recuerdos. Por eso, ocupan varias páginas las escenas de elaboración de un discurso de recepción de Belisario Roldán en Chascomús, o del controvertido poema “La vaca muerta”. En ese proceso también se lee entre líneas el recorrido que va de la formación del poeta dentro de la lengua del modernismo, latinoamericano y luego español, la apropiación que hace de ella el joven poeta, hasta su abandono progresivo, sin rupturas explícitas.

En la tensión entre existencia práctica y ensueño del poeta que tematiza la rememoración de la trayectoria, aparecen ecos del tópico flaubertiano de la vida opuesta a la literatura; la vida por la literatura, más desinteresada e intensa pero desajustada, en tensión con otra, de “ambiciones corrientes de fortuna y de poder”. Significativamente, este descubrimiento se presenta casi como una epifanía, y como desenlace de la narración memorialista: “Yo me sentía con una levedad de pluma, con un no estar en contacto con mis semejantes sino por momentos, ligado por dos palabras o por el choque fugaz de dos manos. Al parecer no me daba cuenta que aquello para mí era vivir. Y que un poeta en cuanto nace ya está haciendo y que todo consiste en seguir haciendo eso mismo, es decir, una serie de poemas que luego se corrigen, y se dan a que los cosan por ahí, y se olvidan. Día ganado era día escrito. Día baldío era día estéril y en eso estribaba todo”.

*Vida. Memorias de Fernández Moreno*

**Buenos Aires, Kraft, 1957**

**Segunda parte  
Vida y desaparición de un médico**

**Avenida de Mayo 1130  
1899-1901**

**Una vocación**

Algunos domingos por la mañana me iba al registro de mi padre, aunque fuera unos momentos. Al mediodía regresábamos por la avenida, que estaba llena de baldíos. Era cuando yo sentía intensamente la vocación de arquitecto. Yo veía con placer los progresos de la edificación, el anonadamiento de lo viejo, de lo roído. La profundidad de la excavación, la tierra amarillenta de los costados, alisada, rayada, el impetuoso y geométrico nacer de los cimientos, todo lo atisbaba a través de las vallas. Luego el ascenso de la obra reclamando su azul y su sol, la gracia de las columnas, los hierros de los balcones, la obra de carpintería y, allá arriba, la fila de los balaustres o las escamas de la pizarra, esa cota de mallas opuesta a las lanzas de la lluvia y el viento. Claro que a veces me detenía sobresaltado en diversas consideraciones de orden matemático, obstáculos a mi carrera, pero cuando yo veía la labor de la llana sobre el cemento me olvidaba de esas minucias para ver sólo las

líneas, los planos, lo nuevo y airoso que había brotado de la ruina o del vacío. Por entonces, una guirnalda enroscándose por un fuste me llevaba a la enajenación. Por cierto que esa casa de mi éxtasis infantil, situada entre Buen Orden y Lima, ha sido barrida por la Nueve de Julio. Así observaba yo cada flamante edificio y me regocijaba con él como si en persona los hubiera trazado en mi estudio y seguido desde los andamios. Indudablemente yo quería ser arquitecto. Y la vocación se hinchaba dentro de mi pecho, se ovalaba como un huevo de cáscara finísima pero cada vez más consistente.

He seguido siendo arquitecto callejero toda la vida, pero, desde luego, lo que yo quería no era levantar cuatro, seis, ocho pisos en un solar, sino erguir sobre una cuartilla blanca un romance flexible, desnudo. Aunque tardé algún tiempo en darme cuenta de ello.

## **De casa en casa 1902-1912**

### **Mercedes y Bogotá**

[...]

Entre otros muchachos caía por la quinta el hijo de un comandante que vivía a cuatro o cinco cuadras, pasando la plaza de casuarinas, y que también estudiaba primero de medicina. Tanto el estudiante de farmacia como el hijo del militar eran aficionados a los libros y podían procurárselos; yo me limitaba a envidiarlos. En aquellos tiempos conocí a Acuña, a Flores, a Plaza, a Díaz Mirón y a todos los parnasos americanos, apeñuscados y pintorescos. Las estrofas sonoras, grandilocuentes, eran recitadas por ambos casi a gritos y a puñetazos. Yo acababa por aturdirme. El poetilla retraía medroso y asustado, como un caracol, y creía imposible emular aquellos torrentes de pasión, aquellas invectivas políticas, que se estremecían y volaban de tales páginas en el airecillo de jazmines del atardecer. Yo manejaba en privado un librito pequeño y ardiente como

un rubí, en cuya tapa languidecía una cabeza melancólica, de pelo revuelto y barba afilada, y cuyo título era *Rimas*. Murmuraba aquellas composiciones breves, inflamadas, dolorosas, sarcásticas, y escribía algunas a su semejanza, enderezadas tal vez a una vecina o a nadie probablemente. Vivía en un constante estado de emoción y para atizarlo y encumbrarlo no precisaba gran cosa: una figura fugitiva entre los altos bojes, un vals a través de las persianas, el palpitante de un sombrero leve a lo lejos.

### **El Testut**

El primer contacto con los estudios fue cruel: en anatomía descriptiva tuve que conformarme, durante algún tiempo, con un lóbrego y anticuado mamotreto que hacía antipática la materia. Y adquirir el Testut parecía imposible en las condiciones por que atravesaba mi familia. Por suerte un tío que residía en París tuvo la ocurrencia de regalármelo.

El que tiene un Testut ya no lo suelta más hasta el final de la carrera; de pie sobre sus cuatro tomos se cree alcanzar muy fácilmente la fortuna y la gloria. Es que Testut es un libro admirable y estudiar en él es aprender el orden, la claridad, la precisión, tal vez mejor que en algún engolado texto de retórica.

[...]

El estudiante suspira por Testut si no lo tiene, lo ama entrañablemente cuando lo consigue, es su libro de horas y el arca de sus emociones. Una rosa puesta entre sus páginas o una carta de amor adquieren más poesía que en una novela, se acendran el romanticismo, concretan la juventud y el idilio y, hasta para marchitarse y hacerse polvo, no hay cofre de sándalo que se le iguale. ¡Y cuán útil todavía, como lección de estilo, en horas de desaliento, cuando el párrafo no sale tan rotundo como se quisiera, leerse la descripción de un par de nervios craneanos, o darse una vuelta por el peritoneo, a cuyo lado el laberinto de la mitología es una clara avenida respunteada de álamos y de farolas.

## Chascomús

### Como se escribió “La vaca muerta”

A poco de instalado me hice cargo de una enferma que vivía, calle de Lastra arriba, como unas quince o veinte cuadras más allá del paso a nivel, en una chacra pequeña. Era una enferma joven, de dulces palabras y ademanes, resignada, bacilosa. Estábamos a fines del otoño, con días magníficos, frescos al atardecer en que el sol se ponía fresco y oro, y el cielo quedaba largo tiempo esmeraldino y azul, con una pureza de esmalte o de cerámica.

[...]

La enfermedad se prolongaba y la asistencia también, en que yo iba allá por decir dos palabras de aliento a la enferma, que se iba demacrando cada vez más ante la angustia de todos.

Una tarde lluviosa y desapacible entró un chiquilín a la chacra arreando una vaca, la única que quedaba y cuya leche tomaba la enferma. La vaca venía vacilante, con el vientre enorme. Fue al salir cuando presencié el espectáculo de la vaca empastada, los gritos de la mujer, el subir y bajar de los brazos del hombre, y la caída del animal junto al alambrado, sobre un charco de agua; fue entonces cuando vino el vecino sabiondo y sacó de atrás su cuchillo que, aunque con aires curativos, siempre tienen misteriosos aspectos criminales. Hizo con él un tajo en el abdomen del animal, que miraba a la luna clarísima; un poco de espuma de alfalfa surgió por la herida, tal como se cuenta en el poema. Las hojas estaban cubiertas de gotitas de agua, los alambres también. Lloviznaba. Regresé al pueblo en el sulky, impresionado, primero por lo que aquella vaca podía representar económicamente, luego porque el hombre afirmó que se podía comer; y allá en el fondo de una habitación, en un camastro bajo, la enferma morenucha y sin remedio.

Pasó el verano. Ya estábamos en pleno invierno. Las lluvias habían puesto imposible la calle Lastra, abierta en huellas profundas por carros y breaks y algún raro automóvil,

y por el pasaje de tropas de ganado. El arroyuelo iba crecido, las cunetas estaban llenas de agua. Ahora iba yo de vez en cuando todavía a ver a la enferma, aprovechando los días mejores. Era un viaje pesado, lento, en que bamboleaba el cupé de alquiler. Los colegas se sonreían, sabiendo que allí no había nada que cobrar. También lo sabía yo, pero no se podía abandonar a aquella enferma y había que hacer méritos, por otra parte, a los ojos de todos.

Ahora el doctor regresa al pueblo. Ha vuelto a revivir la enfermita, la vaca empastada y el vecino. El cupé se hunde en la huella, el barro arcilloso llega a los estribos, los dos jamelgos tiran como pueden de cuanta cosa les han dado para tirar: madera y cuero. El cochero Gorráiz, con sus parches rojizos de marinero, más de taberna que de otra cosa, menudea sobre ellos el látigo, mientras el viento silba en la latiguera, en los cercos de cinacina, en el campo y en el cielo. La noche se aproxima. El médico está triste, caído en el asiento, dentro de su caja escorada, subidos los cristales como se podía y un pie en el asiento de enfrente. De pronto, el poeta que había en él ha sacado un lápiz, ha puesto el recetario sobre las rodillas y, casi inconscientemente, debajo del Rp., mientras el coche pujaba hacia el pueblo, ha escrito: “La vaca muerta”, y después el primer verso: “Lentamente venía la vaca bermeja”, y todas las demás líneas del poema, resumiendo en él la tristeza del campo, de la chacra, de la enferma, la suya propia.

Esa misma noche, desde el club, se lo mandé a Coronel, de *El Argentino*, y al día siguiente apareció, con una pequeña nota al pie, en que yo narraba su origen en cuatro líneas. Sobre su mérito no abría ni cerraba juicio ni en lo más profundo de mi ser, pero al día siguiente fue ella, cuando la gente de Chascomús se enteró de que en el mundo había vacas bermejas, y sobre todo el más encrespado era Fortunato R. Iseas, rematador de estos animalejos y en vía de serlo muy grande.

Poco tiempo después moría la enferma. Nunca se me ocurrió pasar una cuenta, naturalmente. Una tarde se me presentó el chacarero en su casa, y con misterio y torpeza sacó de sus bolsillos dos o tres monedas de oro. Siempre me

tocaban a mí las monedas extranjeras, las esperanzas y la resignación. Era todo lo que me podía dar y quién sabe qué significaban para él ni de donde las había obtenido. Tuve la avilantez de aceptarlas.

Yo sostenía mi vaca bermeja y me afirmaba en el rocío, en la alfalfa verde, en la luna, y creo que sobre todo en Valle-Inclán y un poco en Anglada Camarasa. Tuve prosélitos y quienes juraban por la vaca bermeja, pero el titeo que se armó en cafés, clubes y la calle misma duró mucho tiempo.

Ya aquí en Buenos Aires ocurrió un poco lo mismo y el más acérrimo enemigo de la tal vaca fue el señor Ramón Doll, quien no solamente la emprendió contra el cornúpedo sino contra mis libros y mis versos. Allá él y sus razones. Pero lo cierto es que a mí también me llegó a sonar mal lo de la vaca bermeja, no por el adjetivo sino porque la tal vaca pasó su vida fecunda y su muerte simplísima en los alrededores de una pobre chacra, y todo el resto era natural, y sencillo, y adecuado. Y con el andar del tiempo quise dar a mi obra todo el color y gusto argentinos, y la mayor extensión posible, y un día puse: "Lentamente venía la vaca rosilla". En fin, ahora fui yo el que sintió el dolor de la vaca bermeja ausente, y conmigo muchos amigos y compañeros. Y conste que ya no sé de parte de quién está la razón.

Pero que sepa el señor Ramón Doll, ya en el tren, ya en la calle, ya aquí o ya más allá, que el primer detractor y crítico con genuino sabor argentino, la calle llena de arrugas y las arrugas de polvo, criado en la pampa y entre reses, justiciero como una espada y sabio como un naturalista en todo lo que al campo concierne, que mi primer crítico y censor, franco y sincero, fue el señor Fortunato R. Iseas, con casa de remates y otras hierbas en Chascomús.

## **Rivadavia y Olmos**

[...]

Hacía ya tres años que era médico y, a pesar de andar por los veintiocho, aún no se me había ocurrido reunir, en

un volumen, un montoncillo de composiciones. La idea, la posibilidad de un libro de versos míos, la aceptaba apenas como un algo remoto y maravilloso. Esto debido, sin duda, a mi total aislamiento de los centros literarios.

Estaba un poco desengañado del campo, de la profesión, y sobre todo de mí, de mis condiciones para la lucha diaria, para el triunfo práctico, material, inmediato. Mi familia estaba a mi cargo, había deudas que pagar. Un peso más gravitaba sobre mí: habíame enamorado de una niña morena y todo se me volvía hacer girar, perplejo, en el dedo, mi anillo de compromiso. Ahora tenía una meta adonde dirigir mis pasos y mis versos, aunque estos fueran, por el momento, sólo de suspiros y de lágrimas. Repartía mi tiempo entre mi trabajo, múltiples lecturas, paseos por el centro y visitas a mi novia, compendio, naturalmente, de la hermosura del orbe y señora de todos mis pensamientos.

Atisbaba la aparición de nuevos libros: años hacía que la de uno de ellos me había deslumbrado particularmente. Me refiero a *Borderland*, de Atilio Chiáppori, que vi una tarde en Florida, tapizando uno de los escaparates de una librería famosa: la de los hermanos Moen, finos y sagaces mercaderes de libros. Además, Chiáppori, en aquella sazón, habitaba como yo en Floresta y varias veces me había fascinado cuando pasaba ante mí, tímido estudiante, en un alazán soberbio, entre sol y polvo, por la poética calle Mercedes del viejo y recóndito barrio. Chiáppori era para mí la encarnación juvenil, caballeresca, brillante de la fama. ¿Cuándo iba yo a ver un libro propio, con mi nombre al frente, en una vidriera iluminada ante la muchedumbre de las calles de Buenos Aires?

### **Las iniciales del misal**

Corría el año 1915. Hubiera sido, tal vez, la oportunidad de encadenarse como un can a esa ochava que se mostraba tan propicia. Pero ya también, para sacarme de mis casillas, habíame de hecho de algunas relaciones literarias y había leído mis versos bajo los propicios artesonados del Ateneo Ibero Americano, ante un auditorio sorprendido que fue a

ver un médico gordo y campechano y se encontró con un poeta magro y escurridizo. Hablaron los periódicos, y los amigos empezaron a pedirme con insistencia un libro, y a traerme muestras y presupuestos. El doctor, escéptico en su encrucijada de adoquines y de plátanos raquíuticos, los dejaba hacer.

Así las cosas, un amigo, Nicanor Newton, hombre dado al arte y al deporte, se empeñó en ayudarme a reunir y ordenar las piezas de un primer libro. Cuando quisimos acordar, estaba organizado y hasta con título y todo: *Las iniciales del misal*, título que, debo declarar, ya entonces no me gustó mucho: altisonante y lleno de resabios, no decía con su contenido, que era humilde, polvoriento, de caminata y ventanilla, salvo alguna que otra mayúscula miniada o florida, centelleante de pasión entre los folios grises. Y estaba dedicado, ambiciosamente, a Rubén Darío, enfermo y pobre en tierras lejanas, y por cuya salud clamaban las estrellas, los cisnes y el corazón de todos los poetas. Alguien me facilitó el dinero. Me apresuro a nombrarlo: el capitán Gabriel Monserrat, a quien tratara en Chascomús y que por ahí anda enredado en himnos y banderas, pues el señor doctor no podía disponer entonces de los 500 pesos necesarios para una edición. Imprimióse en casa de Tragant, donde conocí a Ricardo Güiraldes, que aquel año agitaba su *Cencerro de cristal*. Entusiasmado ya al ver mi obra en marcha, iba a la imprenta a cada rato, aspirando con fruición, entre columnas de papel, el hálito de las tintas.

Un día de primavera me dieron diez ejemplares, que parecían multiplicarse entre los níqueles y espejos del consultorio; otro, los hermanos Moen llenaron con el mío sus vidrieras. Disimulado entre el gentío, el médico contemplaba su libro en éxtasis, la portada blanca, las letras rojas y negras. Andaba yo por las calles ligero, raudo, en volandas, como si tuviera en faltriquera las llaves de la ciudad y del mundo, el secreto de todas las felicidades.

Lo envié a diestra y siniestra, a revistas y periódicos. Fue una sorpresa general, pues nadie conocía mi nombre.

Recordando el estado de la poesía argentina de aquellos años comprendo el efecto que produjo: su poco de admiración, su poco de asombro, su poco de burla. Todo buena cosecha. Llovieron cartas y aparecieron numerosos artículos. El primero que leí, y que me halagó mucho, fue el de Enrique Banchs, en *La Razón*, que compré mientras iba a visitar a un pobre tifoideo que envolvía sus cuarenta grados en una colcha de indiana.

Consecuencia inmediata de aquella publicación, empujado a la noche y a los astros, las actividades profesionales cayeron en un gran abandono. El médico se entregó al más loco de los vagabundeos, excitado, nervioso, flanqueado del poeta, de su misma edad, de su misma catadura, pero mirándose de soslayo, con desconfianza y ojeriza.

Las noches me las pasaba correteando la ciudad, escribiendo, comiendo en cualquier parte, durmiendo poco, enflaqueciendo y sutilizándome. ¿Cómo madrugar para atender al paciente que urgía en el aldabonazo de la puerta o en el reguero metálico del teléfono? ¿Cómo llenarme la cabeza de responsabilidades y las agenda de direcciones, de cuentas y de consultas? Porque una cosa era estudiar, aprender, con el aljófara de las auroras o el negro café de las vigiliass, y otra el trabajo de todos los días, en guerra con el colega, con el boticario y hasta con el curandero. La torpeza de mis manos se acentuaba cada día más. La vida se me enredaba entre los dedos como el catgut y la crin en las operaciones.

El café y la calle surtían de amigos y conmlitones. Una noche, en el París Hotel, vinieron a saludarme de parte de Manuel Mayol, Sirio, Málaga Grenet, Álvarez, no me acuerdo si Alonso. Desde entonces data mi no interrumpida amistad con *Caras y Caretas*. En el mismo París Hotel, en aquel cantón renovado y ruidoso, mentidero político y artístico de aquellos tiempos, nos reuníamos por la noche con Laferrère, Girondo, Zapata Quesada, Monsegur, Lascano Tegui, en horas en verdad vibrantes de juventud y de entusiasmo. Este grupo fue el primero

en comprenderme y alentarme. Frecuenté la redacción de *Nosotros* y conocí a sus dos directores, que me ofrecieron su revista y su amistad, ambas de oro. Allí traté, entre otros, a Noé, a Coronado, Lafinur.

Pero nunca podrá uno recordar todo lo que quisiera, ni decir todo lo necesario. Una tarde se produjo lo que parecía concretar el triunfo y asumir la voz de la gloria: alguna mujer me habló al oído pidiéndome el libro... Bueno, al oído no, pero sí a través de un teléfono tan dulce y cercano que lo aparentaba.

El médico sucumbió aquel año. No sólo era imposible seguir a cuestas con aquel doctor desmadejado, sino que este era un estorbo que le impedía al otro, al poeta, correr, desprenderse de la tierra y volar. Aunque aún siguió arrastrándose varios años, lo hizo desangrándose, con el soneto más buido clavado en el pecho como un puñal.

### **Caras y caretas**

Abandonaba a Herreros en la calle y me refugiaba generalmente en *Caras y Caretas*, en aquel primer piso que hervía de versos y de colores, en aquella sala de trabajo, bajo la luz cruda de sus focos y la charla o el mutismo de Mayol, que a ambos extremos hacía. Y a su alrededor, como polluelos, estaban Sirio, Álvarez, Málaga Grenet, o poetas como los hermanos Pérez Valiente, uno de ellos dibujante; Leguina, un escritor español; Eduardo del Saz, que entraba y salía, Castellanos, etcétera.

Yo curioseaba por todas partes o leía en silencio las revistas extranjeras y todos trasegábamos café, y con esto llegaba la una y media de la mañana, y salíamos todos Avenida de Mayo arriba. A menudo nos deteníamos en La Armonía, españolísimo establecimiento (chocolates, churros, merengadas, cogollo español). Siempre entre bromas y con frío o calor acompañábamos a Mayol hasta su casa, Avenida de Mayo y Santiago o Salta, donde entraba como un niño trasnochador. Me acuerdo que decía que su señora esposa le había llenado la sala de tantos chirimbolos

y labores, que tenía que entrar con tiento, de perfil, casi toreando los objetos, para no armar un estropicio a semejantes horas. A esas me iba en busca del tranvía 1 o 2, para volver a mi lejano Vélez Sarsfield, deshecho y arrepentido.



## Índice de nombres

---



---

**A**

Achával Rodríguez, Tristán: 41, 82  
Acuña, Manuel: 368  
Aguirre, Julián: 137, 152, 258  
Albalat, Antoine: 352  
Alberdi, Juan Bautista: 42  
Alem, Leandro N.: 45, 47, 48  
Almafuerte [Pedro Bonifacio Palacios]: 262, 288  
Alonso Criado, Emilio: 258  
Alonso, Amado: 311  
Alonso, Juan Carlos: 375  
Álvarez, Eduardo: 375, 376  
Álvarez, José S. ("Fray Mocho"): 44, 45, 49, 295, 319  
Ameghino, Florentino: 291  
Andrade, Olegario: 42  
Anglada Camarasa, Hermenegildo: 234, 372  
Antoine, André: 248, 298  
Arana, Belisario: 86, 87  
Aranaz, Francisco ("Panchito"): 340-342  
Araujo Muñoz, Rodolfo: 82, 86  
Arellano, Enrique: 319  
Argerich, Antonio: 44  
Argerich, Juan Antonio: 186  
Arguedas, Alcides: 165  
Arrieta, Rafael Alberto: 307, 318  
Asunción Silva, José: 166  
Atienza y Medrano, Antonio: 115  
Azorín [José Martínez Ruiz]: 165, 297

---

**B**

Baires, Carlos: 137, 159  
Bakunin, Mijaíl: 289  
Ballerini, Alberto: 72  
Ballerini, Augusto: 137, 153, 158  
Banchs, Enrique: 306, 307, 318, 375  
Barbey d'Aurevilley, Jules: 134  
Barbusse, Henri: 173  
Baroja, Pío: 165, 297  
Barrantes Abascal, Felipe: 230  
Barreda, Ernesto Mario: 246, 250

Barrenechea, Mariano Antonio: 245, 246, 249, 250, 255-257  
Barrès, Maurice: 172, 173, 356  
Barrientos, María: 299  
Barriga, Juan Agustín: 100, 116  
Battaglia, Guillermo: 319, 320  
Baudelaire, Charles: 300, 357  
Bayón Herrera, Luis: 317, 324  
Becher, Emilio: 230, 235, 243-246, 248, 250, 251,  
254, 255, 258, 262, 293, 305, 317, 357  
Becque, Henry: 298  
Becú, Carlos Alfredo: 137, 242  
Behety, Matías: 45, 50-52  
Bejarano, Juan A.: 360  
Belín Sarmiento, Eugenia: 158  
Berg, Carlos: 152  
Berisso, Luis: 137, 159, 242  
Bermejo, Antonio: 150, 154  
Bernard, Tristán: 253  
Berro, Teodoro: 333, 335  
Bianchi, Alfredo: A. 228, 230, 285, 288, 289, 305, 307, 317  
Bjørnson, Bjørnstjerne: 298  
Blanco Fombona, Rufino: 165  
Blomberg, Héctor Pedro: 317  
Bloy, Léon: 138  
Boileau, Nicolas: 274  
Bonafoux, Luis: 165  
Borda, María Ester: 321  
Bosch, Mariano: 358  
Botana, Natalio: 331, 337  
Boucau, Salvador: 308  
Bozán, Olinda: 340  
Bravo, Mario: 230, 246, 250, 293  
Brunetière, Ferdinand 310  
Büchner, Ludwig: 290  
Bunge, Carlos Octavio: 242  
Bunge, Roberto: 258  
Byron, George Gordon: 84, 90

C

Calcagno, Edmundo: 306, 317, 318, 361  
Calleja, Saturnino: 279  
Calvo, Nicolás: 41  
Campoamor, Ramón de: 132, 297

Cané, Miguel: 44, 151, 152, 155, 241, 259-263, 303, 308, 309  
Cantilo, José María: 41, 151  
Cao, José María: 319  
Capdevila, Arturo: 233  
Caraffa, Emilio: 153  
Carballido, Juan: 82, 88, 89  
Carcavallo, Pascual: 257, 319, 361  
Carranza, Adolfo: 82  
Carriego, Evaristo: 306, 307, 318, 354, 356  
Carrilero, José: 360  
Caruso, Enrico: 299  
Casais, Juan Manuel: 323  
Casal, Julián del: 166  
Casariego, Raúl: 323  
Castellanos, Julio: 359, 376  
Castro, Eugénio de: 137, 138, 153  
Cayol, Roberto: 359, 361  
Ceppi, José (“Aníbal Latino”): 126  
Cervantes, Miguel de: 357  
Cháneton, Abel: 246, 258  
Cheli, Enrique: 360  
Chiáppori, Atilio: 245, 246, 248-251, 254, 255, 258, 305, 373  
Coll, Jorge Eduardo: 255-257  
Collazo, Francisco: 359  
Comte, Auguste: 248  
Contestáble, Telémaco: 360  
Contreras, Francisco: 165  
Cornaro, Ada: 320  
Coronado, Martín: 67, 82, 88-92, 102, 111, 113, 114, 185-187, 189  
Coronado, Nicolás: 376  
Correa Morales, Lucio: 89, 90, 137, 158  
Cruz e Souza, João da: 159  
Curel, François de: 298

D

D’Annunzio, Gabriele: 174, 296, 297  
Daireaux, Godofredo: 262  
Darío, Rubén: 116, 153, 154, 156, 157, 159, 165, 169, 172,  
175, 177-180, 192, 194-201, 241, 242, 247, 250, 251,  
259, 295, 296, 301, 306, 307, 354, 356, 357, 374  
Darwin, Charles Robert: 290  
Daudet, Alphonse: 124, 147, 296  
De Diego, Alberto: 287, 288

De la Barra, Eduardo: 79, 100  
De la Cárcova, Ernesto: 137, 153  
De la Riva, Eugenio: 360  
De las Carreras, Roberto: 159  
De Rosa, Rafael: 323  
De Viana, Javier: 306  
Del Campo, Estanislao: 43  
Del Mazo, Marcelo: 307  
Del Saz, Eduardo: 376  
Del Valle, Aristóbulo: 115, 116, 158  
Della Costa, Pablo: 44, 49  
Della Valle, Ángel: 137, 153, 158  
Dellepiane, Antonio: 300  
Demaría, Bernabé: 44  
Díaz Mirón, Salvador: 166, 368  
Díaz Romero, Eugenio: 134, 159, 230, 241, 242, 296  
Díaz, Leopoldo: 103, 137, 155, 185, 186, 242  
Díez Gómez, Manuel: 86  
Discépolo, Armando: 323  
Doello Jurado, Luis: 355  
Doll, Ramón: 372  
Dostoievski, Fiodor: 289, 297  
Drago, Luis María: 86, 300  
Dresco, Arturo: 158, 305  
Du Bois-Reymond, Emil: 290  
Du Plessys, Maurice: 356  
Duayen, César [Emma de la Barra]: 276, 304  
Ducasse, Francisco: 319, 357  
Duhau, Alfredo: 187, 360  
Dupuy de Lome, Emilio: 360  
Duse, Eleonora: 298

E

Ebelot, Alfred: 103  
Eça de Queiroz, José Maria de: 297  
Echagüe, Juan Pablo ("Jean Paul"): 165, 244-246,  
248-250, 254, 258, 263, 278, 322, 341  
Echeverría, Esteban: 84, 85, 92, 310  
Edwards Bello, Joaquín: 165  
Engels, Friedrich: 292  
Escalada, Miguel: 137, 156  
Estrada, Ángel de: 137, 155, 193, 194, 242  
Ezcurra, Eduardo de: 114, 137, 234

---

**F**

Falco, Ángel: 306  
Faure, Sébastien: 289, 291  
Fe y Gómez, Fernando: 275, 276  
Fernández Espiro, Diego: 128, 186, 235  
Fernández Gómez, Florencio: 360  
Fernández, Macedonio: 307  
Ferrarotti, Juan Luis: 287  
Flaubert, Gustave: 107, 110, 171, 263  
Flores, Julio: 368  
Fontanella, Agustín: 65, 66, 189, 317, 319  
Foppa, Tito Livio: 320, 333, 336, 337, 343, 361  
Fort, Paul: 357  
France, Anatole: 147, 259, 296, 297, 304  
Fresedo, Osvaldo: 340  
Frexas, Enrique: 260

---

**G**

Gabriel y Galán, José María: 297  
Galé, Antonio: 187, 190  
Galé, Mariano: 187, 191  
Gálvez, Manuel: 227, 230, 231, 243, 250, 296  
Gamboa, Federico: 105, 125, 126, 186  
García Mérou, Enrique: 86  
García Mérou, Martín: 106, 262  
García Torres, Benjamín: 230, 247  
García Velloso, Armando: 360  
García Velloso, Enrique: 65, 67, 342, 358-360  
García Velloso, Juan José: 99, 101, 106, 114, 116, 125, 137, 156  
García, Luis [Luis Pardo]: 319  
Gautier, Théophile: 84, 85  
Gerchunoff, Alberto: 227, 230, 245-248, 250-253, 258, 263, 293, 305, 317  
Ghiraldo, Alberto: 62, 127, 293, 296, 317, 323, 344, 359  
Gil Quesada, Vicente: 320  
Gil, Martín: 259  
Giménez Pastor, Arturo: 318, 359  
Giménez, Horacio: 319  
Girondo, Oliverio: 375  
Giusti, Roberto: 227  
Goethe, Johan Wolfgang: 357  
Gómez Carrillo, Enrique: 123, 124, 165, 169, 171, 194, 214-216  
Gómez, Juan Carlos: 41

Goncourt, Edmond: 107  
Goncourt, Jules: 107  
Góngora, Luis de: 357  
González Castillo, José: 306, 317, 356, 359  
González Pacheco, Rodolfo: 320  
González, Joaquín V.: 43, 99, 101, 107, 111, 112, 114, 125, 151, 155, 157  
Gorki, Maxim: 289, 297  
Gourmont, Remy de: 129, 357  
Goycochea Menéndez, Martín: 242  
Goyena, Pedro: 41, 50  
Granada, Nicolás: 323  
Grandmontagne, Francisco: 297  
Grave, Jean: 289  
Groussac, Paul: 157, 242, 262, 263, 295, 300, 357  
Guido Spano, Carlos: 50, 149, 151, 158, 259, 297  
Guido, Mario: 293  
Güiraldes, Ricardo: 374  
Gutiérrez Nájera, Manuel: 166  
Gutiérrez, Eduardo: 44, 45, 48, 58-63  
Gutiérrez, José María: 41  
Gutiérrez, Ricardo: 44, 82, 149, 151, 153, 297

---

## H

Haeckel, Ernst: 290  
Hauptmann, Gerhardt: 298  
Heine, Heinrich: 84  
Henríquez Ureña, Pedro: 311  
Heredia, José-Maria de: 194, 300  
Hernández, Belisario: 247  
Hernández, José: 45  
Herrera y Reissig, Julio: 357  
Herrera, Darío: 157  
Herrera, Ernesto: 318  
Hoffmann, E. T. A.: 81, 87  
Hohmann, Juan: 319  
Holmberg, Eduardo Ladislao: 86, 89, 90, 127, 153, 288  
Hugo, Victor: 84, 85, 218, 294, 356  
Huysmans, Joris-Karl: 129

---

## I

Ibsen, Henrik Johan: 287, 296, 298  
Ingenieros, José: 159, 165, 167, 242, 292, 300, 301, 306, 317, 354

J  
Jaimes Freyre, Ricardo: 136, 137, 159, 241, 296  
Jaimes, Julio Lucas: 136  
Jiménez, Juan Ramón: 297  
Jordán, Luis María: 245, 246, 248, 250  
Justo, Alberto: 235  
Justo, Juan B.: 292

K  
Kant, Immanuel: 287, 290  
Kropotkin, Piotr: 289

L  
Laferrère, Gregorio de: 358, 375  
Laforgue, Jules: 357  
Lamarque, Adolfo: 45, 46, 89  
Lamartine, Alphonse de: 84  
Lamberti, Antonino: 51, 128, 133  
Larreta, Enrique: 242, 261  
Lasárraga, Esteban: 230  
Lascano Tegui, Emilio: 375  
Lastra, Gregorio: 252  
Lastra, Juan Julián: 246  
Leguizamón, Guillermo E.: 246  
Leguizamón, Martiniano: 64  
Leumann, Carlos Alberto: 245, 246, 250, 307  
Lima, Félix: 319, 342  
Llanos, Julio: 44  
López Bago, Eduardo: 187  
López Prieto, Alfredo: 230, 246, 248  
López, Eugenio Gerardo: 323, 358, 359, 361  
López, Lucio: 44, 241, 243  
López, Miguel: 360  
Louys, Pierre: 356  
Lugones, Benigno: 82, 86  
Lugones, Leopoldo: 138, 154, 156, 159, 165, 186,  
242, 243, 259, 292, 297, 304, 357  
Lynch, Ventura R.: 89, 90

M  
Machado, Antonio: 214  
Maeterlinck, Maurice: 298  
Maeztu, Ramiro de: 165, 297  
Magnasco, Osvaldo: 300  
Málaga Grenet, Julio: 375, 376

Malato, Charles: 289  
Malharro, Martín: 234, 258  
Mallarmé, Stéphane: 129, 357  
Malot, Hector: 272, 275  
Manigot, Raymundo: 306  
Mansilla, Lucio Victorio: 41, 49, 50, 135, 259  
Manso, Juana: 48  
Mármol, José: 45  
Martí, José: 166  
Martínez Cuitiño, Vicente: 235, 206, 318, 322  
Martínez Zuviría, Gustavo ("Hugo Wast"): 246  
Martinto, Domingo: 99, 101, 102, 106, 125, 156, 185, 186  
Marx, Karl: 291  
Mas y Pi, Juan: 306, 307, 317  
Matienzo, José Nicolás: 84, 86  
Maturana, José de: 317, 359  
Maucci, Manuel: 178  
Mauclair, Camille: 173, 174  
Maupassant, Guy de: 256  
Maurrás, Charles: 356  
Mayol, Manuel: 375, 376  
Mazel, Henri: 356  
Melián Lafinur, Álvaro: 307, 317  
Mendès, Catulle: 132, 357  
Méndez Caldeira, Alfredo: 360  
Méndez, Ángel: 333, 334-337  
Méndez, Gervasio: 45  
Méndez, Juan Manuel: 245  
Menéndez Pelayo, Marcelino: 99, 310  
Mertens, Federico: 307, 360, 361  
Mesonero Romanos, Ramón de: 147  
Miró, José ("Julián Martel"): 100, 127, 159, 243  
Mistral, Gabriela: 165  
Mitre y Vedia, Bartolomé ("Bartolito"): 22, 44, 126  
Mitre, Adolfo: 84, 86  
Mitre, Bartolomé: 22, 25, 41, 126, 134  
Mitre, Emilio: 196, 197  
Mitre, Jorge: 45  
Mitre, Julio E.: 83, 86  
Moen, Arnoldo y Balder: 229, 276, 277, 296, 303, 304, 357, 373, 374  
Monner Sans, Ricardo: 277, 278  
Monsalve, Carlos: 82, 86

Monsegur, Raúl: 375  
Montagne, Edmundo: 318  
Montagne, Victor: 318  
Monteavaro, Antonio: 159, 232, 306, 317, 322  
Montero, Belisario: 101, 252, 253  
Morales, Emilio B.: 332, 335, 336  
Morante, Pedro: 322  
Moréas, Jean: 172  
Morera, Enrique: 360  
Moutier, Adolfo: 82, 86  
Murature, José Luis: 244, 245  
Murger, Henri: 171, 231, 232  
Musset, Alfred de: 84, 86

N

Navarrete, Francisco: 319  
Navarro Viola, Alberto: 83, 86  
Nerval, Gérard de: 84  
Nervo, Amado: 165, 197  
Nietzsche, Friedrich: 250, 289, 296  
Noé, Julio: 376  
Nordau, Max: 296  
Núñez de Arce, Gaspar: 297

O

Obligado, Rafael: 88-111, 114, 117, 125, 137, 149,  
150, 152, 156, 185, 186, 159, 297, 310, 358  
Ocantos, Carlos María: 106, 109  
Olivera, Ricardo: 231, 245, 246, 254, 256, 257, 259, 262, 296  
Oría, Salvador: 247  
Ortiz Grognet, Emilio: 228-231, 244-246, 251, 254, 256, 305  
Ortiz, Carlos: 242  
Ortiz, Roberto: 293  
Osés, Juan: 319  
Oyuela, Calixto: 99, 101, 102, 106, 110, 115, 125,  
137, 151, 155, 156, 186, 259, 260, 310

P

Pacheco, Carlos María: 323  
Pacheco, Carlos Mauricio: 7, 323, 343, 360, 361  
Palacios, Alfredo: 292  
Palma, Ricardo: 79  
Pardo, José: 127, 138, 296, 306  
Parravicini, Florencio: 70-72, 30  
Paulsen, Friedrich: 290

Payró, Roberto: 48, 66-68, 127, 133, 153, 188,  
232, 242, 243, 292, 298, 305, 317, 358  
Pellegrini, Carlos: 43, 241  
Pellicer, Eustaquio: 321  
Peña, David: 67, 259  
Pera, Celestino: 135, 158  
Pereda, José María de: 272  
Pérez de Ayala, Ramón: 165  
Pérez Galdós, Benito: 107, 112  
Pérez Valiente, Antonio y José: 376  
Pico, Pedro E.: 359, 360  
Piñero, Horacio: 290  
Piñero, Norberto: 137, 152, 157, 308  
Piquet, Julio: 125, 126, 138  
Pizzurno, Pablo: 245  
Plaza, Antonio: 368  
Podestá, Antonio: 66, 67  
Podestá, Arturo: 319  
Podestá, José: 58, 189, 190, 192, 343  
Podestá, José: 64, 65, 69  
Podestá, Pablo: 187, 319, 361  
Poe, Edgar Allan: 45, 50, 80, 82, 159  
Poleró Escamilla, Adolfo: 66, 67, 189  
Ponce, Aníbal: 301  
Porto-Riche, Georges de: 298  
Posadas, Sofía: 158  
Posse, Benjamín: 42  
Puelma Tupper, Guillermo: 100, 186

Queirolo, Enrique: 360  
Quesada, Ernesto: 81, 83, 86, 89, 106, 107, 109-  
111, 114, 117, 126, 137, 186, 291,  
Quesada, Josué: 320, 336  
Quintana, Enrique S.: 50, 150  
Quiroga, Horacio: 250

Rachilde: 128  
Raffetto, Pablo: 62, 63  
Ramírez, Emilio: 333  
Ramos Mejía, José María: 44, 294  
Ravignani, Emilio: 307, 311

Q

R

Repetto, Nicolás: 292  
Rimbaud, Arthur: 357, 358  
Ripamonti, Carlos: 158  
Rivarola, Enrique: 86  
Rivarola, Rodolfo: 86 , 300  
Robatto, Domingo: 306  
Rodó, José Enrique: 129, 131, 166, 295, 355, 357  
Roeber, Christian [Federico Leal de Sarowe]: 135  
Roig, Vicente Nicolau: 360  
Rojas, Absalón: 251  
Rojas, Julio: 235  
Rojas, Ricardo: 227, 229, 230, 233, 235, 243-246, 248,  
250, 251, 255, 258, 260-262, 294, 305, 310, 311  
Roldán, Belisario: 165, 297  
Romero, Manuel: 324  
Romero, Rodolfo: 319  
Rossi, Vicente: 72  
Rougés, Alberto: 247  
Roxlo, Carlos: 135  
Rúas, Enrique: 319  
Rubianes, Joaquín: 247  
Rueda, Salvador: 133, 178, 297

---

S

Saavedra, Osvaldo: 187, 259, 262  
Sáenz Peña, Roque: 259  
Sainte-Beuve, Charles Augustin: 85  
Saldías, José Antonio: 323, 354  
Sánchez Gardel, Julio: 323, 359  
Sánchez, Florencio: 165, 232, 298, 299, 305-307, 318, 323, 343, 354, 358-360  
Sandeau, Jules: 272  
Santos Chocano, José: 165  
Sarmiento, Domingo Faustino: 41-45, 49, 243, 310, 336  
Sawa, Alejandro: 124,  
Schiaffino, Eduardo: 101, 106, 108, 112-115, 137, 150, 154, 156-158  
Schopenhauer, Arthur: 290  
Scotti, Alejandro: 61, 72  
Sempere, Francisco: 177, 178, 291  
Shakespeare, William: 298  
Sicardi, Francisco: 262, 294  
Sirio, Alejandro [Nicanor Álvarez Díaz]: 375, 376  
Sisson, Henri: 291

Sívori, Eduardo: 113, 137, 153  
Soiza Reilly, Juan José de: 165, 174, 306, 307, 319, 320  
Solar, Alberto del: 102, 125, 259, 262  
Sopena, Ramón: 177  
Soria, Ezequiel: 66, 69, 188-192, 195, 358, 359  
Soto y Calvo, Francisco: 101, 125, 186  
Souday, Paul: 357  
Soussens, Charles de: 127, 230, 232, 305, 307, 356, 357  
Spencer, Herbert: 248, 289, 290  
Stendhal [Henri Beyle]: 110  
Stevenson, Robert Louis: 272  
Stirner, Max [Johann Kaspar Schmidt]: 289, 291  
Strindberg, August: 298  
Supparo, Atilio: 65, 320-322  
Sux, Alejandro: 165, 306

T

Tailhade, Laurent: 138, 356, 357  
Taine, Hippolyte: 85  
Tamagno, Francesco: 299  
Tamborini, José: 293  
Tena, Alberto: 306  
Terzaga, Andrés: 246, 248  
Tolstoi, Lev: 296, 298  
Traversa, Julio: C. 360  
Trejo, Nemesio: 333, 335, 360

U

Ugarte, Manuel: 294  
Unamuno, Miguel de: 175-177, 297, 357  
Uriarte, Gregorio: 89-91

V

Vacarezza, Alberto: 324  
Valera, Juan: 157  
Valle Inclán, Ramón del: 200, 297, 372  
Varela, Héctor: 44, 50  
Varela, Luis V.: 44  
Vargas Vila, José María: 165  
Vasconcelos, José: 165  
Vasseur, Álvaro Armando ("Américo Llanos"): 134, 159  
Vedia, Enrique de: 126, 139  
Vedia, Joaquín de: 260, 305, 318, 322, 323, 342  
Vedia, Mariano de ("Juan Cancio"): 129, 135

Vega Belgrano, Carlos: 89, 99, 103, 106, 111-115, 129,  
137, 138, 149, 156, 158, 186, 193, 337, 338  
Velazco, Leopoldo: 246  
Verlaine, Paul: 124, 296, 300, 356-358  
Verne, Jules: 272  
Vidal, Camilo: 71, 360

**W**—————

Wagner, Richard: 152-155, 247, 250  
Wilde, Eduardo: 87, 253, 259, 262  
Williams, Alberto: 137, 150, 152-155, 258

**Z**—————

Zapata Quesada, René: 375  
Zeballos, Estanislao: 260  
Zola, Émile: 106, 107, 111, 173, 187, 212, 218, 292, 294, 296-298  
Zorrilla, José: 272



## Índice

---

Introducción	9
Advertencia	33
Selección	
Rafael Barreda <i>Memorias de un periodista de ayer</i>	37
José Podestá <i>Medio siglo de farándula. Memorias de José J. Podestá</i>	53
Martín García Mérou <i>Recuerdos literarios</i>	75
Federico Gamboa <i>Mi diario</i>	93
Rubén Darío <i>La vida de Rubén Darío escrita por él mismo</i>	119
Carlos Vega Belgrano, Calixto Oyuela, Ernesto de la Cárcova, Alberto Williams, Leopoldo Díaz <i>“El viejo Ateneo”</i>	141
Manuel Ugarte <i>Escritores iberoamericanos de 1900</i>	161

Enrique García Velloso <i>Memorias de un hombre de teatro</i>	181
Horacio Quiroga <i>Diario de viaje a París</i>	203
Atilio Chiáppori <i>Recuerdos de la vida literaria y artística</i>	221
Manuel Gálvez <i>Amigos y maestros de mi juventud</i>	237
Hugo Wast <i>Vocación de escritor</i>	265
Roberto Fernando Giusti Visto y vivido. <i>Anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas</i>	281
Federico Mertens Confidencias de un hombre de teatro. <i>Medio siglo de vida escénica</i>	313
José Antonio Saldías <i>La inolvidable bohemia porteña</i>	325
Vicente Martínez Cuitiño <i>El Café de Los Inmortales</i>	345
Baldomero Fernández Moreno <i>Vida. Memorias de Fernández Moreno</i>	363
Índice de nombres	379



*Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres gráficos de*

**tecnoffset**

*José Joaquín Araujo 3293  
(C1439FAP)  
Ciudad de Bs. As.  
Diciembre de 2014*

